RAZA OCULTA I
EL SECRETO DEL AGUA
ORLANDO CORDERO
Sultana del Lago
EDITORES

EDITORES

RAZA OCULTA I

EL SECRETO DEL AGUA

Orlando Cordero

Orlando Cordero
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-6304-5
Depósito Legal: ZU2025000189

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

I
LEMBERG

Ucrania, 26 de agosto de 1914, inicios de la Batalla de Gnipa Lipa.

En las vicisitudes del destino nada se encuentra tan mal escrito como el comienzo de una guerra. Ya sea esta moderna, antigua, entre gobiernos, entre religiones, creencias o razas. Y no sucedía que la conflagración hubiera empezado en aquella tarde calurosa de finales de agosto en Europa. Marko se hallaba por entrar en un conflicto, no en la guerra que acabaría con todas las guerras, sino en una lucha más arcaica, silenciosa; subrepticia y de bajo perfil. Una de la cual nadie llevaba registro y cuya beligerancia, entre la vida y la muerte, discurría por una línea tan torcida que no se podía dilucidar sus matices, sus vueltas de tuerca, sus puntos de inflexión.

Marko sudaba, la temperatura era alta y si alguna vez hubo brisa por aquellos parajes se había ido a otro lado; daba la impresión que había transcurrido un milenio desde la última vez que había soplado el viento. El sol brillaba fuerte, pero, a pesar de ello, se cernían algunas nubes de tormenta en el horizonte. La batalla estaba por venir, el cielo juntaba sus propios batallones de vaporosas sombras, su estrepitosa artillería de truenos, rayos y centellas; toda esa metralla acuífera que era capaz de desatar si se le antojaba. Sin embargo, no era contra los elementos la disputa. Hombres contra hombres, seres humanos

sacrificados en pos de intereses diversos que en nada los representaba. ¿Quién les había convencido que la guerra era divertida y justa? Carece de sentido para un observador agudo.

Caminando hacia el combate, orgullosos, con la frente en alto, sonriendo y lanzando improperios contra el Zar Nicolás se encontraban aquellos jóvenes. En sus mentes no había cabida para el horror, sangre, muerte, agonía; solo para la valentía y la justicia. La guerra significaba aún, la oportunidad para resarcir afrentas e invocar el fervor de las nacionalidades. Algo que se suponía irónico para los integrantes del 12avo batallón bosnio-herzegovino, luchando bajo las banderas y estandartes de Austria-Hungría. Marchaban ufanos, con órdenes de ocupar las estribaciones boscosas que se encontraban cruzando un riachuelo. Las colinas se veían a lo lejos con su cabellera de árboles y matorrales, despuntando los rayos solares que todavía luchaban, con algún éxito, contra las ennegrecidas nubes.

Marko Jarkovic, marchaba al lado de sus compañeros, tranquilo, no había de qué preocuparse, la banda del batallón les acompañaba. Esta tocaba un ligero aquelarre en honor a la muerte; muerte que los esperaba frotando sus manos y contando cabezas y corazones, afilando la guadaña. Música marcial y acompasada marcaban el ritmo, era la disciplina impartida, un golpe de tambor y unas notas bien cuidadas eran sus pasos, un redoble de semicorcheas era euforia instantánea, una negra acentuada era el brazo levantado y un silencio de blanca, una pausa. Junto a él, su amigo Slatan Zvonimir, un chico de unos 20 años, fornido como un roble centenario, alto como él mis-

mo, de hecho, eran los dos soldados más altos de la 36ava compañía, los demás componentes eran como peones y ellos las torres y alfiles. Era una persona afable y de buen carácter, algo extraño para un gigante. Un lobo dormido con los colmillos afilados que no convenía despertar. Fueron rivales en un principio, se hicieron amigos al ver que era mejor tener la fortaleza del otro cerca para apoyarse. Eran los más fuertes, unidos nada podría en contra de ellos.

Había confianza, la guerra terminaría antes de navidad. Era la ilusión de millares de jóvenes contendientes. La victoria sería rápida en todos los frentes; eso animaba a las tropas. Nadie imaginaba el inútil derroche de vidas que estaba por suceder. La gloria prometida ocupaba cada mente y borboteaba en la sangre, en cada latido, en cada uno de esos futuros cuerpos moribundos.

Había llovido antes y la zona se hallaba anegada. La carretera discurría por encima de un terraplén, impidiendo que se convirtiera en parte del pantano. La extensa depresión no era muy profunda, unas decenas de centímetros, si se exceptuaba el lecho del riachuelo, más que un obstáculo era una pequeña y húmeda molestia. Al otro lado del inundado llano, se observaban las colinas boscosas, objetivo de su marcha. Estas se elevaban por encima del nivel medio de la pradera, apenas de manera suave, como el lomo de un jorobado que recién se encorva. Lo que debía ser un prado otoñal, lleno de colores, se hallaba convertido en un alargado charco de aguas someras.

El 12avo batallón avanzó en línea recta, dado que no existía otra opción. Cualquiera que les observara pensaría que se trataba de un ejercicio de maniobras

y no una operación de combate. Sin embargo, no era así, la vanguardia dio la voz de alerta. Soldados rusos se hallaban ya en las alturas, ocupando posiciones defensivas, cavando trincheras y colocando sus ametralladoras. Cuando las tropas del Zar se percataron de la presencia del enemigo, abrieron fuego.

Sin dejar de tocar, para animar a las tropas, la banda marcial del Regimiento, buscó refugio. La 36ava compañía fue barrida por el fuego de las ametralladoras rusas; las 34ava y 35ava compañía lograron desplegar sus unidades, cruzaron el riachuelo, desparramándose por los campos inundados, buscando cobertura y tratando de hacer una línea de defensa. Los rusos, agrupados y amparados por el fuego de metralla desde la colina, le plantaron cara al 12avo batallón.

Por instantes el combate se desarrolló de manera incierta. Un grupo de cosacos que patrullaban cerca, al observar a sus camaradas bajo ataque, cargaron a todo galope en contra de sus enemigos. Esto terminó de inclinar la balanza a favor de las tropas zarinas. Marko había sobrevivido a la primera descarga que destrozó a la 36ava compañía y ahora se cubría lo mejor que podía, disparando de cuando en cuando, sintiendo las balas silbar por encima de su cabeza. Era 1914 y para esas fechas aún no se instituía el casco de hierro reglamentario, su fez voló por los aires, un hilillo de sangre escurrió de sus cabellos. Suerte, había sido un rasguño apenas, cosa de unos centímetros más o de menos y no la hubiera contado. Zvonimir yacía a su lado, aún estaba vivo, aunque esa cuestión ya estaba decidida. Una herida en el cuello drenaba su destino, muy a pesar del esfuerzo que ha-

cía para taponar la herida. Ambos lo sabían, no había esperanza, solo estaba rasgándole un poco de vida a la muerte que, tranquila y sin prisas, lo arrastraba al abismo de la oscuridad, desconocida y eterna. Esa eternidad de la que todos huyen.

Se estableció entonces un combate cuerpo a cuerpo, los rusos pasaron a la ofensiva. Pero, así como la suerte de Zvonimir se hallaba ya resuelta, el combate tenía ya a su triunfador. Marko disparó una y otra vez, de manera desesperada, sobre sus atacantes, por cada ruso derribado tres ocupaban su sitio. Las 34ava y 35ava compañías retrocedieron ante el empuje de sus hermanos eslavos. Marko observó de reojo como se retiraban de la batalla, aunque sin desorden ni dejar de combatir. Lo que quedaba de la 36ava compañía se vio pues absorbida por aquella marea rusa. Él había prometido a Zvonimir acompañarlo hasta el final, siempre habían sido ellos dos contra el mundo, pero él aún no moría. El pobre le veía vehemente y suplicante a la vez. No se sabe que es lo que podía pasar por la mente de aquel infeliz; un infeliz como él mismo, condenado a morir. Quizás creía que no lo abandonaba por amistad y camaradería. La triste verdad era que no podía moverse de donde se encontraban. Una pequeña y pantanosa depresión en el terreno, le proporcionaba una decente (pero efímera) protección. Desde hacía ya buen rato que no se oía la dichosa banda marcial y solo tenía la compañía de aquel moribundo. Rio amargado, él también era un moribundo. Seguro estaba de morir.

Los rusos se multiplicaban, habían recibido refuerzos, aparecían por doquier, persiguieron a los bosnio-herzegovinos, cazándoles uno a uno. Aquellos

pocos con vida rindieron sus armas. No era más que un puñado de hombres. Marko también pensó en rendirse, pero cuando se aprestaba a hacerlo, tres soldados del Zar asaltaron su refugio. Sin esperar respuesta y mucho menos intentar una rendición del soldado imperial, le atacaron con furia y decisión. Marko apenas tuvo oportunidad de disparar una vez, un golpe preciso de culata le despojó de su arma, al tiempo que uno de los rusos caía, mostrando una mueca de dolor ciego en su rostro herido. Un segundo ruso le apuntó directo a la cabeza, pero algo pasó y el arma no disparó. Marko, por puro instinto, sacó su cuchillo de compañía y lo hundió en el pecho del tercer ruso, aquel que le había despojado de su rifle. El tipo cayó encima de él, forcejearon un poco, hasta que este dejó de luchar. Aprovechando su corpulencia, se lo quitó de encima lo más rápido que pudo. El soldado restante maldijo su mala suerte, a la madre del fabricante del fusil y a aquel soldado al servicio del Imperio Austro-húngaro, ajustó la bayoneta a la boca del cañón y arremetió contra él. El frío metal penetró su abdomen, Marko, sin saber muy bien qué hacer, el dolor llegó unos instantes después, perdió el equilibrio, cayendo cerca de su rifle. Con la desesperación, la adrenalina y el miedo como únicos aliados, tomó la referida arma de fuego y disparó a quema ropa sobre el pecho de aquel joven soldado zarista, al mismo tiempo que este clavaba por segunda vez la bayoneta en su cuerpo.

Con lo que le restaba de fuerzas se ocultó lo mejor que pudo. No tardó mucho en perder el conocimiento.

Los rusos continuaron con el avance, recogieron a los heridos, dejando atrás las boscosas colinas; hubo

una retirada general y el frente se corrió varios kilómetros adelante.

Había llegado la noche cuando volvió en sí. Aún no moría, la bayoneta rusa no había penetrado ningún órgano vital. Sin embargo, había una realidad incontestable: perdía sangre y la muerte le sonreía, mientras acariciaba el alma de Zvonimir. Desde donde se encontraba y bajo la luz de la luna solo podía ver la silueta de su amigo. Los cuerpos rusos habían sido retirados y la fría humedad de la noche lo ocupaba todo.

En medio de aquel avasallante silencio, escuchó unos pasos, alguien o algo chapoteaba en el pantano. Él no disponía de armas, se las habían llevado, aunque tampoco tenía fuerzas para defenderse. Si se trataba de un soldado enemigo estaba perdido. Se quedó tendido y quieto en la ciénaga, sin cerrar del todo sus ojos. Llámenlo curiosidad o morbo, necesitaba saber quién rondaba esos campos llenos de muerte y dolor. Contra todo pronóstico observó que Zvonimir todavía vivía. Presentía su muerte, luchaba contra ella. ¿Con qué fuerzas? Jadeaba, gemía. ¿No se percataba de aquella presencia caminando hacia ellos? ¿O quizás llamaba la atención para que alguien acortara su sufrimiento de una vez?

No era mucho el jaleo que podía provocar, pero en el mutismo que reinaba en el ambiente, era un escandaloso grito de alerta para quien quiera que estuviese merodeando por allí. Ahora su futuro dependía de la benévola o macabra intención de la persona que se acercaba. Marko no podía hacer nada, así que resolvió, una vez más, mantenerse en su rígida posición, vigilando de manera disimulada, lo que su degradada

visión le permitía.
De aquella oscuridad, muda e inflexible, surgió por fin, la figura del ente que caminaba hacia ellos. La brumosa imagen se fue haciendo cada vez más grande, nítida y cercana, era una mujer. Le vio revisar, uno por uno, los cadáveres, chequeaba los signos vitales y luego procedía a vaciar sus bolsillos. Estaba profanando a sus compañeros caídos, pensó. Era una saqueadora, que no mostraba respeto alguno por la juventud y los ideales sacrificados en la batalla. Algo en sus movimientos le pareció familiar. Era pequeña. Vestía de blanco, lo cual le hacía más visible en la oscuridad. Observó cómo llegó a donde estaba Slatan, con su enagua recogida, este emitió un gemido, ella se llevó un dedo a la boca, pidiendo silencio, supuso. Lo que sucedió a continuación, lo atribuyó al principio a una mente febril, una alucinación por falta de fuerzas. La chica se inclinó sobre su amigo y lo levantó como si fuese un chiquillo. Limpió la herida del cuello y acercó su cara a la nuca. Para qué, no lo entendía. Slatan, reaccionó, le estaba haciendo algo, pataleó un poco, hizo un amago de lucha, le propinó algunos débiles golpes y trató, desesperado, de deshacerse de la acción. No duró mucho aquello. Entre espasmos y convulsiones dejó de moverse. Cuando por fin murió, ella lo depositó en el suelo con suavidad. Había delicadeza en sus movimientos, algo conocido. Luego ella comenzó a caminar hacia donde se encontraba Marko. Él no quería hacerlo. Deseaba hacerse el muerto. Pero igual lo hizo. Empezó a jadear, a gemir, a tratar de huir. Se arrastró en el pantano o por lo menos intentó hacerlo. Ella, lo asió por el pantalón y le volteó con una facilidad

pasmosa. Vio su rostro, cara a cara. La chica esbozó una sonrisa, le peinó el cabello y le besó en la frente. Ya sea por pánico o por la pérdida de sangre, se desmayó, quedando a merced de aquella criatura. No sin antes decir el nombre de ese rostro que había olvidado por mucho tiempo:

—¡Katja!

II
LEGADO

Caracas, octubre, 1996…

Elena había muerto. Ahora nada parecía subsistir. Intentaba, con evidente inutilidad, rechazar la situación, no funcionaba, la realidad era tan abrumadora que no dejaba espacio a la duda, mucho menos a la negación. En el apartamento vendido, que no era otra cosa, más que un hogar roto, se encontraba sentado Marcos Julio Jarkovic, solo, con una pequeña silla por todo mobiliario, en medio de un montón de cajas. El automóvil también había sido vendido, no importaba, él igual no sabía conducir, quien lo manejaba era ella. La hábil conductora de su vida. Todo bien material que pudo haber sido sacrificado lo fue sin dilación, la lucha así lo dictaminó. Fue una lucha en la que no hubo victoria, se peleó con heroísmo, eso sí. Más por la valentía de ella que por su desesperación, al ver cómo se desvanecía y consumía poco a poco. Qué quedaba de todo ello, deudas, insolvencias económicas, unos cajones repletos de vacíos existenciales; de objetos, de enseres personales. Algunas cajas para llenar, otras tantas para vaciar. Debía entregar el apartamento y mudarse a un sencillo cuarto de alquiler, a otra ciudad, a otras realidades. Nada quedaba para él, en la Sultana del Ávila, la ciudad de los Caracas, del cacique Terepaima y otrora cuna de la libertad americana. No le quedaba de otra. El cáncer se lo había llevado todo, a Elena, a los amigos, la alegría y el sentido de vivir. Nada pre-

para al ser humano a sobrellevar la pérdida de un ser amado. Es difícil de describir para quien no lo ha sufrido, pero… ¿Quién no lo ha sufrido? No se supera, se aprende a vivir con ello. Y es quizás la parte más ardua, aprender a vivir de nuevo, encontrar nuevas alegrías, metas y horizontes. Había perdido su trabajo. Ahora era necesario mudarse a otra ciudad para acceder a una vacante laboral. Era obligatorio para la supervivencia. Pocas cosas daban sentido a sus latidos, quizás en horizontes provincianos hallaría consuelo para su dolor. Al menos eso le dijo su antiguo jefe, al recomendarlo a un periódico regional.

Se había ido la esperanza, el amor, el café de las mañanas; pero también la desesperación, las largas noches en vela, el llanto; el cansancio de la lucha. Era la extraña y ambigua paz del vencido, reconocer a la muerte vencedora y acercarse a la mesa para firmar las condiciones: capitulación total; sin concesiones ni cláusulas absolutorias. Nada de lo conquistado le fue devuelto. Él había entregado hasta sus vicios, no recordaba cuando había fumado el último cigarrillo, ni el sabor de una bebida alcohólica. Había vendido la licorera, orgulloso rincón de libaciones para fanfarronear con los amigos, ese elegante y vano filosofar etílico que tanto disfrutaba en el pasado.

Se había llevado así el cáncer: el café de sus adorados ojos, su pelo corto, su laxitud, ese deportivo poder de tomar siestas y dormir como una pequeña osa en invierno. La alegría que emitía con cada despertar. El baile alocado de su mirada, su apasionante actividad. No fue mujer de muchas palabras, de explicar cosas; la acción y el ejemplo eran sus materias de enseñanza y aprendizaje. No era intelectual y, sin embargo,

su inteligencia despierta le ayudaba a entender cosas que a él le era difícil asimilar. La necesitaba hasta para eso, para entenderse a sí mismo, para entender a los demás. Era su vínculo con la tierra, sus amigos vinieron a ser los amigos que él conocería y les llamaría con esa deferencia. Pero ellos también se habían ido. Ahora ninguna atadura le quedaba con esa ciudad que alguna vez llamó hogar. Era un extranjero que hablaba el idioma, pero que no se comunicaba de manera efectiva con sus congéneres, que no sus compatriotas. Solo quedaba su propia sombra, proyectada sobre la solitaria silla, en medio de unas cajas de mudanza; la sombra de lo que sobrevivió a la muerte, el doloroso recuerdo de la vida perdida.

Envuelto en su monótona tarea de clasificación, introducción, envoltura y sellado, reparó en una caja maltrecha, abandonada en un rincón. ¿Cuándo la había recibido? En el caso que la hubiera recibido él mismo. No lo recordó de inmediato, luego su memoria reaccionó, despertando de la inactividad. Era: "la herencia del abuelo", enviada desde Guatemala hacía ya demasiado tiempo. El abuelo Marko había muerto en 1983 y en su voluntad estaba que ese paquete terminara en sus manos. Luego de una década de viajes parciales y de reposos en almacenes, está llegó al fin. Retardos en la entrega que solo pueden ocurrir en Latinoamérica.

Lo cierto es que arribó en el peor momento, no tenía cabeza para esas cuestiones mientras su esposa luchaba contra el cáncer. Quedó tan olvidada como en esos almacenes y lugares anónimos. Y no fue tanto la curiosidad o el apego emocional con el abuelo, tenía pocos recuerdos de él, como la necesidad, lo que le

llevó a revisar el contenido. Se le ocurrió que pudiera contener alguna joya, alhaja o reliquia familiar, de alguna valía, y eso podría ayudarle en su debacle económica. Tocaba dejar a un lado las consideraciones sentimentales, había muchas deudas y cuentas por pagar; sin embargo, al abrir la envoltura lo encerrado entre las paredes de cartón no parecía ni era un gran tesoro. Era un paquete pequeño, no más grande que una caja de detergentes. Dentro: dos estuches forrados de cuero negro; alguna vez habían sido de ese color, ahora estaban surcados por incontables grietas grisáceas que le confería un inequívoco aspecto añejo, castigado por el tiempo. Ni más ni menos, ese era su contenido.

El primer estuche: varias medallas de guerra, entre las cuales reconoció una Pour Le Merite, una cruz de Hierro y un distintivo de la Totenkofp. El abuelo había luchado en la segunda guerra mundial, del lado húngaro, así como también en la gran guerra por Austria-Hungría, eso le era conocido, lo que le sorprendió fue saber que no solo fue un soldado del eje, sino que había pertenecido a las Waffen SS. Una insignia con el nombre de su unidad así lo confirmaba. "22 SS Freiwilligen Kavallerie Division María Theresa". El escudo era una flor blanca sobre un fondo negro; flor que no supo reconocer en el momento, pero que luego supo que le conocían como la Flor del Anciano, la Flor del Maíz; la flor favorita de la Emperatriz María Teresa; cuestión que explicaba a medias el particular nombre de la división. Remataba el emblema la bandera tricolor húngara: roja, blanca y verde con las runas "sigrunen" imitando al símbolo de la unidad militar.

El segundo estuche nada más contenía una libreta de tapa dura, escrita a mano, en un idioma que no reconoció al principio. No era un lenguaje que hubiera manejado de forma reciente y que tampoco hubiera pensado utilizar en un futuro cercano. La libreta estaba escrita en magiar, el idioma de crianza del abuelo, aun siendo este de origen bosnio.

Estaba oxidado con el uso del idioma, no lo hablaba desde que era niño. De lo poco que pudo entender, era una de dos: los delirios de una mente senil o una extraña verdad, digna de la más retorcida teoría de conspiración. Un diario, o pretendía serlo; sí, diario no era la mejor descripción, quizás confesión, declaración, manifestación, necesidad de comunicación. Era cualquier cosa, menos un diario, sin embargo, Marcos Julio, no daba cabida para otra nomenclatura.

El claxon del camión de mudanza lo sacó de su ensimismamiento. Envolvió todo, lo más rápido que pudo y se aprestó a la tarea pendiente. El chofer no podía ser más estereotipado: regordete y bajo de estatura, con el cabello encrespado. Un muchacho vivaz, delgado, que hacía las funciones de ayudante, y el chofer cargaron las cajas. Excepto el paquete con la herencia del abuelo. Marcos Julio lo llevó entre sus piernas todo el trayecto hasta el nuevo hogar. En lo que pudiera parecer una costumbre extraña para muchas personas en el mundo, él viajó en la cabina del camión junto con el chofer y el ayudante. No tenía auto propio, no sabía conducir, no conocía la dirección adónde iba, era más sencillo para él hacer las cosas de esta manera.

El agotamiento de todas esas jornadas al fin lo ven-

cieron y se durmió. Mientras el cinturón de seguridad le mantenía en su asiento, se sumergió en realidades alternas, con lugares que de niño conoció y que de adulto había olvidado. La imagen de un parque, en la cima de una colina, una plaza, un monumento, un sitio de recreación, se hizo real en su mente. Los senderos para peatones se fundieron con las escaleras, bancos, jardines y árboles. Las aves volaban bajo y algunas paseaban nerviosas entre los transeúntes, comiendo de manera frugal de las palomitas de maíz que le ofrecían los mismos caminantes, que no eran muchos. Eso no fue algo que, al percibirlo, le importara.

Caminaba sostenido de la mano por un señor, no pudo advertir su rostro, un ser querido, un ser de respeto, se sentía seguro, feliz. El algodón de azúcar no le dejaba ver mucho del camino, así que esa guía era más que necesaria. Jugaba a no pisar las líneas, esas pequeñas junturas entre las losas del sendero. Daba pequeños saltos, hacía rodeos innecesarios; si tocaba las rayas "perdía", si lograba esquivarlas "ganaba". No había premios, solo el deleite del juego. La figura paternal de repente se desvaneció.

En algún intento de evadir las líneas, el pequeño Marcos Julio, se había soltado de la mano de su protector y se encontró solo, en medio de lo que parecía un espacio inmenso. El algodón de azúcar era un recuerdo, ya no lo tenía en la mano, el sol se ocultó; una cofradía de nubes conspiró e invocó la oscuridad. El concurrido y asoleado parque se transformó en un paraje solitario, un sitio hostil y amenazador. Los concurrentes se habían convertido en ausentes, las lágrimas escapaban de sus ojos, pocas, tímidas, y

no era por valor que aguantaba el llanto, era el sentimiento de soledad absoluta lo que retenía la pequeña tormenta. En lo que hubiese sido un sollozo anónimo sin testigos ni rescatistas.

Ya sea por razones oníricas o reales, en medio de toda esa desesperanza, una cálida mano le tomó de la suya y con su simple toque le brindó la calma. Era una mano de mujer. Él volteó para observar a su salvadora y si no pensó en un ángel, fue porque aún no tenía ese concepto definido del todo en su mente. Vio una princesa, ya que una mujer de una belleza así solo la conocía de los cuentos de hadas y de las películas infantiles sobre tales fábulas. Vestía de blanco, un vestido de mangas largas, un velo de igual color, rematado por una especie de tiara, como la corona que confirmaba su condición de realeza. Pelo corto o quizás recogido, de color rojizo, del cual apenas sobresalían algunos cabellos. Sus ojos, al principio cubiertos por unas gafas oscuras, que luego se quitó, eran de un color azul intenso, casi violeta. No parecían ojos normales, lucían como ojos de muñeca y, sin embargo, eran muy vivos, muy expresivos. Transmitían compasión, tranquilidad, gentileza y amor. Nariz y boca pequeñas, labios algo pálidos, apenas con algún color rosado.

Ella se agachó y con modos afables, con gran ternura, secó las pocas lágrimas de Marcos Julio, le llamó por su nombre y entre palabras de cariño le dijo que no había porque temerle a la oscuridad. Un aura de luz parecía emanar de sus ropas, su piel era de avena, blanca, sin mácula, sus labios de fresa susurraban canciones llenas de emociones hermosas. Fue amor a primera vista y ese amor fue lo que le salvó de esa oscuridad.

—¿Eres una princesa? —preguntó, mirándole a los ojos.
—No, no lo soy. ¿Parezco una princesa?
Él, por toda contesta, asintió con la cabeza.
—Eres muy tierno, seré tu princesa si eso deseas.
Él le abrazó. Sintiendo la suavidad y el perfume de sus cabellos castaños. Ella, aprovechando el abrazo, le cargó con cariño y el sol volvió a brillar, las nubes desistieron de sus oscuras intenciones. Los ausentes se hicieron presentes y a lo lejos pudo ver a un señor alto, grande como una casa, que se dirigía, raudo y con decisión, hacia ellos. A pesar de eso no pudo distinguir su rostro, el sol, a la espalda del hombre, distorsionaba la imagen con su brillo. La princesa, entonces, le depositó con ternura en el piso y le dijo: "ve, te están esperando". Marcos Julio miró al señor, como levantaba uno de los brazos, sostenía algo brillante en su mano. Un trueno estalló y él cayó de bruces, cuando quiso ver de nuevo a la princesa, ella ya no estaba. Viendo al cielo, a las nubes, con sus ojos de niño, se desmayó y ya no supo más.
Despertó con la sensación de siempre, lo vívido del encuentro. Era un sueño tan recurrente como conocido, de cuya inspiración en su adolescencia escribiría un relato corto: "La Princesa de la Colina", escrito ganador de premios y que le valieron una beca y multitud de elogios. "¿Qué había sido de aquel chico prodigio de la literatura?" Pensó. Ahora ese chico, ya no tan chico, con 38 años de edad, se encontraba en un camión de mudanzas, en una autopista, en medio de las montañas, soñando con amores de niñez y algodón de azúcar. El prometedor joven se había ahogado entre estudios y cambios forzados de residen-

cia, nacido guatemalteco, criado en Latinoamérica. Se sentía extraño donde quiera que fuera.

III
LAPSOS

En algún lugar sin nombre de la actual Ucrania, finales de agosto de 1914.

Marko abrió los ojos. Lo primero a tomar en cuenta fue su propia existencia. Aún estaba vivo, no lo podía creer. Luego fijó el interés en saber sobre su ubicación espacio temporal. Estaba en alguna especie de refugio, no era una cueva natural, alguien la había preparado, quizá en vista de la proximidad de la guerra, quizás por otros motivos. Era oscura, una lámpara de mano brindaba una débil iluminación al recinto. Las paredes estaban hechas de tierra compactada, las esquinas se hallaban apuntaladas, eso sí, por sendos troncos. El techo, por el contrario, era de madera en su totalidad, las tablas se encontraban unidas con cuerdas. Un trabajo no muy elaborado, pero al parecer eficiente. En las paredes, apoyándose de los tablones, había varias repisas, mismas que contenían una heterogénea multitud de cacharros, recipientes, envoltorios, platos y otros enseres. El ambiente era húmedo. El olor a tierra era fuerte y por más que aguzó la mirada no pudo observar un hoyo de ventilación o algo parecido en el recinto, sin embargo, el aire que se respiraba era bueno, tomando en cuenta las circunstancias. En un pequeño camastro, se encontraba él; tumbado, adolorido, cubierto de vendajes; la cama era demasiada corta para su tamaño, lo cual hacía que su posición fuese más incómoda de lo que debía. Trató de incorporar-

se, pero el dolor del abdomen se lo impidió. Poco a poco su vista se acostumbró a la oscuridad y pudo ver su Fez reposando en una de las repisas, la casaca no se observaba por ningún lado y él, estaba con el torso desnudo, si exceptuamos las vendas que le cubrían. ¿Qué hacía su Fez en aquel lugar? Según recordaba lo había perdido durante el combate. ¡Rayos! ¡El campo de combate! ¿Qué habría pasado? ¡Katja! ¿Qué demonios hacía ella allí?

Entonces la vio. En un banquito estaba ella, sentada, vigilante y anhelante; se acercó a él, apenas percibió que se encontraba despierto.

—Qué bueno que despertaste, no te muevas mucho, te vendé, te curé lo mejor que pude, no soy enfermera, no sé qué tan buen trabajo hice. Mejor no nos arriesgamos. ¿Vale? —le recomendó con cariño, mientras le hacía un guiño de complicidad.

Él abrió la boca para pedir respuestas, pero en vez de eso recibió una cucharada de sopa.

—Toma, te preparé un estofado de conejo, no soy doctor, pero si buena cocinera.

Era cierto, la sopa estaba deliciosa y caliente. Ella soplaba cada cucharada antes de dársela, era él, un niño de nuevo, aquel niño huérfano que le aceptó como madrastra el poco tiempo que estuvieron juntos. Una madrastra apenas 10 años mayor que él mismo. Había transcurrido desde aquello casi 18 años. Él era ya un hombre hecho y derecho, alto, fuerte, robusto; y ella aún tenía ese aspecto quinceañero que recordaba. ¿Cómo era eso posible? ¿Sería un delirio creado por su estado de debilidad o por la tenue oscuridad? ¿No estaría su mente y sus ojos jugándole una mala pasada? Tan pequeña, tan parca, tan frágil, tan débil

en apariencia y sin embargo el aspecto maternal de sus cuidados le daban un talante de gigantismo y él, se sentía como un chiquillo indefenso, siendo atendido después de una caída aparatosa, producto de una travesura infantil.

—Necesitas reponer fuerzas. Han pasado unos tres días desde que te hallé herido. Un amigo me ayudó a traerte hasta aquí. No te preocupes. En este refugio estas a salvo por ahora. Aunque la batalla continúa, ya cesó por estos lugares y solo hay que temer a las patrullas de cosacos. Soy pequeña, se me hace fácil burlar su vigilancia. No nos descubrirán aquí.

Al terminar de comer, ella le acercó una vasija con un líquido negro, quizás no lo era, con esa iluminación todo parecía oscuro.

—Toma, esto hará que te recuperes más rápido —dijo.

—¿Qué es? —alcanzó a replicar.

—Algunas yerbas mezcladas con sales, confía en mí.

Se hallaba demasiado débil como para resistirse, así que obedeció. Fuera lo que fuese el brebaje, tenía un sabor desagradable, salino, ferroso; olía a sangre, era viscoso. Su reacción fue rechazarlo, escupirlo, cerrar la boca; ella le obligó a tomarlo. Quiso vomitar, ella lo impidió; entre pataletas inútiles y sollozos tragó el contenido.

Lo que siguió a la toma del brebaje fue algo confuso y doloroso. Se suponía que era para recuperarse, pero lo que sucedió fue todo lo contrario: se sintió peor. Las fiebres iban y venían, acompañadas de un intenso dolor cerebral, muscular, óseo; no había rincón de su cuerpo que no le doliera; tuvo alucinaciones, lagunas mentales; una real pesadilla. ¿Cuánto

duró aquello? No lo supo. Demasiado para sus sentidos, demasiado para su gusto, demasiado para cualquiera. De vez en cuando, tenía momentos de calma y lucidez, no duraban mucho, de nuevo las fiebres se apoderaban de su cuerpo, mientras ella lo observaba expectante, siempre con la misma ropa, un Kalotazeg que ya se le hacía odioso de mirar. Siempre le vigilaba desde esa esquina, con evidente ansiedad y preocupación. El tiempo dejó de andar o quizás transcurrió más de prisa. Solo ella podría decirlo. A veces le hablaba, él no le entendía, su mente se hallaba enajenada, su cuerpo no comprendía otro lenguaje que el sufrimiento. El corazón trotaba como un caballo salvaje, lo sentía a punto de reventar, pero no estallaba; eran momentos donde añoraba el desmayo, ansiaba la muerte. La muy condenada parca no venía por él. Cualquier cosa era mejor que aquello. Sólo había pausas en la tortura, pausas donde todo dolía un poco menos, una agonía.

Se vio a sí mismo, de niño, despertando de madrugada, en su antiguo hogar, ese que casi no recordaba. Buscando a su padre, llamándola a ella. "¡Katja! ¡Katja! ¿Dónde está mi padre?" Todo estaba oscuro, una agitación se dejaba entrever en el piso superior. Parecía una pelea entre demonios, voces guturales, espectrales, resonaban en los pasillos y bajos susurros complementaban el extraño aquelarre. Subió las escaleras con el alma en vilo. Abajo, en la calle, los vecinos se agolpaban, tocando, angustiados por el escándalo. Llegó por fin a la habitación principal, haciendo acopio de todas sus fuerzas, abrió la puerta, ésta no estaba atrancada. Entró. Su padre tenía la mirada perdida, echaba espuma por la boca, convul-

sionaba de una forma horrenda, sudaba a chorros, se hallaba atado a la cama con parte de las sábanas. Y ella estaba allí, paralizada, con una mueca de horror en su rostro, sosteniendo una vasija con restos de un líquido, sospechosamente parecido al que le había dado a él en el refugio. Su padre comenzó a gritar, muy fuerte, él nunca hubiera creído que alguien pudiera gritar de esa manera. Ella saltó encima de su padre, tratando de sostenerlo, de hacerle callar, fue inútil. Se comportaba como si estuviese poseído por el diablo; no pudo controlarlo y los vecinos terminaron por entrar a la fuerza al recinto. Marko lloraba y no atinaba a hacer otra cosa que eso, llorar; alguien le tomó entre sus brazos y le tapó los ojos mientras le repetía: "no mires mi niño, no mires". Su padre, en algún momento, dejó de gritar y entonces otras voces se dejaron escuchar: "¡bruja! ¡Bruja! ¡Asesina! ¡Bruja!" la escena se desvaneció en su mente dando paso a ese dolor que ya era parte de sí.

Despertaba a otra pesadilla: la real. A ese catre odioso, al escalofrío de la fiebre, a ese embotamiento. Un desdibujar de la existencia, pues aquello no era sobrevivir. ¿A qué se aferraba? ¿Por qué no moría?

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó una voz masculina.

Trató de ver quien era, no pudo, le dolían los ojos de una manera increíble. Aunque lo asombroso era que entendiera lo que dijo, tomando en cuenta la intensidad de su padecimiento.

—Unas seis horas —contestó Katja.

"¿Seis horas?" Pensó. Sentía que tenía semanas, meses, desde que le había dado la sangre negra, echado en ese remedo de cama. Y he allí que creyó com-

prender la composición del lúgubre y desagradable líquido. ¡Sangre! ¡Había sido sangre! ¿Pero qué clase de sangre? ¿De algún animal? Lo espesa que era la sustancia le daba esa idea. ¡Su Padre! ¡También le había dado de beber sangre! Eso lo mató. Ella lo mató, engañándolo, seguro como lo había hecho con él. ¡Dios santo! Estaba en manos de la asesina de su padre y no concibió otra salida a su situación que tratar de escapar. ¿Escapar cómo? No tenía fuerzas ni para alzar la vista, sus sentidos no funcionaban de forma adecuada; trató de mover un dedo y no pudo, era inútil, su cuerpo no respondía a las órdenes, solo respondía al dolor, a estímulos vagos como la luz y los sonidos y eso sólo cuando tenía esos accesos de "tranquilidad". Inutilizado para cualquier otra acción se limitó a tratar de oír lo que discutían su ex madrastra y el interlocutor desconocido.

—No debiste intentar convertirlo. No aprendiste de la última vez —le reprimió el hombre.

—Lo siento —expresó, compungida —supongo soy una tonta sentimental.

—Al parecer no soy el único. Acepto el reproche. Me toca arreglar las cosas por ti de nuevo. Me lo voy a llevar, hay que sacarlo de aquí.

—¿Llevártelo? ¿Por qué? ¿A dónde?

—No sólo a él, a ti también. Esta es una zona de guerra, no es seguro para ti. Para nadie. Por lo que puedo observar ya él no se va a convertir.

—¿No es demasiado pronto para decir eso?

—No. Sé muy bien lo que digo.

—¿Entonces morirá?

—No necesariamente. Si ha aguantado hasta este punto puede que sobreviva, pero su cuerpo rechaza

tu sangre. No se convertirá, de eso estoy seguro. Si de mí dependiera le mataría ahora mismo. Estoy tomando en cuenta tus sentimientos por él. Dejaré su destino en manos de los dioses.
¡Su sangre! No era sangre de animal. ¿De qué iba todo aquello? No entendía nada. ¿Para qué le daría de beber sangre? ¿Tratar de convertirlo? ¿En qué?
—¿Por qué matarlo? ¿Qué necesidad hay de ello? —Le preguntó ella, con voz triste.
—Podría contarle a alguien que existimos.
—¿Y piensas que alguien le creería?
—No lo sé, vivimos épocas extrañas, donde la industrialización y la ilustración se mezclan con los viejos mitos. Y eso debemos seguir siendo, un viejo mito y evitar caer en las garras de la ciencia —puntualizó.
Ella no contestó. En su silencio había una aceptación tácita a la decisión, a su razonamiento.
—Ayúdame a sedarlo, partiré al atardecer, la oscuridad será nuestro amparo. Luego que lo deje a salvo vendré por ti. Destruiremos el refugio y nos iremos de aquí.
—¿Sedarlo?
—Sí. Aún le falta mucho dolor por procesar, al menos tres o cuatro días, mientras se recupera. El viaje para mi será más cómodo si está sedado. El silencio es importante. Necesitamos pasar desapercibidos. Hay una guerra en curso y hay demasiados dedos en los gatillos, prestos a disparar sobre lo que se mueva sin preguntar. No necesito un tipo quejándose y gritando todo el camino.
"¡Tres o cuatro días!" Pensó él. Sí, mejor que lo sedaran. Estaba asustado, no pudo estar menos de acuerdo con el hombre desconocido.

—Está despierto, Augustus —señaló Katja, revelando el nombre del individuo.
—No por mucho —estableció el hombre, mientras lo sedaba —viajaré hacia el sur, siguiendo al río Bug Oriental, con suerte…
Y fue lo último que escuchó Marko. El sedante hizo su efecto.
Se hizo de noche en su mente por tiempos indeterminados y la luz del día le trajo otra realidad. Estaba en un hospital. Se hallaba agotado, entumecido. Ya no sentía el intenso dolor de antes, una mejora enorme. El sol entraba a raudales por las ventanas. Una enfermera estaba presente al despertar, le habló en un idioma extraño, él le respondió en su propia lengua y fue evidente que la chica no le comprendió. Obviando el asunto, la enfermera chequeó la temperatura y otras consideraciones, hizo señas de que esperara y no se levantara. Luego salió de la habitación. Marko intentó calmarse, sea cual fuere la situación, era un cambio positivo, radical, quizás. Existía un contraste de la anterior oscuridad y sensación de opresión con las ventanas, la luz, lo limpio que se veía todo a su alrededor. Observó que, alejados unos de los otros, se encontraban cuatro o seis pacientes más, en un recinto donde había al menos veinte camas. Una bandera a medio izar se observaba desde una de las ventanas. Tres franjas verticales de colores rojo, amarillo y azul. Podía reconocer el escudo. Se hallaba en Rumania.

IV
MITOS

Valencia, Venezuela, noviembre de 1996.

Marcos Julio estuvo muy ocupado los primeros días después de su mudanza; no era solo desenvolver paquetes y cajas, clasificar y ubicar. Tenía que acostumbrarse a una nueva rutina, a una ciudad que no conocía, lugares inéditos, hábitos, el sistema de transporte público, etc. El trabajo era lo único familiar en todo aquello y, sin embargo, también allí había elementos extraños: los compañeros, el nuevo jefe, los pasillos, la oficina misma, hasta el dispensador de agua era una cosa anómala.

Valencia resultó ser una ciudad algo desordenada para sus gustos, si necesitaba ir a la Universidad, estaba ubicada al extremo norte, la Alcaldía al Suroeste, el Teatro Municipal en el centro, las instituciones de arte un poco más al norte, el Hospital Central al extremo este. Todo estaba situado lejos de todo y tomaba cierto tiempo ir de un lugar a otro. El tráfico era semejante al de Caracas, magnificado por el caos de las obras inacabadas del Metro local. Si al menos contara con esa línea de tren subterráneo activa, las cosas se simplificarían mucho. En Caracas, el Metro te llevaba a todos lados en cuestión de minutos, comprabas un ticket y ¡voila! Llegabas a tu destino con seguridad y buena hora.

En Valencia no. Tomaba entre 30 minutos y una hora ir de un sitio a otro dentro de la misma ciudad. Eso sin contar que el clima era distinto, más

caluroso, aún y cuando ya discurría noviembre, hacía mucho calor; lo cual terminaba por hacer todo más incómodo y engorroso de lo que ya era. Su residencia se encontraba cerca de la sede del periódico, al cual estaba trabajando. En la Avenida Soublette, a escasos 300 metros del recinto. Una ventaja enorme, dada gracias a los encomiables esfuerzos de su antiguo jefe, quien le ayudó a conseguir el referido alojamiento, no podría agradecerle por ello ni en tres vidas. En las mañanas caminaba tres cuadras abajo y en las tardes tres cuadras hacia arriba. Era este el periódico más grande de la región, que como institución periodística había crecido mucho, tanto así que ya estaba construyéndose la nueva sede al norte de la ciudad, en una localidad llamada Naguanagua. Una vasta estructura que llevaría el nombre de su fundador, con centros comerciales, áreas verdes, museo, sala para conciertos y conferencias, entre muchos otros atractivos. Sin duda apostaban en grande. Así que, en mejor institución, no podría estar. En una visita programada pudo ver parte de las obras, vaya que era enorme, un edificio que empequeñecería al noble inmueble que albergaba la sede actual.

Lo dicho, estuvo tan ocupado en diversos quehaceres que el asunto del "Diario" quedó relegado a un segundo plano. Y quizás hubiera seguido así, de no haber recibido por correo, un paquete desde Caracas. Un diccionario húngaro-español, español-húngaro. Lo había pedido como favor personal a la asociación húngara-venezolana. No era un texto que hubiera podido conseguir en alguna librería local, así que la ayuda era tan necesaria como agradecida. Al verlo recordó la tarea pendiente y puso manos a la obra.

La primera página era una especie de prólogo. Ya había leído parte de ella, sin entender algunas frases por completo. Por lo que al principio pensó que lo extraño de su contenido se debía a una mala traducción de su parte. Una cosa es hablar el idioma, otro es leerlo y qué no decir de escribirlo. Sin embargo, no era así. El diccionario confirmaba la primera lectura. "Querido nieto, sé qué hace mucho no nos comunicamos. Circunstancias de la vida, errores propios y ajenos, la providencia y la fatalidad alejaron nuestros caminos. He sabido que estudias periodismo y que eres una persona inteligente, curiosa y ecuánime. Hubiera querido dejar esta información a tu padre, a mi hijo, pero él nunca me prestó atención. Para él eran locuras de la vejez, algún síndrome postraumático, producto de la guerra. Y de tanto insistir en el asunto terminé por aburrirlo, espantarlo, alejarlo de mi lado y a ti, con él; mi propia sangre. Y es que, aún hoy, no estoy senil, tengo dominio de mis cincos sentidos, se de lo que hablo, de lo que escribo. Tengo la certeza más allá de la duda, pues he vivido experiencias que pocos podrían contar y los que podrían: ya están muertos. A estas alturas me siento como el último de los mohicanos y no puedo morir y llevarme estos secretos a la tumba. Siento que mi fin se acerca, ya mi tiempo en la tierra acabó y la verdad es que yo también deseo descansar, estoy cansado, muy cansado. Debo traspasar mi legado, si es que lo puedo llamar mío; en todo caso es una información que poseo y deseo comunicártela. Confío en que le darás el mejor uso, ya sea para callarla o para divulgarla, eso quedará a tu criterio. Y ya no le doy más cuerda al tema, necesario es que sea conciso y crée-

me, digo la verdad, una verdad tan grande como que Alá está vivo: Los Vampiros existen".
Y allí estaba, no cabía duda. El diccionario bien lo expresaba la palabra húngara para vampiro: *vámpír*. Aunque pareciera evidente con la lectura superficial, era ahora una confirmación segura. Hubiera querido otro significado para esa frase: "los Vampiros existen". Sí, en las películas, en la literatura de terror, en las revistas y en caricaturas. Allí es donde existían y adonde debían pertenecer. Quizás el abuelo estaba loco de atar. Era lo que siempre le dijo su padre, el abuelo estaba chiflado y no era una locura normal, él la consideraba peligrosa. A parte de alguna que otra comunicación cada dos o tres años su padre había cortado todo vínculo con el abuelo. Puso una barrera de cuatro países de por medio. Entendía, en parte, ahora ese constante huir hacia el sur, aunque todavía le parecía exagerado. Quizá se pudiera haber resuelto o mitigado al menos, con tratamiento psiquiátrico o alguna otra solución. Sentía que había un secreto, algo que nunca le contaron, algo íntimamente relacionado con él y que llevó a sus padres a esa drástica decisión de, no solo abandonar el país, sino también realizar esa constante mudanza. No había ciudad, pueblo, lago, fortaleza o montaña, que fuese segura de forma suficiente; era como si Herodes les persiguiera y ni en la ciudad de Alejandría se sintieran protegidos.
Marcos Julio, resignado y ya picada su curiosidad decidió continuar con la lectura. Pasó a las siguientes páginas:
"Debo comenzar comentando un hecho: la notoriedad de estos personajes en la cultura popular ac-

tual es su mejor baza. Qué mejor forma de esconderse sino bajo sus propias narices. Al extenderse el mito, todos saben que es un vampiro, pero nadie en sus cabales admite que existan. En el pasado, en el Medioevo, que fue una época para ellos de auge en muchos sentidos, llegaron a concentrar verdadero poder, el necesario para su propia seguridad, no demasiado para llamar la atención. Eso condujo a una vida de excesos y acciones que han sido calificadas de crueles e inhumanas, sin embargo, no llevó a la gente a creer que esos personajes fuesen vampiros. Ahora, en plena época de las luces, las personas se vieron atraídas por el gusto hacia lo gótico, hacia lo sobrenatural. El mito se hizo atractivo y comercial. Drácula enamoró a una generación tras otra y desde la invención del cine el asunto tomó otro carisma. "Nosferatu, una sinfonía de horror", en 1922, significó el inicio de esa fascinación filmográfica por el ser vampírico y Bela Lugosi terminó de darle modernidad al vampiro; la imagen del ser seductor, todo poderoso, inmortal, sin escrúpulos ni remordimientos. El No-muerto que se alimentaba de la sangre humana. Pero resulta ser que detrás del mito, las leyendas, las luces y las cámaras, se esconden los verdaderos vampiros."

"He aquí una pequeña lista de los mitos que se han extendido a través de los años, ya sea por culpa de las películas o historietas, novelas, relatos, etc."

"Los vampiros no soportan la luz del sol".

"El mito nos dice que: como criaturas nocturnas y demoniacas, la luz solar los destruye. Sin embargo,

un vampiro no arde como un madero seco, impregnado de combustible, al ser expuesto a la luz del sol. Lo cierto es que, si bien su tolerancia a la luz solar es baja, pueden actuar de forma limitada durante el día. Gracias a los bloqueadores solares, que se consiguen en la actualidad en cualquier farmacia o establecimiento comercial, esa actividad ahora es, en la práctica, ilimitada. Son fotosensibles y en casos de exposición extrema pueden recibir mucho daño, pero es muy difícil que mueran de insolación. Las consecuencias van desde el simple enrojecimiento de la piel a quemaduras focalizadas; según sea la cantidad de exposición a la luz. Sufrirán todos los síntomas propios de una insolación severa. Esto se debe a una deficiencia congénita, en la producción de melanina en la piel, la cual no se produce con un ritmo normal. Los rayos ultravioletas también pueden causarles algún daño y dolor, pero en definitiva no es una debilidad mortal."

"Los vampiros no se reflejan en espejos".

"Esta aseveración es bastante tonta y arcaica. Se basa en la supuesta falta de alma en los No-muertos. Muchos de los mitos sobre ellos tienen origen en las creencias judeo-cristianas sobre un tema u otro, por lo cual ellos son culpables indirectos de mucho de lo expuesto. Según ello el vampiro es un ser que ha renegado de Dios y dado que está muerto ha perdido su alma y su capacidad de reflejo. Es falso: se reflejan en un espejo como cualquier persona u objeto".

"Los vampiros no soportan el ajo".

"Son hipersensibles al Ajo en su mayoría, pero es poco probable que ese elemento pueda provocarle la muerte, lo normal es que presenten síntomas similares de una intoxicación o reacción a una alergia. Erupciones, afecciones al sistema digestivo, etc. El famoso collar de ajos es la defensa más inútil que se puede concebir contra ellos. Más efectivo sería dárselos a comer, pero es difícil tarea hacer que un vampiro ingiera ajo, ya sea por voluntad propia o por coacción. Por lo que se debe desechar el uso del ajo como elemento defensivo. Para lo que sirve el ajo es en las labores de detectar a un posible vampiro. Al percibir el ajo en una comida la rechazarán o comerán poco. No es una prueba definitiva, pero ayuda a ir descartando aspectos".

"Fuerza y rapidez sobre humana".

"En las películas y libros, por línea general, se observa que despliegan una fuerza inaudita o una velocidad increíble contra sus enemigos, se les ve o describe haciendo proezas como levantar pesos extremos o destruir cosas con las manos desnudas, etc. La verdad es que tienen tanta fuerza como un ser humano promedio. La diferencia estriba que, en determinadas circunstancias, pueden someter a un esfuerzo extra a sus músculos. Lo que pudiera dar la impresión de fuerza sobre humana o una extrema rapidez de movimientos, eso les da una ventaja pasajera, en situaciones de peligro o de ataque, pero ese impulso tiene sus límites. No puede ser extenso y luego requiere de descanso, sangre y alimento para recuperarse. El tiempo de la recuperación es proporcional al esfuer-

zo realizado. Dada esta limitación, el vampiro hará uso de esa característica durante periodos muy cortos. Con entrenamiento, conocimiento de sí mismos y disciplina pueden regular el uso de esa fuerza extra por periodos de segundos, recuperándose en el mismo periodo, repitiendo la dinámica las veces que sean necesarias hasta solventar la situación a la cual estén sometidos. Al utilizar ese método de manera continua pudieran dar la impresión de ser muy fuertes y resistentes, cuando en realidad no lo son. La misma consideración debe aplicarse a la velocidad de sus movimientos, pueden moverse más rápido de lo normal, pero por periodos cortos. No existe tal cosa como la velocidad demoniaca".

"El agua bendita es arma defensiva contra los vampiros".

"Agua bendecida por un sacerdote cristiano carece de algún efecto sobre ellos. De igual manera las cruces, la Biblia y/o cualquier elemento o ritual judeo-cristiano. De hecho, ningún ritual de alguna religión o dogma. Otra vez hay que olvidarse de los estereotipos del cine y la cultura popular".

"Las balas de plata pueden matar vampiros".

"En realidad una bala regular, disparada a un punto vital puede causar el mismo efecto. Pero siendo realistas lo ideal sería propinarles un disparo en la cabeza o en el corazón. Y siempre que se pueda: con un arma de alto calibre. Entra en las posibilidades que un arma ligera no haga suficiente daño y el vampiro se recupere luego".

"La víctima de un vampiro al morir se convierte en uno de ellos".

"No todas las personas se convierten al ser mordidas por un Vampiro. Si la persona muere (en el caso que el vampiro lo desangre) no hay posibilidades de conversión, tiene que estar vivo para que se dé esta circunstancia. El proceso de conversión se realiza inyectando en el torrente sanguíneo una cantidad determinada de sangre vampírica, según el peso corporal y edad del aspirante a converso. Es un proceso delicado, complejo y que no da garantías de conversión, muy pocos intentos son exitosos, pocos sobreviven y si el proceso es fallido, la persona expuesta, muere, víctima de una especie de leucemia severa. El proceso de transformación varía de unos pocos días hasta meses, dependiendo de la edad y resistencia del individuo; aparte es un procedimiento doloroso, que conlleva efectos secundarios inmediatos a su conversión que luego, poco a poco, se van disipando a medida que se consolide la transformación. Existen casos donde la víctima sobrevive sin convertirse. Es un evento extremadamente raro, solo he sabido de un caso en que la víctima sobrevivió. Por más que investigué no conseguí evidencias que hubieran ocurrido otros casos. Aparte de intentos de conversión que yo mismo observé (todos fallidos) que más adelante detallaré, si es posible".

"Los vampiros tienen colmillos de murciélago".

"Los caninos de los vampiros no se asemejan a los dientes de los referidos mamíferos voladores, como

es de creencia común. Muy poco tiene que ver su dentadura con las clásicas escenas hollywoodenses, el vampiro de colmillos alargados. En gran medida el mito de las dos marcas en el cuello fue diseminado por los mismos vampiros en el pasado para crear confusión y misticismo alrededor de sus figuras; emparentándose con el murciélago, un animal de costumbre nocturnas".

"Los Vampiros beben sangre".

"Falso. No beben sangre. La filtran a través de las encías mediante unas válvulas bucales, especializadas, que se desarrollan posterior a su conversión. La sangre no debe llegar al sistema digestivo sino a su torrente sanguíneo. Al menos antes era así, ahora son más limpios y clínicos, una transfusión es más práctica, menos aparatosa y menos llamativa. Sin embargo, en situaciones extremas, recurren a la obtención de la sangre a la antigua. Con la clásica mordedura al cuello".

"Los Vampiros se alimentan de sangre".

"Un Vampiro no se alimenta de sangre, debe comer para subsistir; la sangre que consumen se utiliza para sustituir la pérdida de la misma. Esa necesidad ocurre por otros aspectos fisiológicos. Según se pudo descubrir: el vampiro produce sus propios glóbulos rojos, pero estos se desgastan muy rápido y de allí nace la necesidad de reponer los eritrocitos de una fuente externa, que en este caso sería un ser humano. Los tiempos de reposición y las cantidades de líqui-

do varían de un vampiro a otro y también se rigen por otros factores como traumas, enfermedades (sí, los vampiros se enferman, muy poco, pero se enferman), daño recibido y otras causas. Se piensa que, al absorber los glóbulos blancos, anticuerpos y plaquetas, refuerzan su sistema inmunológico, mientras más longevo el vampiro menos propenso es a las enfermedades. Aunque esto último es una conjetura, nada de lo observado y estudiado hasta ahora da indicios de lo contrario".

"Los Vampiros son inmortales".

"Son longevos, envejecen más lento, pero no son inmortales. El proceso de senectud varía según las características, metabolismo, la calidad de vida, alimentación, el medio ambiente y la capacidad de adaptarse a la rutina diaria sin ser descubiertos. Pueden morir por traumas severos a sus órganos vitales, en especial el corazón y el cerebro. La ventaja frente a un humano normal es su alta capacidad regenerativa y su fuerte estructura ósea la cual protege muy bien el cuerpo".

"Los Vampiros descansan en ataúdes".

"Un fraude victoriano acrecentado con la llegada del cine. No hace falta ahondar mucho en ese asunto."

"Los Vampiros vuelan y se convierten en murciélagos".

"Los vampiros no son mágicos, no tienen poderes para volar o convertirse en tal o cual especie animal.

Tampoco poseen poderes especiales para hipnotizar, no tienen control sobre las bestias, ningún poder psíquico ni paranormal, nada de eso. De nuevo la cultura popular nos retrata una imagen falsa acerca de ellos".

"Los Vampiros no están ni vivos ni muertos".

"Están vivos, la leyenda del No-muerto se originó en épocas anteriores al Medioevo. Hay reportes, relatos e historias de vampiros registradas desde fechas tan lejanas como 1047 D.C. Donde se hace referencia a cierto príncipe ruso Volodymyr Yaroslavovich 'Upir Lichy'. Luego se usaría la palabra 'Upir' para referirse a los vampiros, lo que, según algunas fuentes, derivaría con el pasar de los años, a la palabra búlgara Vampir. En las mitologías griegas y romanas se pueden encontrar a varios seres que se alimentaban de sangre, *Lamiae, Empusae* y *Striges*, entre algunos nombres. Pero, nomenclaturas aparte, cosa que se extendería mucho de explicar, la realidad es que están vivos y viven más que una persona normal".

"Un Vampiro no puede entrar a una casa si no es invitado".

"Otra falsedad generalizada por la cultura popular. Un vampiro entrará a una casa sea o no invitado, si así lo desea".

"Los vampiros pueden engendrar, al copular con una mujer virgen, a un ser mitad vampiro, mitad ser humano".

"Conocidos en la cultura popular como *Dhampiros*. No existe tal cosa como un híbrido, el hijo de un vampiro. Los vampiros son estériles. En el proceso de conversión pierden la capacidad de reproducirse de manera sexual. Se conjetura que quizás en los estados próximos a la conversión un vampiro podría tener cierta capacidad de reproducción, pero eso no ha podido ser comprobado de manera concluyente".

"Estos son en su mayoría los mitos sobre Vampiros. Debes tomarlos en cuenta para que no confundas este escrito con literatura barata o con un delirio hollywoodense".

Marcos Julio, observó la hora, era casi las 12:00 a.m. Había consumido las horas sin darse cuenta. Estaba agotado, había sido suficiente de traducir y leer por ese día. Solo fueron unas pocas páginas, pero le tenían confundido. Difícil era aceptar el contenido, difícil desechar sus ideas, por muy desequilibradas que se visualizaran. Aún en lo desordenado de la escritura había cierta lógica aplicada. Si uno se ajustaba a las afirmaciones contenidas, representaba un enfoque muy diferente a las leyendas habituales, lo cual, si no era cierto, al menos resultaba interesante. Llamó su atención algunas frases, que sugieren algún tipo de investigación hecha por otras personas distintas al abuelo. Más intrigante aún: la mención de 'intentos de conversión supervisadas por él'. Eso insinuaba una experimentación con seres humanos. Los propósitos y fines de dichas pruebas parecían tener un interés más allá de la curiosidad científica. Las ponderaciones éticas del asunto no hace falta expo-

nerlas. Razón tenía Nietzsche cuando dijo: "cuando combatas monstruos ten cuidado de no convertirte en uno en el proceso". Tiempo habría ya de revisar el resto del cuaderno y pensar en cómo descubrir la veracidad de lo que allí se afirmaba. Ahora mismo solo quería dormir.

V
KATJA

Cercanías de Huedin. Imperio Austro-húngaro (Actual Rumania) Otoño 1895

Había pasado dos días desde el incidente, sin embargo, aún no reaccionaba. Seguía viva, eso era indudable pero aparte de eso no había otra seguridad. La herida en la cabeza ya había cicatrizado bastante, la hinchazón también estaba remitiendo. Las dimensiones del cráneo de la chica estaban acercándose a parámetros normales. Con mucho esa era la herida que más le preocupaba. Cabía la posibilidad que tuviera lesiones cerebrales irreparables y quedaran algunas secuelas en sus capacidades motrices o de comunicación. Él, Augustus Albanius, se había detenido y levantado un improvisado campamento cerca del rio Somes Pequeño, mientras ella se recuperaba lo suficiente para continuar el viaje.

Era un paraje bastante pintoresco. En una curva del río alguien había instalado una pequeña cerca, de unos veinte metros de largo. Se veía muy bonita, adornaba el panorama, no entendía que función podría tener. ¿Acaso era vestigio de una valla más larga y resguardaba alguna construcción? Era difícil saberlo. No había a quien preguntar y en el fondo era algo que debía agradecer. La soledad del paraje. Unos pocos árboles, altos y de tallo recto, proporcionaban una efímera sombra. En contraste con el frondoso bosque al otro lado del río, cuyos interiores se perfilaban oscuros, aunque no sombríos, su aspecto era

más bien tranquilo. La hierba se encontraba bastante corta, el ambiente era fresco y tener una fuente de agua cerca representaba una ventaja. ¿Por qué había intentado convertirla? ¿Por qué a ella y no a los otros? Intuición, sexto sentido, incomprensible razón que de seguro tenía más base en el sentimentalismo que avanzadas conclusiones metafísicas.

La observó. Era difícil no encariñarse con ella a primera vista, tan pequeña y tan grácil, era más cabello que gente; pero le inspiraba de alguna manera afección y ternura. Se sentía algo pueril, ¿será que así sienten los padres? Se preguntó. Para luego es cierto que se estaba haciendo viejo. Muy viejo. No debería estar perdiendo el tiempo en pensamientos tontos. Mejor era ser práctico. Y si tocaba hablar de cosas prácticas, el vestido que había rescatado del incendio para ella, era lo contrario. No hubo ocasión ni contexto para aplicar alguna regla de selección y ahora tocaba aceptar las consecuencias. Resultó ser uno de esos típicos trajes gitanos del sur de Hungría, un Kalotazeg, con varias capas de tela en sus faldas, una multitud de bolsillos y adornos, bisutería, botones; era ardua tarea decir si el vestido era negro, blanco, amarillo, verde o rojo; había tantos colores, estampados, bordados y parches. No había logrado encontrar un gorro, cuando estuvo hurgando entre los restos quemados, hacía algo de frío y adonde se dirigían haría más frío aún. Envuelta, en medio de todo el despliegue de tela y encajes, había encontrado una pequeña caja. Contenía un violín, algo desvencijado pero funcional, tenía unas marcas en su mástil, de las cuales solo pudo descifrar la letra K como inicial. Decidió guardarlo y llevarlo consigo, no era

un objeto indispensable, pero tampoco ocupaba mucho espacio. Era como ella: menudo y liviano. La ropa original de la chica, estaba manchada de sangre y llena de jirones, no servía, hubo de ser desechada. Ahora, el vestido, práctico o no, debía cubrirla. No debía viajar con ella medio desnuda y menos con esa herida en la cabeza. La discreción siempre era importante, por más solitarios que fueran los parajes adonde se encaminaban.

Antes de continuar le hizo un pequeño chequeo, el brazo derecho parecía estar sano, la fractura ya estaba soldada, pero le dejaría un poco más de tiempo el entablillado, igual ocurría con su pierna izquierda. Le tocó el torso con cuidado, no tenía costillas rotas, el corte en su costado izquierdo, hecho con alguna daga o puñal, estaba cerrado por completo. Los múltiples moretones y magulladuras eran cosa del pasado. La conversión había sido exitosa y su rápida recuperación era una prueba fehaciente. La fase inicial de la transformación era así, básica en su comportamiento. Primero arreglar lo que está malo y luego a hacer los cambios más profundos.

Ella era pequeña, aunque fuerte, sus deseos de vivir le ayudaron a resistir. De seguro luchó con los atacantes, defendió su vida y su dignidad. Aun en su depravación los perpetradores terminaron por respetar su femineidad; no pasó así con las otras mujeres del campamento, por lo que pudo constatar habían sido violadas antes de matarlas con crueldad. Quizás ya habían saciado sus bajos instintos cuando dieron con esta adolescente, menuda, con más cabello que cuerpo, escondida en algún carromato de la caravana. Les dio pelea, o al menos eso imaginó. La golpearon con

un objeto contundente en la cabeza, además de la ya referida puñalada y una cantidad obscena de golpes. Se ensañaron con ella hasta cansarse y la dejaron allí dándola por muerta.

—Eres una chiquilla muy resistente —le dijo mientras le vestía, como si esta pudiera oírle —y peluda — agregó —es sorprendente que haya una persona debajo de todo este cabello.

—¡Katja! ¡Katja! —exclamó ella de improviso.

Él se sobresaltó al oírla. Le tomó por sorpresa la reacción. Al recuperar la compostura se percató que había sido solo eso, un reflejo. No abrió los ojos, había dicho ese nombre; fue algo involuntario, todavía estaba inconsciente. Era poco, sin embargo, muy significativo, representaba que el daño cerebral era mínimo o al menos curable.

No tenía que ser muy perspicaz para darse cuenta que gritar ese nombre fue la última orden que su cerebro había emitido antes de desmayarse. Y también explicaba en parte el porqué de tanta fiereza aplicada en la defensa y por qué había salido de su escondrijo. No era tanto que la descubrieron, sino que salió en defensa de la persona con ese nombre, cualquiera haya sido la afinidad entre ambas. Decidió, a falta de mejores opciones y como un homenaje póstumo a esa persona desconocida, llamarla así, Katja. Y como le pareciera suficiente agitación por un día, luego de vestirla, se recostó un rato entre la menguante sombra de los árboles, reiniciaría el viaje hacia el sur cuando cayera la noche, la oscuridad era su eterna aliada, muchos le temían, él no. Había pocas cosas en el mundo que le hicieran perder el temple y la noche no era una de ellas.

Llegada la oscuridad, retomó el viaje, cubrió las primeras etapas del recorrido a caballo, el pequeño tamaño de Katja lo permitía. La luna brillaba con intensidad, en el despejado cielo nocturno, la visibilidad era buena, no halló transeúntes, ni cazadores, ni lugareños, ni rastros de otros seres, más que los animales nocturnos que salían a acechar sus presas y procurar su alimento. Sin embargo, al llegar al pie de los Montes Apuseni, hubo que seguir a pie. El caballo no era práctico, mejor hubiera sido una mula. Descansó con ella otro día. Esperó el tardío atardecer de octubre, se acercaba poco a poco a las montañas desde el oeste. La penumbra era de nuevo bienvenida, portadora de leyendas y mitos, relatos sobre seres sobre naturales que acechaban en los montes. La noche, era una bendición. Eso mantenía alejada a la humanidad circundante, despejando su camino. A lo lejos: la cumbre del Concurbata Mare proyectaba una moribunda sombra sobre la arboleda. En una de las múltiples cuevas en los montes Apuseni encontrarían un refugio temporal. Una conocida como Coiba Mare.

Pasó un largo día en la cueva antes de que Katja reaccionara de nuevo. Abrió sus ojos con lentitud y susurró algo ininteligible. Augustus se acercó y le animó a que repitiera sus palabras. Y ella lo hizo. Él no entendió lo que dijo. Parecía un dialecto romaní, desconocido para él, así que le habló en latín, la chica pareció no entender; le habló en magiar y su rostro se iluminó un poco. Había entendido.

—Estas a salvo —le dijo para calmarla.

Se hallaba algo agitada, ésta, de nuevo, respondió en su propio idioma. Él le habló entonces en rumano.

Por toda respuesta obtuvo un silencio y unos ojos abiertos de par en par. Intentó entonces alemán, polaco, checo, ruso, italiano. Nada, el mismo resultado. Seguiría con el húngaro, al menos parecía entenderlo. Procedió entonces a relatarle lo que le había ocurrido y donde se encontraba, con quien estaba y como se había salvado. No sabía que tanto había comprendido, pero al menos se había calmado.

—Eras parte de una caravana gitana que acampaba cerca del río Somes Pequeño. Fue asaltada por ladrones o quizás un grupo de radicales xenófobos. No puedo asegurarlo, cuando llegué ya se habían marchado. Te hallé entre los escombros y te saqué de allí. Te curé lo mejor que pude y te traje a este refugio en las montañas. ¿Recuerdas algo? —le preguntó él.

Ella negó con la cabeza, al tiempo que se llevaba la mano izquierda a la herida en el cráneo y señalaba su brazo entablillado con algún gesto de dolor en su rostro. Sin embargo, no dijo nada, las palabras no le salían o quizás pensaba que su interlocutor no hablaba su idioma y pareciera inútil cualquier pregunta o comentario.

—Te golpearon en la cabeza, quizás por eso no recuerdas nada. El brazo derecho también sufrió de lesiones fuertes.

Le dolía la cabeza, eso era evidente. No tenía nada para aliviarle su dolor. Estimo que el brazo ya debería estar curado por completo. Probó quitarle el entablillado, ella no opuso resistencia. Con delicadeza le hizo realizar varios movimientos y palpó, de manera secuencial, a varios niveles del mismo. Estaba en lo correcto, había sanado y no existía la necesidad de mantener inmovilizado el brazo.

—¿Puedes levantarte? —preguntó.
Ella frunció el ceño.
—Levantarte —repitió, mientras hacía ademanes con la esperanza que le entendiera.
Katja se levantó. Augustus le ayudó, ofreciendo su brazo izquierdo como apoyo. Sí, pudo erguirse, aunque casi de inmediato perdió el equilibrio. La sostuvo y le animó a caminar. Ella lo intentó. Dio unos pequeños pasos, no fue mucho. Le sentó de nuevo, no era prudente esforzar su cuerpo tampoco. Poco a poco recuperaría la fuerza y la confianza. Conjeturaba que el golpe en la cabeza, si bien había sanado bastante, afectaba su sentido del equilibrio. Le indicó como pudo que volviera a recostarse en la colcha. Hubiera querido tener una cama donde recibirla, como no fue un encuentro programado, sino más bien cosa del destino y la casualidad, él no estaba preparado para ello.
—Katja —le llamó, enseñándole la K en el violín —¿tu nombre es Katja?
Ella no respondió, de nuevo frunció el ceño y entrecerró los ojos.
—Augustus —dijo señalándose a sí mismo —Katja —añadió, pero esta vez señalándola a ella.
—Ka- tja — repitió ella, entrecortada.
Él sonrió. Luego, si podía se tomaría un momento para explicarle el porqué de ese nombre. Si bien lo complicado, dado el impedimento idiomático, era explicarle la situación, sobre su cuerpo, de cómo había sobrevivido. Él mismo odiaba la palabra con que se le designaba en esas épocas, sin embargo, no había otra forma de representar la idea. Dudaba entre darle más días para que se recuperara o en ese momento

de decirle la verdad. Quizá, dejar ese tema para después, podría generar alguna situación desafortunada. Había soportado el primer paso de la conversión, eso era cierto, pero todavía pasaría algún tiempo antes que adquiriera todas las cualidades de su nueva condición y no solo eran características a favor, había debilidades y fortalezas. Ella, ahora tenía más debilidades que defensas, era muy vulnerable, sobre todo a nivel mental. Tenía amnesia, eso podría resultar más peligroso que cualquier cosa. Una vampira neófita (de nuevo, como odiaba esa palabra) vagando entre la gente sin saber siquiera quién es o qué es. Eso era aterrador, no solo para ella, para todos; humanos y no humanos. Si actuaba de manera descuidada no solo podría ser cazada por los creyentes de mitos y la sociedad misma, sino que también podría, algún vampiro antiguo, ver en ella un riesgo a su propia seguridad e intentaría matarla, para sellar la amenaza de manera concluyente.

Sin embargo, decidió esperar un poco más. Tenía que remediar en alguna medida primero la insuficiencia comunicativa con ella. Pensamientos que debía desarrollar luego.

—Come —le dijo.

Le acercó un cuenco con sopa. Ella lo tomó y lo despachó en un abrir y cerrar de ojos. Vaya que tenía hambre. Hizo un ademán solicitando más. Él, complacido de alguna manera, le llenó de nuevo el plato, sirviéndose otro poco para sí mismo.

—Sopa… Buena… —exclamó, entre una cucharada y otra.

—Sí, sopa buena —le respondió él.

Augustus se permitió una leve sonrisa. Al menos

conocía la palabra sopa en húngaro y no cabe duda que el viejo dicho es cierto: "Barriga llena, corazón contento". Hasta le soltó la lengua un poco. Una vez terminada la segunda taza, bostezó varias veces y se acurrucó lo mejor que pudo en la colcha. Era normal, hasta deseable, que durmiera, había pasado por mucho en pocos días. Y aunque no estuvo consciente en el proceso inicial de la trasformación, su cuerpo todavía estaba asimilando los cambios, amén que debía recuperarse de las heridas. El reposo era tan requerido como obligatorio, el agotamiento así lo dictaba. Él también se hallaba extenuado, no había querido aceptarlo, necesitaba descansar algunas horas. ¿Cuántos días y noches sin dormir, de manera adecuada, habían pasado desde esa pequeña aventura con la chica? ¿Tres? ¿Cuatro días? No lo recordaba. Luego es cierto que se estaba haciendo viejo. ¡Ja! Eso sí era un pensamiento alentador.

Ella se durmió primero. Él cesó su lucha con el sueño una vez eso ocurrió. Su último pensamiento fue: "un vampiro durmiendo de noche, a eso hemos llegado". A pesar de odiar la palabra le resultó gracioso y se durmió con una sobria sonrisa en los labios.

No durmió mucho. Dos o tres horas eran más que suficiente para su organismo. Aprovechó la madrugada para cavilar sobre el asunto que tenía entre manos. No podían quedarse de manera indefinida en el refugio. Se acercaba el invierno, solo la había llevado allí, porque llevarla a Huedin, a su propia casa, era potencialmente peligroso. En sus cercanías, el grupo al cual ella era miembro, fue asaltado. Los perpetradores de dicha agresión quizá vivían en la ciudad o hacían vida común en sus alrededores. Si la recono-

cieran quién sabe qué consecuencias pudiera tener. Era una época de intolerancia y xenofobia. Los gitanos eran vistos desde una infinitud de puntos de vista, algunos los toleraban, otros les eran indiferentes, pero muchos otros le consideraban una plaga que debía ser exterminada. Y con ese vestido tan llamativo era difícil ocultar el origen étnico de la chica.

Se debatía entre tomar rumbo al sur, hacia Arad o al noroeste, ir a Oradea y de allí a Debrecen. Tomando en cuenta que Katja manejaba algo de húngaro parecía una mejor opción la segunda. Pensó, de nuevo: la discreción era prioridad. En el camino debía procurarle una vestimenta más corriente, algo que llamara menos la atención. Se preguntaba si ella consentiría que le cortasen un poco el cabello. Su cabellera era hermosa, no cabía duda de eso, tenía que considerar cortar lo suficiente para ponerle un gorrito y hacerle unas trenzas. Que luciera como una niña típica de la zona. Aparte se había terminado la comida, sólo quedaba lo suficiente como para pasar el día que aún no amanecía. El agua no le preocupaba mucho, fuentes de la misma abundaban en la montaña, pero no había mucha fauna de la cual sacar provecho. Debía ir al pueblo más cercano a comprar víveres y algunos implementos para el camino. Eso implicaba dejarla sola algunas horas, así sería más rápido el acopio y llamaría menos la atención. No tocaba de otra, tenía que despertarla, explicarle lo mejor posible su situación, pedirle que esperase, mientras él se ausentaba, ya lo había decidido. La ruta noroeste era mejor, para ir hasta Arad había que dar muchas vueltas.

—¡Katja! ¡Katja! —le llamó.

Esta despertó sobresaltada.

—Necesito decirte algo. ¿Cómo te sientes?
Entre bostezos, ella se calmó un poco, hizo un gesto inequívoco de malestar y señalando su cabeza con voz suplicante:
—Duele.
—Sí, sé que duele. Te pegaron muy fuerte —le contestó mientras le revisaba la herida.
No se veía mal. Si había alguna lesión remanente era interna. Solo podría conjeturar que la masa encefálica se había conmocionado con el golpe y como el cerebro es un órgano muy delicado, su intervalo de recuperación es muy distinto al resto del cuerpo humano. Por las muecas de su rostro, dedujo que le dolía más que el día anterior. Debería ser todo lo contrario. Eso no tenía sentido, era una contrariedad y un evento desafortunado, otro peldaño más, en la escalera de sufrimiento que el destino había dictaminado para ella. En fin, no tenía nada para aliviarle el dolor. Debía confiar en que no era más que una crisis neurálgica endoencefálica y que poco a poco se recuperaría por sí sola.
—Escúchame bien Katja. No sé qué tanto me entiendes, te hablo en húngaro porque es el idioma que pareces comprender. Si me entiendes asiente con la cabeza por favor.
Ella así lo hizo. Aunque sin levantar la mirada demasiado. Se notaba el esfuerzo que hacía para asimilar el dolor y al mismo tiempo comprender a su interlocutor.
—Debo dejarte sola por unas horas —. Comenzó por lo más sencillo.
—¿Sola?
Era probable que estuviese entendiendo, tanto como

que no. Con la amnesia y la conmoción del golpe aún no recuperaba del todo su capacidad de retener las ideas. Solo los dioses sabían que pasaba por la cabeza de esa chica.

—Nos falta comida y algunas cosas. Debo ir a un pueblo cercano a comprar víveres. Mientras yo no esté, debes quedarte dentro de la cueva y permanecer fuera de la vista. No es probable que alguien venga, la gente normalmente no frecuenta estos parajes. Más con las leyendas de vampiros y aparecidos que circulan entre la gente común sobre estas montañas.

Katja no respondió. Cuando oyó la palabra "vampiros" abrió los ojos de par en par y comenzó a mirar a todos lados, sobre todo a la abertura de la cueva, nerviosa.

—No te preocupes. Nada de eso es cierto. Al menos no como la gente común lo ve.

Él le tomó el rostro entre sus manos y le obligó a verlo de frente, con toda la delicadeza que pudo.

—¿Te asustan los vampiros? —preguntó.

Ella asintió, visiblemente asustada.

—¿Qué sabes de ellos?

Ella no respondió. La mención del monstruo que se alimenta de sangre, le generaba un miedo demasiado real como para ignorarlo. Aún y cuando no pudiera recordar de manera exacta su significado. De nuevo se le observaba hacer esfuerzo por tratar de entender lo que escuchaba. Ella lo miró a los ojos, luego vio hacia la entrada y terminó por cerrar los suyos propios. Él le dejó llegar al callejón sin salida que era su memoria inconexa. El miedo atávico estaba allí, más como un instinto que como un acto consciente. La mente de un amnésico es una cosa extraña, quien

sabe que laberintos debía recorrer la razón para encontrar la luz y en esta oportunidad, estaba seguro, ganaría el laberinto y la pared de oscuridad le impediría seguir adelante.
Al fin, luego de unos pocos minutos se calmó.
—Monstruo, sangre… —acertó a decir mientras hacía una boca mordiendo su cuello con la mano izquierda.
Sí, la idea común de los vampiros. Él decidió seguir con la explicación.
—Cuando te hallé estabas muy mal. Al borde de la muerte. Fue un milagro que siguieras viva, con las heridas que te habían infligido y la sangre perdida. Te auxilié, te salvé. Pero para salvarte tuve que darte mi sangre.
La mirada de Katja estaba fija en él. ¿Qué tanto comprendía de lo que le estaba explicando? Era un misterio.
—No te asustes, no te voy a hacer daño. Todo lo contrario. Escúchame, escúchame bien —le tomó, de manera suave, de los brazos —no soy un monstruo, solo soy un ser humano con algunos dones y debilidades. Aunque, para mi condición hay distintos nombres, determinaciones comunes que no necesariamente son ciertas. Te pude salvar porque mi sangre tiene propiedades que podrían considerarse curativas, soy lo que algunos llaman "Vampiro", ahora tú también lo eres.
Katja empezó a temblar. Sus ojos los tenía abiertos de par en par. Movía los labios, como queriendo decir algo, quizá gritar. Sin embargo, permaneció muda.
—Necesito que te quedes en la cueva. Es peligroso que salgas de día, yo iré al pueblo más cercano

a procurar comida y algunas cosas. Luego iremos a otro lugar más acogedor que este. Una casa donde tendrás un hogar, el hogar que te arrebataron. ¿Has entendido? No salgas, espérame. Luego, cuando te recuperes del todo responderé todas tus preguntas acerca de tu nuevo estado.

Ella no respondió, bajó la mirada. Inspeccionó su cuello con las manos, buscando las marcas de colmillos.

—No Katja, no te mordí. Utilicé este instrumento —le dijo, mostrándole un rudimentario equipo portátil de transfusión de sangre.

Ella lo tomó entre sus manos, lo observó con curiosidad, le vio al rostro, luego a la salida de la cueva, por donde entraba un hilo de luz. Dos pequeñas lágrimas se asomaron y cayeron con lentitud por su mejilla. El silencio era tal, que se pudo escuchar cuando chocaron contra el frío suelo de la cueva. Sucedido esto: se desplomó en la colcha, aún con el utensilio en la mano. Se había desmayado. Aquello había resultado demasiado para su mente.

Augustus, estaba consternado, algo arrepentido. Obligado por la situación, se había precipitado. No era aún el momento propicio para que ella pudiera asimilar semejante noticia. Sea lo que fuere que llegó a entender. Ciertas consideraciones quedaban abiertas. Si le inmovilizaba con cuerdas evitaría que se fuera, pero también le impediría alimentarse. No podía confiar en el entendimiento que ella podía haber adquirido sobre la situación de su cuerpo, de su nueva realidad. Porque no lo había adquirido, mucho menos asimilado. También existía la posibilidad que le hubiera malentendido por completo y tratara

de huir. Huir del monstruo, del vampiro. No era una decisión fácil de tomar y tampoco había tiempo que malgastar. Decidió entonces sellar cualquier riesgo. Le inmovilizó, con todo lo riguroso que pudiera parecer. Prefería someterla a unas horas sin comer que perderla. Ya sea por prudencia o por el cariño que le había tomado.

Le colocó unas galletas y agua cerca, lo suficiente para que pudiera acceder a ellas a pesar de tener las manos atadas y la luz de una bujía. Lamentó no poder hacer otra cosa que abandonarla en esas condiciones, pero salió de la cueva. Tomó rumbo a Ariseni, el pueblo más cercano con la misión de ser presto y diligente.

Era Ariseni, un pueblo muy pintoresco, con edificios no más altos que dos plantas. Como cualquier pueblo de pie de montaña, era pequeño, pero auto suficiente. La era industrial parecía no haber llegado a esos lares. Realizó las compras sin problemas y de forma rápida.

Sin embargo, cuando regresó, ya muy entrada la noche. Encontró la penumbra de Coiba Mare más intensa que nunca. La bujía se había apagado y no solo eso. Ella no estaba. No había más que un espacio vacío, algunos restos de galleta y rocas desordenadas. Katja no estaba, había logrado desatarse, recogió todo, colcha, comida, enseres, cuerdas y había huido.

VI
EL RELATO DE MARKO
FOLIO I

Valencia, Venezuela, 1996.

Marcos Julio continuó, en la medida que su tiempo se lo permitía, con la traducción del diario de su abuelo Marko Jarkovic:

"Aclarados los puntos sobre mitos y verdades, que, quizá se me escapa alguno. Espero que no. Me toca abordar el porqué, de lo que a primera vista pareciera ser una obsesión insana. Es difícil de entender, es mejor calificar de locura el asunto antes de aceptar una verdad que es considerada dentro de los terrenos de la fantasía, superstición, mitología y folklore".

"Tenía yo unos 5 años cuando mi primer encuentro con vampiros tuvo lugar. Transcurría el año 1895 y mi Padre fue contratado por una importante firma en Budapest; con lo cual se requirió mudarnos a la referida ciudad. Mi madre había muerto cuando era yo muy pequeño y no guardaba más recuerdo de ella que unas fugaces imágenes. Así que solo éramos mi padre y yo, en la travesía. Desde Sarajevo iniciamos un viaje de algunas semanas hasta la capital de Hungría. Con el advenimiento de la doble monarquía y el mal llamado "compromiso", la ciudad de Budapest había adquirido una preponderancia económica e influencia cultural en el Imperio. Existía algo de política involucrado en la decisión para el cambio de trabajo y la subsecuente mudanza, no recuerdo dichas razones; no me fueron dichas o no me importaban. ¿Qué podría interesar a un niño esos temas? Lo poco

que recuerdo es que estaba yo feliz de compartir con mi padre. Por su ocupación era poco el tiempo que estaba en casa, la institutriz que cuidaba de mí, no pudo o no quiso viajar con la familia. En realidad, poco o ninguna memoria guardo de ella, no recuerdo si era anciana, joven o un familiar lejano. Sólo tengo la certeza que alguna vez existió alguien que me cuidó mientras vivimos en Bosnia. Cuestiones aparte llegamos a nuestro destino. Nos instalamos en un apartamento del Barrio del Castillo, cercano a la Iglesia de Matías, en un callejón que actualmente se conoce como Móra Ferenc, cerca quedaba un mercadillo de productos artesanos, que creo que aún existe".

"Por circunstancias que no recuerdo salimos una mañana de paseo y en la tarde regresamos acompañados de Katja, una joven gitana de unos 15 años. Mi padre, hombre bondadoso y libre de prejuicios raciales le salvó de una situación de indigencia e hizo de ella mi niñera. Ella me cuidaba, mientras él se iba a trabajar. Era una chica menuda, de contextura delgada, cabello castaño muy abundante y ensortijado, cabellera que representaba la mitad de su peso total. De rostro afable, no era la chica más hermosa del mundo, pero tenía cierto aire de exotismo; con los ojos algo rasgados, de color miel; la piel blanca, pero de un tono ligeramente oscuro, casi canela; de nariz pequeña, respingada, puntiaguda, como apuntalada por hilos invisibles; unos labios gruesos que no guardaban una relación de equilibrio con la diminuta longitud de su boca. Katja Kinslenya le llamaban, quizá no era su apellido, sino un apodo, por el reducido tamaño de su estatura. De mirada triste, me cuidó con

esmero y con mucho cariño, eso no lo puedo negar. Recuerdo pocas cosas de esa época, pero el amor que ella me prodigaba es imposible de olvidar. Era demasiado puro, demasiado sincero. Sentía que me amaba como si no hubiera otra persona en el mundo. ¡Ah! ¡Y su cocina! Cocinaba delicioso, ella misma no sabía dónde había aprendido a preparar comida de esa manera. Había olvidado mencionar ese detalle: ella pregonaba sufrir de amnesia, no recordaba nada de su pasado más allá de unas semanas. Cosa que no se si era cierta o alguna forma de ocultar un pasado turbulento, como el que luego se manifestó. Hablaba húngaro y su propio dialecto romaní, declaró no saber leer ni escribir. En consecuencia, mi padre se sentaba con ambos, enseñándonos a leer, a la par que él mismo se familiarizaba con el idioma; ya sabes que el magiar es uno de los idiomas más difíciles del mundo, tanto en gramática como en pronunciación. Ella aprendió mucho más rápido que nosotros (creo que sabía leer antes de perder la memoria) y terminó corrigiendo detalles y errores. Aquella inteligencia despierta, su natural desamparo, su exótica belleza, con una sensualidad escondida tras esa copiosa cabellera, su tristeza, el trato y la atención cordial, no sólo a necesidades espirituales y afectivas, sino personales y de cuidado que nos brindó, fue respondida con amor. Yo con mi amor de niño, ya que, si alguna vez sentí amor materno, ese provino de ella. Mi padre lo hizo con un amor más adulto. Sin que pudiera vislumbrarlo, pasó de ser un sentimiento de bondad, protección y cariño a ese estado imprescindible del ser humano como lo es el amor de pareja".

"Así: pasó de ser músico ambulante, indigente, sin

casa ni hogar, a ser la señora, madrastra y amada esposa. Mi padre tomó la decisión de casarse con ella. Al no poseer ella papeles de identificación, él hubo de utilizar sus oficios legales y sus amistades políticas para proporcionárselos. Su nombre quedó instituido como Katja Kinslenya para luego convertirse en Katja Jarkovic, su nacimiento se determinó para el día 08 de noviembre de 1879, su Origen: Debrecen. Claro, que la fecha y el lugar de nacimiento habían sido fijados de manera arbitraria, ella misma no sabía de su edad o de su nacimiento, padres familiares, etc. La fecha la escogió mi padre, utilizando el día que la salvó de la indigencia. Todo transcurrió muy rápido según me parece ahora, en aquel momento no; cual cuento de hadas. Al menos al principio".

"Mi padre dejó de ser el viudo austero, formal y solitario, pasó a ser un feliz esposo, informal, alegre y juguetón. Su cordialidad sufrió una extensión. Su don de gente, su recién adquirido entendimiento del idioma húngaro y sus cualidades como abogado le hicieron acumular éxitos profesionales y personales. Se volvió popular en el barrio, fue muy querido por ser siempre amable, por su disposición de ayudar, de apoyar al más necesitado. Los vecinos vieron con muy buenos ojos al nuevo matrimonio. Un hombre, ya bueno y bondadoso, experimentaba un cambio hacia una superior calidad humana. Una niña, porque eso parecía a la vista de todos, hallaba un hogar, tomaba camino a ser una mujer completa y luego, quizás, una madre excelente, tomando en cuenta que ganaría experiencia valiosa al criar al pequeño hijo de su compañero, o sea: mi persona. Y yo, ya no era tan huérfano, obtenía una figura de madre cuando

nunca pude disfrutar de la mía propia. A la cual, no conocí. Así, todos ganábamos, todos felices, todo pintaba muy bien. Sin embargo, era una situación improvisada, algo forzada. Los hechos ocurrieron de una manera que parecía ser natural, pero no lo era. Todo ocurrió muy rápido, como ya lo dije, sin que ninguno de los involucrados hubiera previsto el resultado".

"¿Cuánto duró la arrendada felicidad? Unos meses, un invierno apenas. Una noche desperté, mi padre gritaba. Subí las escaleras, la habitación principal estaba en la parte de arriba del apartamento, alarmado y muy asustado. Lo que vi no supe entenderlo hasta mucho tiempo después. De hecho, fue tan traumático que lo olvidé por completo. Al menos, como ya dije, por un tiempo. Hubo de ocurrir otro evento traumático para que pudiera recordar y entender lo que había sucedido".

"En fin. Cuando entré al cuarto, ella se encontraba encima de él. Tratando de contenerlo. Mi padre forcejeaba, pataleaba; gritaba y gruñía. La situación persistió por unos minutos y papá murió. Por lo que pude inferir luego; ella había intentado convertirlo en vampiro, el proceso no fue exitoso y mi padre murió de manera casi inmediata. No soportó ni siquiera un día el intento de conversión. Comprender eso no disminuyó la aversión que sentí por ella una vez hube recordado el evento. Y claro, era yo muy niño en aquel entonces y poco o nada pude dilucidar. Quedé huérfano de nuevo y de una forma conclusiva, porque ni siquiera me quedaba Katja para que me cuidara. Ella huyó, desapareció, nadie nunca más le volvió a ver. Así que un amigo de mi padre se hizo

cargo de mí. Me llevó a su hogar y me crio como a uno de sus hijos; al menos lo intentó. Me trataron bien. Chico rebelde, al fin y al cabo, en la primera oportunidad que tuve: escapé de casa y probé fortuna enrolándome en el ejército, apenas tuve edad reglamentaria para ello.

Al principio me fue bastante bien, parecía que había encontrado un ambiente de mi gusto en la milicia. Todo cambió con el estallido de la Gran Guerra. Movilizado el ejército, pronto me vi en combate. Participé en las escaramuzas iníciales de lo que luego se conoció como La Campaña de Lemberg. Fui herido de gravedad, Katja apareció en el campo de batalla, venida de no sé dónde, me retiró de la zona de combate y trató de convertirme por su cuenta. Allí observé como actuaba de manera extraña. Le succionó la sangre a un soldado, a un antiguo amigo del ejército, lo cual me tiene aún confundido. Pues, como ya lo he expuesto antes, la forma de obtener sangre no es, de forma regular, a través de la succión. No en tiempos modernos, antes quizá si era de esa forma, pero ahora no. Conjeturo que en situaciones especiales recurren a ese procedimiento. En fin..."

"De alguna manera, supongo que, con ayuda, como ya lo he expuesto, me extrajo de la zona de combate, me llevó a un refugio, más una cueva que otra cosa, donde intentó convertirme. Ese proceso de conversión lo realizó mientras estuve inconsciente durante unos tres días. Volví en mí, ella me dio a beber un brebaje muy parecido al que le dio a mi padre. En el momento lo tomé por sangre. Sabía muy poco o nada acerca de los vampiros, de sus procesos de conversión. De alguna manera creía en los viejos mitos

que los vampiros bebían sangre y que para crear nuevos vampiros hacían beber de su sangre al candidato de conversión. Hasta ahora ignoro que contenía esa bebida. Tuve que confiar en sus palabras, pues me dijo que eran hierbas y sales, que iban a hacerme sentir mejor. Cosa que no ocurrió, en realidad me sentí mucho peor, pero es que ya la conversión estaba en proceso, yo no lo sabía, y aquella pócima, supuestamente, era para ayudarme a sobrevivir el proceso. El cuál, obviamente, sobreviví. Y ahora que lo pienso ese líquido quizá era la clave. Lástima que nunca supe de su fórmula. Ella no me la quiso proporcionar".

"Pero volviendo al tema. En ese momento de lucidez fue que supe de Augustus, un vampiro antiguo, le escuché, no lo pude ver, el dolor de mis ojos era tan intenso que no logré verlo. Resultó ser una criatura enigmática, el cual, por mucho tiempo, estimé como el más antiguo de los de su raza que aún perdura. Hay otras teorías acerca de otros personajes, ninguna sin corroborar, excepto una, de la cual te hablaré en páginas subsiguientes. Una que conocí en 1938 pero me dejó más dudas que certezas. Disculpa que mis ideas se dispersan, no debo adelantarme a los hechos".

"Volviendo a Augustus, este me sedó y me abandonó en algún lugar de la frontera con Rumania. Fui atendido. No me convertí, sobreviví al proceso y adquirí una especie de inmunidad a su sangre y quizá algo de su longevidad. Pasando luego a ser retenido junto con otros soldados del ejército Austro-húngaro que habían sido capturados cuando se internaron, voluntaria o involuntariamente en territorio rumano. Muchos eran desertores, otros pocos se habían

perdido, no era mi caso, aunque no creyeron que alguien, sin motivos racionales, me había prestado primeros auxilios y luego me había transportado desde Lemberg hasta Rumania. Elegí entonces callar algunos detalles, nadie me creería, además entre los soldados cautivos había una extensa diversidad de intereses, culturas, nacionalidades y religiones. Había bosnios, serbios, croatas, húngaros, austriacos, checos, eslovacos, rutenos y pare usted de contar. Igual acontecía con las religiones, había católicos, ortodoxos, musulmanes, protestantes, etc. La única conexión que teníamos era el Imperio. Era una extraña sopa étnico-cultural-religiosa de jóvenes que huían de la guerra, donde los ingredientes no se mezclaban. La situación era esa: cada quien ocupaba un rincón exclusivo en la barraca, interesándose poco en lo que hacía el de al lado. Nada iba yo a ganar hablar de vampiros con bosnios y croatas que me despreciaban por hablar húngaro y mucho menos con los húngaros y austriacos que desconfiaban de mí por ser de origen bosnio. Y los demás ni se diga, pero deja que te siga contando".

"En 1915 fuimos devueltos a Austria-Hungría, en medio de gestos de buena voluntad diplomática entre el imperio y Rumania. Era diplomacia vacía, para acallar sospechas. Rumania se preparaba para la guerra, sus intenciones no eran claras, así que todo era parte de una maniobra política para ganar tiempo. Eso no nos importaba, la mayoría quería salir de ese cautiverio, otros no tanto. Ya de regreso enfrentamos una investigación. Salvé la acusación de desertor por muy poco, otros no tuvieron tanta suerte, les negaron el asilo en Rumania y terminaron enfrentan-

do a un pelotón de fusilamiento en Austria-Hungría. Me reintegraron al ejército. Fui asignado al frente italiano. Allí luché en las muchas y repetidas batallas de Izonso".

"En Caporetto, noviembre de 1917, les vi de nuevo. Casi por casualidad. Durante una de las pausas en el combate, se ordenó a nuestra unidad desalojar el camino para dar paso a las tropas alemanas. Mientras los germanos marchaban al Oeste en el carril izquierdo, por el derecho caminaban hacia el cautiverio los prisioneros italianos, junto con ellos: la escolta de sus captores y algunas carretas transportando heridos y materiales diversos. Yo me hallaba, con mi regimiento, como se nos había ordenado, al lado derecho del camino. Aprovechando la parada para comer y reponer fuerzas, me ubiqué en lo alto de un terraplén inclinado que separaba el bosque de la carretera. Aquello me permitía tener un campo de visión claro para observar la marcha. Tenía curiosidad y aquel extraño desfile era algo digno de ver".

"Entonces, algo llamó mi atención. En una de esas carretas iba una chica, muy mal herida, quemada. ¡Era Katja! Un Anciano, alto, con una expresión huraña conducía las riendas. Vestía uniforme alemán, con rango de coronel. Aquello era inusual en extremo. ¿Qué hacía un coronel conduciendo una carreta de heridos? Por muy herido que estuviera, un oficial no haría la tarea de conductor. Y revisando sus heridas era, hasta para el más distraído de los observadores, evidente que no eran graves. Mostraba apenas un ligero vendaje en la cabeza, este se notaba poco, por debajo de su gorra y otro en su antebrazo. El uniforme estaba sucio y tenía una abertura de bala a la

altura del hombro derecho. Pequeña, apenas visible, una mancha de sangre bordeaba el orificio".
"Entendí que ese anciano no era otro que Augustus, aquel personaje sin rostro, de voz cavernosa, que me llevó hasta Rumania. Él percibió mi inquietud y me clavó con su mirada. Me había reconocido. Era claro, sabía quién era y que había visto a Katja. Cubrió con premura el rostro de mi ex-madrastra con una manta. Era tarde, yo ya había visto la cara y con ello delató su identidad. Me congelé, no supe bien qué hacer. Dudé, di innecesarias vueltas al asunto en mi cabeza. Cuando quise reaccionar ya la carreta iba algo lejos, solté la comida, me levanté, tomé mi rifle y corrí tras la misma. No recorrí muchos pasos, en mi apuro y nerviosismo tropecé con un sargento. Cayendo de bruces encima de un grupo de compañeros, derramando los tazones de la mayoría de ellos. Se armó la bronca, los soldados involucrados me riñeron y en la pequeña trifulca perdí tiempo valioso. La misma fue detenida por el sargento, magullado y cubierto de sopa, y por un teniente que se encontraba cerca. Fui castigado junto con otros compañeros del pelotón, lo cual no me hizo más popular entre la tropa e hizo mi participación en esas operaciones algo molesto".
"En el momento lamenté la oportunidad perdida, ya luego reflexionando en las largas jornadas nocturnas de guardia que me tocó, como parte de mi castigo, que había sido mejor así. Desconocía las capacidades de ese tal Augustus. Aparte, si por imprudencia o locura se me hubiera ocurrido levantar mi arma en contra de un oficial aliado me hubiera ido mucho peor. A fin de cuentas: ¿qué tenía yo que ver con un oficial del ejército alemán? Como lo expresó mi su-

perior cuando traté de explicar que aquel hombre de la carreta no era un Coronel si no alguien que robó el uniforme. Le relaté los detalles que percibí, las heridas, el orificio de bala. Agregué que la chica no era una refugiada, era un vampiro. No me creyó, colmada su paciencia me mandó a callar y como yo insistiera en el asunto recrudeció mi castigo, reduciendo mis raciones de comida. Decidí entonces, cerrar la boca, aceptar mi castigo, sobrellevarlo con la mayor dignidad posible. Ya después los combates coparon mis sentidos, preocupaciones y pensamientos. No puedes hacer de filósofo mientras las balas silban a tu alrededor y los obuses estallan frente a ti".

"De todas maneras anexé una foto que hallé mientras investigaba el asunto en una biblioteca pública de Ciudad de Guatemala. No tenía tiempo ni dinero en el momento como para hacer una fotocopia, amén de que no se hubiesen percibido los detalles; así que arranqué la página y la extraje, disimulada entre mis papeles. Robar a una biblioteca no es lo peor que he hecho en mi vida. Eso no me iba a quitar el sueño."

Marcos Julio, observó la referida página con la fotografía. Se podía observar la carretera que cruzaba un bosque. Tropas, cañones y equipamiento transitaban en un sentido mientras en rumbo contrario marchaban diversos grupos de soldados desarmados, escoltados por otros pocos, supuso que eran italianos capturados en la batalla. A ambos lados de la carretera otros infantes descansaban. En medio de aquellos prisioneros que marchaban al cautiverio estaba una carreta. El abuelo había trazado un círculo rojo en lo que presumiblemente era el ya mencionado perso-

naje: Augustus. La verdad es que decepcionaba un poco. No se podía percibir con claridad el rostro, estaba de espalda y cuando tomaron la fotografía parece que había volteado. Así que sólo se observaba la mitad de su cara. En otro círculo, más pequeño y azul, se hallaba encerrado lo que parecía ser la figura de una mujer, recostada en el piso del carromato, cubierta con una manta llena de manchas indistinguibles. Quizá sangre. Era difícil decirlo. La fotografía en blanco y negro, y su escasa resolución, no ayudaba a diferenciar detalles. Ni bajo el ojo de una lupa. Para el abuelo aquello era una prueba concluyente de la existencia de esos dos personajes.

VII
KATJA KINSLENYA

Montes Apuseni, Actual Rumania. Otoño 1895

Katja bajó la montaña tan rápido como pudo, no había caminos ni senderos y la vestimenta no era la adecuada para tal orografía. Su mente se hallaba aún un poco confundida. No recordaba nada antes de despertar y encontrarse con la situación de verse en manos de un señor que decía ser vampiro. No sabía quién era ella, mucho menos quién era él. Le pareció bondadoso y protector al principio, pero luego de la confesión, el terror se apoderó de su mente, perdió el conocimiento y cuando recuperó la conciencia, descubrió que estaba maniatada. Actuando por instinto: se desató, recogió todo lo que pudo, hizo un ovillo y huyó. ¿Cuántas horas habían pasado desde aquello? No lo sabía calcular. Le dolía la cabeza, los pies, la cadera, los brazos y su costado. Tenía hambre y las escasas galletas que pudo recolectar no alcanzaron a calmar esa necesidad. Esas tabletas de harina, sal y azúcar representaron toda su fuente de comida. No sabía adónde ir ni qué haría. Una parte de ella se arrepentía de haber huido. ¿Habría entendido mal? Su conocimiento sobre el tema era impreciso. ¿Qué sabía de los vampiros? ¿Qué sabía sobre cualquier cosa? ¿Qué sabía de ella misma? Era tarde para arrepentimientos. Aún si decidiera regresar no sabría hacerlo, estaba perdida más allá de cualquier consideración.

Se hallaba ensimismada en esos pensamientos in-

conclusos, cuando tropezó con un camino. Apenas podría considerarse aquello como un sendero, era angosto, oculto entre la maleza. No parecía muy transitado ni concurrido.

Ella no lo sabía, pero era una senda impopular entre los lugareños, ellos evitaban usarlo, por más que fuese un atajo y acortara distancias. Había muchas leyendas de aparecidos, monstruos, hombres lobos y vampiros en la montaña Concurbata Mare. Así que no muchos transitaban por ese camino. Y a pesar de esa cuestión, allí estaba, contra todo pronóstico, una carreta, un caballo y una carga de forraje. No se veía el dueño o conductor.

Katja se acercó con cautela, se ocultó lo mejor que pudo entre el heno, manteniendo una pequeña abertura para poder respirar. Que la suerte y los dioses le llevaran con buen destino. Eso pensó. No importaban los dioses, lo importante era salir de esa montaña ya luego resolvería que hacer. Además. ¿Qué dioses? No sabía si tenía alguna creencia. Una vez más se dejó llevar por los instintos y estos le decían, que se ocultase en la carreta. Con suerte recuperaría la memoria y podría encontrar a alguien que le ayudara. Algún familiar, algún amigo. En medio de la nada, en las montañas, a la intemperie no hallaría respuestas ni ayuda.

Se durmió de manera inmediata, estaba muy cansada. No se percató cuando el dueño del vehículo, un señor mayor, de unos 60 años, salió de un pequeño bosque, en donde había estado liberando presión. El viejo, se quejó entre murmullos. Condenada vejiga, próstata y vejez confabulando para su incomodidad. Le costaba mucho trabajo orinar, le dolía y cuando

no era a cuenta gotas era un chorrito sin fuerza ni presión, el cual tenía que excretar con mucho cuidado para no mojarse el pantalón. Farfullando, subió al transporte y condujo a su destino, sin notar a la infiltrada mientras silbaba para ahuyentar los fantasmas, según le había enseñado su papá.

Ya era muy entrada la noche cuando por fin llegó a su hogar. Una pequeña granja en las afueras de Budapest. Se entregó de lleno a la comida y el descanso. La descarga del heno podía esperar hasta el día siguiente.

Katja siguió inconsciente, teniendo horribles pesadillas. Eran imágenes inconexas que no revelaban nada. Solo reconocía un rostro entre tantos, Augustus, el señor que dijo ser un vampiro. En uno de esos tantos sueños, este le atrapó y sintió como le clavaba los colmillos en su cuello y se deleitaba con su sangre. Ella quiso luchar, pero sus garras eran poderosas y le mantuvieron inmovilizada. Fue tan real el sueño que hasta apreció el frío filo, que, como puntiagudos dientes de acero, se clavaban en su piel. Despertó en medio de gritos. El dolor era real. Algo le había pinchado en el hombro izquierdo. El granjero, descargaba la paja y sin saber que un polizón se hallaba oculto en su carreta, le aguijoneó sin querer. No eran colmillos lo que sintió Katja, sino una herramienta semejante a un tenedor gigante.

Alarmado, el señor, detuvo la faena y atendió a la joven. Estaba asustada, pero más allá de unos rasguños superficiales no había pasado nada. No estaba herida de gravedad.

Katja estalló en llanto. Sin saber muy bien qué hacer. Estaba sobresaltada, hambrienta, con frío, adolorida,

cansada y sin energía. Huir de nuevo no era una opción. No creía poder caminar, mucho menos correr, con sus fardos.

El granjero, una vez pasado el susto, se conmovió de la niña. Le examinó con ternura, corroborando que las heridas eran menores. Le preguntó quién era, de donde venía, si tenía hambre. Katja respondió con sinceridad. No sabía quién era ni de dónde venía, ni donde se encontraban. Le dijo que tenía hambre y frío, que se había perdido en las montañas. Omitió hablar del señor Augustus y de su proclamado vampirismo.

El ranchero se retiró, entró a la casa, le procuró algo de comida. Ella comió con frugalidad. La esposa había venido con él, para conocer a la criatura que se había colado en su hogar. Su esposo, Sventz, estaba muy emocionado, pero a ella no le hizo gracia la presencia de otra persona en su reducido círculo familiar. Le desagradó desde el principio. No era la cosita más linda que había visto. Cómo lo dijo él. Era una gitana. Una niña, sí, pero una gitana al fin. Si era bonita, no sabría decirlo, tendría que peinar esa maraña de pelos, que apenas podría llamarse cabellera, para poder saber tal cosa. Por el lado contrario, su anciano esposo, se había prendado de la chica y no había dicho nada al respecto, pero ella sospechaba que pretendía darle alojo indefinido a esa mujer. Compartió el desayuno de mala gana y si fue al cobertizo, lo hizo por curiosidad natural y por deseo de complacer a su esposo. Esta vez no lo complacería, no señor. Esa criatura no podía ni debía quedarse en la granja, bajo ningún concepto, ni excusa. Apenas tuvo la oportunidad se lo expresó.

—Esa mujer no puede quedarse. Si quieres darle alojó por un día, está bien. Pero mañana debe irse.
—Mi vida, es una niña, está sola, no sabe quién es. Está extraviada. Se dio un golpe en la cabeza. Perdió la memoria —le respondió, preocupado.
—Es una gitana.
—¿Cómo puedes saber eso?
—Se le nota Sventz, se le nota. Y si no lo fuera igual la quiero fuera de aquí.
—No es mi deseo contrariarte. Me parece que lo más decente es que se quede. Necesita que alguien la cuide. Al menos hasta que pueda valerse por sí misma.
—No es nuestro problema y, además: ¿cuántas veces vamos a tener está conversación? Siempre quieres dar alojo al primer huerfanito que te consigues con la excusa de que nos ayude en la granja. No podemos contratar a nadie sin que te encariñes con él o ella y quieras que vivan aquí, con nosotros —le reprochó con amargura.
—Estamos solos y viejos. Yo necesito ayuda con los animales y el huerto.
—No. Absolutamente no. Contrata a un jornalero, no estés recogiendo mendigos de la calle. Ninguno de esos pordioseros va a sustituir a nuestros hijos muertos, ni a los nietos que no tuvimos.
El granjero, quiso replicar, pero no halló las palabras.
—Si está perdida alguien la debe estar buscando. No fue que salió de un hoyo en la tierra. Y yo con gitanos no quiero nada. No quisiera un día despertar y conseguir a unos malnacidos de esos tocando a mi puerta buscando a su peluda chiquilla. No, no, no.
—¿Y entonces que hago con ella?
—Nada. No debes hacer nada. Solo expulsarla de aquí.

—La llevaré hasta Budapest mañana en la mañana.
—No, no lo harás. Mañana la corres y que se vaya a dónde el demonio la lleve.
—Hay mucha amargura en ti mujer. Cuida tus palabras, no menciones al demonio en vano. Si crees en Dios, en Cristo, su hijo, deberías ser más respetuosa —le recriminó el granjero —. La llevaré a Budapest mañana a primera hora y no se hable más. Así estarás tranquila, prefiero asumir ese cargo de conciencia que perturbar la poca paz de tu alma.
La mujer no respondió. Se dio por satisfecha. Sonrió con disimulo a pesar de que sus palabras le habían dolido. Sin embargo, no podía renunciar a decir la última palabra.
—Otra cosa...
—¿Qué?
—Que duerma en el cobertizo, no la quiero dentro de mi casa —agregó.
—Está bien. Le prepararé un lugar en el cobertizo.
—Y que se bañe. No le vaya a pegar sus piojos a los caballos.
Sventz suspiró, mejor se ponía manos a las obras en vez de discutir. Buscó unas mantas y almohadas. La mujer vigilaba sus idas y venidas, luego de un rato pareció aburrirse o se ocupó en otras cosas. Él aprovechó el descuido e ingresó al cuarto de sus hijos. Hacía mucho que no entraba, su mujer lo mantenía como un santuario. Ella accedía casi a diario. Aun sabiendo eso, le intimidó lo arreglado y limpio que estaba todo. Con el riesgo de mover algo que no debía y alterar la armonía del lugar, tomó un par de vestidos, ropa interior y zapatos que habían pertenecido a la hija y que su mujer se había empeñado en

conservar. Con suerte le servirían a la chica. Buscó una maleta vieja en el ático y guardó todo lo que pudo. Incluidos un cepillo, una peineta y un espejo de mano roto, con una grieta que dividía el vidrio en dos, pero aún podría servir.

Katja, por su parte lo vio ir y venir varias veces. Observó el esmero y el cariño con que realizaba las cosas. Ella, más animada y repuesta del cansancio y el hambre, colaboró para que su sitio estuviese cómodo y bonito. Lo último que trajo fue agua en dos cubetas y un jabón. Le indicó dónde podía asearse y abrió una maleta que había traído en una de sus venidas. Había ropa limpia, unos vestidos y otras cosas.

—Espero que te queden. Eran de mi hija. Ella murió cuando tenía 12, creo que te quedarán. Como eres pequeña —le dijo al mostrarlos.

—Gracias —respondió ella en voz baja.

—Mañana te llevaré a Budapest, es la capital, no es muy lejos. Te dejaré en la posada de una vieja amiga. Con suerte encontrarás a tu familia o alguien que te conozca. Pagaré unos días de estadía. Es todo lo que puedo hacer por ti pequeña. No soy precisamente adinerado.

Lo dijo con ternura y ella no lo olvidó. Sin querer, el señor Sventz, le había conferido ese apodo, ese con el cual todos le conocerían y hasta llegaría a ser su apellido: Kinslenya (significa pequeña en húngaro).

El señor entró a su casa. Y ella se aprestó a al aseo personal. Se había ensuciado mucho bajando de las montañas. Razón tenía la señora, se encontraba desaliñada, revuelta y despeinada. Le había escuchado sin querer.

El baño fue reparador. Se probó uno de los vestidos. Le quedaba muy bien. Se peinó y acicaló lo mejor

que pudo. Lavó la ropa que se había quitado. Cuando procedía a recoger todo, tropezó con el violín. Llena de curiosidad lo llevó a su cuello. Al principio lo hizo de una manera torpe pero poco a poco la memoria muscular hizo el trabajo y encontró la posición adecuada. Casi sin darse cuenta, comenzó a tocar. ¡Qué maravilla! ¡Sabía hacerlo! Lo guardó luego de un rato. Era hora de dormir y no quería molestar a los dueños de casa. Ellos oyeron las tonadas. Sventz se hallaba conmovido por las hermosas y tristes melodías; la señora, todo lo contrario, molesta, frunció el ceño y se cubrió la cabeza y los oídos, mascullando entre dientes. De suerte que no duró mucho la sonata. "Bien. A dormir. gitana del demonio". Pensó.

Katja se recostó. La camita estaba cómoda, no como la colcha en la que había dormido mientras estuvo en la cueva. Pensó: "por fin, voy a dormir con placidez". Y en cierta forma lo fue. La mantita era gruesa y le protegía del frío. Eso y la sopa que le había procurado el señor Sventz, le hizo entrar en calor.

Sin embargo, las pesadillas no le abandonaron por completo. Revivió algunos momentos del ataque a la caravana. En uno de sus sueños: se hallaba escondida en los carromatos. A través de una rendija vio como mataron a los hombres y violaron a las mujeres. Fue un ataque despiadado, no eran simples ladrones. Había odio en sus acciones y muy poco de usufructo. Salvo la joyería y los pocos objetos de plata u oro que encontraron, no se llevaron más nada y quemaron los carricoches.

Cuando ya casi finalizaban su bestial masacre, sólo quedaba por quemar el carro donde ella se hallaba escondida, una mujer, salida de no sabía dónde, daga

en mano, se abalanzó sobre uno de los hombres que se disponían a quemar el mencionado vehículo. Sin que ninguno pudiera reaccionar lo tumbó al suelo, al tiempo que lo apuñalaba. Luego Sacó la daga del estómago del saqueador y, con la furia de una madre que defiende a sus hijos, le clavó varias veces el arma blanca en el pecho. Los otros, cuando por fin pudieron reaccionar le tomaron por los brazos y la llevaron al centro del campamento. La mujer luchó, se revolvió, mordió, arañó. Fue inútil. Le amarraron a un poste y se dispusieron a acumular leños a sus pies. Construyendo una pira.

Katja, horrorizada y asustada al principio, por pura rabia e instinto de protección salió de su escondite, tomó la daga del suelo y atacó con un grito salvaje. Su ataque quedó en nada. Luego de esquivarla, uno de ellos, que parecía ser el líder le derribó con una poderosa patada en el vientre. Le arrebató la daga y le apuñaló con ella. Quedo tendida. El hombre la tomó de los cabellos y le obligó a ver cómo abusaban de la mujer atada al poste. Luego de saciar sus bajos instintos encendieron la pira. Las llamas le envolvieron con rapidez. Gritó, fue espantoso, mientras se revolvía, tratando de zafarse de sus ataduras. Cosa que consiguió, el fuego había quemado las cuerdas, se soltó y corrió desesperada, sin embargo, no llegó muy lejos. Hecha una bola de fuego cayó a escasos metros de la pira. Uno de ellos sacó una pistola y le dio un disparo en la cabeza. En el único acto misericordioso que se permitieron a sí mismos.

Terminada su horrible tarea se acercaron a Katja y la patearon hasta el cansancio. Había un malsano placer en sus acciones, ninguno sonreía. Era maldad,

odio irracional, de alguna manera estaban convencidos que cumplían con un deber. Exterminar la plaga. Y eso, era bueno.

Ya cansados, no la violaron. Uno de ellos tomó un madero y le propinó un fuerte golpe en el cráneo.

Ella despertó sollozando. Se tocó la herida en la cabeza. Casi no sentía la cicatriz. Palpó todo su cuerpo en busca de las heridas. No tenía nada. Era un sueño, solo un sueño. Se tranquilizó y más rápido de lo que creyó posible se quedó dormida otra vez y de nuevo las pesadillas le atormentaron. En una de tantas, esa noche, se vio a sí misma, caminando hacia el corral de las gallinas en la granja. Abrió el gallinero y tomó una de ellas, que dormía. Antes de que pudiera emitir sonido alguno le partió el cuello y con una fuerza que no era propia de ella, separó la cabeza del cuerpo y bebió su sangre con avidez. La lanzó a un lado. Asió la siguiente, repitió la acción. De esa forma mató a cuatro gallinas, ingiriendo su sangre con culposo placer. En el sueño, escondió las gallinas muertas y limpió la sangre de su boca. Luego de esa pesadilla, no soñó más y se puede decir que durmió con tranquilidad.

Al día siguiente. A primera hora, antes que su mujer despertara, Sventz tomó a Katja y la llevó en su carreta. Apenas se dispusieron a andar, ella durmió de nuevo. "No es normal que alguien duerma tanto". Pensó. Pero le dejó descansar. Quién podría saber cuántos días estuvo esa pobre criatura sin dormir y comer, perdida en las montañas.

Ya en Budapest, condujo hasta la posada de su amiga. Le llamaba así, amiga, pero no lo eran. Habían sido amantes en la juventud y el recuerdo de esa pa-

sión mantuvo la cordialidad y la complicidad entre ambos. En realidad, no eran ni amigos, ni amantes; solo unos conocidos que alguna vez compartieron la cama. Ya hacía mucho que habían abandonado las actividades pecaminosas, sólo quedaba eso. Una llana relación comercial, simple, gris y aburrida.
—¿Qué te trae a la ciudad Sventz, viejo amigo? ¿Quién es esa chiquilla? ¿Es tu amante? ¿Es un poco joven, no crees? —le preguntó con malicia la dueña del establecimiento.
—Mariska, Mariska, Mariska... No deja de ser cáustica tu curiosidad. No, no es una amante. Es una pariente lejana —le respondió condescendiente.
—¿A quién engañas, Sventz? Quizá no es tu amante, eso te lo concedo. Pero no es familia tuya. Es una gitana. ¿Qué haces con una gitana?
Sventz, volteó a mirar a Katja. No lucía como gitana. Utilizaba uno de los vestidos de su hija. Un Kalotazeg típico. Cómo demonios detectó que era gitana.
—Está bien, no es mi familiar. Es una niña perdida. Tiene fallas en la memoria, no sabe quién es. Solo sabe su nombre. Te pido que aceptes alojarla. Yo pagaré algunos días por adelantado. Pero puede trabajar aquí, es trabajadora.
—No tienes ni idea de lo que dices. La voy a aceptar por nuestra amistad. O por lo menos el tiempo que le compre tu dinero.
—Con esto alcanzará para unos días.
—Mmm... Una semana... —expresó Mariska al contar las monedas.
—Puede trabajar por estadía y comida. Además, sabe tocar el violín.
—Que me parta el rayo si le doy trabajo a una gitana.

Tienen malas mañas y son taimados. ¿Además que gano con que sepa tocar el violín?
—Podría tocar en el comedor para deleitar a los inquilinos.
—Los inquilinos quieren: silencio, paz y discreción.
Katja, escuchaba todo. Nada decía. Cómo era posible que la juzgaran de esa manera sin conocerla. ¿De verdad era tan malo ser gitano? No recordaba serlo, no sabía qué significaba. Así le había llamado la esposa del señor Sventz y así le llamaba la dueña de la posada. Era algo que tenía que ver con su cara, con el color de su piel, sus manos, sus pies. El cabello quizá. No lo sabía. Tenía miedo, el miedo insistía en perseguirla dónde quiera que fuera. ¿Qué seria ahora de ella? Sola, en una gran ciudad, sin nadie que le pueda ayudar o guiar. No saber quién era. Ya que para fines prácticos solo tenía unos días de vida, unos días de haber renacido. Sin más recuerdos que esos sueños de muerte y dolor. Si era verdad lo que le dijo su captor en las montañas, su familia había muerto durante una agresión. Los mataron solo por ser gitanos. Que burla. Si por lo menos se hubiese podido quedar en la granja. El señor Sventz le había tratado bien, se sentía a gusto con él. Era como un abuelito. Trabajaría, no sabía muy bien qué cosas podía hacer, seguro, con paciencia y perseverancia, podría aprender diferentes oficios. Lástima, la mujer se opuso.
—Bueno, está bien. Trataré de regresar en una semana —le respondió Sventz, molesto por lo prejuicioso del comentario.
—Tienes buen corazón Sventz, las buenas intenciones no bastan. Se necesitan monedas para llenar la pancita.

—Tú solías tener buen corazón Mariska. ¿Qué ocurrió?
—La vida y los abandonos te endurecen cariño.
Sventz suspiró, encajó el reproche y se dirigió entonces a Katja.
—Quédate aquí con la señora. Regreso en una semana para ver cómo van las cosas y si puedo ayudarte otro poco.
—Gracias. Es usted muy amable.
—No tengas miedo. Eres una sobreviviente. Eres más dura de lo que pareces.
¿Dura? No se sentía tan fuerte. Temblaba, estaba asustada, tenía lágrimas en los ojos. Sabía que el señor Sventz no se podía quedar y ya mucho había hecho por ella. Más de lo que le correspondía. No quería que se fuera.
—Estoy asustada.
—Lo sé mi niña, lo sé. Pero todo saldrá bien. Algún oficio te encontraremos para que puedas valerte por ti misma. No te entristezcas. Tienes tu violín y sabes tocarlo muy bien... Eso puede ayudarte.
—¿Cómo?
—No lo sé ahora mismo, pero ya veremos. Trata de no preocuparte. Toma estás monedas, te servirán para comer unos días. Gánate a la señora Mariska, hazle caso en todo. ¿Sí?
—Sí, eso haré.
Se despidieron en un abrazo. Katja, entró a la posada. La señora Mariska esperaba. Hizo señas que le siguiera. Llevaba unas sábanas, cobijas y una almohada. Caminaron por un pasillo. No subieron las escaleras, que era donde parecían estar las habitaciones. Sin embargo, al final del pasillo había tres puertas.

—Está es mi habitación, por ninguna circunstancia entres aquí sin mi permiso, esta puerta da a la cocina y este será tu cuarto —le dijo mientras señalaba una por una.
El cuarto que le indicó era pequeño. Había diversas cajas y enseres dispuestos de manera desordenada. La cama estaba en un rincón, encima de ella había otras tantas cajas, ropa, trapos, cuadernos, un cuadro, un candelabro y algunos libros.
—No tengo cuartos libres. Pero este servirá. Tendrás que limpiarlo un poco, allí está el baño y las cosas que están aquí las llevaremos al depósito. Veremos qué tan útil eres. Lo que Sventz me pagó no alcanza ni para dos días, si te portas bien podrás quedarte aquí. Hasta que encuentres otro lugar o yo me canse de ti.
Katja asintió. Esa mujer le intimidaba.
—He aquí el baño que usarás. No llega agua corriente así que usarás la del pozo. Te enseño dónde están el foso y el depósito. Deja tus cosas aquí —indicó.
Katja, le siguió. Sumisa. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se sentía indefensa. A todo lo que le decía asentía. Luego de darle un sin fin de instrucciones y normas, la señora se retiró, Katja, por su parte, se dispuso a arreglar el cuarto. Tardó casi todo el día en dejarlo habitable. Ya entrada la noche cargó un balde de agua desde el pozo para ya finiquitar la limpieza. No había comido desde la mañana. Y empezó a sentirse mareada. La señora la interceptó en el pasillo y le dio una taza de sopa. ¡Ah! ¡Otra vez sopa! Dónde quiera que fuera lo primero que le ofrecían era sopa. Sin embargo, mejor sopa que nada, mostró agradecimiento a la señora y siguió su camino.

Dejó el balde en el cuarto, se sentó en la camita a comer. Tenía hambre y una sensación de ardor en la barriga. Náuseas. Se obligó a comer, una cucharada, dos cucharadas. No llegó a la tercera. El dolor del estómago se intensificó y entre espasmos y convulsiones cayó de rodillas. Vomitó sobre el suelo. Y el horror le impidió emitir sonido alguno. Era sangre, abundante sangre, negra, espesa, coágulos mezclados con restos de pan y galletas. Lloró en silencio, asustada. ¿De dónde venía tanta sangre? ¿Estaría enferma? Se palpó el estómago y el cuerpo. Ya no le dolía nada, el mareo se había disipado. Sentía algo de debilidad y el hambre reapareció con más fuerza. Haciendo un esfuerzo extra, intentó limpiar el piso. La mancha no desaparecía. Temerosa fue al depósito, encontró una alfombra ovalada, vieja y raída, y con ella cubrió la mancha. No quería que la señora Mariska se diese cuenta de lo ocurrido. Temblando y llorando se sentó de nuevo a comer, con cierta aprensión. Temía vomitar de nuevo. No sucedió. Poco a poco se sintió mejor, la sopa estaba deliciosa y el cuerpo agradecía el alimento.

No hubo pesadillas esa noche. Estaba demasiado agotada para ello.

Sventz, por su parte, llegó a casa en la tarde. Su mujer le esperaba llorosa.

—¿Qué pasó mujer? —le preguntó.

—Algo horrible. La malvada gitana mató unas gallinas en la noche —exclamó compungida.

—Diablos mujer ¿cómo dices eso? La niña no mató a las gallinas. Seguro fue un animal. Un lobo, un perro... ¿Por qué culpas a la niña?

—Vamos al gallinero para que lo veas con tus propios ojos.

—¡Qué ideas se te meten en la cabeza a veces! — exclamó Sventz mientras se dirigían al gallinero.
Al llegar no observó nada.
—¡Aquí no hay nada mujer!
—Revisa detrás —le indicó ella.
Y en efectivo, detrás del gallinero estaban las cuatro gallinas decapitadas, colocadas de forma metódica.
—¿Y las cabezas?
—Están debajo del gallinero.
Sventz, se agachó con algo de esfuerzo y allí estaban. Con un palo las extrajo.
—Las gallinas están muertas, fue un animal, caso cerrado —afirmó él.
—No, no fue un animal. Un animal hubiera roto la malla, se hubiese comido las gallinas o al menos los huevos. Los huevos están allí, intactos —le refutó ella.
Sventz se asomó y sí, era verdad, allí estaban algunos huevos.
—La puerta la abrió alguien. Las descabezó y luego las escondió detrás del gallinero —agregó ella.
—Pero... No... Es que...
—¡Sventz, reacciona! Ve los cuellos, no tienen marcas de mordida. Fueron partidos en dos. ¡Y lo que es más raro, las desangraron, no hay ni una gota de sangre! Ni en ellas, ni en el suelo, ni en ninguna parte.
Era cierto. No había rastros. Aquello no tenía sentido.
—¿No sería algún vándalo o ladrón?
—Un ladrón entra a robar y no se robaron nada. Sventz, fue ella, para hacer brujería. Los gitanos tienen fama de usar magia negra para fines malvados.
—¡Mujer qué cosas dices! —exclamó tratando de ser convincente, en realidad sonó dubitativo.

—¡Qué dios nos ampare! Bien hice en no permitir que esa criatura se quedara. ¡Son adoradores del demonio, viles y mal intencionadas!
El viejo no dijo nada. Se negaba a creer que una niña, tierna y desvalida, hubiera hecho un acto tan abominable. Además, se necesitaba fuerza y determinación para romper un cuello así. Un hombre adulto quizá podría, esa criatura, menuda, débil y hambrienta, no. Decidió no darle vueltas al asunto. Habría que aprovechar la carne. Ser prácticos. Para que la pérdida no fuese total.
—¿Qué? No, no, no. ¡Yo no voy a cocinar esas gallinas embrujadas! —exclamó con repugnancia la señora, al oír la idea de su esposo.
El hombre suspiró.
—¡Quémalas! ¡No las regales! ¡No le harás un bien a nadie! ¡Esas gallinas están embrujadas, que dios nos libre de su maldición! —agregó histérica.
Sventz, optó por guardar silencio. No sabía que deducir de todo aquello. No imaginaba a esa dulce criatura despedazando a las aves. No tenía sentido. Que propósito había en un acto semejante. Decidió hacer un esfuerzo e ir de nuevo a Budapest. Le daría las gallinas a Mariska. Ella podría darle buen uso y no haría muchas preguntas. Las ofrecería como parte de pago para la estadía de Katja. Además, así tenía una excusa para salir de la granja, no quería seguir oyendo las vociferaciones de su mujer. Sus gritos alejando la maldición.

VIII
EL RELATO DE MARKO
FOLIO II

Marcos Julio, continuó la traducción:

"Luego de la primera guerra mundial. Cómo debes saber. Austria y Hungría, se separaron. El imperio se desmoronó y de sus cenizas surgieron varios países. Yo, obvio, opté por quedarme en Hungría. No tenía profesión alguna, así que decidí permanecer en el ejército. Allí descubrí ser buen jinete, me entusiasmé con la caballería y entré en la escuela de oficiales".
"No lo voy a negar, me obsesioné con el tema de los vampiros. Alternaba mis ocupaciones militares con largas horas en bibliotecas. Pero no había mucho que encontrar. Más de lo mismo, mitos y leyendas. Eso me frustró mucho. Pregunté a escritores, expertos, aprendices y gente común. Solo me decían lo que ya todos creían saber. En un abrir y cerrar de ojos se fue el tiempo y hasta yo me aburrí del tema y dejé de indagar".
"En 1922 conocí a tu abuela, fue amor a primera vista, nos casamos y olvidé el asunto vampírico, si existían o no ya me daba igual. En el ejército me convertí en instructor, con el grado de sargento. No avancé más en la escuela de oficiales, sin embargo, todo iba bien, tuvimos nuestro primer hijo en 1923. Tu tío, Marko II, a quien no conociste y por el cual te nombraron, yo diría que, por mí, pero tu padre nunca me dio crédito en eso. En fin… No pasaron cosas relevantes, derivadas al tema que nos atañe

en los años subsiguientes. En 1933 nació tu padre, Timeo, nombre que él luego cambió a Timoteo, así como cambió el tuyo de Marko III a Marcos Julio. En ese año fue que pasó algo significativo. Estaba en una taberna. Ya algo bebido y alguien, no recuerdo quien. Nombró algo sobre los vampiros y nos empeñamos en una ruidosa discusión acerca de lo que cada quien sabía del tema. Se burlaron de mí cuando conté la historia de Katja y Augustus. Ya me encontraba a punto de pelear con los borrachines, cuando un oficial alemán intervino. ¿Qué diablos hacía ese Nazi allí? Me llevó a un rincón y de allí a un cubículo privado".

—¿Qué sabe usted de los vampiros? —me preguntó en un húngaro tosco y de fuerte acento.

—¿Quién pregunta? —le dije de forma altanera.

—Mi nombre y mi rango no importa por los momentos. Lo que importa es que escuché la discusión. Me interesa oír su historia, aunque me gustaría que estuviese usted sobrio.

—Cuando usted quiera. Sargento Marko Jarkovic, instructor de caballería, 14ava Brigada de húsares. Me puede encontrar en el cuartel de Budapest.

—Lo buscare entonces.

—¿Por qué no hablar ahorita mismo? No estoy borracho.

—¡Oh! ¡No, no, no! Si lo está. Yo bebí unas copas para relajarme, sentirme bien. Usted, mi amigo, se bebió hasta la cubeta. Usted no bebe para divertirse. Bebe para olvidar. Eso fue lo que me motivó a acercarme.

"Lo miré fijo a los ojos. O al menos eso intenté. Por más petulante que me mostrara era cierto, el oficial

tenía razón, estaba yo borracho y me tambaleaba un poco; bueno, mucho en realidad. Apenas si podía pensar. Y con esa visión borrosa que iba yo a estar mirándolo fijo. Es más, todavía no tengo idea de cómo recuerdo ese encuentro. Seguro estoy rellenando espacios y colocando más o menos lo que creo que ocurrió, la conversación, etc".

"Al pasar unos días se presentó en el cuartel. Solicitando mí presencia. Al principio no lo identifiqué, ni recordaba haberlo conocido, pero luego de hablar un rato recordé parte del asunto."

—Usted dice que me cree —inquirí.

—No se trata de creer o no. Es más sencillo que eso. La creencia no es requerida.

—¿Entonces de qué se trata?

—Que mi convicción es irrelevante. Me importa es la suya. ¿Está usted convencido de lo que aseguró en el bar aquella noche?

—Estaba borracho, pero mis palabras eran ciertas. Además, no soy un hombre afecto a las mentiras.

—Sólo los borrachos y los niños dicen la verdad —aseveró el oficial.

—¡Vaya! ¡Primera persona que me cree! —exclamé agradecido.

—Ya le dije, no es una cuestión de creer. Sí usted, está tan convencido del asunto que hasta en el estado de inconsciencia parcial que se hallaba esa noche, pudo hilvanar una idea tras otra sin contradecirse. Luchar, pelear, defender esa idea a pesar de las burlas y descreimientos. Entonces vale la pena, al menos para mí, conocer mejor la historia y, en lo posible, verificar sus hechos.

—Me deja usted sorprendido.

—Más que usted a mí lo dudo —dijo sonriendo.
"Era una sonrisa genuina, autocomplaciente y maligna. Aquel oficial alemán no se burlaba. De verdad estaba interesado. Fuimos al comedor de la brigada, almorzamos, le conté todas las peripecias que ya tú has leído hasta ahora, con la excepción de la parte de los mitos y verdades. En aquel momento no tenía una idea clara sobre que eran esos seres. Por alguna razón me rehusaba a llamarlos vampiros, era muy burdo y simplista llamarlos así".
"Él me escuchó con detenimiento, casi sin decir nada. Yo, nervioso, pensando en que no me creía, paré de hablar".
—¿Por qué para? Continúe...
—Como usted no dice nada... —respondí dubitativo.
—No quise interrumpir.
—¿Entonces, si me cree?
—No dije eso.
—No entiendo. ¿Me cree o no me cree? —le pregunté intrigado.
—Como ya le dije mi convicción no es necesaria. Necesito la suya. Creo que dice la verdad. Usted vivió unas experiencias y lo que percibió o entendió de todo lo sucedido es su verdad. Ahora que toda esa percepción sea verdadera es otra cosa. Podría usted estar engañándose a sí mismo. La mente es una cosa curiosa, cómo enfrenta a situaciones traumáticas o de peligro. Dado que su convicción es tan fuerte, me motiva a hacerle una propuesta —explicó el oficial.
—¿Qué propone?
—Estoy interesado en esos temas de lo oculto. Corroborar viejos mitos y saber si lo son o se basan en verdades. Estoy organizando un equipo, de carácter

internacional, con ese propósito. Algunos con vivencias como la suya, otros muy voluntariosos y algunos totalmente escépticos. La incredulidad, la voluntad y la disciplina son tan importantes como la convicción. Es parte del equilibrio, la mayoría son militares, salvo alguna excepción. ¿Le gustaría formar parte de ese grupo?

—¿Pero con qué intención?

—Ya le dije: por ahora, indagar sobre los mitos. Analizar si son ciertos o falsos, intercambiar información e impresiones. De vez en cuando hacer trabajo de campo. Cosas así...

—Y qué papel jugaría yo en un grupo como el que me comenta. La verdad que no estoy viendo el beneficio, la utilidad del mismo.

—Beneficios... No le puedo asegurar mucho. Solo obtendrá lo que usted mismo busque y claro, el apoyo incondicional de todo el grupo. Eso incluye una compensación económica. No será mucha, no una cantidad exorbitante, sin embargo, estoy seguro que alguna utilidad podrá usted conseguirle.

—No lo sé. No termino de convencerme.

—Supongo que es lógico. Hagamos algo, estaré en Hungría unos días más. Estoy acá por razones diplomáticas, en búsqueda de ciertos acuerdos de cooperación militar y económica entre nuestros países. Nada demasiado grande ni llamativo. Es un primer estrechar de manos. Yo aproveché la ocasión para colarme, por decirlo de alguna manera, en la comitiva e indagar cuestiones que le atañen al grupo. Y mire que usted y su historia son un gran hallazgo.

"El tipo sonaba sincero. Todo mi ser me decía que rechazara la oferta, pero mi boca expresó aceptación.

En el momento no lo entendí, luego, al conocerlo mejor supe de una extraña característica que poseía el referido oficial. Por ahora lo llamaré: 'don de convencimiento' ya que en realidad no hay basamento científico para sus habilidades. En fin..."

"Mantuvimos comunicación por correo, de manera casi exclusiva. Llamadas telefónicas: solo las necesarias y en su mayoría de carácter inocuo. De la noche a la mañana y sin que hubiera previa intencionalidad de mi parte en el asunto, fui ascendido a sub teniente y me asignaron a servir de enlace y contacto militar con la Alemania Nazi. Y, cómo puedes imaginar, el oficial contacto por la parte alemana era el misterioso coronel Rahl. Que así se llamaba. Entonces viajé varias veces a Alemania, sosteníamos reuniones. Tenía yo, a un joven cabo, asignado como secretario quien se encargaba de llevar registro de las reuniones y acuerdos, pero no le dábamos participación en los temas de ocultismo, leyendas y fantasmas. Le despachaba órdenes o permisos, para que estuviera ausente durante esas tertulias".

"Poco o nada supe, por mucho tiempo, de los otros miembros del grupo. Solo nombres y números. Recién los conocí en el año 37, y no a todos, solo a una parte del pelotón. Pues así nos llamaba cariñosamente el coronel Ralh".

"Sucedió que uno de los miembros, conocido como Jans, el checo. Había identificado a un posible vampiro en una lejana montaña en Rutenia. Y fuimos convocados a realizar un trabajo de campo. Llegamos de diversos puntos hasta Kosice, de allí, en camión partimos a nuestro destino, Uzhgorod, ciudad que nos permitía acercarnos a unas formaciones

montañosas, donde estaba la referida ubicación, cerca de la frontera con Polonia. La comitiva estaba formada por el coronel Ralh, luego estaba un sargento de apellido Grubber, alemán, de rostro huraño y de mirada apagada, era difícil saber si existía algún pensamiento entre esas dos cejas. El coronel lo presentó como su chofer, agregando que también era piloto de avión, pero más que eso, parecía un mayordomo. Estaba siempre al lado de su jefe, como una sombra, sin decir nada y apenas mover los ojos. Jans, era un tipo alto, de rostro anguloso, cabello largo y desaliñado, con un viejo sombrero. En realidad, parecía un sujeto sacado de la jungla. De checo tenía poco o nada, solo el apodo, que denotaba su nacionalidad. También estaban dos hermanos austríacos, de nombres algo extraños para su país de origen, Dominic y Donald. Bastante jóvenes y risueños, altos, rubios a más no poder, eran más arios que todos los demás juntos. Y de hecho todos los participantes eran altos, el único pequeño era el coronel, que no medía más de 1:70, quizá menos, mientras que el promedio de altura del heterogéneo grupo sobrepasaba los 1:80. Tres soldados alemanes de las SS, sin su uniforme, claro está, cerraban el cuadro. De ellos recuerdo sólo los apellidos, Hoffman, Taube y Schwartz. Y por supuesto, mi persona".

"La actividad que realizábamos no era oficial. Nadie llegó con alguna excusa diplomática. Solo éramos un grupo de excursionistas curiosos. Ninguno estaba uniformado, vestimos como paisanos para procurar pasar desapercibidos. Las armas y el equipo fueron procurados por Jans. El inventario: cuatro revólveres, una pistola, una escopeta y una carabina. Eso

quería decir que uno de nosotros iría desarmado. Cosa que no preocupó al coronel".

—Yo no soy soldado, repartan las armas entre ustedes, la carabina será para Grubber, es un excelente tirador. En sus manos será más efectiva —coordinó el coronel.

"Aquello me extrañó sobremanera. Él me lo había comentado alguna vez. Todos en el grupo tenían entrenamiento o experiencia militar, excepto uno. No se me había pasado por la mente que fuese él. ¿Cómo ostentaba ese rango de coronel de las SS? ¿Cómo lo obtuvo? Era algo misterioso el director de aquella pequeña cruzada transcarpática".

"El cuartel general, por llamarlo de alguna manera, era un granero abandonado, cerca de un pueblo ubicado en el piedemonte. Allí se trazó un esbozo del plan. Ascenderíamos la montaña. Según Jans la choza del sospechoso estaba ubicada a unos 800 metros de altura, cerca de dos horas de caminata desde donde nos encontrábamos. La pista sobre la existencia de nuestro objetivo, surgió de leyendas acerca de un vampiro que cazaba en la zona. Como cualquier otro mito, Jans lo investigó y resultó que los lugareños atribuían a este señor, un ermitaño que vivía en el monte, la culpabilidad de los hechos. Testimonios muy poco confiables, a decir verdad, hablaban de una serie de muertes extrañas, acaecidas en los pueblos aledaños desde hacía ya muchos años. Un anciano, entrevistado por Jans, dijo que el ermitaño ya tenía muchos años viviendo en la montaña cuando su abuelo era niño. Otros dijeron que lo habían visto convertirse en murciélago, que tenía un lobo amaestrado, con el cual cazaba a sus víctimas, que

era el mismísimo Drácula venido desde Snagov y cosas por el estilo".
"Las autoridades y la policía muy poco se habían ocupado de la cuestión. Con semejantes acusaciones es comprensible que desestimaran el asunto".
"En fin, el plan consistía en, primero, contactar al sospechoso, si era posible hablar con él y corroborar si era solo un viejo amargado, que ahuyentaba a los campesinos con historias de monstruos o si de verdad era un vampiro. La opinión general del grupo era que todo iba a resultar falso, como había ocurrido en otras operaciones. Pues resulta que esta no era la primera investigación de campo que realizaba el grupo, era solo la primera en que yo participaba".
"Segundo objetivo: si el sujeto resultaba positivo, secuestrarlo para llevarlo hasta Alemania, para ello el coronel tenía ya preparado un plan de fuga en avión. Un Fiesseler Fi156 "*Storch*" que estaba preparado para el despegue desde una ubicación oculta. Donde esperaba la otra parte del grupo, otros 8 hombres. Aprovechando un claro, el cual era apropiado para el aterrizaje y despegue de dicho avión. Yo no lo entendí en el momento, ese tipo de avión no era muy conocido, hacía poco que había sido puesto en servicio y no conocía sus capacidades para despegar y aterrizar en terrenos cortos. Según para despegar solo necesitaba 60 metros de pista y para aterrizar 30. Una maravilla".
"Iniciamos la ascensión a pie muy temprano, eran las cuatro de la mañana. Jans guiaba la comitiva, seguido de cerca por Grubber, luego el coronel, mi persona, los dos austriacos y cerraban la columna los soldados de las SS. La verdad no fue difícil. La montaña

que escalábamos no era tan escarpada. Aparte del pueblito al pie de la montaña, desde donde partimos, no hallamos más rastros humanos en el camino. Que tampoco era que existía un sendero para seguir. Avanzábamos por el descampado con buen ritmo y buen clima".

"Aprovechando la soledad, los soldados, el coronel y Grubber, sacaron unas gorras y chaquetas militares de sus mochilas y se las colocaron, además de unos guantes de cuero negro. Fue algo gracioso, lo hicieron de una manera coordinada y sin que nadie dijera nada. Actuaron como un solo hombre. Así mismo hicieron con las armas, las inspeccionaron, comprobando carga, tipo, peso. Chequearon las miras. Jans le dio la carabina Máuser 98 a Grubber, los revólveres era tres Nagant M1895 y un Webley Mk IV, la pistola: una Máuser C96 y la escopeta: una Winchester Modelo 1912. Eran armas antiguas, pero de muy buenas prestaciones. Aparte de esas armas también teníamos cada uno, excepto el coronel, cuchillos y/o puñales. Grubber sacó un par de guantes extra y me los lanzó, También me dio el arma que me correspondía, el revólver Webley, de fabricación británica. Yo atrapé los susodichos guantes, pero no me los coloqué, me pareció innecesario y a la vez un poco ridículo. El arma me la coloqué en el cinto".

"Luego de tres horas de caminata observamos una cabaña. No se veía muy acogedora. A primera vista parecía abandonada, era una desidia exagerada, casi estimulada a propósito. Se encontraba oculta tras unos arbustos, en la cima de una loma prominente. El pasto estaba alto, había un cierto desorden, en lo que podríamos llamar jardín. Algunas herramientas,

un pequeño caballo de madera, restos de comida y basura".

"Pero lo dicho, no estaba abandonada, una vez rodeada la loma, vimos a un hombre con un hacha, cortando leña. En respuesta a una señal de Grubber, los tres soldados se desplegaron con sigilo. Sin embargo, no fue suficiente, el hombre, casi de inmediato notó nuestra presencia. Dejó de cortar la leña y sin esperar que el grupo se acercara más, se dirigió hacia la puerta de la cabaña, hacha en mano, sin perder de vista nuestros pasos. Era evidente que iba a entrar. El coronel vio que la diplomacia no era ya una opción viable, así que le gritó 'detenlo' a Grubber. Éste, sin perder un décimo de tiempo, disparó a discreción sobre el hombre. El primer disparo dio en una de las piernas. El sujeto tropezó, pero no cayó. Siguió moviéndose. El segundo disparo le dio en el brazo izquierdo, el tercero y el cuarto fallaron el blanco, pero el quinto le dio de lleno en la espalda. En su costado derecho. Al fin cayó, casi enseguida se puso de pie y moviéndose con dificultades, cojeando y sangrando, entró a la casa aprovechando que el sargento recargaba la carabina. El hacha, al caer el hombre, rodó por la ladera, hacia el lado contrario. Desapareciendo de nuestra vista".

"Yo no sabía muy bien qué hacer y no recibí más instrucciones que la de avanzar. En cambio, ellos actuaban engranados. Opté por quedarme cerca del coronel. Éste, impávido, caminaba sin apresurar el paso hacia la cabaña. Para cuando llegamos, ya todos estaban allí, rodeando la casa, formando un perímetro para que el sujeto no escapara. Jans le gritó que se rindiera, sus heridas serían tratadas, pues había un

médico en el grupo. El silencio fue la única respuesta. Rahl le hizo señas para que no dijera más. No valía la pena, ya la diplomacia había sido desechada con el uso de la fuerza. Sin embargo, de la choza se dejó oír una voz lastimera. Ninguno de los presentes entendió la frase".

—Parece ruso o bielorruso —comentó Jans.

—Yo creo que es rusino. No en vano estamos en Rutenia —observó el coronel.

—¿Alguien habla ruso? —pregunté.

"Todos negaron con la cabeza excepto Grubber que, carabina al hombro, apuntaba mientras escudriñaba el exterior de la cabaña. Creí que aquello revelaba que Grubber sabía hablar ruso. Y así, se lo indiqué al coronel. Éste sonrió".

—Grubber es mudo, pero igual no conoce el idioma ruso —aclaró.

"¡Vaya! No me había percatado de ello. Luego supe que una herida en la cabeza, sufrida en los disturbios callejeros que dominaron las calles alemanas durante el periodo de la República de Weimar, había causado que perdiera el habla. Grubber había pertenecido a las SA y cuando las mismas fueron disueltas pasó a formar parte de las SS".

"Como nadie hablaba ruso, se intentaron otros idiomas. Jans, le habló en checo, no hubo respuesta; le habló en alemán no hubo respuesta; el coronel me hizo una seña, le hablé en magyar, mismo resultado".

—¡Necesitamos un lingüista en el grupo! — exclamó el coronel —Al diablo con la diplomacia, hay que entrar a la fuerza amigos —agregó.

"Todos asintieron, yo incluido. Estudiamos brevemente la situación. La cabaña no tenía ventanas, era

lógico, un vampiro no quiere luz solar en su casa. Había unas pequeñas ventilas, distribuidas aquí y allá, eso no servía para entrar. La única opción viable era la puerta, porque la chimenea era diminuta, apenas podría entrar un palomo, no digamos ya un hombre. Tomando en cuenta todos esos factores dispusimos del tronco que el hombre había estado cortando cuando irrumpimos. Jans, Hoffman, Schwartz, por un lado, Dominic, Donald, Taube, por el otro, lo levantaron y usaron a manera de ariete. Grubber estaba atento a la puerta, carabina al hombro, yo igual, alerta, con el revólver Webley preparado. El coronel, por toda arma tenía un diccionario ruso-alemán en el cual buscaba palabras".

"Los chicos comenzaron su faena de derribar la puerta. Esta se sacudía con cada embate, vaya que era resistente. No habían propinado más de tres golpes cuando notamos humo escapando por las rendijas. Un incendio se estaba desatando en la parte interna, iniciado por el propio dueño. Se redobló el esfuerzo y los postigos empezaron a ceder a medida que el humo también era más abundante. Gritos, empezaron a oírse desde el interior, de nuevo, no entendimos nada. El coronel buscó en el diccionario, luego de unos segundos arrojó, rabioso, el pequeño libro contra la puerta. 'Malditos sean los rusos y su estúpido idioma', exclamó. Como si fuese el empujón que faltaba, la entrada, cedió y Grubber, entró por la abertura, seguido por mi persona. Los demás hicieron lo propio, soltaron el tronco y cuchillos en mano penetraron en el fuego. La visión que encontramos fue espeluznante, el sujeto se hallaba prendido en llamas, gritaba de manera horrorosa mientras

trataba de esparcir las llamas en la cabaña. Aquella antorcha humana se movía de un lado a otro, tocando las paredes, los muebles y todo aquello que pudiese ser combustible".

—¡Apáguenlo! —gritó el coronel —¡Sáquenlo de la cabaña!

"Yo fui el primero en atraparlo, lo tomé de un brazo, no pude sostener el agarre, me quemé las manos. Me arrepentí entonces de no haber usado los guantes. Razón tenían todos de usarlos. El único necio en no colocárselos fui yo. Grubber y Jans lo tomaron entonces y con mucho esfuerzo lo sacaron de la cabaña. Una vez afuera, tuvieron que prescindir de los guantes y las chaquetas, se habían prendido en fuego. El coronel cubrió con su chaqueta al hombre. Las llamas no se apagaron de manera inmediata pero luego de un rato lograron controlarlas. Yo me aparté, el coronel en cuanto pudo me atendió, me colocó ungüento y vendó mis manos. Schwartz y Hoffman salieron de la cabaña cargando un baúl. Dominic y Donald también escaparon de las llamas y traían a rastras al soldado Taube. Había perdido el conocimiento al inhalar exceso de humo. Eso nos pareció al principio. Cuando observamos bien, estaba sangrando por uno de sus costados. Aquello me extrañó sobremanera. ¿En qué momento recibió esa herida?"

"Me hallaba pensando en esa cuestión cuando un agudo grito llamó mi atención. Lo que a todas vistas era un chiquillo, salió corriendo de la cabaña, su ropa se hallaba envuelta en llamas. Mientras corría se fue quitando la misma, así que al final se encontró desnudo, eso no evitó que se quemara. Era una cosa

desagradable de ver, su piel era una mezcla de manchas negras de hollín y el rojo de su carne viva. El cabello había desaparecido casi al completo, el poco que le quedaba estaba chamuscado, en general se encontraba muy quemado. Una cosa terminó por dilucidar las dudas de la herida de Taube. El niño llevaba un cuchillo en la mano derecha y este tenía manchas de sangre. Sin pensarlo y mucho menos decir algo, Grubber lo abatió de un disparo. El coronel y yo corrimos hasta donde había caído. Estaba horrorizado y molesto. El sargento era un gatillo alegre, mira que dispararle a un niño".

"Llegué hasta el infante, primero que el coronel, este me indicó que lo llevara hasta donde se encontraba su mochila. Quise hacerlo, pero mis manos se hallaban quemadas, así que lo hizo él mismo. Nos congregamos todos en donde se hallaban los heridos, la casa se quemaba a nuestras espaldas. Taube presentaba una herida en su costado derecho; el niño quemaduras de un 60 por ciento de su cuerpo, aparte del balazo en la cabeza. Por increíble que pareciera estaba vivo. El sujeto sospechoso de actividades vampíricas estaba peor, tenía tres heridas de bala y su cuerpo se hallaba quemado más allá del 90 por cierto y sus quemaduras eran de segundo y tercer grado. ¿Cómo era posible que todavía estuviera vivo ese ser? Se escuchó otro disparo, de nuevo Grubber accionaba el gatillo. Esta vez contra el candado que resguardaba al baúl. Lo abrió de una patada, el coronel sonrió y exclamó: '¡Qué maravilla, mira lo que está aquí!' Metió sus manos y sacó un extraño aparato".

—Es una máquina de transfusión de sangre, ya no se usa, esta es muy antigua. Nunca había visto uno

de estos modelos más que en fotos e ilustraciones de libros —estalló jubiloso.
"En seguida, Grubber, soltó la carabina, se arremangó la camisa y comenzó a asistir al coronel en su faena de doctor. Quien primero detuvo la hemorragia del soldado".
—Taube es prioridad —afirmó.
"Luego conectó la máquina al chico con Taube y comenzó a bombear. Aquello me pareció monstruoso, pero nada dije. Estaban siendo prácticos, pero nada humanos. Razón tenía Nietzsche cuando escribió: 'Ten cuidado cuando cazas monstruos de no convertirte en uno también.' El Coronel, hizo lo propio con el hombre de la cabaña, obedeciendo una seña, Grubber le alargó uno de sus brazos. Le transfundió sangre al sujeto".
"El resto del pelotón combatió el incendio, antes de que se propagase más, pues ya estaba prendiendo un árbol contiguo. Con mucho trabajo lo lograron controlar cerca del mediodía. Exhaustos se sentaron en la hierba a comer, el sujeto y Taube estaban vivos, el chico no lo logró, en realidad nunca fue atendido. Lo dejaron morir. Mientras ellos combatían el fuego, Grubber cavó un hoyo y depositó el pequeño cuerpo. Al menos tuvo la decencia de sepultarlo. Reposamos un rato, necesario era recuperar fuerzas para iniciar el descenso con dos heridos. Había una sola camilla, una plegable. Esa la dispusieron para el sujeto. Taube había recuperado el conocimiento, pero no se hallaba al cien por ciento como para enfrentar la bajada. Grubber, se lo echó a la espalda, era hora de bajar. Dominic y Donald se hicieron con el traslado del sujeto, este fue cubierto con una gruesa

manta gris y maniatado para que no intentase escapar. Cómo medida extra también le fue suministrado un sedante, no faltaba más ser precavido. Uno, al ver la magnitud de las quemaduras no entendía cómo podía seguir con vida. La única explicación posible era que sí, era un vampiro. Habíamos tenido éxito. Si podíamos llamar éxito a tan descomunal desastre".

"Ya atardecía cuando llegamos al campo de aterrizaje. Nos esperaba la otra escuadra del grupo. La cigüeña se hallaba encendida y abastecida. Grubber, se puso tras los controles del avión. El sujeto fue asegurado en el asiento. El coronel se iría en otro transporte. La cigüeña era un aeroplano biplaza. Y así, en un abrir y cerrar de ojos, Grubber inició el despegue, el Fiesseler Fi156, apodado como 'la cigüeña' levantó vuelo y se perdió en el horizonte. Y así terminó aquella aventura, mi primer trabajo de campo con el grupo. Nos separamos. Cada uno tomó rumbo a su país de origen, a su hogar, a un inmerecido descanso".

IX
LA SEÑORA

Había transcurrido más de una semana desde que estaba en la posada de la señora Mariska. Katja se encontraba a cierto gusto, tenía techo y comida. El trato no era cordial pero tampoco era injusto. La dueña le hacía trabajar muy duro, casi no tenía espacio para otra cosa que eso. En el poco espacio que le quedaba libre lo usaba más que todo para descansar o con suerte tocar el violín en el patio interno. Era buena ejecutante del instrumento o al menos lo suficiente para que la señora, quien al principio le reñía que perdiera el tiempo haciendo ruido, de vez en cuando le pidiera tocar. Aunque no se lo pedía de manera amable, le decía "te doy permiso para que hagas lo tuyo con la cosa esa" y ella aprovechaba para tocar. Eso le relajaba y así descansaba un poco de la larga faena. En la cocina descubrió habilidades insospechadas, sus primeros platos no fueron de calidad, poco a poco fue adquiriendo mañas y trucos para mejorar el sabor. Sí, era dura la vida, pero podría ser peor. Y lo fue.

La señora Mariska, por su parte, a pesar de sus reticencias iniciales de darle cobijo, vio con satisfacción que estaba generando dividendos. La sazón de la chica había hecho que la clientela del restaurante se ampliara, sus tocatas, que le seguían pareciendo simplonas y aburridas, gustaba a algunos clientes. Claro, también hubo clientes de siempre que dejaron de ir. Por más que la disfrazara se daban cuenta de su procedencia romaní. Lo dicho, eran más los que lle-

garon que los que se fueron. Más clientes, más dinero. Era tanto así, que se estaba planteando la posibilidad de establecer el pago de algunas monedas diarias a Katja. Se resistía, ya bastante hacía con darle techo y comida. Su trabajo estaba pago. Así, el usufructo, por ahora, se imponía sobre el poco buen corazón que le quedaba. No podía darse el lujo de tomarle cariño a la chica.

Si, por algún descuido sentimental, adquiría aprecio hacia ella, ya no la vería como la chica gitana que se le podía sacar provecho, si no como la huerfanita desvalida. Y si hacía eso, terminaría queriéndola como la hija que la abandonó, ya no sería cobijo y trabajo, sino que sería su residencia, su hogar y una vez que ella muriera, la gitana heredaría su casa y su negocio. No, eso no podía ni debía suceder. Se lo imaginaba "La Taberna de Katja", eso le causaba urticaria. Su puesto era el de criada, punto. Lo de huerfanita desvalida se lo dejaba a Sventz, que por cierto no había regresado como lo prometió. ¡Bah! No importaba, no era la primera vez que el viejo incumplía sus promesas y aunque quiso restarle valor, no importaba cuantas veces hubiera ocurrido, esa desilusión siempre le molestaba y le hacía estar amargada todo el día. Y se amargaría más aún, todavía faltaban sorpresas desagradables en la jornada.

Cerca del mediodía, entró al establecimiento una vieja conocida, que no por conocida era agradable de ver. La esposa de Sventz. ¿Qué demonios hacía esa vieja cavernícola en su negocio? Le llamaba vieja, a pesar de que era más joven que ella misma. Preparó todo su arsenal de maltrato y veneno, si venía buscando pelea la iba a encontrar. Empezó desprecián-

dole con una sonrisa sarcástica.
—Buenos días señora de Sventz. ¿Qué le trae por mi humilde negocio?
Mariska, sabía el nombre de la susodicha, pero no la llamaría así por ninguna razón del mundo, primero adoptaba a la chica gitana antes que decir el nombre de su rival.
—Buenos días no son, pero se le acepta el saludo. No vengo a pelear contigo, traigo malas noticias —le respondió la señora.
—Al mal paso, prisa —le instigó con un tono de burla —el tiempo es oro y estoy muy ocupada como para soportar escenas de celos tontos a estas alturas de la vida.
—Sventz ha muerto —le dijo, obviando el ataque recibido.
Mariska se quedó muda, estaba predispuesta a la confrontación, sin embargo, no estaba lista para semejante noticia. Sí, le dolió la muerte del viejo. Algunas lágrimas traicionaron su fingida templanza y corrieron presurosas por su mejilla. De nada valió querer hacerse la fuerte.
—¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo? —preguntó, mientras limpiaba el llanto con el delantal.
—Un día después que vino a traer a la maldita gitana hasta aquí, la bruja, ella lo mató —expresó con aflicción.
—¿Cómo es eso posible? Ella estaba aquí, ¿cómo pudo haberlo matado? Cuándo Sventz vino se veía muy sano.
—Lo embrujó, mató unas gallinas, les sacó la sangre e hizo algún hechizo con magia negra. Seguro tiene la sangre de las gallinas guardada en un frasco. A mi

pobre Sventz se le reventó el corazón como un globo, después que tocó los cadáveres de las aves. Esa mal nacida me mató a mi viejo —exclamó sollozando —ahora estoy sola por su culpa.
"La vieja perdió la cabeza, está loca", pensó Mariska. Pasó del dolor repentino al desprecio y burla de nuevo. Se hubiera reído a carcajadas si no fuese por el fallecimiento de Sventz. Aunque luego se arrepintió por no estar alerta a lo que eran muestras de demencia peligrosa.
—¿Dónde está ese maldito engendro? —preguntó la viuda mientras se abría paso a trompicones por el establecimiento.
Mariska no pudo reaccionar a tiempo. La vieja, se encaminó pasillo adentro, hacia la cocina y los aposentos, como si conociera los cuartos y la distribución general del edificio. Quiso detenerla, solo logró agarrarla de la cabeza, no pudo asirla bien, le quedó el velo negro en las manos. ¡Rayos! ¡Había escapado! Corrió tras ella, casi de inmediato se detuvo. La vieja, había sacado un revólver de su cartera. ¡Demonios! ¿Y ahora? Eran obvias sus intenciones, sin embargo, Mariska se hizo la pregunta de rigor en su mente. ¿Qué pensaba hacer con esa arma? La desquiciada señora siguió avanzando por el pasillo apuntando nerviosa hacia todos lados. "¡Dios mío que loca!"
Ocurrió en ese momento: Katja abrió la puerta de la cocina y tomó dirección a su cuarto, que se encontraba a mano izquierda. Caminaba distraída, contando con los dedos, pensando en quien sabe qué cosa, se disponía entrar, cuando reparó en la referida señora. Paró en seco, abrió los ojos de par en par, no podía dar crédito a lo que veía. La esposa del señor

Sventz, le apuntaba con un arma de fuego, las manos le temblaban y había una enajenación total en su mirada. Y he aquí que, con el primer disparo, todas las presentes cerraron los ojos. Mariska lo hizo llevándose las manos a la cara; la vieja mientras disparaba y se tambaleaba por el recular del arma, lanzando gritos con cada detonación y Katja, quien se cubrió lo mejor que pudo, con una pierna levantada y los brazos levantados, como un boxeador protegiendo el rostro de golpes. Mariska contó cuatro disparos, en el siguiente orden: primer disparo, un clic, dos disparos, otro clic y un último disparo; el arma no estaba totalmente cargada. Aún seguían escuchándose clics cuando se armó de valor para abrir los ojos. La vieja, continuaba accionando el gatillo sin parar, no se daba cuenta de que no había más balas. Katja se hallaba en el suelo, tirada cuan larga era, que no era mucho, con los ojos cerrados. Al no escuchar más detonaciones abrió un ojo con timidez, luego abrió el otro, se irguió y quedó sentada en el piso, tocando su cuerpo por todos lados. ¡Qué suerte! La señora tuvo una horrible puntería. No le acertó ninguno de los tiros.

Mariska se acercó hasta Katja. Era increíble que a tan corta distancia no hubiera recibido daño. La vieja sollozaba y todavía continuaba halando el gatillo. Mariska procedió entonces a quitárselo, la doña se resistió y forcejearon un rato. Agotada su paciencia, hizo algo que siempre quiso hacer: le propinó un potente golpe en la cara. Lo hizo con todas sus fuerzas. La señora de Sventz cayó en el piso y el arma también. Mariska la pateó, esta fue a parar al cuarto de Katja, cuya puerta estaba abierta. El arma

rodó hasta quedar encima de un tapete ovalado. Qué raro, Mariska juraría que ese tapete se encontraba todavía guardado en el depósito. Entonces notó un olor extraño, desagradable, algo podrido pero disimulado con alguna clase de aromatizante. Era tenue, pero lo notó. Movió el tapete y halló una fea mancha marrón debajo del mismo. Lo que despedía el olor era eso, acercó su nariz, parecía sangre seca. Cabía la posibilidad que la vieja no estuviese tan loca después de todo y la gitanita estaba haciendo brujerías en su establecimiento. ¡Qué mal agradecida! Era algo de locos, allí estaba la mancha, era una prueba de que algo extraño había ocurrido. ¿Esa mancha era de la sangre de las susodichas gallinas, traída a su local, en algún tipo de envase? Habría que preguntar a la vieja cavernícola sobre ello con más profundidad.

Katja entró poco después, nerviosa, ya no solo era que la esposa del señor Sventz había intentado matarle, si no que la dueña había descubierto la mancha de sangre. Ésta la miró con severidad, no dijo nada, sólo la apartó con violencia mientras corría afuera. Cómo lo temía, la señora había huido, las mesas del restaurante estaban vacías, así como la caja del dinero, alguien, aprovechando la confusión y su ausencia había robado el ingreso del día. Aquello era el colmo, se devolvió furiosa al cuarto.

—¡Katja recoge tus cosas, lárgate de aquí inmediatamente! ¡No te quiero ni ver! ¡Chiquilla malagradecida! ¡Pájaro de mal agüero! ¡Gitana del demonio! —le gritó haciendo ademanes —y ni se te ocurra decir algo porque te saco a patadas. No me interesan tus explicaciones, solo que te largues. ¡Fuera! ¡Fuera! —agregó al ver que Katja abría la boca.

La chica, recogió todo con premura, ni siquiera había almorzado. Lloraba mientras oía a la dueña quejarse: "lo debía haber sabido, los gitanos traen mala suerte, cuando no te roban, te engañan. ¡Ladrones! ¡Brujos! ¡Hijos del diablo!" Eso dijo la dueña del local, entre tantos otros improperios. Katja no quería irse, mientras hacía la maleta pensaba en alguna forma de convencerla, que no le echase, pero no se le ocurría nada. Y cómo tardase mucho en esas labores, la señora Mariska, le tomó por los cabellos y la arrastró, con todo y maleta a medio hacer, hasta la puerta. Curiosos se agolpaban en la entrada del local, algunos clientes regresaban, su comida aún estaba caliente o las bebidas frías. Viendo la furia de la dueña todos se apartaron y dieron espacio para que pasaran las dos mujeres. Mariska empujó a Katja fuera y entró sin decir nada. Llegaba la policía, tarde, para variar. La pequeña y desventurada criatura, tomó sus cosas y se retiró del lugar sin saber muy bien qué hacer ni adónde ir.

Deambuló por todas partes y a la vez por ninguna. No conocía la ciudad. Caminó en círculos, al doblar en una de esas desconocidas esquinas y callejones terminó sin querer, de nuevo, cerca del establecimiento. La gente seguía aglutinada al frente, habían atrapado a la esposa del señor Sventz, nadie reparó en ella y ella tampoco se quedó mucho rato. Caminó hasta que los pies no le dieron más. Se sentó en unas escaleras. Hacía frío, el invierno estaba presente, no había caído aún la primera nevada, sin embargo, ya la estación había cambiado. No muy lejos de donde se sentó a descansar, observó un pequeño puente. Debajo del mismo se apilaban unos indigentes alre-

dedor de una fogata. Revisó la maleta, sacó ropa y se abrigó lo mejor que pudo. Con disimulo se colocó entre ellos, tratando de estar lo más cerca posible del fuego.

Algunos la vieron llegar, nada dijeron ni nada hicieron. La indiferencia era la mejor de las virtudes de un indigente. Ser indiferente, en la medida de lo posible, con todo, con cualquier situación, con el clima, con el dolor, con el hambre y con el destino desventurado de otros seres como ellos. Sin casa, sin hogar, sin familia. Con el placer no hacía falta ser indiferente, ya que este casi nunca hacía presencia en el diario acontecer. Así que una chiquilla, envuelta en ropa multicolor, caída en desgracia, les daba igual.

Llegó la noche, tenía hambre, frío y tristeza. Escuchó decir a uno de ellos, quien conversaba con otro, que dormir en una nevada era terrorífico, pues se hacía muy fácil quedarse dormido y no despertar jamás. La muerte por congelamiento era una amenaza mayor que el hambre en épocas de invierno y el invierno ya había llegado.

No nevó esa noche e igual se quedó dormida rápido. Entre los sueños congelados destacó uno entre tantos, semejante al sueño con las gallinas, tomó por el pescuezo a uno de esos indigentes. ¿Cuál? No importaba, ninguno tenía nombre. Con una fuerza que desconocía poseer, le partió el cuello. Él pobre desgraciado ni siquiera emitió sonido alguno, la muerte fue muy rápida. Succionó la sangre que brotaba de manera copiosa, esta no pasó a su estómago, la sensación que le transmitió fue otra. Era algo en las encías. Entró en calor y el frío no fue ya un tormento. Luego de eso arrastró el cadáver al río Danubio y lo

lanzó, aunque no se hundió enseguida la corriente se lo llevó, perdiéndose en la oscuridad. Se lavó la cara y las manos con agua, volvió a su lugar. No tuvo más pesadillas esa noche.

Despertó con el amanecer. El grupo se había reducido, dos habían muerto durante la noche y un tercero había desaparecido. Los muertos eran por causa natural, estaban enfermos, del tercer sujeto no se supo nada y tampoco indagaron, había una cierta falta de empatía. Lo dicho: la indiferencia ante la desgracia era casi total.

Katja, de manera inesperada, se sentía bien, aunque seguía teniendo hambre, una extraña energía le poseía. Decidió caminar un poco para estirar las piernas y pensar que hacer. No quería permanecer allí con esos mendigos. El sol le molestaba en los ojos, así que procuró andar por las sombras que daban los edificios. Eso le contrariaba un poco, no lo entendía. No sólo eran los ojos, la piel le ardía al contacto con la luz solar. Lo atribuyó al hambre y la debilidad. Se detuvo en las escaleras donde había descansado el día anterior.

Extrajo el violín. Y como sintiera ánimos de hacerlo, comenzó a tocar una melodía. Los transeúntes notaron la chiquilla y su canción. Algunos se detuvieron, otros aplaudieron y entonces alguien le lanzó una moneda al regazo, luego otra y otra. Sin querer, reunió lo suficiente para comprar algo de comer y compartió con sus compañeros de desgracia. Porque, a pesar de que no quería permanecer con los mendigos, no tenía otro sitio a donde ir y volvió con ellos, además siempre tenían una fogata encendida. Algunos agradecieron el noble gesto, otros no reac-

cionaron en absoluto, solo tomaron el pan y se sumergieron en la indolencia.

Dos pordioseros, pelearon entre ellos por arrebatarle un mendrugo más a la vida. Katja, por un momento quiso intervenir, pero contagiada de su apatía, se desentendió del asunto y los dejó solos. La pelea acabó cuando el pan, por el cual dirimían combate, cayó al suelo. Una rata famélica y descolorida, tomó la referida pieza y desapareció por un hoyo en el muro, la entrada de su madriguera. Fue la cosa más interesante que ocurrió esa noche, luego de ello se estableció esa peculiar paz y ese gélido silencio del abandono, solo interrumpido por el crepitar del fuego en la fogata. Así transcurrieron unos días, hasta que la nieve llegó. Esa noche en particular fue terrible, el frío se colaba hasta los huesos. De nuevo soñó que asía a uno de los indigentes por el cuello, sin embargo, se contuvo y no le hizo daño. En el sueño le costó mucho dominar ese instinto asesino.

Al amanecer varios habían muerto congelados. La desesperación de Katja era mucha. A pesar de haber reunido alguna cantidad de monedas con las tocatas, no la quisieron recibir en ninguna posada y caía en cuenta que su imagen cada día se distanciaba de la decencia. Se encaminó temprano al sitio donde siempre tocaba. Y quiso tocar mejor que nunca, tenía congelados los dedos, era doloroso interpretar cualquier melodía. La gente comenzó a desinteresarse y ninguna moneda cayó en su regazo en toda la mañana. El sol estaba apagado ese día, el cielo nublado no permitía que los rayos calentasen la tierra. Y aún esa tenue luz solar le molestaba, sentía ardor en la piel y en los ojos. Paró de tocar, no tenía sentido, aquello

sonaba feo, el violín, con el frío, se había desafinado y por más que lo intentaba, no conseguía que mantuviera las notas. Su mente estaba febril y mareada. Se levantó o hizo el intento. En su desorientación, producto de la debilidad y la congelación, tropezó con alguien. El hombre, cayó de bruces y se golpeó con fuerza en la mandíbula. Estaba borracho y se cayó más por su estado etílico que por el tropiezo de aquella menuda criatura. Era un hombretón bastante voluminoso, así que la caída fue aparatosa y no se pudo levantar por sí solo. Los compañeros de copa al ver en el suelo a su compinche la tomaron contra ella.

—¡Maldita sea! ¡Quítate de en medio! —Le gritó uno, al tiempo que la empujaba.

Katja no pudo evitar caer ni mucho menos hacerse daño. Quedó con el rostro hundido en la nieve, cuya delgada capa amortiguó muy poco el golpe. Escuchó las risas de los gandules, uno de ellos le jaló por los cabellos y le propinó una sonora cachetada. La gente se agolpó al ver la trifulca, sin que nadie interviniera a favor de la chica. Katja se cubrió lo mejor que pudo, quería luchar, no tenía fuerzas, la agresión estaba lejos de terminar. Se preparó para un siguiente golpe. Pero no ocurrió. Se atrevió a abrir los ojos. Una persona intervino, atrapando el brazo del agresor en el aire, quien, en la mano, tenía una botella de licor. Sí, le había salvado de un botellazo. Eso pudiera haber sido fatal. Esa persona se interpuso entre ella y los agresores con actitud desafiante. Los amenazó con llamar a la policía, se identificó como funcionario del gobierno; entonces los hombres desistieron, levantaron a su amigo caído y se alejaron presurosos.

El héroe anónimo, era un hombre que muy bien se podría describir como normal, ni muy alto, ni muy bajo, contextura promedio. De cabello negro, corto y lacio. Vestía con una chaqueta gris oscuro y una bufanda blanca. Debajo, un traje negro. Le tomó de la mano y le ayudó a levantarse. Le preguntó si estaba bien, ella no respondió, estaba algo aturdida y tenía miedo. Entonces el hombre preguntó a los presentes, estos les respondieron que la chica era Katja Kinslenya, una gitana que se ganaba la vida como músico en la calle.

—¿Dónde vive? —inquirió.

—En la calle hombre. ¿No ve que es indigente? —le respondió un señor desconocido.

Ella sollozaba, quería agradecerle, pero también estaba llena de vergüenza. No sé atrevía a verlo a los ojos. Él debió percibir algo de ello porque evitó confrontar su mirada.

—¿Quisiera usted venir conmigo? Salgamos de esta calle a un lugar seguro y más caliente —le invitó con dulzura mientras la cubría con su chaqueta.

Ella se dejó conducir, todo su ser le decía que era un buen hombre. Además, no parecía tener otras opciones

—Mis cosas —alcanzó a decir.

El hombre le ayudó a recoger el desastre. El violín estaba roto, Katja cuando recibió la bofetada había caído de lleno sobre él. Estaba estropeado más allá de cualquier posibilidad de reparación. Lloró, era el único recuerdo de un pasado distante, ahora nada existía de esa época en que quizá fue feliz, tuvo familia y amigos.

El hombre le condujo fuera de la muchedumbre, lla-

mó a un niño que estaba cerca, entre la gente.
—Ven Marko, vámonos a casa — le dijo — gracias señora Verdi por cuidarlo —agradeció a una mujer. Era alguien conocido del hombre.
—No hay de que Víctor, hiciste una buena obra con esa muchacha, dios te lo tendrá en cuenta —se agachó para despedirse del niño —hasta luego Marko, tu padre es un ángel.
El niño se despidió y juntos se fueron. Katja caminaba con dificultad simulando lo mejor que podía. Sentía mucho frío. Las piernas estaban rígidas, moverlas le causaba dolor.
En el camino no hablaron más de lo necesario. Solo: "cruza por aquí", "cuidado con ese escalón", "Esa losa está suelta". Llegaron por fin al apartamento, quedaba a mitad de un callejón. Katja, titiritaba. El hombre, le tocó la frente, sudaba frío. Estaba al borde del desmayo, antes de que eso pudiera pasar, él, la alzó en brazos y la llevó al cuarto de Marko. Allí hizo que se recostara en la cama, encendió la chimenea, colocó agua a calentar. Subió al niño, estaba cansado, lo llevó al cuarto principal. Este se quedó dormido casi de inmediato. Volvió con ella. Necesario era que se quitara esa ropa. Le preguntó si podría quitarse esa ropa por sí misma. Ella asintió, pero también preguntó el porqué del requerimiento de esa acción.
—Tienes que quitarte ese vestido, yo saldré, cerraré la puerta para darte privacidad —le indicó antes de salir —tus ropas están dañadas o mojadas, te procuraré alguna ropa luego.
Partió, rápido, a calentar agua en la estufa. Le había anunciado hallar ropa para usar, pero cuando revisó el armario, como cosa obvia, solo tenía prendas

de hombre. Las suyas eran demasiado grandes para su talla y las de Marko eran demasiado pequeñas. No mejoraba la situación. Buscó entre las maletas sin deshacer, no recordaba si había algún vestido de mujer entre la ropa que empacaron al mudarse. Encontró un albornoz. Era grande, pero podría servir de manera provisional y además era cálido, le haría entrar en calor. Sí, era una buena opción, o al menos la primera que encontró, revisaría de una manera más exhaustiva luego.

Ella intentó, de manera infructuosa, quitarse la ropa, sus manos y dedos estaban demasiado entumecidos. Lo llamó. No sabía su nombre así que sólo le dijo "señor". Viktor bajó, le ayudó a desabotonar, pero nada más. Le dejó a solas de nuevo, esta vez ella sí logró culminar el proceso de desvestido. Se colocó el Albornoz. Salió del cuarto caminando con cierta dificultad. Él le anunció que había calentado agua para que se diese un baño caliente. Katja, entró al baño y él se quedó fuera, encendiendo las lámparas pues ya oscurecía. Ella se sumergió en el agua caliente. Al principio le causó una sensación desagradable, sintió dolor en todas sus articulaciones, poco a poco se fue relajando y casi sin darse cuenta perdió la conciencia y todo se hizo negro.

Viktor, una vez iluminada la casa, chequeó que el niño estuviese bien, se dirigió hacia el baño, hacía ya un buen rato que la chica había entrado. Tocó la puerta, no obtuvo réplica. Nervioso por la falta de respuesta y por lo que le pareció una larga espera, luego de anunciar su entrada, abrió la puerta. La chica estaba sumergida por completo, al parecer se había desmayado o dormido o quién sabe qué cosa.

Alarmado y olvidando su inicial turbación, corrió hacia la tina y extrajo el cuerpo desnudo del agua. No respiraba y su piel se observaba pálida. No sabiendo muy bien que hacer la colocó boca abajo y le dio ligeros golpes y masajes en la espalda. Y a pesar de no realizar un procedimiento adecuado para reanimarla, esta dio señales de vida. Expulsó agua y comenzó a respirar con dificultad. Se sentó con ella en el suelo, le abrazó; sin notarlo él estaba llorando. Había pasado un susto muy fuerte, pensó por un momento que la chica había muerto y quizá hubiera sido así de no entrar a tiempo.

Allí, teniéndola tan cerca, observó bien su cara. Tenía un párpado hinchado, la boca rota, la mejilla izquierda y la nariz también presentaban moretones. Sí, luego de lavado, era un rostro bonito, muy a su estilo y a pesar de los signos remanentes de la agresión. Ella abrió los ojos. Había una tristeza tan profunda en esas pupilas color ámbar, eran dos abismos de soledad y desesperanza, como si no hubiera vida en ellos, como si el sol hubiera abandonado la misión de calentar su alma. Sin embargo, Viktor hubo de reaccionar, ya pasada la emergencia se hacía necesario actuar con la decencia que ameritaba. Casi caen de nuevo al querer levantarse, ella se hallaba débil y no parecía poder ponerse en pie por sí sola, además el piso estaba mojado. Resbalaron. Él tuvo la habilidad suficiente para mantener el equilibrio de ambos. Sin querer, en su afán de no dejarla caer, tocó partes delicadas de la chica. Sintió turbación de nuevo, se recompuso, la cubrió con el albornoz y le ayudó a caminar hasta un sillón en la sala, cerca del fuego.

—Estoy todo mojado, me cambio, hago té caliente y

regreso —le indicó viéndola a los ojos.
Ella asintió con la cabeza, sin decir nada. Le ofreció té y no sopa, cosa que agradeció.
Luego de un rato regresó con la bebida caliente que prometió y con otra ropa. Rebuscando entre las maletas, había encontrado una prenda, que había pertenecido a su difunta esposa. No era la talla de la joven, pero era mejor que nada. Ella se había repuesto bastante, entró al cuarto. El vestido le quedaba grande. Parecía lo que era, una niña mal vestida. Sin embargo, sentirse en calor le animaba mucho y con toda la vergüenza del mundo, a requerimiento de él, se sentó en un sillón, cerca de la chimenea.
—Comencemos desde el inicio. Me llamo Viktor, Viktor Jarkovic. ¿Tú, cómo te llamas? —le preguntó.
—Me llaman Katja, Katja Kinslenya, aunque no sé si ese es mi verdadero nombre —le respondió ella con la mayor sinceridad posible.
—¿Los hombres que te agredieron los conoces?
—No.
—No importa, ya estás a salvo.
Ella quiso responder, decirle gracias, en vez de eso lo que hizo fue ponerse a llorar.
—Tranquila, es normal que estés asustada. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?
—No lo sé, perdí la memoria.
Víctor guardó silencio. "¿Será eso posible?" pensó. Ella volvió a sollozar. Vaya inconveniente. Preguntar por familiares era inútil si no recordaba nada. Reflexionó cual sería la pregunta adecuada y la mejor forma de poder ayudarla.
—¿Qué es lo que si puedes recordar? ¿Hace cuánto estás perdida?

Katja se quedó pensativa. Ella misma necesitaba reflexionar esa respuesta.
—Alrededor de dos o tres semanas, fuera de eso no recuerdo nada.
—Pero algo debes recordar. ¿Cuál es tu primer recuerdo actual, o sea de estas dos semanas?
Dudó un poco. No sabía si contarle de este señor que la rescató y afirmaba ser un vampiro. ¿Qué otra cosa podía decirle? No tenía más verdades que esa, ni mentiras que contarle.
—Lo que recuerdo al despertar, fue estar en manos de un señor, en una cueva, en unas montañas. Según me dijo, el campamento de mi familia fue asaltado. Él me rescató y curó, siendo la única sobreviviente. Luego afirmó ser un vampiro, me espanté y hui.
—¿En dónde ocurrió? ¿De verdad crees que era un vampiro?
—No lo sé —negó ella con los ojos inundados y negando con la cabeza —quizá entendí mal. No lo sé.
—Entiendo, disculpa, fue una pregunta tonta. Los vampiros no existen. ¿Sabes dónde estás? ¿La ciudad, el país?
Sacudió la cabeza.
—Estas en Hungría, Budapest, es la capital, año 1895, 8 de noviembre.
Katja se le quedó mirando, nada dijo.
—Asumo que no sabes qué edad tienes.
—No, no lo sé. ¿Cuánto aparento?
—Es una buena pregunta —Víctor la miró, la detalló, pensó un momento —. Yo diría que 15 o 16 años, aunque puede ser que la estatura engañe y seas un poco mayor, es difícil decirlo.
—¿Eso es mucho o es poco? —preguntó con cierta timidez.

—Supongo que ni lo uno, ni lo otro. Es solo un estimado.
Ella de nuevo guardó silencio.
—El señor que te rescató te dijo que tu campamento fue atacado. ¿Te comentó algo de tus padres, de las personas de ese campamento?
—Solo que todos murieron asesinados y yo fui la única sobreviviente. No sé nada más. ¿Ser gitano es tan malo?
—No, ser un gitano no significa que seas una mala persona.
—¿Y entonces por qué tanto odio contra los gitanos? Yo ni siquiera sé que es ser gitano, no lo recuerdo. En todos lados me llaman así y me han maltratado por ser algo que desconozco, una identidad, una marca, una deshonra —exclamó muy enérgica.
—En esta época, donde los nacionalismos dominan las mentes y corazones de los pueblos, la segregación es el pan nuestro de cada día.
—Usted no es así.
—No, no lo soy.
—¿Qué lo motivó a defenderme?
—La justicia. Era injusto que tres hombres atacaran a una chica solo porque su amigo borracho tropezó con ella. De hecho, era injusto solo por el hecho de que un hombre agrediera a una mujer. Eso me enerva.
—¡Gracias!
—Fue un placer y un deber.
—No había tenido oportunidad de agradecerle. Gracias por intervenir, por auxiliarme, por traerme hasta acá, por salvarme en la tina. Hoy me ha salvado dos veces. Es usted un ángel, un héroe.
—No, no soy ángel, ni héroe, me considero un hom-

bre justo. Pero, ya que tocas el tema y tomando tus palabras: ¿te gustaría ser salvada por tercera vez, por el mismo hombre?
Katja, hizo una mueca de asombro.
—Ya usted ha hecho mucho por mí, me da vergüenza toda esta situación.
—Pues pienso que puedo hacer algo más. No lo veas cómo una ayuda. Sino como un intercambio.
—No lo entiendo.
—Tú me ayudas, yo te ayudo. Necesito a alguien que cuide a Marko, mi hijo. Se me ha hecho difícil hallar a una institutriz para ello, las vecinas me han ayudado un poco, sin embargo, no es una situación que sea cómoda para mí y se me ocurre que tú podrías ayudarme con ese asunto. ¿Qué dices?
—No sé lo que es eso. ¿Qué podría hacer yo, que ni sé quién soy? —argumentó con tristeza.
—Institutriz es un nombre rimbombante para niñera. Lo único que requiero de ti es: que cuides a mi niño y la casa. ¿Sabes cocinar?
—Sí, aprendí mientras estuve en la posada de la señora Mariska.
—¿Mariska? ¿Mariska la amargada?
—Sí, ella. ¿Pero por qué le dice así? No sea cruel.
—Porque lo es. Me alojé unos días allí cuando llegué a Budapest y hace honor al significado de su nombre, amargada. ¿Cuánto tiempo estuviste allí trabajando?
—Poco más de una semana.
—¿Y por qué te fuiste?
—Ella me corrió.
—Y todavía me pides que no sea cruel con ella, cuando ella fue cruel contigo, nada más por ser gitana. Asumo que fue por eso que te corrió.

Katja no supo que responder, le dio miedo contar lo de la señora y los disparos, la mancha y el vómito de sangre. Eran detalles escabrosos que prefirió omitir.
—¿Entonces? ¿Qué dices? ¿Te quedas? Si vas afuera morirás congelada, el invierno ya está aquí. Y yo no podría dormir tranquilo sabiendo que estas allí afuera soportando frío mientras yo me mantengo tibio. Simplemente no podría.
Katja dudaba, le había pasado tantas cosas malas en poco tiempo que algo tan bueno no podía ser verdad.
—Cuidas a Marko, preparas la comida, llevas la casa, me cuidas a mí. Algo de lavandería. Serías la señora de la casa.
—¿La señora?
—O sea que llevarías la casa, yo estaré casi siempre trabajando. No estaré encima de ti, dándote órdenes. Mientras la casa este limpia y las pancitas de Marquito y la mía estén rellenas estaremos felices —expuso risueño.
Ella sonrió. Le causó gracia.
—Sí.
—Excelente decisión. Hoy mi hijo dormirá conmigo y tú te quedarás en su cuarto. Ya luego nos distribuimos de forma adecuada.
El hombre, se levantó, contento, llegó hasta la puerta, pero se devolvió corriendo. Le dijo: "gracias por aceptar", luego salió de la casa. Katja se quedó sentada junto a la estufa, estupefacta, sin poder creer lo que estaba pasando, vestida con aquella ropa ajena y que le quedaba grande. El té se había enfriado, pero igual se lo tomó. Agradeciendo que no fuera sopa.

X
EL RELATO DE MARKO
FOLIO III

"De vuelta en Hungría, luego de aquella ignominiosa tarea en Rutenia, me hallé intranquilo. No podía ver a mi pequeño hijo sin que me trajera la memoria del niño corriendo envuelto en llamas y Grubber, abatiéndolo de un disparo. Aquello me atormentaba y por más curiosidad o interés que yo tuviese con el tema de los vampiros tomé la resolución de no participar más en esas cacerías. Pero, como ya lo he mencionado antes, el Coronel Rahl tenía una extraña habilidad, para no llamarlo poder, que él, llamaba 'Don de Convencimiento' y cuando me llamó por segunda vez no me pude negar, ni la tercera, ni la cuarta, ni la quinta. Era algo psíquico, algo no aceptado por la ciencia. Lo que él poseía. En esas nuevas cruzadas por toda Europa conversé el asunto con el resto del pelotón y con él mismo. Era algo que no siempre le funcionaba, todo dependía de la mente del individuo a persuadir y del contexto de la idea en sí misma. Resulta que, de una u otra forma, a pesar de que a un nivel consciente me resistía, a niveles inconscientes y subconscientes quería continuar. Lo cual, lejos de calmar mi angustia, la potenciaba. Algo muy siniestro y oscuro se ocultaba dentro de mí ser que, si bien no disfrutaba de la cacería ni de los hechos atroces e inhumanos que cometíamos en ellas, aprobaba todo aquello. Lo consideraba un mal necesario, el fin justifica los medios. Con esa excusa muchas monstruosidades se cometieron en la historia. Y no voy a hacer

una lista de las atrocidades históricas del hombre, tampoco quiero extenderme más allá de lo preciso".
"De los cuatro 'trabajos de campo' siguientes solo dos resultaron ser vampiros reales, hubo tres fatalidades, una baja propia del pelotón, un soldado desconocido del cual no recuerdo su apellido, uno de los sospechosos que era humano y uno de los vampiros reales, quien se inmoló en fuego, tal y como intentó hacerlo el primero que atrapamos".
"El sujeto positivo que logramos capturar ileso ayudó a recuperar la salud del primero. Según me comentó el Coronel le hicieron una transfusión de sangre de vampiro a vampiro y esto hizo que se recuperara mucho. Fueron varias veces, la primera vez no lo hizo de buena gana, terminó cediendo en virtud de ayudar a su congénere. Del ser que atrapamos en la primera salida no supimos nada al principio. No habló hasta muchos años después y lo poco que dijo no trajo muchas luces. Lo apodaron Oscar a manera de identificarlo y a manera de burla. El segundo se llamaba o decía llamarse Eugene, de su apellido nada dijo, el real, ya que para el mundo se llamaba Otto Bauer. Tenía la apariencia de un muchacho de dieciocho años. Era a todas luces un muchacho guapo, no muy alto, apenas mediría unos 1,65 centímetros de estatura. Delgado, de piel clara, muy clara, cabello negro, liso y corto, bien cuidado. Trabajaba en unas minas de carbón cuando lo atrapamos, allí realizaba trabajos amparado de la luz solar".
"Aseguraba haber sido convertido por uno de los más antiguos vampiros del planeta, también aseguraba haber servido en la fuerza aérea austriaca durante la guerra, luego dijo que había sido en reali-

dad ayudante del cocinero en el acorazado Viribus Unitis, cosa que no podía ser posible, dada las fechas que proporcionaba. Así como decía una cosa, luego decía otra. Resultó ser, si hacíamos caso a sus afirmaciones, más joven que cualquiera del pelotón. Dijo haber nacido en Tirol, en una pequeña aldea sin nombre, en 1911. Luego cambió la dirección de su natalicio a Innsbruck y el año a 1910, no podíamos dar mucha credibilidad a sus palabras, eso sí, su apariencia y su actitud denotaban juventud".

"Excepto al principio, cuando lo capturamos, que opuso cierta resistencia, siempre mantuvo una actitud colaboradora y abierta. Eso me comentó muchas veces el Coronel, ya sea en cartas o por teléfono, ya que cada vez que terminábamos esas faenas nos dispersábamos, excepto el núcleo alemán que regresaba a la ciudad base del grupo: Múnich. Por eso, todo lo relatado anteriormente de Eugene fue información que me proporcionó el Coronel".

"Así que por el año 38 se habían hecho cinco jornadas especiales, así las llamaba Rahl, con éxito moderado, dos capturas, una corroboración y dos sujetos negativos. Del primer sujeto, que resultó negativo, tengo otro recuerdo ingrato proporcionado por Grubber. Este, intentó escapar y el coronel nuevamente utilizó aquella orden: 'Detenlo' y para Grubber, detenlo parecía significar: dispárale. Y otra vez abatió a su presa en plena carrera, sin titubear. Por un momento hubo alguna esperanza de sobrevivencia pues el disparo había sido en uno de los brazos, o sea no era ninguna zona vital. Pero al examinarlo el coronel Rahl determinó su muerte. ¿Qué había ocurrido? Según la autopsia reveló (tuvimos que retirar el cadáver y lle-

varlo con nosotros) había sido un infarto. Resultado más que decepcionante, resultaba triste, sombrío".
"El otro individuo tuvo más suerte, permitió ser entrevistado y una vez se determinó que no era de la raza oculta se le dejó en paz y no hubo ningún incidente digno de mencionar y lo más importante, Grubber no usó su carabina. En cuanto al vampiro que se prendió fuego fue la primera vez que noté cierta perturbación en el Coronel. Su frustración fue tal, que pateó al cadáver calcinado en repetidas ocasiones, hasta que este quedó hecho polvo. No hubo levantamiento del cuerpo, no quedó más que cenizas. En febrero de 1938 fuimos convocados, una vez más, en Múnich, esta vez era diferente. Había surgido una tarea más ambiciosa, algo fuera de Europa".
"Reunidos los 13 miembros que quedábamos del pelotón, notamos una cuestión inusual. No éramos 13, había una persona más y esta era: Eugene. Creo poder asegurar que todos estábamos sorprendidos, excepto Grubber".
—Bienvenidos a Múnich, es obvio que notaron la presencia de Eugene en la reunión —Anunció el coronel Rahl —desde hoy pertenece al pelotón. En sustitución de la baja de nuestro compañero en la última operación. Nuevamente somos 14.
"Nadie dijo nada. Observamos a Eugene. Todos lo conocíamos. Este se observaba ufano, no disimulaba en nada su alegría. Ya no era un prisionero, al menos eso pensaba él. De alguna forma estar en el pelotón era ser prisionero. Reos de un secreto, cómplices de malhadadas aventuras, secuaces de un mal sin propósito definido. Porque no éramos paladines de la justicia, sólo éramos un grupo de cazadores de lo

oculto, en búsqueda de la inmortalidad. Todos los demás temas paranormales habían quedado en el olvido, ahora perseguíamos y cazábamos vampiros. El propósito del pelotón se había perdido, que no expandido, por intereses de jerarcas sin nombre que manejaban los hilos desde las sombras".

—Eugene, nos ha proporcionado un dato muy importante —continuó el Coronel —la ubicación de un vampiro, posiblemente el más antiguo.

"Silencio".

—No hay un solo nombre para este ser. Le han conocido como Inanna, la han venerado como la diosa Ishtar. La conocen como la Gran Dama, La Luz de la Luna.

"Eugene, se notaba complacido y asentía con cada aseveración del Coronel".

—Existe una leyenda donde dice que Inanna, bajó al inframundo a luchar con su hermana Ereshkigal. Resultó muerta en el combate, pero Enki, otra deidad le dio "el agua de la vida" y así revivió. Es una leyenda, claro está, pero es posible que el mito tenga alguna relación con un hecho real, por eso, inclusive, es el primer vampiro, la fuente, la primera en ser convertida. Por algo es considerada la diosa madre.

—¿Entonces ese vampiro es de género femenino? —preguntó Jans, El Checo.

"Era obvio, pero alguien debía hacer la pregunta."

—Es así mi querido amigo.

—Si ese tal Enki, fue quien le dio el agua de vida ¿Enki no sería el vampiro original? —acotó Jans.

—Muy buena observación. Sí, existe esa posibilidad, pero de Enki, no tenemos nada que nos indique tal cosa, nos concentraremos en Inanna.

—¿Y qué sabemos de Inanna? —pregunté.
"Cuando hablaban de vampiros de género femenino no podía evitar pensar en Katja. Creí que podía ser ella ocultándose detrás de una leyenda."
—Eugene... —dijo el Coronel, invitando al mencionado nuevo miembro a que compartiera la información.
—Lo primero que sabemos de Inanna: es que no es su nombre real, ni siquiera el que utiliza actualmente. La conocí en el Tíbet, cuando estuve de paso con mi... ¿cómo decirlo? Con mi mentor, mi creador o convertidor. Es cuestión de cómo se enfoque. Él viajó hasta allá porque quería conocerla. Su propio mentor le había hablado de ella y como había muerto en el medio evo, quiso completar una promesa que ese señor le había hecho a Inanna.
—¿En qué fecha fue eso?
—En 1926. Mi mentor me convirtió especialmente para que le acompañara en dicha aventura.
—¿Eso fue antes o después de servir en el buque Viribus Unitis a los 7 años? —preguntó con sarcasmo Donald, siendo austriaco le molestaba lo que a todas vistas era una burla y un engaño.
—Después —respondió sin inmutarse Eugene —lo segundo a referir es que: es tan antigua que cuando ella nació Noé aún no había construido el arca
—Eso quiere decir que ella sobrevivió al Diluvio —acotó Dominic
—Lo que quiere decir es que el diluvio universal nunca ocurrió, pero si existió un hombre, cuyo nombre no era Noé, pero que luego pasó a la posteridad con ese nombre, gracias al invento judío de una inundación mundial. Ella lo conoció. Era una niña en esa época.

—Perfecto. ¿Pero en que nos ayuda esa información? Si Noé existió o no, si se llamaba así o de otra manera —le inquirió Donald.
—En darnos una idea de lo antigua que es esta criatura.
—¿Sabemos cómo fue convertida? —pregunté, intrigado
—No, no lo sabemos, sólo que Enki le dio "el agua de vida" cuando ella, aparentemente murió.
—O sea que este dios Enki, pudo haber existido, o al menos alguien con ese nombre —preguntó otro de los asistentes. No recuerdo quién.
—Al parecer era chamán, un curandero, un brujo. No era un dios.
—¿Y por qué dices que aparentemente murió? Acaso este dios, brujo o lo que fuera no la hizo regresar de la muerte —preguntó Donald.
—Ustedes aún no lo saben, una persona para poder ser convertida tiene que estar viva. Lo muerto no puede transformarse, solo se pudre y se convierte en polvo.
—Tengo curiosidad por Noé. ¿Cuál era su verdadero nombre y si no hubo un diluvio universal, qué fue lo que ocurrió? —insistió Jans.
—Se llamaba Eneshtar o algo semejante. El hombre había observado las crecidas periódicas de los ríos Éufrates y Tigris e intuyó que en cualquier momento podía ocurrir una inundación catastrófica. Así lo comunicó a sus vecinos, que se rieron y burlaron. Nadie prestó atención a sus advertencias. Eneshtar, construyó su casa en alto y de un modo que resultara impermeable. Siempre se resguardaba con todos sus animales, con su comida, semillas y sus hijos y las

esposas de sus hijos al dormir. Cuando la inundación ocurrió, solo él y su familia salieron indemnes de la tragedia mientras que la población sufrió de muchas pérdidas materiales, muertos por ahogamiento y hambre, luego de quedarse sin comida ni animales durante muchos días.

—Déjame adivinar: la hambruna duró cuarenta días y cuarenta noches —opinó Jans, El Checo.

—Sí, poco más, poco menos —respondió Eugene.

"Jans sonrió, auto complacido de su agudeza".

—No vinimos a discutir mitos —opinó Donald —si no a desvelarlos.

—Al contrario. Debemos discutir los mitos para poder desvelar sus secretos. Somos, básicamente, cazadores de mitos y leyendas. Y no podemos darnos el lujo de despreciarlos. Es nuestro deber creer y a la vez no creer. Creer en las elucubraciones más extrañas de la esperanza humana, en sus ansias desesperadas de una vida después de la muerte, la inmortalidad, así como dudar de esas extrañas ilusiones. Pero no será reconocido nuestro trabajo, nadie sabrá lo que hicimos, no nos felicitarán de nuestros logros ni nos juzgarán por nuestros errores. No se engañen a sí mismos, señores. Nuestra meta es absolutamente egoísta y cargada de un enorme desespero —enunció el coronel.

—Gracias —le agradeció Eugene —volviendo a esas épocas, en algún momento luego de esa inundación, inclusive pudo haber sido a causa de la misma, ella sufrió algún percance, permaneció moribunda hasta que Enki le da el agua de vida. Su existencia a partir de allí es borrosa, mi mentor me contó todo lo que su propio mentor le pudo decir. Ella no es muy

afecta a contar sus aventuras y hazañas. Como ya saben nosotros, los mal llamados vampiros, vivimos en el anonimato, pasar desapercibidos es esencial y no llamar la atención de sujetos como ustedes. Sólo sabemos que ha viajado mucho, desde la brumosa Irlanda hasta el desierto de Gobi. Coleccionando vidas y nombres, profesiones, títulos, adjetivos y fábulas. Su existencia misma es tan subterránea que, para ustedes, ni siquiera era una leyenda a investigar. De no ser por mi captura y las casualidades no hubieran sabido de ella ni en mil años.

—¿Y porque decidiste hablar de ella? ¿No equivale eso a una traición? A ella, a tu raza —le acusé.

—Yo no le he jurado lealtad a nadie. Mi mentor me convirtió por la fuerza, me llevó hasta allá. En ningún momento me preguntó si quería hacerlo. Me vi obligado y luego del viaje se inmoló en una pira y me dejó solo. ¿A quién le debo devoción? ¿A un ser muerto que ni familia mía era? Un ser del cual fui acólito por la mera razón de que sobreviví la conversión. Según pude saber mató a cientos de jóvenes intentando convertirlos. Yo fui su intento mil uno y por eso estoy aquí con ustedes. No por voluntad propia sino porque el destino así lo quiso.

—Entonces qué tenemos: un ser que convive con nosotros desde épocas tan tempranas como el ante diluvio, un ente femenino, origen de múltiples mitos y quizá el origen de La Raza Oculta cómo bien la llama nuestro amigo Marko. Debemos acceder a ella, hablar y capturarla viva si es posible —declaró el coronel.

Todos nos quedamos en silencio. Grubber, gritaba con la mirada, el único ruido que se escuchó en esos

momentos fue el de sus ojos moviéndose, excitados, en las cuencas.
—Tendremos que viajar al Tíbet —completó Eugene.
—¿Hay algún plan para ello? Una cosa es moverse dentro de Europa y otra ir a un sitio tan lejano como ese. Aparte, hablar del Tíbet es hablar de una zona controlada por el Imperio Británico, de grandes extensiones, montañosa, inhóspita y deshabitada. Buscar a esa persona nos llevaría años y con posibilidades que, aun dedicándole toda una vida, no la encontremos —opiné.
"Me parecía una empresa inabarcable y descabellada, además no confiaba en ese tal Eugene".
—Sí, hay un plan —respondió el coronel, mientras extendía un mapa —, una expedición científica partirá hacia el Himalaya en los próximos meses. Nos colaremos en ella, ya los trámites al respecto están encaminados. Iremos actuando como escolta. No todos por supuesto, será un grupo reducido, los que acompañarán a la expedición. Habrá un segundo grupo que preparará una operación de rescate. Liderado por Grubber, quien está ya acondicionando y aprovisionando un transporte Ju-52 para ese cometido. Es un avión civil, fue tomado prestado de la Lufthansa, la idea es que no llame mucho la atención. Este grupo viajará con algunos meses de retraso hasta Katmandú y nos esperará allí. El trabajo logístico al respecto es gigantesco, pero confío en las capacidades de Grubber. En cuanto al grupo que escoltará la expedición irán los mejores montañistas: Dominic, Donald, Jans y Marko —explicó.
"Sufrí un sobresalto al escuchar mi nombre. El corazón se aceleró. '¿Yo? Yo no quiero ir' pensé, pero

nada dije. Además, no me consideraba a mí mismo como un buen montañista".

—Siéntate Marko —me ordenó el Coronel.

"¡Diablos! ¿En qué momento me había levantado? Obedecí".

—El grupo de la expedición lo completaremos Eugene y mi persona, si bien no somos tan buenos montañistas, es esencial que vayamos en ese grupo. Les preguntaría por su consentimiento, pero estoy seguro que todos se ofrecerán como voluntarios para realizar el viaje. Los que no deseen ir, levántense, expresen su desacuerdo y retírense de la sala —anunció.

"Todos guardamos silencio, nadie se movió de sus asientos. Yo, por mi parte quise levantarme y salir del cuarto, pero crucé la mirada con el coronel, este me vio fijamente y no pude hacerlo. Luego intercambié impresiones con Jans, Dominic y Donald y ellos sintieron algo semejante. Quisieron negarse, pero no pudieron. Era bastante probable que el coronel hubiera hecho uso de su 'don de convencimiento' con nosotros, los alemanes ni se inmutaron, era el grupo más numeroso y permanecerían en Múnich, no irían en la expedición".

—La empresa que nos aprestamos a realizar es la más ambiciosa de cuánto hemos realizado. Será necesario forjar identidades alemanas para el grupo de la expedición, no se preocupen por ello, ya eso está en progreso. Como ven, nunca dudé de su entrega. Ahora necesario es que se preparen de manera cabal, estaremos fuera al menos un año y medio, ese es el cálculo. Iniciaremos el viaje en abril, el segundo grupo tiene la misión de esperarnos en Katmandú, con

el Ju-52 totalmente aprovisionado en alguna locación oculta y luego emprender el viaje de regreso. En parte es un acto de fe, ellos nos esperarán hasta junio de 1939, aunque el plan es que estén allí en mayo de ese mismo año. Si por alguna razón no estamos en Katmandú para junio el grupo tiene la orden de regresar, así que debemos ser diligentes en nuestro cometido —continuó el coronel.

—¿Hay algún lugar exacto a donde ir en el Himalaya? Me parece que espera una ascensión. ¿Qué montaña? ¿Qué región? —preguntó Dominic.

El coronel Rahl se dirigió al mapa. Señaló una ubicación en el mismo.

—El Monte Kailash es la meta.

—No conozco esa montaña —anunció Dominic —, podría darnos más datos

—Más de 6000 metros de altura. Llegar hasta él no será difícil, hay una ruta de peregrinaje que circunvala su ladera y asciende hasta cierta altura del mismo. Los hinduistas y budistas no acceden a la montaña porque es sagrada y no hay registro de que haya sido ascendida hasta su cumbre. Nuestra meta no es ascenderla por completo sino a una altura relativamente baja. Como ya lo expuse, viajé con mi mentor hace 12 años y creo poder encontrar el templo —explicó Eugene.

—¿Qué templo? —pregunté.

—El templo dedicado a Parvati, una encarnación de la diosa Inanna. Es algo sumamente oculto. Fue horadado en la montaña, parece una cueva.

—Y usted vio a Inanna, Parvati. ¿Cómo es ella? —inquirí, intrigado.

—Yo la vi a distancia, estaba algo oscuro el templo, apenas iluminado por un par de antorchas y no me

dejaron pasar de cierto punto, era yo un neófito, un recién convertido. No tenía el derecho de ver a la diosa. Desde mi posición, unos 6 metros del altar, observé una viejecita que apenas se movía envuelta en ropas, abrigos, rosarios, cuentas de perlas y piedras. Parecía más una momia tibetana que un ser omnipotente. Encorvada, apenas sobresalía medio metro por encima de la hornacina. Un velo cubría su rostro, así que no pude vislumbrar mucho su fisionomía. Dos hombres, uno de raza negra y otro con apariencia de mongol, altos y corpulentos, estaban en sus costados. Eran los guardianes, presumo que vampiros también, el mongol, portaba una gigantesca espada curva y el africano, una lanza de dimensiones descomunales. Cuatro doncellas yacían a sus pies, inmóviles, estas también usaban velos y vestían unos trajes algo coloridos, descubiertos. Tomando en cuenta el frío que hacía no entendí porque la vestimenta tan poco abrigadora. Eran de esos trajes típicos con los que se realizan el baile del vientre. Eso me confundió. Por momentos pensé que estaban muertas, dada su inmovilidad, pero no era así, se hallaban en algún tipo de meditación, o al menos eso me pareció. Mi mentor caminó entre ellas, haciendo múltiples reverencias. Se acercó a la viejecita, esta le susurró algo al oído y entonces, él se apresuró a salir del templo, con una expresión de terror en su cara. Me arrastró fuera del templo sin mediar palabras. Así, sin más, emprendimos el viaje de regreso. Por más que pregunté, mi mentor no dijo nada, permaneció en silencio todo el camino. Sólo hablaba lo necesario. Fue decepcionante. Meses de viaje, esfuerzos, gastos e incomodidades, todo para unos

míseros minutos y cuatro palabras ininteligibles. No entendí el aspaviento con la mal llamada diosa Inanna. Mi mentor cambió, ya no era el mismo. Permaneció mudo todo el trayecto. Era la viva imagen del desespero, yo no supe identificarla como tal, pensé que era una expresión de decepción. Fue una gran falla de mi parte, no logré ver lo que estaba por suceder. Pagó mi pasaje, cuando llegamos a Bombay, se ocupó que subiera al barco. Sin embargo, él no subió al mismo, fingió olvidar algo y regresó a la posada, cambió sus ropas por las de monje budista y así, sin indicaciones ni datos, ni recomendaciones, se prendió fuego en el muelle. Frente al barco, quiso que yo presenciara su inmolación. No veo otra explicación. La gente presente se sobresaltó, algunos corrieron, las mujeres gritaron, nadie reaccionó a tiempo y se consumió en las llamas sin poder remediarlo. Y así, observé cómo se inmolaba mi creador, mi mentor, mi amo. No pude evitar sentir miedo. Estaba solo.

"La historia, si dábamos crédito a sus palabras, era intrigante. Había muchos misterios y detalles que poco sentido tenían".

—¿Los presuntos guardianes, qué vestimenta usaban? —seguí indagando.

—Pues tal como lo expresé, uno me pareció mongol y el otro africano. Basado en los pocos conocimientos que tengo sobre esas culturas. El mongol, estaba muy abrigado; el africano, estaba casi desnudo, solo vestido con un taparrabo y su piel estaba cubierta de imágenes, líneas, símbolos hechos o trazados con protuberancias en la misma. Ese tipo de arte corporal es muy propio de culturas africanas, marcarse la piel mediante quemaduras, heridas. Eso me llevó a tal conclusión.

—¿Y de las doncellas, no puede darnos más detalle? —continué inquiriendo.
—No mucho. La luz era escasa. Cómo ya lo dije, yacían cercanas a la anciana. Estaban sentadas en el piso, en la clásica posición de flor de loto. Pero nada más puedo decir, aunque ahora que pregunta y hago un esfuerzo de memoria hay un detalle que puede ser relevante. Un velo cubría sus rostros, pero los cabellos si los pude observar. Todas tenían un tocado en sus cabezas y tres de ellas el cabello era oscuro, una cuarta tenía el cabello claro, presumiblemente rubio.
—Es un bonito detalle. ¿Tendrá alguna importancia dentro de lo que nos atañe? —preguntó Jans, el checo.
—No lo sé. Lo sabremos si el viaje tiene éxito.
"Si bien una parte de mí, se rebelaba ante la idea de tan desproporcionada aventura, la curiosidad se hacía cargo, imponiéndose sobre la prudencia. Así, nos preparamos cada quien y cada cual para la acometida. Yo, en realidad, sabía muy poco de mis compañeros y no tenía idea si ellos se planteaban los mismos dilemas que mi persona. Debía dejar a mi mujer, tu abuela, y los dos pequeños por una cantidad imprecisa de tiempo. Aunque el cálculo del coronel era de un año y medio, muy bien podía ser más".
"El aspecto económico fue resuelto por el coronel, mediante una estratagema diplomática fabricó una identidad alemana, de pronto ya no era solamente Marko Jarkovic, era a la vez Erich Steiner. Así se me otorgó una asignación monetaria, correspondiente al cargo, también falso, que establecieron. Aparte de los gastos sufragados por el estado alemán estuvieron los que tocaban por parte de Hungría. Mi familia estaba amparada".

"El aspecto de la ausencia, como oficial de enlace, fue cubierto con otra mentira: a una misión de larga duración en Alemania. Todo fue un hábil entramado diplomático, excusas, engaños y falsificaciones. Aunque sospecho que para mucho de esos trámites el coronel hacía uso de su don de convencimiento".

"Así partimos desde Génova el 21 de abril de 1938. Ernst Schafer era el líder de la expedición, junto con otros cuatro expertos. Nosotros, como ya se expuso, nos infiltramos en la escolta, junto con otros miembros de la SS que no eran parte del pelotón. En Calcuta, a principios de 1939, nos dividimos, bajo la excusa de un incidente con las autoridades británicas, la parte real de la escolta acompañó a los científicos hasta Lhasa, mientras nosotros nos dirigimos a Katmandú. Para ellos, nosotros regresaríamos a Alemania, aunque obvio, no fue así".

"De allí partimos a nuestro destino, guiados por Eugene y unos peregrinos. No había carreteras, hicimos el trayecto primero en caballos, luego en ponis y finalmente a pie, hasta un lugar llamado Tarchen, allí acampamos. Otros cuatro largos días de marcha, llegamos al lago Mana Sarovar, tres días de caminata nos esperaban hasta el paso Dolma. Allí, nueva acampada, dos días más de subida por extraños senderos, que muy poco tenían relación con un camino".

"Luego que pasamos cerca de un arroyo, Eugene nos hizo señas. Debíamos cruzar la vía de agua hacia una zona baldía, allí no había camino. Así lo hicimos. Los peregrinos nos advirtieron que no debíamos pisar las laderas de la montaña. Era pecado y todo aquel que osaba ir en contra de esa norma moriría a manos del señor Siva. Poca atención le prestamos a dichas

advertencias, continuamos nuestro camino, el guía hindú que habíamos contratado se echó para atrás. Regresó el dinero y volvió al grupo de peregrinos mientras repetía sin cesar: *'Kailasa Niketana, Kailasa Niketana, Kailasa Niketana'*. No hubo manera de convencerlo, se negó con todas sus fuerzas, ni siquiera el coronel con su 'don' pudo lograrlo. Y eso que, él mismo admitiría, hizo un esfuerzo extra para influir sobre la psique del atribulado guía. El terror era demasiado fuerte, el tabú, el respeto religioso y miedo a la muerte".

"Continuamos sin él. Eugene le restó importancia, se hallaba confiado. Ya había venido antes, poseía buena memoria y sentido de ubicación. Fueron sus palabras. Para ese momento ya habíamos superado los 5000 metros de altura y el mal de montaña ya nos estaba afectando. Dominic, Donald y Jans, que eran los más fuertes y experimentados, se hallaban agotados. Yo, estaba al límite y el coronel, pese que disimulaba, se hallaba también al borde del colapso. Eugene, admitía cierto nivel de cansancio, pero manifestaba querer continuar".

"La montaña más sagrada de Asia lucía bastante desnuda. Su forma cónica y sus lisas paredes le hacían lucir imponente. Es la única montaña importante del Himalaya en no tener registros de escaladas. Ni en aquel tiempo ni después, ni ahora. Y, sin embargo, nosotros la escalamos, no hasta la cima, claro está, solo cierta parte de sus laderas. Sobresale unos 1000 metros sobre la meseta y la verdad es que, más allá del aspecto religioso que impedía la ascensión, presentaba un desafío técnico de nivel superior. Los mismos Dominic y Donald manifestaron que, ni

con los mejores equipos, se atreverían a ascender esa montaña hasta su cumbre.".

"Luego de otro afanoso día de caminata, en el cual a cada tres metros parábamos a descansar, llegamos a una especie de cañón, no era muy profundo, entre 30 y 20 metros, su ancho tampoco era significativo, no más de dos metros. En algunos lugares y esquinas se reducía de manera tal que apenas lográbamos pasar".

"Dos horas después nos hallamos frente a un valle y Eugene señaló a las paredes verticales y exclamó: '¡allí está! ¡Llegamos a nuestro destino!' Yo, miré en la dirección que señalaba, sin lograr ver nada. Lo más significativo eran unos ralos arbustos que sobrevivían, de alguna manera, adheridos a la roca desnuda. Me preparaba ya a protestar, cuando tropecé con unos escalones. Rudimentarios y desgastados por la erosión. Subimos con mucha dificultad por ellos, estaban resbalosos, algunos se desmoronaban con nuestras pisadas, otros estaban incompletos y nos topamos con tramos enteros que estaban derrumbados. La marchita escalera terminaba en los arbustos que ya había observado desde abajo. No parecía tan alto, pero miré hacia abajo y calculé estar al menos a 50 metros del piso del valle. llegamos al borde de un pequeño saliente. Desde allí, a la derecha, se podía observar una vista hermosa. Una interminable línea de montañas, valles y glaciares. A su izquierda, debajo, a cientos de metros de profundidad, una garganta abierta por un vertiginoso río se abría paso hacia al este".

"Comenzó a nevar".

"Nos hallábamos ateridos y cansados, continuamos a pesar de ello. Detrás de los arbustos a la izquierda estaba la boca de una cueva. No era una cueva natu-

ral, había sido horadada por el hombre, tal como lo había descrito Eugene. En la parte superior de lo que podríamos llamar puerta, enmarcado en un perfecto cuadrado, se encontraba un relieve significativo. El rostro del coronel Rahl se iluminó cuando lo vio. Una flor con cuatro pétalos se hallaba en su centro y en las esquinas de aquella imagen: cuatro esvásticas con sus brazos orientados hacia el este, custodiaban al símbolo principal. Jans, hizo una observación, en la especie de plazoleta, donde estábamos parados, justo antes de entrar, se repetía el símbolo. Enmarcado en un óvalo discontinuo e irregular. Todos miramos al piso, era cierto. ¿Cómo no lo notamos al entrar? Una pared de piedra separaba el saliente de la escalera. Quizá eso y la visión del paisaje nos distrajo".

"Entramos con cautela, preparamos las armas, con discreción. No queríamos parecer agresivos, entrar arma en mano era alarmante para cualquier caso. Dominic, Donald, Jans y yo portábamos una Pistola Parabellum cada uno, más conocidas en el mundo occidental como Luger, y un cuchillo de combate. El coronel, solo tenía su bastón, creo haberlo dicho antes, lo usaba más como un accesorio estético que como apoyo, ya que no tenía dificultades para caminar. No comprendí porque se negaba a las armas y porque siempre andaba con ese ostentoso bastón, ese día lo supe. Eugene, no portaba armas, a pesar de la confianza que le otorgaba el coronel, no le proporcionó ninguna y él también se negó a usarlas. 'Para qué querría una, no sé usarlas' dijo. Y eso era una verdad incontestable".

"Más allá de la distribución de armas antes descrita, el único con experiencia en combate del grupo que

conformábamos era yo. Jans, era un cazador, sí, sabía disparar un arma y tenía cierta destreza en ese sentido, pero el resto eran civiles con apenas entrenamiento militar. Dominic y Donald, eran alpinistas y alguna práctica habían realizado con armas, sin embargo, en todas las actividades que realizamos no habían disparado un solo tiro. Eso me preocupó desde el principio. Tanto que renegaba de Grubber y en ese momento le eché de menos. En fin..."

"La galería a la cual entramos estaba en absoluta oscuridad, así que, a medida que nos alejábamos de la entrada, todo se iba poniendo más negro. Era ancha, lo suficiente para permitir el acceso de dos personas caminando hombro con hombro. Eugene y el coronel iban guiando la comitiva, luego los austriacos, seguidos por Jans y mi persona, ocupando el final. Se percibía un fuerte olor a incienso y la temperatura, a medida que avanzábamos, se hizo más confortable".

—Bengalas —susurró el coronel.

"Jans, le dio una, se quedó con otra y repartió una por persona, excepto a Eugene, en quien no confiaba. Rahl la encendió y enseguida nos quedamos paralizados, cinco pares de ojos brillaron con el fulgor. Fue un encontronazo espeluznante, a pocos metros se hallaban las figuras a las cuales pertenecían esas miradas demoniacas. Era tal cual lo había descrito Eugene. Nos encontrábamos en el portal de una sala rectangular de unos 10 metros de profundidad por 4 de ancho, quizá un poco más. No podría asegurarlo. Cuatro toscas columnas parecían sostener el techo, en realidad eran ornamentos. Aquello había sido horadado en la roca desnuda. En el piso estaba

reproducido el símbolo de la entrada con las esvásticas incluidas. Cuatro mujeres se hallaban sentadas en la posición de flor de loto, dos viendo hacía el frente, las otras dos mirando hacia atrás, en medio de ellas: unas bandejas con un contenido que en un principio no distinguí".

"En el fondo se encontraba un altar y un bloque rectangular, que hacía las veces de trono, allí, estaba una encorvada silueta. A su lado, a modo de escolta vimos el esbozo de dos hombres, los descritos por Eugene en la reunión de Múnich. El mongol, se encontraba a su izquierda y el africano, a su derecha. Representaba un contraste esas dos moles de lado y lado y en el centro aquella viejecita envuelta en velos, ropas y cobijas. No sabía que sentir respecto a ella. Era la figura principal, pero se veía tan frágil, tan parca y tan pequeña que muy poco temor o respeto me infundía. Uno no podía evitar pensar, que era un todo compacto, incapaz de moverse por sí sola, parecía estar muerta. Por momentos imprecisos nadie movió un músculo".

"La anti vorágine la rompieron los guardianes, ignorándonos por completo, bajaron del altar y con una actitud ceremonial, encendieron antorchas, procediendo a iluminar el recinto, así como también cuatro piras de madera. Se hallaban dos detrás del altar y dos a nuestras espaldas. El coronel apagó la bengala e hizo señas para que nos mantuviéramos tranquilos, pero en alerta. Cosa que no hacía falta ordenar, nos encontrábamos paralizados, a la vez tensos y atentos".

"Cuando la luz se hizo en la sala las mujeres se levantaron una a una, con una suavidad tal, que se podía escuchar el crepitar del fuego. Eugene, no nos había

mentido, eran de figura hermosa, sus cuerpos eran sinuosos y firmes, de generosas y cuidadas formas. Tres presentaban cabellos negros y una poseía el cabello rubio. Estaban descalzas, su vestimenta, aunque muy parecidas, eran de colores distintos. Había una mezcla cultural en sus vestidos, arabescos en cierta forma. Tenían los elementos del Bedlah, es decir el sujetador adornado con lentejuelas y monedas, el cinturón ajustado a la cadera y los sutiles velos en el rostro. Pero, aunado a eso los tocados eran típicamente hindúes".

"La doncella que parecía ser la principal, la más alta, usaba unos pantalones, muy adornados, con flequillos dorados y una especie de pañol purpura en su cintura con una serie de calaveras humanas adheridas o quizás sujetadas por algún cordón interno, era difícil decirlo. También lucía un collar hecho de calaveras más pequeñas, algunas humanas, otras no, quizá de alguna especie de mono o chimpancé. Su tocado era distinto, parecía una tiara, una peineta descomunal, no sé muy bien como describirlo, grande, muy grande, le hacía ver más alta de lo que ya era. En los brazos usaba unos brazaletes muy llamativos, también descomunales, casi un despropósito. Se trataba de dos serpientes doradas enroscadas en los antebrazos, con la cabeza apuntando en dirección de sus manos. Su rostro era caucásico en todo rigor, si me presionaran a establecer un origen diría que armenio. El velo no permitía ver más que la mirada, por eso la descripción es incompleta, en realidad adelanto detalles observados luego. Sus ojos, de un azul profundo, no eran grandes, sin embargo, la expresividad les confería una grandeza estética y espiritual, estaban vivos en comparación de las otras tres".

"Y lo dicho, la vestimenta de las otras chicas era algo menos llamativa; tenían la saya y el caderín, pero su tocado era más discreto y si bien usaban brazaletes, estos eran circulares y ceñidos. Usaban faldas en vez de pantalón, sin collar, sin calaveras. Estaban haciendo movimientos rituales y colocándose en posición cuando Eugene osó en interrumpir. Algo dijo en un dialecto hindú. ¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Rahl, no nos dijo nada de ello. Ya veía que había subestimado la importancia de Eugene en el grupo. Sabía la ubicación, conocía la leyenda, sabía del idioma correcto a usar, etc. El mongol, le respondió con una corta réplica".

—Nos piden que nos sentemos en el piso, las doncellas van a realizar un baile de bienvenida mientras entramos en calor —enunció.

"Yo dudé de inmediato, la respuesta había sido muy corta como para que hubiese expresado todo lo que anunció. No me gustó nada, ni un poco. Sin embargo, así lo hicimos, en parte porque estábamos agotados y congelados hasta los huesos. El calor de las piras era reconfortante. Descansar un rato se veía como una buena opción, más con el espectáculo de cuatro mujeres hermosas danzando. Y eso parecía, sin embargo, no lo era. Todos esos seres, por muy fantásticos y hermosos que fueran, eran vampiros, seres potencialmente peligrosos y cualquier descuido podría representar una catástrofe para la expedición. Jans debió percibir lo mismo porque, con disimulo, sacó su arma para tenerla a la mano en previsión de cualquier contingencia. Lo imité, aquello me causaba desconfianza".

"Las doncellas se recolocaron en el centro, giraron un poco sus posiciones. Sin embargo, no realizaron

ningún movimiento. El mongol hizo señas a Eugene para que se acercara y hablara".
—Quiere que declaremos nuestras intenciones. ¿Qué le digo? —le preguntó al coronel.
—Pues la verdad. Al menos parte de ella. Deseamos entrevistar a la diosa, conocer su historia.
—Está bien. Eso haré.
"Una vez declaradas las intenciones, el mongol regresó a su posición de inicio, no sin antes buscar un extraño instrumento musical detrás del altar. Era de cuerdas, dos, para ser preciso. Con una caja de resonancia trapezoidal unido a un largo puente, rematado por un clavijero en forma de caballo. Para tocarlo utilizó un arco, semejante al que se usa para tocar una viola, lo colocó entre sus piernas, en forma vertical. Era un instrumento grande, pero en manos de aquel gigante parecía un ukelele. Tan concentrado estaba en el mongol que no atiné a ver que el africano había sacado unos tambores, algo pequeños, los cuales tocaba con las palmas".
"Y así dio comienzo al espectáculo, los guardianes tocaron sus instrumentos y las chicas comenzaron a cantar mantras, modulando notas y semitonos. Se colocaron en una posición inicial, una detrás de la otra, desde nuestra perspectiva solo podíamos ver a la principal. Al compás de la música y sus cantos se sentaron como si fuesen una sola, hasta quedar en flor de loto. Era una danza expresiva donde la diosa Kali era representada, con sus ocho brazos y ocho piernas. La coordinación era total, no solo era las manos, las piernas, además los dedos y la mirada. Entendí el asunto del brazalete en forma de serpiente. Pues eso eran, ocho serpientes danzando con vida

propia, atacando, reptando, describiendo figuras en el aire".

"Había belleza en las animaciones y no dejaba uno de sentir admiración por lo que observaba. La formación se desplegó, en cierto momento, colocándose en forma de cruz, se agacharon y se fueron levantando poco a poco mientras se doblaban hacia atrás. Una contorsión tal que representaba eso, una flor abriendo sus pétalos. En sus pechos sostenían las bandejas que antes había observado al entrar, estas contenían unos cirios encendidos y un velón central. ¿En qué momento las encendieron?"

"Se separaron luego, mediante movimientos cadenciosos y bien cuidados se unieron otra vez en la representación de la diosa de ocho brazos. No solo se trataba de moverse al compás de la música, la danza representaba un algo más. Sí, había sensualidad en el baile, pero también había elegancia, elasticidad, una entrega total. Eran, en sí mismas, aves, las manos eran víboras, evolucionando en el viento, el cuerpo entero de cada doncella era una onda de brisa, de agua, de fuego. Bailaban descalzas para comunicarse con la tierra, ignorando el frío de la roca. Por más alerta que deseaba estar, lo cierto era que estaba embelesado. Así de poderoso era su baile, los músculos ventrales realizaban aquel movimiento ondulado, sin duda, la representación de serpiente estaba muy bien ejecutada".

"El ritmo cambió, el baile también. Rompieron filas de nuevo y se pasearon en un espacio limitado de la sala. Formaron un rombo, la principal, como era de esperarse en el medio, en los extremos se hallaban la asiática y la hindú, por último, la rubia se hallaba en el fondo, oculta, combinaba sus movimientos para

otorgarle dos brazos más a la doncella de rasgos armenios. ¿Cuánto duró el baile? Es una pregunta sin respuesta confiable, el tiempo se detuvo o lo detuvieron ellas".

"Adelantaban pasos, luego retrocedían, acortaban, se movían hacia un lado o hacia al otro. Sus vientres fluctuaban, ora con fuerza, ora con suavidad. El cambio de ritmo era una constante, la sugestión de sus caderas, la maravilla de su piel, el bamboleo hipnótico de sus pechos, el balanceo de las caderas, si el vientre era el centro, las caderas eran la curva de la hoz. Algo mágico, no hay otra forma de decirlo. La personificación de los elementos. El fuego, en la majestuosa vibración de la cadera; el agua, en la maternidad de los pechos; el aire, transportado en los movimientos de las manos, brazos y dedos, la tierra con el contacto de sus pies descalzos".

"El velo representaba todo lo oculto y vaya que nos ocultaron cosas esas doncellas. Lo vedado a aquellos no iniciados, a los neófitos, lo que no se puede ver. Por momentos me relajé y sentí que todo aquello era un honor incontestable. El velo cobraba vida y se hacía prolongación de sus brazos. Reunidas de nuevo en el centro, hicieron brotar de la nada dagas y cuchillos. La diosa Kali regresaba más amenazante que nunca, con sus ocho brazos armados, con el peligro de su relampagueante oscilación. El portado de armas blancas y su cuidada ejecución, simbolizaba la destrucción de los enemigos y la apertura de los caminos. Allí, comprendí, en parte, el motivo del baile. Inanna era la diosa guardiana de la justicia y de los ritos. La danza era una defensa, la sala: el tribunal, la música: el juicio. Ya habíamos sido juzgados y pron-

to vendría a consumarse la sentencia, en sus manos, era necesario proteger al mito".

"Jans, debió percibir algo parecido, lo vi espabilarse. Quise avisar a los otros, pero, antes de que pudiese hacer alguna seña o emitir algún sonido, sobrevino el desenlace. Las doncellas se separaron de nuevo, nos dieron la espalda; la asiática se colocó al frente de Dominic, como ya dije, dándole la espalda; la hindú hizo lo propio con Donald; la rubia conmigo y la doncella principal con Jans. Realizaron aquella contorsión hacia atrás, doblándose al máximo, como lo habían hecho con anterioridad, con los brazos en forma de cruz en sus pechos, pero esta vez no fue de forma lenta o acompasada, teatral o sensual. Lo hicieron de una forma relampagueante, coordinadas, al unísono; rompieron la pose de la cruz, apresurando los brazos".

"En sus manos: las dagas describieron dos semicírculos letales. Dominic y Donald, no pudieron reaccionar a tiempo. Cayeron hacia un lado con los cuellos degollados, entre convulsiones y espasmos, con los ojos abiertos de par en par, víctimas de aquel bien cuidado ataque. Jans, reaccionó, pudo colocar las manos al frente para protegerse, sin embargo, ambas manos cayeron al piso, una conteniendo la pistola y la otra el cuchillo. El checo comenzó a gritar desesperado, viendo sus muñecas cercenadas. El terror en su rostro era mayor que el dolor. Yo, aún no sé cómo, más por instinto que por habilidad, me lancé hacía atrás, esquivando por milímetros el ataque de la rubia. Como había tomado el arma, al igual que Jans, sin pensarlo dos veces la descargué a quema ropa contra el rostro de mi atacante. No podría

asegurarlo, pero le di de lleno los ocho disparos en el cráneo. Ella, cayó de espaldas con los brazos flácidos, sin soltar las dagas, hizo un esfuerzo para voltearse, cosa que consiguió. Se arrastró un poco con los codos, reptando boca abajo por el piso con la cara destrozada por las balas, luego de algunos movimientos dejó de moverse. El coronel se levantó, alarmado, también Eugene. Este último, espantado, se llevaba las manos a la cabeza mientras gritaba algo en ese extraño idioma que había hablado antes. La asiática se reincorporó, luego de haber matado a Donald, dirigiendo su mirada en el coronel. Este tomó su bastón con la mano izquierda (resultó ser ambidiestro) y con un movimiento rápido desenvainó una espada del mismo. Antes de que la doncella pudiera hacer algo le cortó el cuello. La había decapitado con una facilidad asombrosa".

"El misterioso coronel resultaba ser un esgrimista experimentado y el bastón una vaina que ocultaba el arma. Aquello lo hubiera celebrado como una grata sorpresa, la realidad era que estábamos en un gran peligro. Ya no se trataba de cumplir una misión, se trataba de salir con vida de esa cueva. Eugene, seguía gritando quien sabe qué cosas cuando el guardián africano le atravesó con la lanza por la espalda mientras que, por delante, la doncella hindú le clavaba la daga en el corazón. Cayó de rodillas primero, escupiendo sangre por la boca. El guardián extrajo la lanza y la hindú el cuchillo de su cuerpo".

"La doncella principal, desentendiéndose de mí corrió hacía ellos, levantó a Eugene como si fuese un muñeco de trapo y en una muestra de fuerza, velocidad y brutalidad metió la mano por la herida en el

pecho. Eugene gritaba de manera aterradora y pataleó un poco. La doncella le había extraído el corazón. Aquel pobre infeliz, con los ojos fuera de sus órbitas y temblando a más no poder, miró hacía la horrenda abertura en su pecho, luego a la sanguinolenta e informe masa, que palpitaba en la mano de la vampira, y como ella lo devoraba en frente de él. Todo aquello no duró más que unos pocos segundos en los cuales yacía yo, paralizado de horror, cerca de la entrada de la sala. No atinaba a moverme a pesar de que todo mi ser me pedía huir. La doncella principal estrelló lo que quedaba de aquel corazón en el rostro de Eugene, quien ya muerto, cayó, flácido, en el piso. El mongol, por su parte había bajado del altar, espadón en mano, dispuesto a matar al coronel. Pero, este no se dejó impresionar, haciendo gala de su buen manejo de la esgrima, esquivó el ataque y clavó el florete en el pecho del guardián. De inmediato sacó el arma de su víctima y se enfiló hacia el altar. Su objetivo: la anciana en el trono. El mongol, que no estaba muerto, aunque muy mal herido, trató de asirlo por un pie, sin embargo, no lo logró. No había ninguna defensa entre él y la mal llamada diosa. Gritó a los restantes vampiros que no se acercaran o la mataría. A una seña de la doncella principal, el guardián africano se apresuró a atacar a Rahl. Este, al ver que la amenaza no tenía efecto sobre sus acciones y en vista del inminente ataque, golpeó con un mandoble a la figura en el altar".

"Aquello no fue normal, no hubo resistencia del cuerpo. Era una cáscara vacía, una momia envuelta de seda, sostenida en su trono mediante cuerdas. Cómo ocurrió cuando el segundo vampiro se inmo-

ló, en la tercera captura, el coronel pateó al vetusto andrajo. Muy molesto. Y con esa rabia mal contenida se aprestó a luchar con el africano. Viendo cómo había despachado al mongol se hizo una esperanza en mi mente. Sí, podría con él y de alguna manera nos salvaríamos. Eso pensé, porque quería sobrevivir, sin embargo, a pesar que, esquivó la embestida inicial, partiendo en dos la lanza con un poderoso golpe a dos manos, el africano le propinó un golpe de revés con la mano derecha y con la lanza rota le atravesó de lado a lado. Ensartado como un cerdo, lo llevó hasta la doncella principal. Ella le tomó por el rostro, extendió la mano hacia atrás, en un indudable gesto de solicitud, la doncella hindú le dio una de sus dagas, se la clavó con lentitud en la boca para luego rasgarla en un violento movimiento. Procedió entonces a succionar la herida en el rostro. El cuerpo del coronel sufría de espasmos y oí como su sangre era succionada por aquel ser. Por último, con las dos manos, desprendió la mandíbula, dislocándola al máximo, hasta que la cabeza quedó partida en dos. Luego escupió la lengua cercenada y una buena cantidad de sangre".

"Ella se quitó los brazaletes de serpiente y la doncella hindú le dio un pañuelo para limpiar la sangre en su boca y rostro. Fuese como fuese, aquello era espeluznante".

"Jans estaba en shock, pero aún vivía. La poderosa criatura caminó hacia nosotros, con una grandiosidad tal que hasta en ese momento de peligro lucía elegante, atractiva y exquisita. Sí, quizá no era una diosa, pero se comportaba como una. Y allí, fue que lo comprendí todo, era obvio. ¿Por qué no me di

cuenta antes? La única excusa para tal distracción era el terror que me causaba la escena. La momia del altar era un señuelo, la verdadera Inanna era la bailarina principal. Todo el espectáculo era un montaje, un sistema de defensa, para entretener a las incautas, o debería decir: insensatas, personas que se atrevieran visitar sus aposentos sin una invitación. Porque eso fuimos: unos tontos insensatos. Me pregunto quién y cómo habría llegado alguien alguna vez hasta la cueva. Asumo que llevados bajo algún engaño o promesa. Algún viajero perdido. O algo semejante. La coordinación de sus movimientos me decía que aquella escena se había repetido muchas veces en épocas indecibles. Me desvío del relato, necesario es volver a los hechos".

"Ahora que la bailarina principal estaba sin velo pude ver bien sus rasgos. Al principio me parecieron armenios, ahora no puedo asegurarlo. Eran caucásicos. ¿Y qué más caucásico que las fisonomías armenias? Sin embargo, la mezcla de culturas hinduistas y árabes en sus formas, vestidos y atavíos me confundía mucho. Su rostro me pareció persa, griego, turco, no supe interpretarlo. Era alta, eso sí, cabello negro, ligeramente ondulado y largo. Una catarata de ébano con vida propia, mate, sin brillo, en ese momento despeinado y rebelde. Ya no llevaba el tocado, este se había caído en medio de la lucha. Su mirada era encantadora, no eran ojos grandes, ya lo había dicho, pero eran sumamente expresivos. Había desdén en su mirada, los ojos nos veían con indiferencia, creo poder decir que sentía lástima por nosotros, no percibí odio alguno. Era materna su estampa, con razón algunos le llamaron la diosa madre, pero no debía

distraerme con eso. Sacudí mi mente, necesitaba estar con el pensamiento claro. Dudé si aquella criatura poseía algún poder mental, porque con todos los horrores presenciados aún estaba hechizado con su imagen".

"Reaccioné al fin, me levanté y quise salvar a Jans, halándolo hacia la entrada, dejando atrás las manos cortadas en las cuales estaban sus armas. Eso fue un error, debí tomar las armas y no al checo, pero así somos los humanos, a pesar de que nuestros motivos eran siniestros y oscuros, salvar a un camarada era lo propio. No importando las viles y egoístas intenciones del grupo".

"En mi malogrado intento de salvación tuve la tonta esperanza que la escasa luz solar, que bañaba la plazoleta, nos diera algún amparo. Así de asustado me encontraba que olvidé por completo que la raza oculta no le temía tanto al sol como para que eso fuese un refugio".

"Arrastré al checo hacía la entrada, Inanna expresó unas palabras en un idioma desconocido, señaló al explorador herido, la doncella hindú corrió y asiéndolo por una de las piernas, me lo arrancó de las manos y lo introdujo de nuevo a la cueva. Yo tiré con todas las fuerzas, pero lo único que quedó en mis manos fue su mochila. Se lo llevó, hasta donde pude observar, detrás del altar. Inanna caminaba, danzaba, jugaba, daba pequeños saltos y volteretas. Como una niña disfrutando de la diversión, sonreía, batía el cabello, extendía los brazos. Todo ese desenfado y alegría contrastaba de manera enorme con todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Había bajas en ambos bandos, tanto de los míos como de

los suyos. Dominic, Donald, Rahl, Eugene estaban muertos y Jans, aunque permanecía vivo, su muerte era más que segura, a menos que yo lo rescatara. Sin embargo: ¿quién me rescataría a mí? Por parte de los vampiros habían muerto la doncella rubia, la asiática y de manera muy posible el guardián mongol. Por eso me intrigaba la actitud juguetona de Inanna. Su sonrisa era hermosa, no cabía duda, pero el horror y el gozo se fundían y confundían en mi interior".

"De nuevo dijo algo en ese idioma arcaico que yo desconocía, sonrió, había complicidad, en sea lo que sea que le dijo al africano. Hizo un giro, dos giros, con los pies de puntillas y con una teatralidad bien lograda, soltó una de las dagas, luego la otra. Yo, mochila en mano, retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la pared de la plazoleta, me cubrí lo mejor que pude con las manos. La primera daga se clavó en mi antebrazo izquierdo, cerré los ojos, pero no emití lamento alguno. Había dolido, el dolor fue punzante. Antes de que pudiera abrir la boca para quejarme, la segunda daga me golpeó en la frente. Me había impactado con la empuñadura. Tan contundente fue el golpe que pegué la cabeza de la pared rocosa. Reboté, desfallecieron mis piernas, sin embargo, me mantuve de pie; con mucho esfuerzo, dolido y aturdido. Debió ser muy gracioso pues el inexpresivo guardián africano, se permitió una vaga risa. Inanna le correspondió la sonrisa, a la vez que emitía un comentario, quizá una orden o un desafío. Entonces el gigantón tomó una de las dos mitades de la lanza rota y la lanzó con todas sus fuerzas. El trozo de madera estalló contra la roca, muy cerca de mi cara, deformándose y comprimiéndose, a la vez que se desintegraba en

mil pedazos. Cómo rayos esquivé ese lance es para mí un misterio. En realidad, pienso que erró a propósito, no recuerdo haber hecho algún movimiento efectivo para evitarlo. No encuentro otra explicación para ello. Ella aplaudió, emocionada, dando pequeños saltos. Y es que su sonrisa lo dominaba todo, como describirlo si no como la más bella y sincera sonrisa que había visto en toda mi vida. En otro contexto hubiera querido abordarla y seducirla, así como ella me había seducido con su magnificencia, su desparpajo y su despiadada indiferencia. Verme reflejado en sus ojos, sentir que sonreía por mí y para mí. Dejarme llevar en las alas de una fantasía infantil elaborada por mi insensato corazón. Su gracia era sinónimo de perdición. Era algo natural en ella, así de simple".

"Lo que ocurría es que yo no era su amor, era su diversión, apoplejía de un éxtasis finito. No era ese el contexto. Ella tomó otra daga y danzando con esmerado melodrama abrió los brazos y realizó una serie de giros, rápidos y violentos. Terminó sus vueltas, lanzó la daga, quedando con la rodilla izquierda flexionada y apoyada en el piso, la pierna derecha cruzada como un pivote, en línea con su brazo derecho y el antebrazo quedó levantado en un ángulo de 90 grados, la mano atacante extendida, con los dedos doblados hacia mí, como la cabeza de una víbora a punto de atacar. Me recordaba un gesto propio de odalisca. El brazo izquierdo describía un ángulo contrario, apuntaba hacia abajo y la mano hacia atrás. Representaba el exacto símil de una esvástica, porque de eso se trataba todo, una representación, un espectáculo".

“Esa daga me hizo un corte en la pierna derecha, era un corte superficial, no implicaba mayor peligro, pero no por eso dejaba de ser doloroso. Ella se levantó, abrió los brazos e hizo una mueca de desgana, como diciendo ‘rayos, he errado’ cuando todos sabíamos que lo había fallado a propósito. El gigantón miró a su ama, esta hizo un gesto de aprobación y él arrojó la mitad de la lanza que le restaba. La que conservaba la punta. Era una amenaza, real, y pavorosa. No vi que aplicara tanta fuerza como en el lance anterior, eso quería decir, que estaba enfocándose más en la puntería que en la potencia. De nuevo, aquello era peor, esta vez no iba a tener como blanco la pared a mi espalda, si no mi cuerpo, mi persona. No tenía yo más escudo que la mochila de Jans y no tenía más de medio segundo para reaccionar. ¿La moví de forma eficiente para contrarrestar el ataque? No, no lo hice. Apenas pude subirla a la altura del abdomen y hacia allí fue a colisionar la lanza. Sentí el empuje del golpe, no fui arrojado metros atrás solo porque la pared de rocas lo impidió”.

“Escuché un ruido metálico cuando la punta penetró la mochila, había habido un choque dentro del morral, sin embargo, está atravesó de todas maneras y me hirió en el estómago. El africano, al ver que había hecho blanco en mí, comenzó a bailar con frenesí. Era una danza de triunfo, supongo que típica de algún ritual de exaltación. Estoy haciendo conjeturas basado en mi escaso conocimiento de la cultura africana. Inanna celebró, dando más saltitos sobre sí misma mientras sonreía. Yo separé la mochila de mi cuerpo y observé mi abdomen. La punta de la lanza se había partido y solo una fracción de la misma se

había clavado. Extraje la porción que se había incrustado, no era mayor a dos centímetros, también tenía aquí y allá, una multitud de esquirlas que por más molestas que fueran realmente no merecían mi atención. Observé la nariz de la lanza, estaba hecho de obsidiana, de allí que se fraccionara. Me senté en el piso para revisar mejor, tanto la herida como la mochila. Quise saber que utensilio u objeto metálico me había salvado la vida".

"El guardián, al observar que aún estaba vivo, detuvo su danza. Molesto, hizo un gesto de ir hacia donde me hallaba, para matarme con sus propias manos. Ella, le colocó la mano en el pecho, frenando en seco el movimiento. Le dio una orden en su idioma, enseguida se dirigió hacia el cuerpo de la rubia. Tomó las dagas de la doncella caída y su actitud cambió de una manera muy fuerte. Ya no reía, ya no encantaba, ya no jugaba. Su mirada era el epitome de la concentración total y el motivo de su atención era mi existencia. Me apresuré a revisar la mochila, hallé una escopeta recortada, el arma favorita de Jans; una esperanza se iluminó en mi corazón, sin embargo, la alegría me duró poco, estaba dañada, era el objeto que había amortiguado el enristre. Me corté un par de veces, había restos de la lanza esparcidos en su interior. Saqué ropa, una cartera, un yesquero, una lámpara de mano, bengalas, hasta que por fin encontré dos clips de recarga para la pistola. Ella, mientras yo buscaba y rebuscaba, se acercaba cada vez más. Mascullaba algo entre dientes, alguna especie de mantra o quizá, solo descargaba su rabia. Caminaba con pies de plomo, cada paso que daba retumbaba en el piso, juraría sentir como vibraban las piedras al ella caminar. Y

si bien había perdido la alegría no ocurrió así con su compostura, avanzaba con elegancia, hacía girar las dagas-tridente en sus manos. El cabello ondulaba en una métrica oscilación de izquierda a derecha, los pasos marcaban dicho ritmo, toda ella palpitaba; era un corazón con piernas, un corazón ahora lleno de un motivo, de una idea concentrada".

"El africano se permitió otra parca sonrisa, se le notaba calmado, ya se había apaciguado su molestia anterior. Por momentos se olvidó de mí y centró la atención en su ama. Yo también estaba fascinado con ella, quizá ejercía ese poder de manera continua. Sin embargo, y a pesar de eso, hube de reaccionar, tenía poco tiempo, el juego había terminado. Noté el descuido del guardián y vi que se encontraba cerca de una de las hogueras, encendí la lámpara de petróleo e incorporándome se la lancé a Inanna, con todas las fuerzas que pude reunir. Esta ni se inmutó, con un rápido movimiento transversal la golpeó con la daga tridente que portaba en el brazo derecho, evitando así que le cayera encima, ya que lo había hecho, de una manera tal, que no se rompió, impidiendo que el líquido se derramara y esparciera el fuego desde su interior. Además de fuerte era hábil e inteligente, hermosa, despiadada, enfocada y solemne. Aun así, pese a su habilidad o en virtud de ella, el desvío de la trayectoria en la lámpara encontró blanco en el guardián, estallando en su corporeidad. En seguida se prendió en llamas y para rematar, en su desespero, fue a caer de bruces en la hoguera, acelerando el proceso".

"Ella se paralizó. Abrió los ojos de par en par, aquello era el colmo. Otro nivel se desbloqueó, la mujer

dejó de ser mujer, explotó en un grito feroz, gutural. Claramente entendí cuando gruñó: ¡Tú! Porque aquello fue un gruñido, su voz pasó a ser chillona, lo cual encajaba perfecto con su nueva faceta demoniaca. Los ojos se encendieron, si alguna vez hubo humanidad en ellos se había perdido con la muerte de su aliado. Estaban inyectados de sangre, ya no se distinguían allí pupilas, ni iris ni nada descriptivo. Eran dos brazas incendiadas de rojo y era tanta la presión, que lloraba sangre".

"Aprovechando los pocos segundos de conmoción que se produjeron, introduje uno de los dos cargadores que había encontrado en la pistola. Ella, corrió, abordando el ataque. Disparé a discreción, rápido, pero tratando de tener algún control sobre los disparos. Le atiné algunos, pero no hicieron mucha mella en su embestida, solo la ralentizaba un poco con cada disparo, y al menos en una ocasión desvió la bala con una de las dagas tridente. La de la mano izquierda, para ser específico, misma daga que se quebró en dos. Siendo así que no pude evitar que llegara hasta mí, pero estaba mal herida, su ataque final no fue tan coordinado, erró con la daga de la derecha, la de la izquierda, rota como estaba la clavó en mi hombro. Ya no tenía una hoja punzante con que pinchar, no penetró mucho en la piel. Como me cubriera con el brazo izquierdo ella lo tomó y lo mordió con fuerza, por un momento pensé que me lo iba a arrancar a mordiscos".

"Su rostro quedó a escasos centímetros del mío. Grité en una mezcla de espanto, dolor y para animarme. Necesitaba arengarme para poder enfrentar a mis miedos y al tormento. Con el hombro heri-

do, una sola mano, la presión de las mandíbulas de aquella criatura en mi antebrazo izquierdo, me las arreglé para cargar otra vez el arma y apenas lo hice, sin pensarlo dos veces, la descargué por completo a quema ropa. Apenas si se quejó, disparo tras disparo. Soltó mi brazo y cayó sentada. La daga tridente que le restaba rodó por el piso. Me apresuré a empujar el arma blanca lejos, con el pie. Nos quedamos unos instantes tomando un respiro. Para luego, como dos boxeadores que se habían noqueado mutuamente, intentar levantarse antes que el otro. Y ella no iba a dejarse ganar por mí, un simple mortal, un recién nacido. Se puso de pie, yo seguí su ejemplo, aunque me tardé un poco más. Su pecho subía y bajaba con fuerza. Hacía un enorme esfuerzo solo para respirar, ya no digamos permanecer de pie. Sus cabellos le cubrían el rostro. Muy bien podía tener los ojos abiertos o cerrados. No sabría decirlo. Muy poco quedaba de la elegante y bella doncella, grácil y juguetona. ¿Cuántas heridas de bala tenía en el cuerpo? Calculé entre doce y catorce balazos. Cuatro o seis cuando se acercaba y ocho a quemarropa. Ningún ser humano podría recibir esa descarga y seguir de pie, pero ella no lo era. Alguna vez lo había sido, no más".

"Cuando pude incorporarme, la rodeé poco a poco, yo también estaba mal herido, necesario era tomar un nuevo riesgo y buscar la mochila del coronel. Siendo el médico del grupo, tenía utensilios básicos de primeros auxilios en ella. Además, en la entrada de la sala debería estar el arma de Jans, al menos esa era mi esperanza. Existía un peligro: la presencia de la doncella hindú, quien se había llevado el cuerpo del checo y por lo que pude observar también se había

llevado el cuerpo de Dominic y Donald. Mientras la bordeaba, Inanna intentó moverse hacia mí, no lo logró; cayó, primero de rodillas y luego hacia adelante quedándose a gatas. Se quejó un par de veces, la sangre le goteaba desde el pecho, corría por sus brazos; escupió sangre, tenía evidentes dificultades para respirar. Sentí pena por ella. No pude evitarlo. Debía ser más doloroso el sentirse derrotada por un ser inferior, que las heridas que había recibido. Quiso levantarse de nuevo, apoyó una rodilla y flexionó la otra pierna. Imposible. Tuvo que poner las manos al frente para no golpear el rocoso suelo con el rostro. Había quedado a gatas. Tal como antes. Yo continué mi camino, debía ser presto y efectivo. El primer objetivo fue positivo, el arma se encontraba cerca de la entrada, en la sala. Aún en la mano cerrada. Fue asqueroso, hube de desprender dedo por dedo, la pistola de la mano fría y ensangrentada. Bien, era un avance. Eché de menos las mochilas de Dominic y Donald. No estaban ni ellas ni sus cuerpos. Llegué hasta el altar, allí estaban los restos de Eugene y el Coronel con sus mochilas".

"Me aprestaba a tomar la del coronel cuando detrás del altar apareció la doncella hindú. Ambos nos quedamos paralizados por instantes, hasta que ella reparó en el africano quemándose aún en la hoguera y su ama herida en la entrada de la cueva. Ella no estaba preparada para ver esa escena. Eso me dio la ventaja, le disparé, tratando de apuntar a la cabeza. Pedirle puntería a mi mano a esas alturas de la confrontación parecía ser mucho. Erré casi todos los disparos, excepto uno que le dio de lleno en el ojo. Conmocionada se llevó las manos al rostro, yo no accioné más el

arma, debía conservar balas, observé a mi alrededor, necesitaba algo con que rematarla. Buscar en los morrales era inútil, ni Rahl ni Eugene portaban armas. Sin embargo, en el suelo se hallaba el florete del coronel, lo tomé, procediendo a hundirlo en el pecho de la doncella. Me atuve a los viejos mitos, así que se lo clavé en el corazón, o al menos en esa zona. Ella agarró con fuerza la hoja de la referida arma, cayendo de espaldas. Por más que intenté extraerla no lo logré. Se asió con tal fuerza a ella que yo, con mis mermadas energías, no pude más que dejarla allí".

"Parecía fuera de combate, me desentendí de ella. Arrastré las mochilas de mis compañeros caídos hacia la plazoleta. Y allí estaba Inanna, de pie. Ya no tenía dagas en las manos o arma alguna, aun así, seguía siendo una figura amenazante. Solté los morrales, hice cuentas, me quedaban dos balas, aquello era insuficiente, tomando en cuenta que ya le había dado más de una docena de disparos y ella seguía en pie. Los otros miembros de su cofradía habían caído, pero ella era otro nivel. ¿Sería posible que ella fuese inmortal? No parecía poder yo hacer otra cosa mejor que escapar de allí, al diablo la misión, al diablo Rahl y sus pesquisas, al diablo los nazis y sus ansias de inmortalidad, al diablo todo. Ese amargo pensamiento iluminó mi mente. Claro, eso era lo que buscaban. La inmortalidad, robar la inmortalidad de la raza oculta. Yo, de manera irresponsable, estaba colaborando con ellos".

"Ella extendió una de sus manos, la abrió, dejando caer una cantidad imprecisa de puntas de balas, deformadas y aplastadas. 'Extrajo las balas de su cuerpo' pensé. Ella contestó mis pensamientos. 'Sí,

extraje las balas de mi cuerpo, nada debe profanarlo'. Atónito, seguí rodeándola mientras la apuntaba con mi mano temblorosa. 'te quedan dos balas, úsalas bien' me dije a mi mismo en pensamientos. 'Eso crees tú, no te quedan dos balas, te queda una sola. ¿Qué podrás hacer con ella? si quieres más balas allí las tienes', escuche en mi mente, señalando al grupo de balas en el piso. De nuevo hice cuentas, disparé seis veces, el cargador de la pistola tiene ocho, por lógica me quedan dos. Está equivocada, juega con mi mente".

"Escuché su voz de nuevo en mi mente, ella sonreía con sobriedad. 'Disparaste siete veces, no hace falta leer la mente para saber eso, yo escuché los disparos y se contar. Te engañas a ti mismo a nivel consciente, pero a nivel inconsciente puedo leer tu verdad, esa que tanto niegas porque quieres tener una esperanza que realmente no mereces'. Boquiabierto agoté los adjetivos. ¡Era inaudito, podía leer la mente! Inmerso en mis reflexiones de supervivencia no me había percatado de ello, aunque era obvio. 'Sí, sí puedo' contestó. Aquello era una nueva desventaja, tenía una sola bala, si hacía caso a su aseveración y, tomando en cuenta el poder que desplegaba, no tenía razones para desestimarla."

"La confrontación se convirtió en un estudio de movimientos. Parecía un duelo del viejo Oeste, nos movimos con lentitud. Yo tratando de acercarme a la escalera y ella tratando de impedir que pudiera acceder a esta. Llamarla escalera era una pomposidad, era un camino de ascenso y descenso con algunos escalones aquí y allá que facilitaban los pasos, nada más. Un precipicio se abría en el costado contrario, creo

ya haber hablado de eso con anterioridad. Así que en la salida solo había dos caminos posibles, bajar por la escalera o el abismo. Yo sentía su voz en mi mente que repetía 'dispara, dispara, dispara'. Me desafiaba a hacerlo solo para que mis dudas evitaran la acción. Ganaba tiempo. Con cada segundo que transcurría ella se iba curando mientras yo seguía sangrando".

"Lo podía ver, aunque el collar de cráneos ocultaba en parte las heridas en su pecho, se notaba que el sangrado estaba deteniéndose. Algunos cráneos estaban dañados por los disparos. Quizá pudieran haber amortiguado el daño, no lo sabría decir. Con esos factores en ristra, la situación era que ella todavía no se sentía con fuerzas suficientes para atacarme, esperaba que su organismo regenerara las heridas. Yo, por mi parte no poseía esa característica, dependía de, lo antes posible, atender mis heridas".

"No me valía seguir esperando más, solo tenía un disparo. Todo se resolvía a escoger cual era la zona más vulnerable y donde fuese más efectivo el golpe. No esperaba matarla, solo aturdirla, lo suficiente para tomar las mochilas y huir".

"El corazón... No, ya le había dado varios tiros en el pecho, no parecía una opción de peso. La cabeza... sí, la cabeza. Esa era la mejor elección. Si no podía matarla al menos incapacitarla unos segundos. Pero lo dicho, leía la mente, se anticipó a mis movimientos. Yo disparé, ella se cubrió la frente con ambas manos, la bala atravesó la barrera y dio de lleno, justo en el blanco, en el medio de los ojos. Ella resistió el embiste. Su cabeza se sacudió hacia atrás con violencia y volvió luego a su lugar con la misma rapidez, pero no cayó. Retiró sus manos. Sonreía. Y

mientras ella sonreía yo temblaba. No había funcionado. Abrió sus brazos cuan largos eran mostrando su rostro altivo, con las heridas en sus manos parecía padecer de una estigmatización. Abrió los ojos y me miró fijo. El punto rojo, con apenas un hilillo de sangre, en el medio de las cejas, le confería un indudable aire hindú. Y entonces habló con firmeza".

—Te lo dije, no puedes matarme, cuando tus huesos se pudran y sean cenizas, yo estaré caminando en el mundo, de día y de noche. No existen límites para mí. Soy una diosa, tú, un ser mortal. Viniste aquí por mis secretos, por mi sangre, por mis virtudes y una morbosa curiosidad. Y es extraño, pude sentir que tu sangre está mezclada con la nuestra, aunque sin llegar a poseer nuestras cualidades. Algo de nosotros tienes. ¿Por qué nos atacas? ¿Porque una niña neófita intentó convertir a tu padre y el murió en el proceso? Sí, puedo verlo a través de ti. Ya, ya lo veo la misma chica intentó convertirte. Eso explica la sangre. Eres un malagradecido, un niño llorón. No creciste, no has madurado, eres todavía ese huérfano llorando en brazos de una desconocida. Augustus, debió terminar contigo. Que débiles fueron. Me avergüenzo de esos niños. Mira que dejarte libre a tu suerte. Su error lo pago caro yo. Eso es injusto. ¿Qué mal te hacía mi existencia, aquí, oculta de todo, alejada de las banalidades del ser humano mortal? No me interesa ser parte de este mundo. No me interesa caer en manos de la cofradía infernal de tus amigos. Tu ciencia no puede descifrarme, tu ciencia no tiene poder sobre mí, no pueden comprender mi naturaleza, mucho menos duplicarla. Son unos insensatos. Crees haberlo perdido todo solo por la muerte de tu

estúpido padre. No se compara con lo que he perdido yo con su visita. Mis niñas: Lidia, Nisha, Mitsuki y mis grandes guerreros, Otgonbayar y Amadi. No saben lo que han destruido. Cuantos milenios fueron obliterados por su mezquina ambición. Me he quedado sin hijos ni aliados, pero tú te quedarás sin esperanza ni objetivos. Seré un misterio para ti, no te diré mi nombre, ni el nombre que nos damos a nosotros mismos. Nuestra raza. Quédate con ese burdo nombre. ¡Vampiros! ¡Ja! qué estúpido. Pero, algo si he de admitir, critico las razones que tuvo Augustus para dejar tu destino en manos de la suerte, que no en mano de los dioses. Los dioses no existen, excepto yo. Fuera de mí no hay dioses, solo cera y yeso, yesca y óleo, pan y vino. Creaciones irreales de esta pueril humanidad. Sin embargo, precisamente eso haré, dejaré tu destino a la suerte. No tengo fuerza en este momento para matarte, lo que sí tengo es tiempo. El tiempo es mi aliado, el único que me queda, gracias a ti. Observa bien este cuerpo, este rostro, esta bala en mi frente. Porque no me hallarás jamás. Ve y encuentra la muerte, hoy, mañana, en un año o dos. No me importa, tu muerte es algo seguro. Ve con mi desprecio y mi lástima ya que no te mereces ni siquiera mi odio.

"Dicho eso extrajo la bala de la frente con su mano derecha y la lanzó a mis pies con desdén. Caminó con cierta dificultad hacia mí. Yo me aparté. Se colocó de espaldas al precipicio y con esa sonrisa que le caracterizaba se dejó caer. Me quedé paralizado. De todas las cosas que podía concebir no se me ocurrió que hiciera eso. Aterrado, tardé en reaccionar y asomarme al abismo. No pude ver nada. Había desapa-

recido en el fondo. Ya oscurecía, busqué las mochilas, atendí mis heridas y acercándome a la hoguera que permanecía encendida, buscando amparo en el calor, me dormí, me desmayé, no supe más de mí en aquella aciaga jornada".

XI
SOL DE INVIERNO

Víktor, sin querer o quizá queriendo mucho, él mismo no lo sabría decir, se había encariñado con la pequeña Katja. Ella se llevaba su concentración. ¿Era una chiquilla desvalida que había defendido en la calle o una mujer a punto de florecer? Ya no la veía tan pequeña. Se culpaba a sí mismo por ello. No era correcto, ella era su huésped, su protegida. No debía él, abusar de su posición. Le debía respeto.

A pesar de todo lo descrito se sorprendía así mismo pensando en ella. Y siempre con una tonta sonrisa en el rostro, extraviaba sus pensamientos entre detalles y pequeños estímulos, los hoyuelos de sus mejillas, el tono oscuro de su piel, los ojos color miel y su cabello. Este último parecía tener vida propia. Esa abundancia, esa metamorfosis constante. Y no es que fuese el producto de un exceso de coquetería, lo único que hacía era recoger el pelo para realizar las labores domésticas con comodidad y libertad, una vez terminaba lo soltaba y entonces, se trasformaba en un encrespado universo de texturas. Y si por casualidad o por gusto se hacía trenzas, el resultado se magnificaba. Su imagen cambiaba, emanaba ternura, también un extraño poder de seducción. Abstraído por toda aquella estampa, disfrutaba verla realizar los quehaceres más sencillos, ya sea lavar, fregar o barrer. Ella lucía concentrada y no se percataba de la atracción que ejercía en él. Sobre todo, le gustaba verla lavar. Cuando se mojaba, aquella cabellera, se transformaba en un oscuro fluido, compuesto de he-

bras alisadas por la erosiva acción del agua. Entonces un océano negro cubría su fisionomía, era un paisaje en movimiento; ondulación, oscilación, vorágine caótica que se apoderaba de su cordura. Aquello le apartaba de la realidad, aplastando toda razón incauta con esa belleza sin igual que percibía.

Sentir, sentir, sentir. Sólo un ser humano con conciencia se permite un tormento, mientras bellos sentimientos se alojan en su pecho. ¿Qué debía hacer? Tenía algo de miedo. Miedo que la soledad y la viudez le estuviesen jugando una mala pasada. Miedo a permitirse una oportunidad. Miedo a la pérdida total, que ya había experimentado de primera mano. Miedo a espantarla, a quitarle esa novedosa paz que había hallado en su hogar. Y debía considerar que Marko también se había atado a ella. Los dos eran un binomio esencial. Cuando no estaba en sus faenas o cocinando, ella atendía y jugaba con su pequeño hijo. Víktor, en esos momentos de juego, envidiaba a su hijo. El niño, no tenía las ataduras del prejuicio, la moral y los traumas. Se acercaba a ella, la abrazaba con fuerza, le jalaba la falda, el cabello, le daba besos y ella también le colmaba de muestras de cariño. Se respondían con amor noble, puro, sincero y él deseaba que su amor fuese también reciprocado, sentir sus manos, recibir sus besos, acariciar su cabello. Pero... Espera... ¿Amor? ¿En pensamientos había usado la palabra amor? ¿De verdad amaba a Katja? En el transcurso de los días, varias veces se hizo esa pregunta. No se daba respuesta, era mejor la retórica que la verdad. ¿Cuál era la verdad en todo ese asunto? Esquivaba sus anhelos, dejaba correr la aguja. Sí, que el minutero se llevara los momentos de angustia innecesarios.

Sin embargo, dentro de toda su sublime perdición, se permitió ser práctico. Katja no existía para el sistema, no había registros que probaran su existencia. Se abocó a ello, flexibilizó sus normas, tocó puertas, estrechó manos, sobornó a un par de funcionarios que no presentaron muchos deseos de colaboración desinteresada. Así, unos favores fueron por amistad, otros deberes, por conveniencia y otros por coronas, la moneda legal en curso.

Katja Kinslenya, nacimiento el 8 de noviembre de 1879, determinada y registrada. Era su tercer nacimiento; el primero, el real, aquel del cual no tenía recuerdos, fue su nacimiento biológico; el segundo cuando Augustus le salvó y fue arrancada de las garras de la muerte, era la apertura hacia la raza oculta y el tercero, un nacimiento legal, en cual podía tener derechos y no solo deberes, era el nacimiento para la nación austro-húngara y quizá para el mundo.

Ufano, se dirigió a casa, una vez obtuvo el documento, le daría la buena noticia a Katja. Iba algo distraído así que dobló una esquina de manera equivocada. Se detuvo al rato, no sabía dónde estaba. Estudió la zona para ubicarse. Había tiendas, restaurantes, un teatro y ventas de frutas y vegetales. Preguntó a uno de los comerciantes, quien le indicó donde se encontraba. Una vez resuelto el dilema de la ubicuidad, se aprestaba a reencaminar sus pasos cuando reparó en una tienda de instrumentos musicales. Y allí estaba: un pequeño violín, nada ostentoso, de hecho, se veía usado. Entró, preguntó por el precio. Era accesible, sin embargo, no poseía esa cantidad de dinero en ese preciso instante. La idea de comprarlo se apoderó de su corazón. Sí, lo compraría para sustituir el que

se había roto. Estaba seguro que aquello alegraría el corazón de Katja. Ya de regreso cruzó por el puente de las cadenas, memorizando el recorrido para poder venir después, y transitó por el sitio donde la había conocido. Sonrió al ver las escaleras, no era la ruta habitual, ese día también se había extraviado, y gracias a eso pudo intervenir en la agresión de la cual era ella víctima. Le pasaba de cuando en cuando, no conocía del todo la ciudad. Se sentó un rato en las frías escaleras. No estaba cansado, pero quería reflexionar y el sitio se le antojó conveniente.

El día del encuentro, caminaba inmerso en sus propios pensamientos. Habían ocurrido muchos cambios en su vida. No sólo era la viudez, había cambiado de residencia y además de eso cambio de ciudad, de país, de cultura, costumbres, idioma, vecinos y trabajo. Aceptaba que, si bien la muerte de su esposa había sido un giro inesperado y doloroso, los otros cambios eran positivos y necesarios. Nuevas metas se abrieron paso y el porvenir se presentaba productivo. El trabajo significó un refugio para el dolor y una bocanada de oxígeno en muchos niveles. Así que no dudó un instante cuando le ofrecieron el puesto en Budapest. Tenía la posibilidad de abrirse paso en el ámbito político. El cual parecía favorable en el momento histórico y él deseaba marcar diferencia, hacer el bien, ayudar al prójimo, a sus connacionales, que sufrían una serie de problemas particulares, arraigados en el aspecto, no menos peculiar, multiétnico y lingüístico del imperio, que ya ni hablar de culturas, religiones, clases sociales, etc. Pero esas consideraciones habían pasado a segundo plano con la aparición de Katja. Él le prestó ayuda, porque eso

era lo que correspondía y luego, casi de forma inmediata, se encariñó con ella y se le ocurrió esa idea de darle cobijo. Claro, bajo la excusa de un provecho mutuo de la situación. Y de quién nada conocía se hallaba prendado más allá de lo que pudiera admitir. Decidió reemprender el regreso a casa. Quería ver la felicidad en el rostro de Katja cuando le diera los documentos de identidad.

Ella, por su parte, terminaba de lavar esa tarde. Salió al patio interno a colgar la ropa. El sol de invierno apenas era una luciérnaga en la oscuridad. Estaba nublado y aquella escasa luz que lograba traspasar la nubosa barrera apenas brindaba calor. Hacía frío y no había brisa. Aun así, debía realizar el colgado de la ropa. Era necesario. Aquello le resultaba incómodo en extremo. La piel le ardía en contacto con la luz. Ya lo había notado otras veces, si permanecía mucho rato se enrojecía la epidermis y ya no era ardor sino una sensación de quemadura bastante dolorosa. Se había entrenado a realizar las tareas en el patio de forma rápida, colocaba un balde con agua cerca de la puerta con la cual aliviaba el ardor, mojando las zonas descubiertas. Se cubría lo mejor que podía, gorro, bufanda, con la misma ropa que colgaba. Echaba de menos unos guantes para proteger las manos, le hubiesen sido muy útiles. Pensó en algún momento pedirle al señor Víktor que le comprara un par, pero le daba vergüenza. Ya mucho hacía con darle cobijo y comida. Más importante: un hogar.

Sí, sentía que tenía un hogar. Era una felicidad empeñada, un hogar que, aunque lo sintiera como propio, no lo era, eso le causaba felicidad, pero también dudas y tristezas. Marko no era su hijo, pero ella lo

trataba y amaba como tal, o al menos como ella consideraba que debía amar una madre. El señor Víctor no era su esposo, pero ella lo trataba y consentía como si lo fuera. Jugaba un poco a la casita feliz, preparaba la comida, hacía el té, se sentaba junto al fuego con él y el pequeño. Atendía a cada palabra con esmero y cuidado, mientras él les enseñaba a leer y escribir.

No supo muy bien por qué, aprendió de una forma rápida, quizás sabía leer desde antes. No lo sabría decir. Y disfrutaba mucho cuando él, la felicitaba por sus avances, sentir su aprobación le creaba un sentimiento muy hermoso. Él siempre estaba absorto en pensamientos que ella ni en sueños podía imaginar. A veces sentía que no era feliz, siempre serio, austero. ¿Cómo saber si él le agradaba que ella estuviera allí si su expresión no mostraba regocijo? Suponía que sí, a veces pensaba o sentía lo contrario.

Él sonreía de vez en cuando, sin embargo, su sonrisa era taciturna, algo le preocupaba o molestaba al parecer. Eso le angustiaba, quería verlo feliz, lleno de alegría, extrañaba la felicidad que desplegó cuando le pidió quedarse y ella aceptó. Fue tan mágica esa alegría, la mantuvo un poco, a medida que pasaban los días se fue apagando. No mostraba desacuerdo alguno en cuanto a sus labores, no era cruel con ella sino más bien todo lo contrario. Amable, cordial y reservado. Eso le confundía.

Se detuvo.

¿Sería eso? Estaba distraído. La cuestión era: ¿qué situación le incomodaba? Quería agradarlo, verse bonita. Tenía pocos vestidos y casi siempre estaba en las mismas fachas. Con el cabello recogido, delantal;

mojada, sudada, su apariencia de faena era la misma que la de descanso. Se veía al espejo y solo veía a una chica desgreñada, bajita, mal vestida, cuyo mejor perfume era el aliño, el sudor y las cebollas.
Pero debía dejar esos pensamientos para luego, ya casi era la hora que él acostumbraba llegar, se apresuró en la tarea de extender la ropa en el patio. Tanto por su arribo como por la molestia que le causaba el sol. Aprovecharía que el pequeño Marko se encontraba en un rincón, entretenido con sus juguetes. No requería de mayor atención. Corrió a tomar un baño, esta vez le iba a encontrar, sino perfumada, limpia. Lo hizo todo de la forma más diligente que pudo, ya albergaba esa idea desde temprano y se había preparado, teniendo en cuenta los elementos que tenía a mano.
El único vestido bonito que tenía a disposición ya lo había lavado el día anterior y le había hecho unos ajustes para que se viera más descotado. No tenía perfume, así que el aroma a lavanda del jabón tendría que ser suficiente. Se cepilló el cabello con esmero, se colocó una peineta muy bonita que estaba entre los juguetes de Marko, existía la posibilidad que hubiera pertenecido a su madre. El mismo niño se la puso en el pelo mientras jugaban. Aquello fue muy tierno y le pareció un aviso del destino, esa peineta estaba destinada a llegar a ella o ella estaba destinada a llegar a la peineta. No importa. Le quedaba linda.
Echó de menos tener maquillaje, aunque también era consciente de que poco hubiera hecho. No se había maquillado nunca en la vida. Rio. ¡Ja! Cómo si su vida hubiese sido muy larga. ¿Que recordaba de este primer mes de vida? Porque eso era la duración de su vida, un mes y poco más. Y en un periodo tan

corto había tenido unas experiencias increíbles. Conoció gente buena, gente mala, vivió en la indigencia, trabajó, lloró, perdió las esperanzas. Y sucede que la esperanza le había encontrado a ella, en forma de un hombre maravilloso, que no dudó un instante en tenderle la mano a una desconocida. Hacer el bien. Eso es ser bueno. Le había devuelto la sonrisa, el calor. Era su héroe, su salvador, lo admiraba, le quería. Se sentía cómoda y protegida.

Ya se había distraído, una vez más, pensando en él. Sí, no estaba segura de poder maquillarse ella misma, al menos de manera decente y adecuada; pudiera exagerar con algún elemento y lucir como un payaso de circo o cohibirse y quedar gris, lúgubre. Pedirle a alguna vecina que la ayudara con eso, ni hablar. La gente le daba miedo, percibía tanto odio, maldad en ellos. Por aquella cuestión de ser de origen gitano. Nadie decía nada de forma explícita, pero se les notaba en la mirada. No todos podían ser como Viktor, nadie podía ser como Viktor, nadie era como Viktor. No, no les podría haber pedido el favor. Se revisó en el espejo, hizo retoques de último momento. Aquello no parecía ayudar. Fea y mal arreglada. Así se veía. ¡Qué contrariedad! Y ya no había tiempo, oyó la puerta abrirse.

En efecto, era el señor Viktor. Ella, haciendo un esfuerzo para controlar sus nervios, salió de su escondrijo a recibirle. Él quedó sorprendido de manera grata. Sí, era Katja, la pequeña de siempre, con la ropa de siempre, pero algo distinto había en ella.

—¡Bienvenido a su casa señor Viktor! —le saludó.

—¡Hola Katja! ¿Cuántas veces te he dicho que no me llames de "usted"? Háblame con confianza —le corrigió con cariño.

Ella se sonrojó.
—Es que no es correcto, usted es el señor de la casa, yo, la criada.
—Tú no eres la criada. Eres parte de la familia.
Ella sonrió, no sabía que decir. Ojalá fuese eso cierto. No era de la familia, apenas si la conocía. ¿Cómo podría él, tener esa consideración con ella? Una desconocida, desmemoriada, fugitiva, sobreviviente y odiada gitana. Sin nombre ni pasado, ella no pertenecía a ningún lugar.
—No pongas esa cara. Tengo una sorpresa que te hará cambiar esa expresión huraña. ¡Mira! —le dijo, mientras sacaba el sobre con los documentos de identidad —Desde hoy tienes nombre, apellido, fecha de nacimiento y un lugar en el imperio.
Katja observó los papeles. Le costó un poco de trabajo entender todo aquello. Apenas si había aprendido a leer, algunas cosas todavía se le dificultaban. Pero era cierto, se iluminó su rostro. "Katja Kinslenya, 8 de noviembre de 1879, Debrecen". Lo miró, deseaba abrazarlo y agradecerle, la emoción le embargaba.
—¿Cómo? ¿Cómo lo hizo? —preguntó cuándo pudo.
—No te preocupes cómo. Lo importante es que ya tienes identidad y con ello derechos y deberes.
—Gracias —respondió —. Nunca tendré con qué pagarle todo lo que ha hecho por mí.
—Ya te dije, no te preocupes por eso. No me debes nada. Lo hice con mucho gusto.
Ella se aguantó. Tenía ganas de llorar de alegría.
— ¿Y el pequeño Marko? ¿Dónde está? —inquirió él.
—Está dormido. Jugó mucho hoy.
—Llevémoslo a donde la señora Verdi. Ya hablé

con ella, lo cuidará unas horas y si está dormido es más conveniente. Quiero que paseemos un rato hoy. Siempre te encuentras encerrada aquí, ya ni siquiera llevas sol, cada día estas más pálida, hay que conservar ese color bronceado que te luce mucho. Me gustaría que te distrajeras un poco —le propuso.
Él mismo buscó al niño. Marko estaba tan cansado que no se despertó. Ella se quedó en la casa. El temor hacia las personas era muy fuerte. Y le hacía evitar cualquier contacto, si ello era posible. La casera no era una excepción, aunque muy colaboradora en apariencia tenía una mirada curiosa, que a ella se le antojaba perversa.
Salieron a caminar un rato. El sol de invierno aún emitía algo de luz. Oscurecía tarde. Él estaba muy contento, le conducía por la calle, cuidando de ella. Había detalles en Katja que le causaban cierta turbación. Al principio no supo qué era aquello que secuestraba su atención. Luego de un rato pudo identificarlo. El cuello, los hombros descubiertos. Era aquel despliegue de piel un hermoso regalo. Era elegante, a la vez sensual. Luchaba contra esa fuerza magnética, no podía dejar de verla y de admirarla. Quería mantener la mirada en sus ojos, el rostro y su boca. Pero era una lucha perdida, aquel fuerte contraste de su oscuro y abundante cabello con la nívea coloración de su pecho, le atraía de una manera implacable. Y entonces tuvo que expresarlo porque si no esa fuerza poderosa destruiría su razón. ¿Pero qué importa la razón y la cordura cuando una mujer se viste de fantasía y encanto? Y no es que el encanto fuese algo solo externo. Vivía en ella, era ella y ella solo abrió las puertas de su figura para él y para sus

ojos. Al menos eso sintió él.
—Desde hace rato me pregunto qué es lo que me impresiona hoy de ti y ya lo sé. Sólo que me ha costado expresarlo, pero necesario es que lo diga.
Ella lo miró intrigada. Le había causado alguna impresión. "¿Será una impresión mala o una buena?" El corazón se aceleró. Sí, él había notado el cambio.
—¿Qué le causa ese sentimiento? ¿Es algo malo?
—No, todo lo contrario. Lo noté desde que te vi, al llegar, pero nada dije pues me hice el tonto y traté de mirar a otro lado. Sin embargo, no puedo ya obviarlo: tus hombros.
—¿Que hay con ellos? —dijo ella, mirándolos.
Ojalá no notara que su piel se enrojecía con la luz solar. Le ardía un poco, pero estaba aguantando para agradarlo.
—Pues que los tienes descubiertos y se ven muy hermosos. Tu cabello oscuro y la piel crean un contraste muy bonito.
Ella había arreglado el vestido para crearle un escote. Se le hizo muy fácil hacerlo, como si tuviera grandes conocimientos de costura. Se sintió muy orgullosa y feliz que él lo notara.
—Gracias —contestó con baja voz.
El Silencio se hizo presente. Él sintió algo de vergüenza. Como rezaba el dicho: "después de matar al tigre le tiene miedo a la alfombra". Tanto que pensó para decir lo que sentía y ahora no sabía que más decir.
Ella estaba complacida, como no, que él notase los cambios. A pesar de eso, se encontraba apenada. ¿Qué correspondía hacer ahora?
Continuaron caminando. Era un paseo después de

todo. Los faroles recién encendían y brindaban una tenue iluminación, lo cual resultaba perfecto. La oscuridad de la noche evitaría que el sol le quemase la piel. El ambiente rebosaba de paz y tranquilidad. Justo lo que ambos necesitaban. Eran dos almas cuyas historias opuestas, por dictámenes del destino, la suerte o quizá, ellos mismos, de manera inconsciente, se habían encontrado en la vorágine metropolitana. Ella caminaba a su lado. Animada por la naciente sombra de la noche, comenzó a hablar, él no le interrumpió, le agradaba escuchar su voz, quería oír todo lo que ella bien quisiera decirle. ¡Qué agradable era escucharla! Katja Kinslenya, siempre parca, silenciosa, de ojitos vivos y expresivos, ahora hablaba sin parar. Él había comenzado muy elocuente en el inicio del paseo. Señalando las estrellas: "aquella es Sirius, aquella la estrella Polar, Venus, La Luna". Pero cuando él calló, luego de mencionar el detalle de los hombros, ella se adueñó de la conversación. Era tan hermoso escucharla. Demostraba una inteligencia despierta, natural. Preguntaba mucho, en parte porque todo le resultaba nuevo. Habló un poco de sus aventuras, de lo mucho que vivió en lo poco de su conciencia de existir. Lamentó no saber nada de sus padres, hermanos, en el supuesto caso de haberlos tenido, la familia, los amigos.

Él le escuchó con atención. Mirándola a los ojos. Ella le confesó que había desarrollado un miedo muy fuerte por las personas. Había enfrentado el odio irracional, el desprecio, maltrato y maldad. Quien no intentó aprovecharse de ella, quiso hacerle daño. Con las excepciones del señor Sventz y él mismo. Hizo un repaso del día, de las labores, de sus ánimos.

Su cabello lucía bien peinado, con una peineta adornando la cabeza. Olía bonito. Lavanda quizá. Él no era bueno para eso de distinguir perfumes, sin embargo, era agradable a sus sentidos. Ella estaba radiante, renovada. Lo notó. Se había esmerado en arreglarse sólo para él. Su corazón rezumaba de emoción, deseaba abrazarla, tomarla de la mano. No se atrevía, le respetaba y mantuvo una distancia prudente, lo suficiente para estar cerca pero no tanto como para ser invasivo. Y resulta que fue ella quien buscó su brazo y se hizo un huequito entre la extremidad y su pecho. Él se sorprendió, por instinto movió el brazo, en un inconsciente intento de retirarlo, pero ella no lo consintió. Se abrazó más fuerte y se acurrucó lo mejor que pudo. Buscando el calor de aquel buen hombre. Él dejó de resistirse y le abarcó con suavidad. Cubriéndola con el abrigo. Por un momento mágico dejaron de ser dos caminantes en senderos distintos, se convirtieron en un solo viaje y un solo destino. Los transeúntes les observaban. Curiosos. No importaba. Que pensaran lo que quisieran, mientras ellos supieran quienes eran, lo demás no importaba. Los peatones eran solo adornos del camino, parte de un paisaje, hojas del otoño olvidadas por el viento.

—Es usted un ser muy especial, que Dios puso en mi camino para renovar mi espíritu, levantar mi ánimo, no sé ni siquiera quien soy, usted, de alguna manera repara los pedazos que estaban rotos. Pues en esta corta conciencia de vida he sido rota, desvencijada y despreciada. Es usted mi último eslabón hacia los sentimientos por otras personas. Desconfío de todos, todos parecen odiarme. Soy como un gatito que ante cualquier ruido corre a esconderse. Pero con

usted y con Marko no es así. Es mi héroe, señor Viktor, ¿qué sería de mí sin usted? —le dijo con mucho afecto.
—Y yo que pensaba que el ser especial eras tú. Que Dios te puso en mi camino para renovar mi espíritu, levantar mi ánimo. Estaba un poco indiferente con la vida, tú me has traído alegría. Y, por favor, deja de llamarme de usted, te pido que tengas esa confianza. ¡No, mejor! ¡Te exijo que tengas esa confianza!
—¡Ay, no se burle! Lo digo en serio.
—Yo también hablo en serio. Trátame de tú. Además, es verdad, hasta conocerte, mis pensamientos eran sombríos, mi corazón un sol apagado. Tú has encendido de nuevo la estrella y ahora hay calor en mí. Un calor que creía haber perdido.
—No se burle. No sea malo, usted es bueno.
—Ya te dije. Es la verdad. Perdí a mi esposa, quedé solo con un niño de 5 años. No sabes lo aterrador que puede ser eso, yo vivía en Sarajevo, una ciudad muy lejos de aquí, me mudé por cuestiones de trabajo, eso es cierto, pero también lo hice para huir del dolor, para mitigarlo. Sin querer, me sumergí en un estado de indiferencia casi total. Pensé, por un tiempo, que sería incapaz de sentir amor de nuevo en mi corazón. Pero heme aquí, caminando de brazos con un angelito perdido, que me encontró y vino a enseñarme que todavía vale la pena creer. Me has devuelto los deseos de vivir. Ser bueno no es suficiente, se hace necesario ser un poco más. Retomar la humanidad perdida y saborear la felicidad que el destino o la casualidad coloca en tu camino.
—Yo no soy nadie. Como puedo tener un futuro si no tengo pasado, no tengo raíces ni metas por cumplir.

—No digas eso. Y en todo caso si no tienes raíces échalas aquí, nada te lo impide. Mi hogar lo ves desde dentro y no tengo que abrirte las puertas pues eres tú quién las abre para mí. Tú eres la bienvenida, el lugar al cual regreso siempre, la sonrisa que anhelo ver, luego de una ardua jornada de trabajo. La voz que me acuna cuando descanso en el sillón, los oídos que escuchan mis quejas y amarguras como si fueran historias interesantes. Las manos que cocinan las delicias que llegan a mi paladar, que lavan con esmero no solo la ropa, sino que también lava mi tedio por la rutina laboral y viste de alegría a mi ser. El departamento era solo cuatro paredes y una escalera hasta que llegaste tú y lo convertiste en un hogar.

Katja, nada dijo. Aquello parecía una confesión, una declaración. No se atrevió a preguntar. Decidió ampararse en el silencio y entre los brazos de aquel hombre sencillo. Él tampoco dijo otra cosa. Interpretó su silencio como que había hablado de más. Soltó la rienda de aquellos latidos locos y ahora se habían desbocado en la llanura. Continuaron caminando y entre senderos y esquinas tomaron rumbo a la casa. Una vez dentro, Viktor se preguntaba: "¿Cómo despedirme de ella esta noche?" Deseaba quedarse más tiempo con ella, el respeto y el buen haber dictaban que le dejara retirarse a sus aposentos.

Ella tampoco quería despedirse, la velada había sido tan bonita. El nudo se desataba, pero aún mantenía el agarre en los sentimientos. No es que hubiera quién los acusara de una u otra cosa. Era la conciencia propia, mezclada con un poco de miedo. Y donde la indecisión consciente campeaba, la inocencia inesperada se hizo cargo. Tropezaron él uno con el

otro y ya, superada esa barrera, ella lo abrazó con fuerza. Él no respondió de inmediato, pero no se negó a lo que sentía y le correspondió con la misma intensidad. Le dio un casto beso en los hombros. Dos susurros, un "te quiero" y un "le quiero" fueron el preludio de un primer beso. Y hubo un segundo y un tercero. Se vieron a los ojos. Ella sintió algo de vergüenza y se soltó de sus brazos. Él le dejó ir con suavidad, sólo reteniendo una de sus manos, más que las manos, algunos dedos que pudo atrapar. El escape se había impedido. Ella frenó. De espaldas, sin atreverse a mirarlo le preguntó: "¿qué estamos haciendo señor Víktor? ¿Será esto correcto?" Él no le respondió, solo la besó de nuevo.

—¡Señor Viktor! ¡Señor Viktor! Paremos por favor, responda a mi pregunta.

—No deberíamos pensar en términos de correcto o incorrecto. Pero tienes razón. Hay que hacer lo correcto.

—¿Y cómo logramos hacer lo correcto?

—Casémonos. Se mi esposa, este ya es tu hogar y Marko ya es tu niño. Acepta y todo lo que te pueda parecer incorrecto se hará correcto y necesario.

Katja abrió los ojos de par en par. Cómo pasó todo aquello. Esa mañana se sentía como la criada, la indigente repudiada y ahora estaba a un "sí" de convertirse en la futura señora de la casa. Apenas había obtenido el nombre legal de Katja Kinslenya y ahora sería Katja Jarkovic. Aquello era impensable y sin embargo era realidad.

—Pero... señor Viktor... yo...

—Katja, me acabas de besar. ¿Cómo me sigues llamando de usted? —preguntó muy risueño —Quie-

ro ser Viktor, que me llames así, no quiero ser "Usted" o "Señor", deseo ser "Cariño", "mi vida", "mi amor". ¿Qué dices?
—Sí.
—¿Si me tutearas desde ahora?
—Sí. Sí me casaré con usted.
Él arqueó las cejas y sonrió. La miró con complicidad, exigiendo un poco más de la emocionada chica.
—Me casaré contigo... mi amor... —respondió muy nerviosa y titubeante, sin embargo, nunca estuvo tan decidida en algo.
Él la levantó en el aire, ella se asustó. No pensó que él pudiera hacer eso. O una de dos él era más fuerte de lo que aparentaba o ella más ligera de lo que creía. Le besó en los labios y de a poco dejó de ser un beso tierno y emotivo para llegar a ser uno mágico y sensual. La bajó luego, le soltó y dándole una palmadita en las nalgas le dijo: "Vayamos a buscar a Marko".
En otra circunstancia se habría negado pero el gesto de cariño y complicidad le había pillado por sorpresa. Antes de que pudiera decir "¡Ja!" se encontró en presencia de la señora Verdi quien le entregaba a un somnoliento Marko, que inmediatamente se le echó al cuello y medio dormido le llamó "mami". Demasiadas emociones por un día, por una noche. ¡Qué sorpresiva resultó aquella tarde de Sol de Invierno! Se dieron un último beso de la velada. Ella se quedó absorta, mirando como subía las escaleras el hombre que se había prometido a ella, cargando al niño que le acababa de llamar mamá. Y él subió sin mirar atrás pues si lo hacía dejaría al niño en el cuarto de abajo y subiría cargando a Katja. Pero no se dejó vencer por la pasión y la emoción. Se comportaría. Si la amaba como él creía,

debía ser consecuente con sus actos, respetarla y darle el puesto correspondiente. Le subiría cuando la unión estuviese certificada por el matrimonio.
Katja no pudo dormir mucho, las emociones le embargaban. Años después, al recordar esa noche recurriría al escape de un cigarrillo, una ventana abierta, una brisa serena y el albor de un amanecer.

XII
EL RELATO DE MARKO
FOLIO IV

"Desperté la mañana siguiente de la confrontación. Revisé mis heridas, habían curado un poco, aunque la de la mano izquierda seguía sangrando. Me dolía una enormidad, el dolor era punzante. Obligué a mi cuerpo a levantarse y mucho más lo obligué a entrar de nuevo en el templo. Allí estaban los cadáveres de todos los caídos en la lucha. Propios y ajenos. Y mi temor no era hacia fantasmas o apariciones. No, no, para nada. Temblaba de pensar que alguno de aquellos seres sobrenaturales aún estuviera vivo y se hubiese recuperado en la noche. Pero no, mis temores eran infundados. Estaban muertos y así permanecieron. Ese pensamiento me causó algo de gracia. ¿Si ya están muertos qué esperaba? ¿Qué resucitaran y volvieran del más allá? Sin embargo, con todo lo vivido el día anterior uno podría esperar lo que sea. La hoguera se estaba apagando, a su lado, los restos quemados del africano. Despedía un olor desagradable".

"Hube de obviar ese hecho. Pasé a su lado, con suma precaución. Al haber hecho eso hallé unos troncos, por pura casualidad, apilonados detrás de unas columnas. Supongo que cortados y almacenados para tal fin. Los lancé a las escasas llamas y estas se fueron avivando poco a poco. Tomé una de las bengalas de la mochila, la encendí. Caminé por el recinto, observando muy bien a los cuerpos. Ninguno respiraba, bien. Estaba claro desde el principio, pero el miedo era mayor que cualquier convicción, mejor corroborar que ser sorprendido".

"Bengala en mano, llegué hasta la viejecita, debía comprobar que ella también estuviese muerta. Como ya lo suponía el cuerpo estaba momificado, habría muerto muchos años atrás. Unos hilos atados a las manos y cabeza la mantenían aún unida al altar, por lo cual, a pesar del golpe propinado por el coronel, el cuerpo no había caído del todo y estaba de medio lado. Era una marioneta. Ahora, en parte entendía el desespero del mentor de Eugene, se vio engañado y había guardado alguna desconocida esperanza en localizar a Inanna y, perdidas las esperanzas, decidió inmolarse. Eso me intrigaba. ¿Por qué los vampiros se inmolaban? Era una muerte horrible. Si estaban hastiados de la vida, pienso, podrían quitársela de una manera menos aparatosa. Un misterio. Todos anhelando la inmortalidad y ellos despreciándola. En fin, continué explorando. Necesario era que lo hiciera, a pesar de mi aprehensión para realizar tal cosa".
"Extraje la espada del cuerpo de la vampira hindú, limpié la sangre y la devolví a su vaina, el bastón del coronel. Crucé el altar y me adentré en la parte interior de la cueva, allí conseguí los cadáveres apilonados de Dominic y Donald. Jans, no se encontraba a la vista. Aquello parecía un pequeño museo de horror, aparte de los ya mencionados cuerpos se hallaban una cantidad imprecisa de reliquias macabras. Cráneos, huesos de diversos tamaños, algunos tallados, otros a medio tallar. El trabajo estaba orientado en crear herramientas. Había cuchillos, tenedores, cucharillas, hachas, agujas y un largo etcétera. Contra todo lo que mi sentido de auto preservación me pedía, continué la exploración. Encontré unas puertas de madera de lado y lado de la galería. Supuse

que eran aposentos. Al final del corredor hallé una escalera en espiral. Hasta allí llegó mi valentía, no me atreví a abrir los accesos ni mucho menos bajar esos escalones. Desde sus profundidades un apagado lamento se abría paso poco a poco. Aquello era espeluznante. Fue evidente que no eran fantasmas, pero fuese que fuese aquello iba en contra de mis intereses. Ya fuesen prisioneros o más vampiros, no, ni hablar de descender por allí".

"Decidí que ya era suficiente la curiosidad. Estaba tentando en demasía a la suerte. Ya, el solo hecho de haber sobrevivido a la masacre del día anterior, era suficiente. Asustado, me apresuré a salir de aquella cueva, si no corrí fue porque mis heridas y cansancio me lo impedían. En el exterior del templo, en la plazoleta donde ocurrió el enfrentamiento final organicé el contenido de las mochilas, reuní solo lo esencial y lo coloqué todo en un morral. Usando el bastón como apoyo inicié el descenso de la montaña".

"No voy a extenderme en los detalles. Fue un suplicio, en el cual varias veces creí desfallecer. Dos largos días de caminata me llevó conseguir el camino de los peregrinos. Allí acampé, a la espera que algún grupo pasara y me prestara auxilio. Y así fue. Me encontraron preso de fiebres, medio muerto. Esas buenas gentes me ayudaron. Después de superar, las consecuencias de las heridas, los obstáculos idiomáticos, interminables pausas en bongos, sitios de acampado, llegué semanas después a Katmandú. Me hospedé en una pequeña posada, muy humilde. Luego de tantas penurias y dormir en colchas sobre la tierra desnuda y fría, aquello me parecía un lugar digno de un rey".

"Mi cuerpo pedía que reposara mil años para recupe-

rar fuerzas, su necesidad no sería resuelta, no había tiempo que perder. Ni siquiera sabía qué fecha era. Descansé solo unas pocas horas, salí al mercado, ese era el sitio convenido de encuentro con el grupo de rescate. Las noticias que pude recabar, en inicio, eran poco esperanzadoras. Era 21 de julio de 1939. Había llegado tarde. El grupo tenía órdenes de esperar máximo hasta junio del año que corría. Derrotado, me derrumbé, más que sentarme, en el rellano de una puerta. Estaba cansado, muy cansado. Más allá de cualquier explicación humana. Así que no es de extrañar que me durmiera allí, en plena calle, en una posición incómoda, y quizá pudiera haber permanecido allí hasta el congelamiento del infierno, pero una mano se posó en mi hombro y me despertó. Un rostro conocido se vislumbró ante mis ojos. Era Taube, acompañado de otros dos soldados, vestidos de paisanos".

"¡No habían partido!"

"Taube manifestó que ellos querían irse, pero Grubber lo había impedido. Se negó a despegar sin el Coronel. Entre discusiones y pequeñas riñas se llegó a un consenso: esperar máximo hasta el 30 de Julio. Grubber, ante el riesgo de un motín, accedió a regañadientes".

"Los ya mencionados soldados se encontraban en el mercado, comprando víveres para preparar la partida. No esperaban encontrar a nadie".

"Y así, de nuevo, me eché la mochila al hombro emprendiendo otra caminata. Nos dirigimos a las afueras de la ciudad. El avión, no estaba en Katmandú, si no en una localización retirada. En los meses de estadía y espera, el grupo de rescate, había acondicio-

nado un campo, manteniendo la rudimentaria pista, apta para el despegue de la nave en el momento que se necesitara. En un granero abandonado estaba oculto el modificado Ju-52. Para las autoridades británicas ese avión no existía, así que el riesgo crecía cada día que permanecía allí.

Me reencontré con el feo rostro de Grubber. Le expliqué de la forma más sencilla posible todo lo ocurrido. Se mantuvo impasible hasta que le dije de la muerte del Coronel. Masculló algo y se levantó, hizo seña a los presentes que lo dejaran solo. Permaneció sentado con su rifle, a la sombra de un árbol, alejado del grupo, hasta entrada la tarde".

"Cuando regresó, expuso, a través de un soldado, que hacía las veces de intérprete de señas, que la hora de salida sería al amanecer. Nadie lo celebró por respeto al coronel, pero todos estaban complacidos con la noticia. Me ordenó realizar un reporte, él debía informar a su superior el fracaso de la misión y la muerte de Rahl. Dicho informe lo realicé durante el viaje. Del borrador que guardé extraje mucho del contenido de este relato. Ya soy un viejo, todo eso ocurrió hace mucho. Suerte que guardé ese y otros documentos para poder reconstruir la historia que estoy contando antes que la muerte me sorprenda en la cama".

"El regreso no fue un viaje placentero, el avión no había sido diseñado para el confort, era robusto y confiable, sí, pero cómodo: no. A mitad de camino estalló la guerra, para ese entonces estábamos todavía en espacio aéreo controlado por Reino Unido. Lo cual nos mantuvo tensos por muchas horas. Cuando nos encontrábamos cerca de la frontera con

Turquía, observamos un biplano desconocido que se acercaba. Se trataba de un Hawker Fury británico. El piloto nos hizo señas para que descendiéramos y lo siguiéramos. El sistema defensivo del Ju-52 era limitado, así que la situación era apremiante. Si no seguíamos sus instrucciones, era un hecho que no podríamos escapar. Por muy obsoleto que se viera, el avión enemigo, era más rápido, mejor armado y maniobrable que el transporte que ocupábamos y si accedíamos descender nuestro destino era ser prisioneros de guerra".

"Grubber, con su templanza habitual buscó su rifle. Ordenó al piloto, a través del intérprete de señas que fingiera aceptar la demanda del Hawker Fury y que una vez este maniobrase para colocarse en posición de escolta, se acercara lo más posible al otro avión por estribor. Y así ocurrió. Grubber abrió una de las ventanas y apuntó. Parecía un tiro imposible pero el maldito lo consiguió. Justo en la maniobra requerida disparó, dando en el blanco: la cabeza del piloto, aprovechando que su carlinga era abierta. El Hawker Fury, perdió altura poco a poco y lo vimos estrellarse contra las montañas. Todos celebraron el disparo, hasta yo hube de hacerlo. Lo felicitaron, lo abrazaron, el momento de tensión había culminado, entramos a territorio neutral. El silencioso sargento guardó su rifle y sin más ni menos se arrellanó en su asiento y se durmió casi enseguida. Necesitaba descansar, era el segundo piloto, pronto le tocaría su turno de conducir el avión mientras el otro piloto descansaba".

"El resto del viaje fue más tranquilo, estábamos en territorio amigo o en todo caso neutral. Volamos

bajo, furtivamente, dentro de las posibilidades. Evitando cualquier contacto. Agotamos hasta la última reserva de combustible. El 17 de septiembre de 1939 aterrizamos en Budapest, le entregué el bastón del coronel a Grubber y me despedí de todos, esperando no volverlos a ver jamás. Sobre todo, al malhumorado sargento. Ellos recargaron combustible y partieron a Alemania al día siguiente. Luego de casi un año y medio, me reencontré al fin con mi familia. Pude reposar en mi propia cama. Nada como el viejo colchón para sentirme en casa.

Tu abuela me hizo prometer que no me ausentaría de esa forma de nuevo. Yo lo prometí y aunque luego no pude cumplir de manera cabal esa promesa, en aquel momento lo dije de corazón. No deseaba más aventuras ni búsquedas místicas. Ya el coronel estaba muerto, no podrían convencerme, ni coaccionarme, ni influir sobre mi psiquis para que yo volviera a esa cofradía maligna. Europa estaba en guerra, los alemanes iban a estar muy ocupados como para estar ideando cacerías de vampiros o planes de búsqueda y obtención de la inmortalidad. Al menos eso pensé. Además, el núcleo del pelotón y Rahl, su principal impulsor, estaban muertos, solo quedaba, como figura importante, el silente Grubber. Pero este era un ejecutor, no un director, era bueno en acciones tácticas, pero no lo veía ejerciendo de conductor en aquella desvalijada orquesta".

"Muchas veces pensé en qué hubiese sucedido si el sargento nos hubiese acompañado en la malograda entrevista o intento de captura, de Inanna. Sus capacidades en combate eran superiores al resto. Aunque siendo sincero, no creía que Grubber pudiese matar

a Inanna. No con su rifle, ni con su cuchillo, ni ninguna habilidad que pudiera poseer. La única razón por la cual sobreviví, fue porque Inanna, no quiso matarme, a pesar del daño recibido, ella consideró que no merecía una muerte rápida, mejor que muriera lentamente, viviendo con mi tormento. Y así fue, el tormento fue parte de mi vida siempre. A pesar de momentos de paz y el refugio de la familia. Nunca pude librarme de esa obsesión, de saber, de buscar sobre ellos, la raza que se ocultaba entre nosotros. Sólo la calmaba por instantes, de variable duración, y eso, a costa de sacrificar todo lo bueno que poseía, todo lo que amaba".

"Tu abuela, en mi ausencia, con el superávit de recursos obtenido, con la doble remuneración, había establecido una tienda de abastos y víveres, así que, siguiendo su consejo (más que consejo, era una orden, tu abuela era una mujer con carácter fuerte) renuncié a la vida castrense. Luego de un sin fin de trámites, reportes y reuniones con mis superiores, solicité la baja militar, esta me fue concedida a regañadientes y me dediqué a la tienda. Era próspera, lo suficiente como para vivir con ciertos acomodos y mantener pequeños lujos. Y así vivimos, en paz, al menos durante dos años".

"En 1941 Hungría entró en la guerra y fui llamado al deber, como reservista. Me asignaron labores de instrucción en mi antiguo regimiento. Hasta allí todo bien, no estaba en primera línea, me encontraba cerca de la familia y el ejercicio me hacía bien. Entonces alguien recordó mis antiguas y supuestas labores de enlace con el ejército alemán. Me negué, hice una nota de protesta, mis superiores obviaron las quejas

y en un intento de tranquilizarme y que cambiara mi actitud, me señalaron que iba a estar en Bratislava, muy cerca de Hungría y podría visitar a mi familia regularmente, durante los permisos".
"A tu abuela, aquello no le causó gracia, cedió porque no tenía otra opción, yo tampoco. Partí días después a mi destino. No muy animado, las extrañas y nefastas experiencias vividas con los alemanes no me dejaron más que emociones negativas y espeluznantes. Al llegar, mis temores resultaron bien fundados. Entre quienes me recibían se encontraba un viejo conocido. El silencioso y letal sargento Grubber. Yo había regresado a la pesadilla."
"No vi a Taube o Schwartz, solo a Grubber y su asistente, el intérprete de señas. Los saludé, no con muchos ánimos y me condujeron con quien, en teoría, era el oficial enlace alemán a cargo. Una vez hecho esto se retiraron y nos dejaron a solas. Era un hombre de mediana edad, de unos 50 años. Uniformado, como no, con ese ya tristemente familiar, uniforme de las SS".
—Soy, el Oberführer, Albert Von Verschuer. A cargo de esta oficina.
—El mío es Marko Jarkovic, sub teniente...
—Sabemos muy bien su nombre sub teniente, no está usted aquí por casualidad, nosotros le solicitamos. Le pedimos exclusivamente al alto mando húngaro que nos enviara a su persona para que trabajase acá, en esta humilde instalación —interrumpió.
—¿Con qué propósito? ¿Por qué yo?
—Porque es el único superviviente de la fallida expedición de Rahl al Tíbet. Y aunque por cierto tiempo quedó pausado el tema. Recientes hallazgos han re-

avivado la inquietud del grupo y queremos retomar el asunto donde lo dejó Rahl y conducirlo de una manera más práctica y menos ambiciosa, sin dejar de serlo, claro está. El asunto de la inmortalidad no es poca cosa —expresó riendo.

—Yo no deseo continuar con esas cacerías, ya no soy un muchacho y las experiencias tanto en el Tíbet como aquí en Europa me dejaron muchos sin sabores, heridas y pesadillas.

—Ya, ya. Le comprendo. Pero no se preocupe no estará usted, estaca y cruz en mano, cazando vampiros en el descampado. De eso se encargará Grubber y un pelotón especializado encuadrado en las Eisangruppen. Su labor será, en líneas básicas, de identificación y cuidado de los sujetos. Por ahora, conservamos a Oscar, quien ha estado algo más colaborador los últimos meses y una docena de candidatos.

—Sigue sin gustarme la idea —le dije lo más contundente que pude.

—No es nada del otro mundo, solo es entrevistar a los candidatos, seleccionar quiénes son y quiénes no. No correrá ningún peligro.

—No veo porque tengo que ser yo.

—Porque usted tiene más experiencia con estos individuos que cualquiera. A pesar de tener a Oscar con nosotros por cerca de dos años, es poco lo que hemos podido avanzar. El sujeto no coopera.

—Usted, dijo que estaba cooperando —le rectifiqué

—Fue una exageración de mi parte. A veces no habla, a veces tampoco. No se comunica demasiado, no como necesitamos. El sujeto, en sí mismo, es un misterio. Y él lo disfruta, de alguna manera. Da respuestas escuetas, cortas, esporádicas y de escasa im-

portancia. Goza con nuestra confusión e ignorancia. Lo que sí hemos hecho es estudiar su sangre, a pesar de eso no logramos que las conversiones sean efectivas.
—¿Han intentado conversiones? —pregunté, picado en mi curiosidad.
—Sí, pero como ya le dije. No han sido efectivas, los sujetos de prueba siempre mueren, en el laboratorio hay informes detallados de ello. Queremos que los estudie, que quizá consiga ver en qué fallamos.
—¿Y qué le hace suponer que yo voy a poder desvelar el secreto que sus colaboradores no han podido? Asumo que tiene médicos y científicos realizando esas labores.
—Así es. Hay un equipo médico, muy pequeño y discreto. No deseamos que haya tantas personas que sepan este secreto. Ni siquiera el Führer, conoce de esta operación. Considérese afortunado.
"No me consideraba afortunado en nada".
—Usted no solo participó en todas esas cacerías del mal llamado "pelotón de Rahl" sino que tenemos entendido que sobrevivió a un proceso de conversión. Estudiaremos su sangre, quizá algún secreto podamos vislumbrar de todo ello.
—¿Me harán un sujeto de pruebas? —pregunté preocupado.
"No me hacía gracia ser un conejillo de indias de quien sabe que científico loco."
—Relájese, solo serán muestras de sangre. Un pinchazo y listo. Los médicos se encargarán del resto.
Yo guardé silencio. Ponderando las acciones.
—¿Me puedo negar?
—Claro que puede. Pero, como usted entenderá, no

podemos permitirnos que el secreto que guardamos se pueda filtrar al conocimiento público.

"Aquello sonaba amenaza y lo era. Temí, no solo por mi vida, sino por la de los míos. Sabía de las atrocidades que eran capaces estos malnacidos Nazis. Y este grupo sin nombre ni cabeza me atemorizaba. Pensaba haberme librado de ellos y, sin embargo, allí estaba, sentado, recibiendo una oferta que no podía rechazar. Era como aquellos que entran en la mafia y el crimen organizado, una vez dentro no se puede salir sino con los pies por delante".

"Sin otra opción, hube de aceptar".

—Excelente decisión Sub teniente. Excelente decisión —expresó sonriendo el brigadier —desde hoy vuelves a ser Erich Steiner, pero con el rango de Teniente. Al menos para nosotros… Tome, aquí están sus credenciales.

"De nuevo era prisionero de aquella terrible búsqueda. Bajo el mando o supervisión de seres perversos y desconocidos. Por encima de este Von Verschuer tenía que haber alguien poderoso, moviendo los hilos, aplicando recursos. Aquella operación no era normal. Y en ese respecto siempre me quedó la duda, nunca supe quiénes eran las figuras principales en ese entramado místico. Podría decir que Goebbels o Himmler o quizá el propio Hitler, a pesar de que lo negaran. Una oculta cofradía de líderes nazis deseaba la inmortalidad, permanecían tan ocultos como la raza que perseguían".

—El edificio posee tres pisos, el primer piso está ocupado por las oficinas administrativas. Tenemos una para usted, el segundo piso es el laboratorio y el tercero los aposentos. En el sótano están los calabo-

zos, donde tenemos recluidos a Oscar y los sujetos, hay un par de ellos que estamos bastante seguros que son vampiros. No le voy a decir cuáles son nuestros dos candidatos a positivo. Usted, entrevístelos, estudie sus expedientes y discútalo con los doctores —me anunció mientras hacíamos un recorrido por las instalaciones —con suerte serán los mismos y ya podemos desechar toda incertidumbre. Le voy a presentar al personal, subamos al laboratorio.

"Ascendimos entonces por un elevador. No había escaleras, al menos no visibles en el pasillo. Tuvo que ocurrir un ataque para que me revelaran donde se encontraban las escaleras de emergencia, puesto que el pasillo que permitía el acceso a ellos permanecía sellado, bajo llave y la llave solo la tenía el director y el guardia. En el piso dos estaba otro guardia, fue el primero en ser presentado. Era un hombre más bien pequeño, corpulento, de manera irónica, resultó el más amigable de cuantos trabajaban en el edificio. Siempre animado y lleno de energía. Lucía un uniforme un tanto peculiar, camisa parda y pantalones negros, una gorra también parda, una bandolera negra, provista de una pistola parabellum. Un bigote muy a lo Hitler, corto y bien cuidado, le daba un aspecto cómico, más que intimidante. Rondaría entre los cuarenta y cincuenta años. Leía el periódico y jugueteaba con una pajilla en la boca. Me saludó, con una sonrisa bonachona, casi infantil. Antón, era su pseudónimo, pues los nombres reales no abundaban en ese piso. Los doctores llevaban por nombre Feödor, Sigfrido y Sófocles. Hubiera reído si la situación no fuese tan comprometida, nombres extrañísimos, quizás mitología germánica, nórdica o qué se yo. No

existía nada distintivo entre ellos, siempre de blanco, con tapa bocas, guantes, lentes y gorros quirúrgicos. Para saber cuál era cual tenía que leer las insignias en su pecho. Por lo demás eran casi idénticos en tamaño, forma y peso, nunca pude ver sus rostros. Luego estaban dos enfermeros con pinta de carceleros expulsados de un psiquiátrico, Junen y Jonás. Parcos, silenciosos, mantenían un trato respetuoso entre ellos y con todos, excepto con los prisioneros. A quienes trataban muy mal. No había personal de mantenimiento como tal, una enjuta señora de mirada triste y pasos cansados hacía ella sola la limpieza. No tenía nombre, nadie le prestaba mucha atención y ella evitaba la mirada de todos. No sabía si era miedo o respeto. Cuando pregunté por ella, solo me respondieron 'es la criada que limpia, no le preste cuidado'. Me desentendí de la señora, hay ciertos misterios que no deben ser desvelados. No era mi asunto, por la curiosidad murió el gato".

"Luego subimos al tercer piso, me mostraron la habitación que iba a ocupar. La compartiría con Antón, eso me dijo el oficial antes mencionado, el cual llamaré desde ahora 'El Director'. Era una habitación sencilla, con una litera, dos casilleros de color gris, un espejo del tamaño de un hombre, nada más. Me pareció algo exagerado. Los detalles, muebles y comodidades de la habitación habían sido llevados a su mínima expresión. Mi lugar en la litera era el colchón de arriba, Antón, quien iba a ser mi compañero o quizá mi vigilante, gustaba de estar a nivel de piso, por si acaso surgía alguna emergencia, poder moverse rápido. Bajamos. En la oficina que me correspondía, en el primer piso, ya copias de los informes

estaban apilonadas en el escritorio. Por último, visitamos las mazmorras, pues eso eran, no importaba el nombre rimbombante que utilizaran. Oscar, estaba aislado del resto".

—Los dejaré a solas, tendrán mucho que conversar y no quiero ser un estorbo. A Oscar, no le agrado mucho —anunció el director y subió por el ascensor.

"Me senté en el piso. Cerca de la celda, dejando espacio suficiente entre Oscar y yo. Evitando así cualquier sorpresa. Se encontraba a oscuras. Recostado en su camastro. No sabía muy bien qué decir, ni como comenzar una conversación con él. Permanecí en silencio. Y entonces escuché su voz, en alemán, desde las tinieblas".

—Usted está del otro lado de los barrotes, señor Marko. Pero es más prisionero de estos hombres que yo, que irónico es el destino —enunció con una voz rasposa.

No pude hacer otra cosa que asentir. El rio.

—Conocer no es saber. Conoció a Inanna y sin embargo no sabe nada.

—No, no sé nada —acepté—¡Hey! ¿Tú conoces a Inanna?

"No respondió, pero su sonrisa irónica lo dijo todo".

XIII
KATJA Y VIKTOR

Las nupcias fueron pautadas para fechas cercanas. No había motivos para guardar tiempos o realizar un largo noviazgo de compromiso. Sin embargo, ser prestos no quería decir ser desorganizados ni mucho menos ser deslucidos. El jefe de Viktor, insistió en ello, pidió ser el padrino y que dejara todo en sus manos. Era un entusiasta de la costumbre así que la boda sería lo más tradicional posible. Habría comida en abundancia, música, el baile de la novia... Viktor, lo calmó un poco. No habría tantos invitados, solo uno que otro vecino y los compañeros de trabajo.

—No te preocupes por eso, no importa que sean diez o sean cien... Tú relájate, te voy a remitir a mi esposa, ella te ayudará con tu vestimenta y la de tu mujer, lo demás me lo dejas a mí —le dijo con toda la complicidad requerida.

—Novia.

—¿Qué?

—Novia. Aún no es mi esposa. No es mi mujer.

—Viktor, Viktor, Viktor —le dijo mientras le rodeaba con un brazo —, trata de soltarte un poco, estás muy tenso. Ya es tu mujer por promesa, lo demás son formalidades, palabras, párrafos, títulos...

—Señor Mainard, usted y yo sabemos que los títulos son importantes y las formalidades aún más. Trabajamos en eso. No me pida que obvie el asunto.

—Tienes razón — asintió —, disculpa, manos a la obra, hay que formalizar. Y celebrar...

No conocía ese lado bonachón y fiestero del jefe. Era algo nuevo para él. Sonrió, se veía muy gracioso

aquel hombre haciendo movimientos extraños, porque se negaba llamar baile a 'eso' que estaba ejecutando su jefe.

—Así es que se hace. Hay que sonreír, ¡te vas a casar hombre! No es un funeral. Te lo dije voy a remitirte con mi esposa, tiene un buen gusto para la moda, te dejará muy elegante y a tu novia muy hermosa. ¡Ya verás!

La esposa del señor Mainard, era una señora jovial, mediana edad, de nombre Meredith, tan entusiasta como su marido de las costumbres y fiestas, se hizo cargo del vestuario. Le mostró un sin fin de ropas y accesorios, cada cual más vistoso y llamativo que el otro. Había algunos trajes típicos que iban en contra del sentido práctico de Viktor y su haber sobrio y recatado. Terminó por aceptar la confección de un traje negro que iba más con su personalidad, sin contravenir la tradición.

La señora Meredith, frunció el ceño, hubiese querido un traje más colorido. Este muchacho, Viktor, no era húngaro, y no entendía del todo el asunto de las costumbres. Ni modo, igual se vería muy guapo, le agregaría color con los adornos, el sombrero y los accesorios. Al día siguiente de llevar al escueto novio, le tocó el turno a Katja. Todo funcionó distinto, al principio la chica se comportó de una manera distraída. Presentaba alguna incomodidad, estaba apenada, pero de a poco se fue calmando y mostró la emoción que correspondía. Para la señora Mainard, Katja, fue como una linda muñequita viviente, a la cual le cambiaba los vestidos, una ternurita; dócil, sumisa, acataba cada palabra suya como una orden. Ella sí, se dejó conducir, como debía ser. Le escogió

un vestido cuyo color dominante era el blanco, pero como es bien sabido, el vestido de novia debía tener tres colores y que mejores colores que el verde, blanco y el rojo. Los adornos eran de motivos florales. Y el tocado... ¡Ah... el tocado! Hermoso, alto, de flores blancas, lazos rosados. Sí, claro que sí, había realizado un gran trabajo con la novia. La señora Meredith, se dio por satisfecha. Le tomaron las medidas, en unos días estaría listo el vestido. El costo, no importaba, eso se recuperaba en el baile de la novia. No eran muchos los invitados, pero casi todos ellos eran personas acomodadas y generosas.

Katja, como ya se ha expresado, al principio, se sintió muy incómoda. No solo era el asunto de desconocer a esa señora, también estaba la cuestión de salir de día. La señora Meredith, por más bonachona que se mostraba, le intimidaba, y era muy pródiga para tocar aquí y allá. Cosa que, obvio, a Katja no le parecía normal. La normalidad era una cosa tan subjetiva, su caso y el de la señora era un algo dispar. La celebración, la boda y las costumbres. Ella se había habituado a permanecer en casa y las pocas veces que salió lo hizo de noche. Disimulaba lo mejor que podía. El sol, más que una molestia, era una tortura silenciosa. A pesar de cubrirse todo el cuerpo, le hacía daño. Una vez llegaron a la sastrería, bajo techo y sin la influencia solar, se entregó de lleno al gozo y olvidó las penurias. Los vestidos eran hermosos. La señora Meredith tenía buen gusto y un gran conocimiento sobre la moda. Se hallaba como pez en el agua, dirigiendo, coordinando, mandando y azuzando. Katja le obedeció en todo, se dejó guiar; se sintió en buenas manos.

¡Qué cambio! Eso le gustó a la señora Meredith, la novia, antes cohibida y hasta dolida, ahora actuaba entusiasta y alegre. Pasaron casi toda la tarde en el establecimiento, así que, cuando regresaron, el sol ya se ocultaba. Lo que hizo su caminata más amena.

—No te entiendo criatura, yo, con tu figura me descotaría más. En cambio, te envuelves como un gusano de seda, en esa disparatada cantidad de ropa. Se es joven una sola vez, princesa. Vive tu juventud y has gala de tu belleza y que nadie reproche tu origen. Es más importante a donde vamos que de dónde venimos. No olvides eso —le comentó señalando su recargado y desordenado ropaje.

Katja nada dijo. ¿Cómo explicarle algo que ella misma no entendía? No sabía por qué el sol le causaba tanto perjuicio. Era tal la molestia que se mantenía en constante alerta, un extraño instinto le dictaba las maneras, no solo de vestir, sino también de andar, de moverse. Así, sin querer, y como quien no quiere hacerlo, buscaba cobijo en la más diminuta cuota de sombra; edificios, árboles, postes, personas, puentes, nubes, cualquier cosa era un artífice de protección. Anhelaba llegar pronto a casa.

Una de las frases, dichas por la señora le había causado impresión. En ella, hacía mención a su origen gitano. No había forma. Era como si lo tuviese grabado con un hierro candente en la frente. Todos la identificaban de manera inmediata. Ella, por más que se veía en el espejo, no sabía que era "eso" que le hacía ser gitana. No observaba nada de particular en su rostro. ¿Serían los dientes? ¿La nariz? ¿La boca? ¿Los ojos? ¿La piel? ¿El cabello? ¿Todo junto? Preguntas que no tenían respuestas para ella y que

todos parecían conocer. Los únicos que no la veían así era Viktor, su amado Viktor, y Marko. El niño, no tenía prejuicios en su corazón inocente y el papá era un alma noble, sin una pizca de maldad en su ser. Muchas personas se le quedaron viendo, tanto de ida como de regreso. Murmuraban. Algunos le otorgaban miradas, que denotaban desprecio, otros simulaban indiferencia, no era real, algo sentían al verla y de seguro no era nada positivo. Hubo un señor en particular, sentado en un café. Se le quedó mirando por mucho rato. La puso muy incómoda, ella quiso evitar la mirada, pero no resistió y lo miró a los ojos. Por alguna razón ella necesitaba saber que veían en ella, quizá identificar algo en sus miradas. Y cuando las vistas se cruzaron, él, dio muestras de sobresalto e hizo un amago de levantarse y saludar, se contuvo y volvió a sentarse. No le quitó la mirada de encima hasta que hubieron cruzado en una esquina. Algo le pareció familiar en el hombre, era un anciano, con sombrero, lente y bastón. Vestido muy elegante, con un traje gris, parecía adinerado. No lo sabía. ¿Sería algún conocido de su pasado? Por momentos lo pensó. No, no, eso solo pasa en los cuentos de hadas que la huerfanita sufrida es la hija del rey y por lo tanto una princesa o la hija de un millonario y ella, la heredera de un imperio económico. En la vida real no ocurre eso. Seguro era un señor que se llenó de curiosidad al ver a una muchacha envuelta en mil trapos sin orden ni sentido, acompañada de una elegante señora.

Llegaron a casa, Viktor les recibió y cerró la puerta y con ella, el caso del misterioso señor. Se entregó primero a la tertulia, a compartir la experiencia y luego

al descanso. Al rato lo había olvidado por completo. Ella tenía fresca la frase de la señora Meredith: no importa de dónde venimos, sino hacia dónde vamos. Y sentía que iba rumbo a la felicidad.

Sin que ella lo percatase, el misterioso señor la había seguido con sigilo. Observó cuando cruzó por el callejón y allí le perdió. El callejón estaba vacío. Asumió que en uno de esos apartamentos vivía la chica. ¿Cómo saber si era ella? ¿A quién preguntar? Casi podía asegurarlo, pero estaba tan ataviada que le causaba dudas. Esa iba a ser su última noche en Budapest, pensaba ir a Rumania, ahora la situación había cambiado. No podía irse sin saber si aquella chica era la pequeña perdida. La buscó por media Hungría y cuando ya había dejado de buscarla la encontró. Que irónico es el destino.

Se alojó en un hotel en las inmediaciones, más que un hotel era una posada, las comodidades y lujos pasaban a un segundo plano, necesario era estar cerca de ella. Una señora amargada atendía el local, al menos parecía discreta, diligente y austera, era tan egoísta que no le interesaba nada que no fuera sus propios asuntos. Y la discreción era algo que él pagaba con buen gusto. Tomando ese establecimiento como base madre, inició un seguimiento celoso de las idas y venidas de esa casa y ese callejón.

Luego de un par de días, de mirar, escuchar, chismorrear y preguntar, manejó la siguiente información: La chica correspondía al nombre de Katja Kinslenya, huérfana, de origen gitano. Fuera de toda duda, era ella. No salía mucho de casa y las pocas ocasiones lo hacía con una señora muy elegante, con quien la vio la primera vez, esta resultó ser la esposa de un

reconocido Juez, de apellido Mainard, quien se estaba abriendo paso en el mundo de la política. Katja usaba paraguas en sus salidas y se cubría del sol. Le pareció lógico, le inquietó un poco porque eso le indicaba que el nivel de conversión aún no estaba completo. No lo entendía, a estas alturas el proceso debería estar más adelantado. Era evidente que no.
Otra cosa que le perturbó fue el hecho de saber que se hallaba comprometida en matrimonio con el inquilino del apartamento 3A. Un joven abogado bosnio, recién mudado a Budapest, que vivía allí, con ella y un pequeño niño de unos cinco años de edad. Este, trabajaba en las oficinas del ya mencionado Juez Mainard, quien resultaba ser el padrino de la boda. La cual se realizaría pronto, el sábado de esa misma semana. El consenso general del grupo de señoras, vigilantes del buen haber y las buenas costumbres en el callejón, era que la premura del casamiento estaba motivada porque la niña estaba embarazada. "Mire usted" dijo una de ellas "le recogió de la calle y le metió en su casa. Yo no me fío de los hombres. La vio indefensa y se aprovechó de ello". Mientras comentaba eso hacía unas chistosas pero maliciosas muecas con la cara, los ojos y la boca. "Pero al menos tiene la decencia de casarse con ella", justificó otra señora "Claro, si está embarazada, yo la he visto, por mi patio, que es contiguo, no es que yo quisiera ver, fue por pura casualidad, vomitando y actuando raro, como con mareos". A cada aseveración asentían con la cabeza y se turnaban para emitir comentarios. "Y se forra de ropa, eso es para disimular la barriga". "Vamos a ver cómo va a hacer cuando le toque ponerse el vestido de novia, no podrá disimular". "¡Ay!

¡Qué vergüenza!" "Qué podíamos esperar, es una gitana". Otras cosas más dijeron, pero eran de escasa importancia. Quién lo diría, el chisme tenía su lado bueno. Le permitió saber un poco más de su estado fisiológico, de sus intenciones y acciones.

En una de esas tantas observaciones, siguió al joven abogado, como lo había hecho otras veces. Este, ese día, luego de caminar de manera errática durante un rato, no utilizó la ruta habitual hacia la oficina, por fin pareció conseguir el camino que buscaba. Sus pasos cambiaron de ritmo, había decisión y propósito en él. Entró en una tienda, Augustus, ingresó también, sin disimular, no había porque hacerlo, el joven no le conocía en absoluto. Se colocó cerca para monitorear mejor.

—Sí, tuvimos ese instrumento aquí pero ya fue vendido —le contestó uno de los dependientes de la tienda.

—¡Vaya! ¡Qué contrariedad! Justo cuando había reunido el dinero para comprar el violín.

—No se aflija. Ese era usado, reconstruido. Tenemos uno nuevo por acá. Y a un módico precio —le dijo, mostrándole el mencionado instrumento, hermoso y reluciente.

Había dicho "módico precio" la verdad era que sobrepasaba la cantidad de dinero que Viktor había reunido. Con tantos gastos de la boda, fue todo lo que se pudo permitir. No era caro, seguro era un precio justo, dado el acabado y lo bonito del instrumento. No le alcanzaba el dinero. Así de sencilla y brutal era la realidad.

—Es hermoso, no cabe duda, pero duplica la cantidad que tengo.

—Es una lástima, se nota que usted quería comprarlo. Puede usted abonar lo que tenga disponible y así apartar el instrumento, nosotros le damos un recibo y lo retira cuando disponga de la parte restante.
—No, no entiende. Quería dárselo a mi prometida como regalo de bodas este sábado.
El dependiente, asintió con condescendencia y procedió a devolver al violín a su sitio en la exhibición. Entonces, Augustus, conmovido decidió intervenir. Además, la ocasión se presentaba propicia para su interés.
—¡No lo guarde aún! —indicó al dependiente —Joven, si me disculpa el atrevimiento me gustaría ayudarlo en su dilema —esta vez se dirigió a Viktor.
Viktor no dijo nada, solo hizo una mueca de extrañeza.
—Dice usted tener la mitad del costo. ¿Qué le parece si yo aporto la otra mitad? Así podrá regalar el violín a su esposa.
—¡No! ¡Ni hablar! ¡Qué vergüenza con usted! Además, por qué usted querría hacer eso por un desconocido.
—Es cierto, no nos conocemos formalmente, pero eso tiene arreglo. Me presento: Augusto Bernatelli, comerciante, a su orden —le dijo, extendiendo la mano.
—Viktor Jarkovic —respondió, estrechando su mano.
A pesar de lo extraño de la situación, los automatismos se hicieron dueños de sus acciones.
—Listo, ya nos conocemos.
—Eso no soluciona nada. Imagínese. ¿Cómo cree que me sentiría si permito qué un hombre le compré

algo a mi prometida?
—Acéptelo como un regalo de bodas.
—Pero usted no está invitado
—Invíteme.
Se notaba que era un hábil negociante. Cada traba que le colocaba él, la liberaba con una rapidez y facilidad que le abrumaba.
—Es usted muy insistente —le dijo medio divertido.
El dependiente no sabía muy bien qué hacer, dada la naturaleza de la discusión de aquellos dos clientes. Si guardar el violín o mantenerlo en el mostrador.
—Y es usted muy orgulloso. Pero eso está bien, así debe ser un hombre. Vamos a hacer una cosa, le daré dos ideas y usted escoge una.
—Creo que no me va a gustar ninguna.
—Uno, se lo ofrezco como regalo de bodas y usted me invita; dos, se lo ofrezco como préstamo y asisto a la boda para asegurar el pago de la deuda.
—Sabía que no me gustaría. De cualquiera de las dos formas usted asistiría a la boda. ¿Para qué querría ir? Usted no nos conoce.
—Mire, pasa lo siguiente. Yo, me hospedo en la posada donde ustedes van a realizar la unión —le reveló.
Viktor, se quedó mudo de la impresión.
—Lo sé por dos cosas, conozco al Juez Mainard, hace un tiempo me ayudó con un problema personal, le estoy muy agradecido, aunque quizá él, no me recuerde, tiene tantos clientes… —mintió —observé cuando él negoció con la dueña el alquiler del salón. No se asuste, no soy ningún acosador. Solo estaba yo, tomando mi desayuno, cuando eso ocurrió. Él no me vio, estaba muy concentrado en la negocia-

ción. Usted, trabaja con él, creo… y él es el padrino...
Viktor asintió sin poder emitir palabra.
—Resulta que la señora Mariska, pidió a los inquilinos desocupar las habitaciones para el sábado o que permaneciéramos en nuestros cuartos, si decidíamos quedarnos, porque habría una boda en el salón principal. Advirtiéndonos que habría ruido, música y baile. Si alguien decidía quedarse, debía ser discreto y soportar todo aquello, si es que llegase a causarle molestias el alboroto. Es una señora con algo de mal genio, pero es seria y organizada. Yo no quiero cambiar de aposento, tampoco deseo quedarme encerrado en mi cuarto mientras abajo hay baile, fiesta y comida. Me gustan las bodas y la alegría siempre es bienvenida.
Viktor siguió sin decir nada.
—Entonces, yo lo ayudo, usted me invita, su prometida estará feliz, todos ganamos. No creo en las casualidades. Nos encontramos aquí por una razón. El destino así lo quiso. Y si se siente muy mal con ello, me devuelve el dinero cuando pueda, yo le firmo un pagaré o el documento que usted bien le parezca oportuno redactar.
—No lo sé, no creo que sea correcto y además me pone nervioso que usted sepa tanto. Y si alguien tendría que firmar un pagaré sería yo. Muy agradecido de su gesto, pero debo declinar —le dijo.
—¿Seguro?
—Sí, estoy seguro.
—Está bien amigo. Me disculpo por el atrevimiento. No fue mi intención hacerlo sentir incómodo.
—No se preocupe. De todas maneras, le voy a extender la invitación. Si promete portarse bien.

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Qué amable! ¡Lo prometo! ¡Lo prometo! —exclamó, dando muestras de agradecimiento.
Augustus sonrió. Había conseguido su objetivo principal. Asistir a la boda y estar cerca de Katja. Estrecharon las manos y se retiraron.
—¿Y qué va a suceder con el violín? —le preguntó.
—Nada. Lo compraré luego. Cuando este más holgada mi economía —respondió con tristeza.
—Es una lástima. Entiendo sus razones. Es usted un hombre recto. La chica es afortunada.
Lo dijo de corazón. Se notaba a leguas que era un hombre bueno, decente. En otras circunstancias hubiese estado muy feliz de la unión. Y en parte era así, solo que no podía dejar de preocuparse. Salieron de la tienda, se despidieron. Tomaron rumbos distintos. Augustus guardó la tarjeta de invitación, no sin antes observar la tipografía con melancolía. Quién lo diría, la pequeña Katja, se iba a casar, no hacía ni dos meses desde que la salvó. ¿Qué había pasado? ¿Cómo había ocurrido todo eso? Huyó de la montaña, sola, descalza, con cuatro galletas, sin dinero y sin memoria. Ahora estaba en una insospechada etapa, un increíble desenlace a esa desconocida aventura. Tenía sentimientos encontrados, era bueno que hallara algo de felicidad, pero temía por ella, por las personas cercanas y por el secreto que guardaba en su sangre. Era muy joven e inocente aún, en todos los sentidos, como niña, como mujer, como la humana normal que ya no era. Necesitaba hablar con ella, guiarla, darle recomendaciones, evaluar la situación. Se debatía entre dejar que le reclamase a la vida una cuota de felicidad o salvarle de la conclu-

sión dolorosa e inevitable, del amor, del anhelo de una vida normal. Amar siempre conlleva riesgos, es cierto, para ella el amor no era una inversión si no la inmersión en un profundo y oscuro mar, tarde o temprano moriría sofocado. Amar sin esperanzas es duro, pero entregarse al amor sin saber que no hay esperanza es peor.

Katja se hallaba abrumada por las emociones. La señora Meredith ahora le resultaba simpática. Nunca la trató con cariño, es verdad, era mandona y controladora, su falta de cordialidad lo compensaba con elegancia y ecuanimidad. Todas las personas identificaban ese "no sé qué" que le hacía ser una gitana. La señora Meredith lo notó también, pero más allá de un comentario inocuo, nunca le trató distinto. Eso le había gustado, además se esmeró en la elección del vestido y se hizo cargo de un sin fin de detalles que ella no hubiese podido por sí sola. En principio por saber muy poco acerca de todo. En definitiva, no era una amiga amorosa, era como una madre estricta, fuerte y áspera; una matriarca con todas las mayúsculas. Por si fuera poco, tenía un ritmo endemoniado para hacer las cosas y el pensamiento ni se diga. Hilvanaba una idea tras otra, no daba respiro ni cuartel, se movía de aquí para allá, de allá para acá, como una bailarina, siempre llena de energía. Era feliz amante del té y enemiga acérrima del café. A pesar de su edad no parecía cansarse, ella, siendo más joven se hallaba agotada de esa semana tan fuerte y la señora: fresca como una lechuga. Le había dado ese día libre, para que descansara mientras ella continuaría, necesitaba afinar detalles según sus propias palabras. La señora Verdi, cuidaba de Marko, como lo había hecho toda esa semana, muy colabo-

radora, en apariencia, pero a Katja no le gustaba del todo eso. Le hacía falta su niño, ese día en vez de sentirse descansada se sentía sola. En aquel apartamento vacío y sin el ruido, los gritos y la risa del pequeño. No era su hijo, está bien, lo aceptaba, pero ella lo quería, punto. Y entonces los pensamientos hallaron espacio en el silencio, los detalles se convirtieron en sospechas y luego en angustias.

Ya para entonces era jueves, faltaban dos días para la ceremonia, boda y fiesta. Viktor y ella hubieran querido algo más sencillo e íntimo, sin embargo, su jefe insistió en celebrar de la forma tradicional. Los húngaros eran apasionados de las fiestas y el colorido. Lo que ella no se imaginaba ni tenía conciencia de ello, era que su pueblo original, el pueblo romaní, eran tan o más fiestero que el húngaro. Y ni hablar de colores, extravagancias y raras costumbres.

Para las señoras del callejón, que antes no conocía en absoluto y ahora en la ocasión del evento social hubo de conocer, era ella el centro de sus comidillas, se expresaban de forma negativa acerca de los gitanos. Katja, sospechaba que la señora Verdi era la velada directora de esa orquesta, por eso también se resentía de su ayuda. Quién sabe si, con la excusa de cuidarlo, interrogaba al pobre Marquito. Eso le enervaba y causaba rabia, que no odio. Se limpió la lágrima traicionera que corría desbandada por sus mejillas. La rabia no es una cosa que necesite ser llorada.

Katja intentó, por recomendación de la señora Meredith, de no prestar atención a sus mal habidos rumores. Sin embargo, no lo lograba del todo, hubo uno en concreto que le afectó mucho y no pudo evitar darle cabida en sus pensamientos diarios. Era el

chisme u opinión acerca de lo rápido del casamiento. Según, una de las varias versiones, ella estaba embarazada y eso explicaba el asunto de la premura. Era un rumor malsano, ella y Viktor no habían dormido juntos. Él la respetaba, era un hombre honorable. ¡Qué maldad se ocultaba tras el ocio y aburrimiento! Le había agitado, sí señor. ¡Vaya que sí! Existía un detalle, que ignoraban las viejas entrometidas, un detalle que ella misma no había tomado en cuenta hasta ese momento y que si lo hizo, lo hizo motivada por ese comentario. De allí que le perturbara tanto. En los dos meses de la vida que podía recordar no había tenido menstruación. Eso le aterraba. Según le había comentado el señor que la rescató, los perpetradores del ataque a la caravana, violaron a las mujeres, pero a ella no. ¿Y si ese señor se equivocaba? ¿Si alguno de esos salvajes había abusado de ella? No recordaba, no recordaba nada más allá de despertar en una cueva.

Examinó con cuidado su cuerpo, fue inútil. ¿Que buscar? ¿Cuál sería el indicio de un embarazo? Preguntar a alguna de esas viejas no era una opción. Era darle más incentivo para seguir sus chismorreos. Además de que les tenía miedo, le intimidaba esas miradas maliciosas y malvadas. Decidió no seguir tocando la zona, sintió unos cosquilleos cuando lo hizo, le tomó por sorpresa, se estremeció, se detuvo. Sintió miedo, no fuese a romper algo que no debía romperse.

Quería presentarse intacta ante su amado Viktor. Podía soportar el desprecio del mundo entero, pero no el de él. De solo pensarlo se puso a llorar de nuevo. ¿Y si ella no fuese pura? Era una horrible sensación. Condenadas viejas, con ese comentario le habían bajado de aquella nube de felicidad, en la que había flo-

tado todos estos días. Sentía ansiedad, y desasosiego. Y ya fuese por aquello o por otras razones, tenía mareos recurrentes, náuseas, vomitó un par de veces, le costaba respirar en ocasiones.

Notó cambios en su piel, juraría que ahora era más blanca que antes. También estaba el asunto del sol. ¿Por qué el sol le molestaba tanto? ¿Qué tenía que ver el sol con un embarazo? ¿Realmente estaba embarazada? Sí era así, resultaba horrible de pensar. No sería hijo de Viktor, su amado, sino el abusivo fruto de uno de los asesinos de su familia y amigos.

Y entre esos sombríos pensamientos se hallaba una verdad oculta, agazapada, que ella, no consideraba por la simple razón de haber olvidado aquella revelación hecha por Augustus. Todos esos cambios eran estados tardíos de su proceso de conversión. No había quien la guiara a través de esa crisis. Fatigada, se desmayó en el medio de la sala, muy cerca de la puerta principal.

Viktor llegó del trabajo en la tarde. Lo primero que notó al entrar fue a Katja, desvanecida. Sobresaltado se acercó hasta ella. La levantó, llevándola hasta un mueble, sintió que sus brazos le rodeaban. Buena señal, su respiración era fuerte, muy fuerte, estaba caliente. Tenía fiebre, con toda seguridad. Ella comenzó a murmurar algo, no le entendió, era un idioma desconocido. Algún dialecto romaní, supuso.

Quiso recostarla en el mueble, ella no se soltaba de su cuello. Se había asido con fuerza, él no quiso forzar la acción, temía hacerle daño. Se sentó, ella le apretó aún más y comenzó a besarlo en el cuello. Todavía tenía los ojos cerrados y seguía murmurando. Él se asustó un poco, se dominó, no quería ac-

tuar de forma precipitada. De improviso los besos ya no eran besos si no pequeños mordiscos, suaves al principio, pero su intensidad fue subiendo. Más que morder era como un roer, le rasguñaba con los dientes la piel. Aquello era extraño y sin poder contenerse, cuando le mordió más fuerte gritó.

Ella despertó, con los ojos abiertos de par en par, tan o más sorprendida que él. Tenía un poco de sangre en sus labios. Apenas unas minúsculas gotas.

—¡Viktor! —exclamó ella al tiempo que le examinaba el cuello.

Había rasgado la piel de manera superficial. No era nada de qué preocupar. Sin embargo, ella se sintió muy mal por haberle causado esas laceraciones.

—No es nada mi amor, son solo unos rasguños —le comentó él, con tono tranquilizador.

Ella, sin percatarse, se relamió los labios. Ya no había rastros de sangre en ellos. Se levantó, con energía y decisión, buscó agua para limpiar la zona herida. Él, estupefacto, no alcanzó a moverse. Ella regresó rápido. Y mientras limpiaba su cuello, él le tocó la frente, ya no tenía fiebre. ¿Qué había ocurrido? Apenas unos segundos atrás estaba desvanecida y prendida en fiebre, ahora estaba activa, sana y reanimada. Ella lo atendía y él era el paciente. Aquello le resultaba confuso, pensó que era mejor así. Prefería el misterio de su recuperación a la incertidumbre que le causó verla tirada en el piso. Sin embargo, hubo de preguntar. Uno no se desmaya así porque sí. Alguna razón había para todo aquello.

—Katja. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué te desmayaste?

—Yo... no lo sé. No recuerdo.

—¡Katja! —exclamó en un tono de complicidad.

—Es la verdad, no recuerdo —le dijo.
—¿Ocurre algo? ¿Estás cansada? Esto de la boda tradicional agota mis energías. Asumo que a ti también. ¿Has sufrido de fiebre, mareo, malestares?
Ella no respondió. Simuló tranquilidad, sin lograrlo del todo.
—Vamos, dime. En dos días seremos marido y mujer, no debe haber secretos entre nosotros.
Ella suspiró. Tomando fuerzas del aire, de la brumosa voluntad, del amor, de lo que fuera que fuese la vida.
—Fiebre no, mareos sí.
—¿Qué otra cosa?
—No lo sé, una extraña sensación de agotamiento, náuseas.
—Claro, no te preocupes por el agotamiento, puede ser solo eso. Cansancio. El mareo y las náuseas si me preocupan un poco. Y más me preocupa es que algo te inquieta, pero no lo dices. ¿Qué es? ¿Tienes dudas de casarte conmigo? ¿Te arrepientes? ¿Piensas que es todo demasiado apresurado?
—No, no, no. Bueno sí. O sea, no tengo dudas de casarme contigo, no me arrepiento de aceptar y sí, todo esto ha sido demasiado apresurado. Tengo miedo Viktor, tengo mucho miedo.
—¿Miedo de qué?
—Que no funcione, de mi desconocido pasado, de no ser suficiente para ti, de no ser pura...
Lo había dicho.
—No te preocupes por tu pasado. ¿Qué importancia podría tener ahora mismo?
—Mucha. ¿Y si yo de verdad, como dicen, era una bruja? Pude haber matado a alguien y no lo recuerdo.
—Kinslenya. No hagas caso de los chismes y rumo-

res. Tú no eres nada de eso, ni lo fuiste. Y además al único hombre que has matado, pero de ternura, es a mí. ¿Y qué es eso de no ser pura?

—Pues que en mi pasado pude haber estado con un hombre o, si hacemos caso de lo que dijo el señor de la montaña, pude haber sido violada por uno o varios de los malhechores. Eso no lo sé, no lo recuerdo. Violaron a todas las mujeres. ¿Por qué a mí no?

Él no dijo nada, recordó haber leído en un tabloide sobre una masacre hacía unos meses atrás. Era una revista de corte amarillista, en el momento no le otorgó mucha credibilidad al artículo. Ahora que Katja lo nombraba llegaron a su memoria algunos detalles, muchos de ellos escabrosos, entre ellos, que todas las mujeres habían sido violadas y no se registraron supervivientes. Una idea se iluminó en su mente. Si investigaba el caso podría dar con el origen de Katja, ya que parecía ser el mismo incidente. Quizá era posible encontrar algún familiar, conocido o amigo. De ser así, sería esclarecedor y Katja pudiera estar más tranquila al saber de su origen. Era complicado, la naturaleza nómada de su pueblo lo hacía difícil de rastrear. Por ella, lo intentaría, al menos

—Entonces eso es lo que te angustia —le dijo.

—Sí, eso. No he tenido menstruación, pero si mareos, náuseas, vómitos, agotamiento. Me aterra pensar que puedo estar embarazada de los asesinos de mi familia.

—Podría traer a un doctor para que te examine —le propuso, luego de cavilar un poco.

—¿Qué? No, no, no. Me daría vergüenza, además no quiero que otro hombre me toque excepto tú. Deseo ser tuya, sin manchas de otros dedos, otras

manos y otros pensamientos que no sean los tuyos.
Le dijo eso y lo besó, con una pasión tal que rayaba en el desespero. Era como si quisiera arrancarle a la muerte una víctima del tiempo y de la vida. Él correspondió con la misma intensidad, apenas ejerciendo algún control sobre sus instintos.
—Hazme tu mujer esta noche. Quiero que tus besos y abrazos desalojen el miedo que ha invadido mi corazón.
—¡Katja! No es correcto, podríamos esperar dos días, en dos días, ante la ley de los hombres y dios: seremos marido y mujer.
—No me hables de leyes, de dios y de los hombres. Dime que me amas y que soy tuya, como tu mío y que no sean solo palabras, que los hechos precedan a la felicidad y ahuyenten las angustias. Te lo ruego, no me dejes ir a la cama sola, sin saber lo que es el amor, sin saber si soy pura o no para ti. Ya luego si quieres, me rechazas y rompes el compromiso. Yo entenderé, estaré devastada, pero entenderé. ¡Te lo ruego! ¡Te lo ruego! ¡Te lo ruego! No me abandones con mis pensamientos pues estos serán sombríos y llenos de angustias si no me protegen tus ojos, tus brazos y tus caricias.
Lo besó. Él reciprocó, como era debido, sin embargo, logró recuperar algo de control y ella, por su parte, se fue calmando. La pasión se disipó poco a poco. Las necesidades fueron mutando, el desespero de no saber, dio paso a la esperanza de una promesa y esta continuó avanzando hasta convertirse en una certeza, la confirmación en el abrazo del amor que le profesaba. Y eso bastaba.
—Disculpa —le dijo ella, una vez que también se calmó.

Le miraba directo a los ojos. No había rastros de angustia, notó sus ojos sosegados y más hermosos que nunca.
—No hay nada que disculpar. No te preocupes.
—En el fondo, soy solo una niña asustada aspirando a ser mujer. Un ser incompleto buscando ser completado, rellenando mis vacíos y desconocimientos contigo y Marko.
—No eres una niña, ya no más, pronto serás, por ley y por amor, dueña de esta casa, ama de este hogar, madre de un niño y de los que vengan después, esposa amorosa de un hombre que te quiere. Y si hablamos de vacíos y desconocimientos, tú llenas los míos y los de Marko. Así que estamos igual. Y no solo eso, sino que tomados de la mano enfrentaremos esos miedos juntos y los venceremos. Eres más fuerte de lo que crees.
—¿Fuerte? ¿Yo? Si estoy temblando.
—Es natural, yo también estoy temblando. El fuego de la chimenea se apagó.
Y era verdad. Estaba apagado y el frío del invierno se apoderaba de la casa. Aquello le causó gracia.
—Me he descuidado. Valiente proyecto de esposa soy. Busca a Marko, voy a hacer la cena —le dijo al tiempo que se levantaba.
Él también sonrió. A pesar de sus quejas se comportaba como una esposa. Sí, ella haría un buen trabajo, no se habían casado y ya estaba mandando, dirigiendo y llevando las riendas del hogar. Así ella no lo percatara. Buscó al niño, cenaron y observó cómo, a la hora de dormir, ella subía, cojines y cobijas en mano, en dirección de la habitación principal.
—¿Y eso? —le preguntó.

—Almohadas —le respondió —y mantas.
—Eso puedo ver.
—¿Vienes?
Ella se enrumbó a la habitación principal. Él, con el niño dormido en brazos, subió tras ella, sonriendo. Y así pasaron su primera noche juntos, los tres. Sí, fue divertido, estimulante, grato y muy bueno de experimentar, colocaron al niño en el medio, como una barricada y una vez marcada la frontera, la paz se propagó y fue bienvenida. Katja dejó de tener pensamientos sombríos, se entregó al descanso. Y así también durmieron en la noche siguiente. Hasta que el sol marcó el inicio del esperado día, el evento, la Boda de Katja y Viktor.
La señora Mariska, afinaba los detalles, pronto llegarían a su posada, convertida ahora en un salón de eventos, el Juez, los novios y los invitados, si todo salía bien podría significar la apertura a una diversificación de su local. Le gustó la idea desde el principio. Aún y cuando no sabía si estaba preparada para afrontar el asunto. Se arriesgó. Y no se arrepentía.
Entre tantas cosas reflexionó, era un poco raro, con tanta premura y quehaceres no había sabido nada de la novia. El Juez Mainard, le había presentado al novio, pero de la futura esposa nada sabía. No era algo que le hubiese inquietado mientras duró la preparación, pero una vez que ya había arribado el gran día, la curiosidad se hacía presente. ¿Quién sería la misteriosa novia? Por momentos se preguntó "¿será que no presté atención o me lo ocultaron hábilmente?" No tenía respuesta para ello. ¡Bah! No importaba, en pocos momentos conocería a la susodicha. Seguro, no sería nadie en exceso interesante. La vería llegar,

no reconocería su rostro y ya, saciada la curiosidad podía volver a sus asuntos.
Había contratado un par de chicas para que le ayudaran con la cocina y demás labores, pero que poco diligentes le resultaron. Un par de atolondradas, eso eran. Tropezaban con su propia sombra. Ante la situación echó de menos a Katja, más allá de cualquier consideración, la gitana, era excelente en la cocina, igual que para muchas otras cosas, además siempre fue sumisa y obediente. En cambio, estas niñas malcriadas, contestaban de mala manera a cada rato, para todo tenían un "pero" Y hacían las cosas a regañadientes y las hacían mal para colmo. Sumisión, respeto y obediencia no estaban en su vocabulario. Se tuvo que conformar, por utilizar una frase amable, con la insuficiente ayuda de aquel dueto del desastre.
Sí, para su infortunio, echaba de menos a Katja Kinslenya. ¿Por qué la había echado? Sí, sí, ya recordaba. El incidente con la vieja loca, los disparos, el robo, la mancha de sangre en el piso. ¡El tapete! ¡Su adorado tapete! No lo usaba nunca y yació olvidado en el almacén por muchos años, no era que realmente lo adorara, igual le causaba mucho coraje haber tenido que deshacerse de un artículo valioso (de nuevo, carecía de valor monetario o sentimental) por la mancha y el desagradable olor que despedía. No deseaba rastros de brujería en su establecimiento ni mucho menos esa peste. Así no creyera en esas cosas, entre lavarlo o desecharlo, optó por lo segundo.
Emprendió una última revisión. Optimizó, hizo algunas observaciones, corrigió aquí, un poco allá. Miró la hora. En unos minutos comenzaría la ceremonia. Sí, allí estaban. Entró el juez, con su encan-

tadora esposa, luego un invitado, luego el otro y el otro. Todos ataviados de la misma forma.
Al fin llegó el novio, ya lo había conocido antes y en aquella ocasión le pareció algo gris, pero verlo arreglado de esa manera, era diferente. Qué guapo se veía. Lo miró de arriba a abajo, lucía unas botas negras, de corte militar, bien lustradas, largas, elegantes y masculinas. Le cubrían la pierna hasta la rodilla. El pantalón negro era ajustado en algunas partes, arruchado, abombado, en otras. El gabán era negro también, abombado, largo, con cola; en otra ocasión se hubiera quejado de ese color oscuro tan profusamente usado, pero en aquel hombre se veía bello, hermoso y un largo etcétera.
Una guirnalda roja, prendada del lado izquierdo de su pecho, llena de adornos floreados y un centro blanco, añadía color. Sí, era un complemento perfecto, para equilibrar la opacidad del negro. Debajo, usaba un chaleco negro (en serio... ¿No había otro color?) Camisa blanca y para no desentonar un sombrero, como no podría ser de otra manera, negro, con una cinta roja, floreada, con los mismos estampados y colores de la guirnalda. Usaba unos finos guantes blancos. Había que reconocer que se veía elegante y apuesto. Sí la novia no llegaba, ella podía hacer el sacrificio de casarse con él. ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué pensamiento tan ocurrente! Ella nunca se quiso casar de joven y ahora se le ocurría eso. ¿Y por qué no se casó? Por falta de pretendientes no fue... Sventz, él fue el motivo. Ella rechazó a todos y él la traicionó casándose con otra. Malagradecido...
"¡Llegó la novia! ¡Llego la novia!" le llamó la atención una de las chicas. "Esa podría haber sido yo,

con Sventz" pensó. Sin embargo, no pudo seguir hilvanando esos pensamientos, cuando vio a la novia su mente se paralizó. ¡No podía ser cierto! Sus ojos le engañaban. Era Katja, la chica gitana, la criada, la sospechosa de brujería que había corrido con brutalidad de su posada. Poco o nada quedaba de aquella mocosa, triste, mal vestida y desgreñada. Una joven altiva (parecía más alta, seguro utilizaba zapatillas de tacón grueso) ingresaba al salón, de manos del padrino, quien había salido a recibirla y ayudarla a bajar del carruaje. ¡Madre santa! Si hasta un carruaje blanco habían alquilado. Aquello era algo que iba más allá de su imaginación. Elegante, bella y sonriente.

El tocado contribuía a que su estatura pareciese mayor. Lleno de adornos plateados, pequeñas flores blancas, miles de ellas, una sutil cinta rosada, perlitas y bisutería. Semejaba una corona cuya luz era inmaculada. No llevaba velo en el frente, pero sí en la parte trasera, que más que un velo era una larga cola tejida con más flores blancas. Su cabello estaba recogido, destacando el rostro bien maquillado, su nariz respingona, sus ojos más grandes que nunca, los labios de rojo pasión y sus mejillas rosaditas. Utilizaba unos bellos zarcillos, eran dos anillos dorados que en aquellas orejitas puntiagudas parecían medias lunas de oro.

Entendía muy bien porque prescindieron del velo, una felicidad y una belleza tan absoluta no debía esconderse detrás de una tela. Que buen gusto. La piel de Katja, le pareció más blanca, lo cual encajaba perfecto con el arreglo. Una gargantilla, del mismo color que la cinta, rodeaba su cuello. Estaba elaborada de cuerdas entrelazadas y pudo observar más elementos

plateados, pequeñas cuentas o quizá lunas. Se distinguía poco con los destellos que emanaba, cuando la luz incidía en ellos y otro tanto por la distancia en que se hallaba.
El vestido. ¡Ah, el vestido! Blanco, cruzado, con los adornos florales correspondientes, sus tres colores. Se abombaba en los hombros, con la tela arruchada, llena de encajes y detalles. Era largo, le cubría los pies, pero eso no impidió ver las zapatillas. Cuando bajó del carruaje, los pajecillos le ayudaron, levantando un poco la falda para facilitar el proceso. Sí, eran de tacón alto. Estaban trenzadas hasta un poco más arriba del tobillo, las cintas eran blancas, con líneas rojas, lentejuelas y vidrios en forma de diamantes. Ella portaba un ramo de lirios, margaritas y rosas blancas. Si el novio rebosaba de negro, ella lo hacía de blanco. Acompañaba aquel níveo esplendor con cintas rosadas; el rojo y el verde de los ornamentos. Todo aquello realzaba la figura de aquella dama. Pues eso era ella ahora, una dama, el centro de atención de todos; ya no era la huerfanita desprotegida, la criada adoptada, era su clienta, su ama, le debía respeto y servicio.
Katja, al entrar, lo primero que observó fue a Viktor. Parado, esperándola, con una sonrisa nerviosa. Elegante, bello y gallardo. Con su traje negro, el sombrero, la guirnalda, la cinta roja. Era un sueño, aquel hombre estaba prometido a ella. Notó los maravillosos arreglos del salón, al menos de forma general, existían demasiados detalles para percibirlos todos a la vez. Los invitados: unas veinte personas, de las cuales apenas si conocía a la madrina y al padrino, el resto eran rostros desconocidos vestidos de

la misma forma, las mujeres lucían un vestido negro con una especie de delantal blanco, una cinta roja le rodeaba la cintura a modo de cinturón, con una gargantilla del mismo color, el cabello recogido algunas, con una cinta verde y otras con un gorro negro con los ya obligados adornos en rojo, blanco y verde. Las mangas de las blusas eran abombadas, y estaban confeccionadas de tal manera que parecía el fuelle de un acordeón. Las faldas no eran muy largas, un poco por debajo de las rodillas y zapatos negros.

Los hombres usaban los mismos colores, pantalones negros, muy ceñidos, camisas blancas con el mismo modelo de manga tipo acordeón, una cinta roja que servía de soporte para un bastón de madera pulida, parecían espadas, a lo lejos, pero no, eran solo ornamentos. Sombreros negros con un penacho rojo, blanco y verde. Lucían poblados mostachos algunos y otros simplemente un rostro bien afeitado. Sin embargo, en una de las mesas, estaba un señor mayor, sentado allí, vestido de traje gris, nada estrafalario; solo, sobrio y elegante, le pareció familiar, no supo por qué, quizá porque no estaba vestido como los otros o por su cara de abuelito consentido.

Tampoco tuvo tiempo para reflexionar mucho sobre ello, el señor Mainard, la condujo hasta el improvisado estrado, entregándola a su prometido. Este la besó con amor, tomándola de la mano. Hubo una exclamación general de júbilo, aplausos y uno que otro: ¡Vivan los novios! Dieron, entonces, inicio a la ceremonia civil. Una vez entregado a la novia, el padrino cesó por momentos sus funciones como tal y asumió el correspondiente cargo de juez. Se hicieron las preguntas correspondientes, firmaron los testi-

gos, el matrimonio estaba consumado. Entre vítores, exclamaciones y felicitaciones se besaron de nuevo, sellando su destino.

La señora Meredith, los condujo hasta un grupo de invitados que quería felicitarlos. Katja, estrechó sus manos, sonrió, pero nada dijo al ellos felicitarla. Solo agradeció asintiendo con la cabeza. Detrás de uno esos grupos, estaba la señora Mariska.

No le habían avisado sino a última hora que el salón alquilado era la posada y restaurante de la mencionada señora. Quería hablar eso con Viktor, había sido una ocurrencia de él, entre una y otra cosa no encontró tiempo para hacerlo. Al principio no sabía que sentir, cuál era el comportamiento apropiado, la última vez que le había visto fue el día en que la corrió de allí. Sin embargo, ahora que la veía, aplaudiendo y sollozando como una niña emocionada, pensó que era algo digno de ver, si tomamos en cuenta que su actitud habitual era austera y parca, amargada, dirían unos. Aquello le conmovió y Katja decidió enterrar cualquier miedo o reclamo, su corazón solo sabía de amor y felicidad en ese momento, por más que se permitiera algunos instantes de confusión y duda. Quiso excusarse para hablar con ella, pero se vio arrastrada a un grupo de invitados y luego a otro, otro, así, sucesivamente, hasta que llegó el momento de partir a la iglesia.

Subieron al carruaje e hicieron el tradicional paseo de los novios. Los invitados le siguieron a pie, la iglesia no quedaba lejos. Para poder casarse por la iglesia católica, el señor Mainard, hizo buen uso de sus amistades, todos parecían deberle un favor. Tanto Viktor como ella, no eran cristianos católicos, el profesaba

la fe cristiana ortodoxa y ella, no profesaba ninguna. Sin embargo, fue hermosa la ceremonia, sencilla pero hermosa. Entraron con los anillos colocados en la mano izquierda y salieron con los anillos en la mano derecha. Los compromisos estaban sellados.

Regresaron al salón. Ya la diligente y emocionada señora Mariska, había retirado los muebles para que tuviera lugar el baile del dinero o baile de la novia. Pero antes: los regalos. Los invitados fueron colocando en una mesa sus presentes, la mayoría dio como obsequio dinero, era algo práctico y sencillo, pero hubo quien colocó un juego de vajillas, un cuadro pintado por un artista local, poco reconocido, y un pequeño elefante de porcelana de dudosa utilidad. Sin embargo, los regalos más importantes eran los que intercambiarían los novios, ahora esposos.

Viktor se preparaba para tal acción cuando fue interceptado por aquel señor mayor que conoció en la tienda de música. Este, lo miró fijo a los ojos y antes de que pudiera realizar cualquier acción, intercambió la tradicional bolsa de dinero, que llevaba entre sus manos, por una caja rectangular, adornada en exceso. Le empujó después, con muy poca discreción, ayudado por el señor Mainard, quien, desde luego, era cómplice de la acción, dando casi de lleno con Katja. Ella le entregó uno por uno los siete pañuelos de la suerte, que, con amabilidad, le había proporcionado la señora Meredith.

Viktor se quedó paralizado, recibiendo el presente de su esposa, esperando su turno y sin saber el contenido de la caja. Sin otra opción, colocó en sus manos el paquete, encomendándose a Dios, esperando con todo su corazón que la travesura de aquel des-

conocido y Mainard fuese algo meritorio. Y así fue. Cuando ella abrió el regalo emitió un pequeño grito, la apertura de su boca solo se equiparaba con la de sus ojos. Se abalanzó sobre Viktor y lo besó con pasión mientras repetía: "¡gracias amor mío! ¡Gracias! ¡Gracias por todo!" Él, estupefacto, no alcanzó a decir nada. Ella saltaba de felicidad mientras deshacía el envoltorio con frenesí. Exultada de bienestar extrajo el objeto, develando el misterio y el porqué de su alegría. Se lo cargó al hombro y comenzó a tocar una sonata alegre, mientras bailaba y brincaba, trazando un círculo en la sala. Todos aplaudieron y disfrutaron de la melodía hasta que ella volvió a los brazos de su amado esposo. Quién ya recuperado de la sorpresa buscó con la mirada al anciano, no recordaba su nombre, hasta que lo halló al lado de su jefe, padrino y travieso diablillo.

La señora Meredith le hizo una seña a Katja, esta guardó el violín en la caja, encargando de ello a su esposo, se quitó los zapatos, colocándolos en medio de la sala. La música se hizo presente y los invitados masculinos bailaron uno a uno con la novia y una vez terminaban su turno, depositaban dinero en las zapatillas. Al fin le tocó el turno al anciano del traje gris. Allí, frente a frente, muy cerca de su rostro, ella, por fin recordó quien era aquel hombre y porqué le parecía conocido. Su voz terminó por desbloquear el recuerdo. Estaba fuera de toda duda. Era Augustus, el vampiro de la montaña, su salvador, su secuestrador, según se vea; el ente de quien huyó presa del terror más absoluto. Él le sonreía con cariño y amabilidad, lo cual le causó más pavor.

—Hola Katja. Al fin te he encontrado

XIV
EL RELATO DE MARKO
FOLIO V

"Examinando los expedientes y las pruebas realizadas a los sospechosos de vampirismo, me enteré de algunas particularidades científicas del asunto. Las muestras de sangre de Oscar revelaron que los glóbulos rojos son de gran tamaño en los vampiros, los cuales fueron identificados como macrocitos, lo cual les permitía transportar el doble de oxígeno, alimento, hormonas y otras sustancias, pero esa misma característica generaba un desgaste extra en la célula. La membrana citoplasmática presentaba irregularidades, era más delgada y oval. La fragilidad, sumada a la sobrecarga de trabajo, producía una oxidación en las capas externas, dejando expuestas las capas internas de la misma, necesarias para la preservación de la célula. Para sustituir los glóbulos rojos que se pierden en el proceso, un vampiro debe renovar la sangre cada cierto tiempo. Es necesario para su subsistencia. Aunque el vampiro fabrica sus propios glóbulos rojos estos mueren más rápido de lo que pueden ser substituidos."

"Se detectó abundancia de glóbulos blancos y anti cuerpos, casi el doble de un ser humano. Otro misterio lo representaba las plaquetas, su conteo no variaba mucho; es decir: se podría considerar su cantidad, constitución celular y características como normales. No se entendía la capacidad regenerativa de los vampiros".

"Los estudios sugerían, aunque no hubo forma de

comprobarlo, que las condiciones metabólicas intrínsecas de los vampiros, hacían que los procesos de fermentación láctica, inherentes a la obtención de energía de los glóbulos rojos, actuaran como un activador en los procesos de conservación de los tejidos. Es decir, el ácido láctico derivado del proceso actuaba como catalizador".

"Resultaba todo un enigma para los doctores y científicos del laboratorio, no era lógico que eso pasara, todo lo contrario, el ácido láctico es, por norma general, procesado por el hígado, catabolizado y excretado. Y si para ellos aquello resultaba enigmático, lo era más para mí que no tenía conocimientos profundos sobre el tema y lo poco que sé ahora, es de tanto leer informes, reportes y de los experimentos realizados por aquellos desconocidos señores, de los cuales fui forzado compañero".

"Esas células, los glóbulos rojos de doble capacidad, al romperse a nivel intravascular, liberaban un agente químico no identificado directamente a la sangre y si no ocurre eso, las células macrófagas al detectar la pérdida de la capa exterior de enzimas, interpretaban el proceso como envejecimiento de los macrocitos, procediendo a destruirlos. El hierro y la globina se conservaban para ser reutilizados, pero, entre esos componentes también se consolidaba aquella base, diluida en la fracción hemo, que luego se unía al ácido láctico y activaba, como ya lo describí líneas atrás un proceso de regeneración más eficiente. Esto significa que la misma muerte de la célula infiere en la renovación de los tejidos y su capacidad de curación. La clave era esa sustancia base no sintetizada, que se negó a revelar sus secretos. De allí, de no poder des-

cifrar el origen y naturaleza de esa sustancia, deriva el fracaso de toda la operación, al menos en su fin último: Obtener el secreto de la inmortalidad."

"La rutina en ese complejo, edificio, casa (no sé muy bien cómo llamarlo, debido a la diferenciación de tareas entre pisos) era aburrida. Me pasaba la mayoría del tiempo entre la oficina y los calabozos. De preferencia bajaba y me sentaba a leer los informes, teniendo como silenciosa compañía a Oscar. Este casi nunca hablaba, pero era mejor compañía que esos seres acartonados, sin nombre, que jugaban al laboratorio diabólico en el segundo piso".

"De los once sujetos que estaban encerrados escogí a dos como posibles miembros de la raza oculta, coincidiendo con lo que habían determinado los doctores. Cuatro de ellos, los más saludables, fueron establecidos a conversión, los cinco restantes los marcaron como ganado, expresión que denotaba el menosprecio que sentían por la vida de aquellos prisioneros. Nadie me lo dijo, era evidente, los cautivos en su mayoría eran judíos. Todos hombres".

"Realizaron pruebas finales con los dos sujetos considerados como vampiros. Uno de ellos, murió durante las pruebas, apenas lo transfundieron entró en un proceso de conversión, muriendo de una anemia hemolítica agresiva. No era vampiro. El otro, cuando le inyectaron la sangre de Oscar no tuvo ninguna reacción. Lo cual resultaba positivo para los odiosos objetivos de la oscura organización a la cual pertenecíamos. Todos los procesos, ya sea de conversión o prueba final, se realizaban uno por semana. Se hacía así con el fin de no agotar a Oscar y poder realizar una observación exhaustiva de los posibles conver-

sos, con su correspondiente evaluación final, reportes, informes, resultados, etcétera".

"Los cuatro candidatos a conversión murieron, ninguno sobrevivió al proceso. El desarrollo de la anemia hemolítica fue distinto en cada uno y de hecho en dos de ellos desembocó en una leucemia rampante. Así en un mes y dos semanas teníamos resultado de cinco sujetos muertos, uno positivo y cinco que quedaron como reserva para eventuales experimentos o intentos de conversión. Mientras, servirían para mantener el suministro sanguíneo a los dos vampiros que ahora estaban en poder de la organización".

"Al nuevo compañero de Oscar lo apodaron Bruno y fue colocado en la misma celda. Luego de eso regresé de permiso a Hungría, a visitar a mi familia. Se hacía necesaria una tregua de tanta atrocidad y desparpajo, de la indiferencia y el poco aprecio por la vida. Planeaba permanecer unos días, pero una llamada urgente del director canceló mi descanso. Bruno había muerto. Y otra vez... fui de vuelta al infierno."

"Una vez en el edificio, el director, me explicó lo sucedido."

—¡Este malnacido lo mató! —me dijo, en el calabozo. Señalando a Oscar.

"El mismo se veía distinto, más recuperado. Su piel, aunque quemada, se notaba con mejor color. Sus labios, que habían desaparecido en la cremación se formaban de nuevo. Dejaba de parecer un monstruo, se acercaba su imagen a la humanidad. Sonreía con expresión demoniaca, recostado en su camastro."

—¡Vaya! ¿Cómo lo mató? —pregunté, sin poder evitar reírme.

—¿Por qué se ríe? ¿Le parece gracioso? Se perdieron varios meses de trabajo.
—¡Lo siento! ¡Lo siento! Es que la ironía del asunto me causó risa.
"El director me miró, malhumorado."
—Lo desangró durante la noche —explicó.
—¿Cómo lo hizo? ¿Con algún aparato de transfusión?
—No, lo hizo a la antigua. Le mordió el cuello. Le arrancó un buen trozo de carne. Cuando descubrimos lo que pasó, Bruno tenía una tronera de unos cinco centímetros, de forma cóncava en el cuello.
—¿Nadie se percató, nadie escuchó gritos?
—No, nada. No lo dejó gritar siquiera.
—¡Diablos! —exclamé.
"Observé a Oscar. Sentí miedo. Era peligroso en extremo tener a un ser como ese encerrado en una mazmorra. A decir verdad, concluí que estaba allí porque le era conveniente. Mientras se recuperaba. Sentí que cuando quisiera podría escapar sin que ninguno de nosotros pudiese hacer algo."
—Hay que tomar medidas para tratar con él. Si nos descuidamos los muertos seremos nosotros —recomendé.
—Estoy de acuerdo. Nos reuniremos para decidir esas cuestiones en la sala de conferencias, de hecho, ya la convoqué, sólo esperábamos tu llegada. No aquí frente a él. Si por mi fuera, lo matara de una vez por todas, pero lo necesitamos. Es el único que tenemos, gracias a sus acciones. No podemos darnos ese lujo.
—Y él, lo sabe —afirmé, al observar que sonreía, silencioso, en su celda.
—Sí, sí lo sabe —recalcó el director.

“Entré al ascensor con Von Vershuer. Sacó una llave, abrió un compartimiento, accionó un botón y comenzamos a bajar. ¡Había un segundo sótano! El edificio, guardaba tantos secretos como sus ocupantes.”
“Descendimos. Cuando salimos del ascensor, observé que el lugar era relativamente pequeño. No era más que un prisma rectangular, de paredes color gris plomo. Sin adornos ni nada distintivo. Era el minimalismo al servicio de lo sombrío. Más que depresivo, la sensación que transmitía era opresión. No había muebles, solo una deslucida mesa. Adosadas a las paredes, dos protuberancias rectangulares hechas de hormigón, hacían las veces de banco. Allí, estaban sentados todos los miembros de la cofradía, excepto la señora que hacía la limpieza. Y mejor así, ya era demasiado sombría la habitación para que ella le añadiera más opacidad a la estampa. Una lámpara central, de forma rectangular, iluminaba el recinto. El rectángulo era la forma geométrica dominante en la sala. Era inquietante saber que no existía una escalera de escape, la única entrada y, por lo tanto, única salida, era: a través del ascensor. Si el elevador se dañaba todos los presentes quedaríamos encerrados, de manera irremediable, allí abajo.”
“Se inició así la discusión del asunto”.
—De ahora en adelante para interactuar con Oscar se hace necesario que estén presente tres personas. Además de Junen y Jonás, el señor Antón estará presente y fuertemente armado —indicó el director.
—Yo creo, si me permite el comentario, que Junen y yo podemos manejar al prisionero como lo hemos hecho durante dos años —opinó Jonás.
Junen asintió con la cabeza, dando su aprobación.

—No mal interpreten el asunto. No dudo de sus capacidades. Desconocemos el alcance de la fuerza de Oscar, ahora que se está recuperando. Él solo nos muestra lo que le conviene. Mató a Bruno, sin que este se pudiera defender o pedir auxilio. Y cuando fue atrapado recibió al menos 3 disparos de una carabina y sobrevivió a su auto infligida cremación. Marko, se los puede decir. Oscar ha estado aquí por dos años recuperándose y comiendo bien. No es el mismo ser moribundo y herido de antes. Todo eso está en los reportes —agregó el director.
—Hay signos externos, inclusive, que nos da que pensar. Sí lo mató la noche que yo me fui de permiso quiere decir que en poco menos de dos días se ha recuperado una enormidad. Todo por la sangre vampírica de Bruno —intervine.
—Muy bien dicho señor Marko. Antón ¿Cuál es el arma más potente que tenemos a disposición?
—Un sub fusil MP 35 y un fusil antitanque Panzerbusche 39. Aunque este último es muy grande y aparatoso. Creo que ambos serían inadecuados para combate en zonas cerradas —contestó el regordete guardián —sinceramente confío más en mi vieja pistola Máuser C96.
—Explíquese.
—Es del mismo calibre que el sub fusil, 9 mm y es más preciso a cortas distancias. No querría yo herir por error a Junen o a Jonás en una ráfaga descontrolada. En combate, la adrenalina y el instinto precede al control. Hay que tener mucha sangre fría para combatir sin descontrolarse. Creo que ellos, aún sin saber de armas de fuego, estarán de acuerdo conmigo.
"Los mencionados aprobaron con la cabeza la sugerencia de Antón".

—La única persona, con más sangre fría que tú es el sargento Grubber, pero él no está aquí, tiene otras labores. Dejo eso en tus manos Antón. Incluye un par de granadas de mano por si acaso. En una situación extrema no debes dejar que escape. Incluso si eso equivale a sacrificar tu vida y la de tus compañeros.
"Yo quedé pasmado ante tal instrucción, aunque lo peor fue que todos estaban de acuerdo. Hubo aprobación general".
—El señor Marko tiene experiencia en combate contra vampiros, dale un arma, en la medida de lo posible y si sus ocupaciones lo permiten, puede estar como cuarto hombre en esas situaciones. Y le das un par de granadas de mano.
"Aquello me desagradó en demasía, pero no tuve muchas opciones al respecto. No se sabía cuáles eran las capacidades de Oscar. Era incierto que una pistola lo pudiese frenar, la granada quizá, pero en un espacio cerrado, ese tipo de arma, es tan peligrosa para el atacante como el defensor. Esperaba no tener que usarlas. Imbuido en mis pensamientos me perdí parte de lo que decían. Otras consideraciones, por lo menos lo que recuerdo, se hicieron. Mantener aislado a Oscar cuando llegaran nuevos individuos fue una de ellas".
"La ingrata tranquilidad que se había vivido en los últimos meses se diluyó con la sorpresiva acción de nuestro invitado. Hubiese querido no prestar atención al resto de la reunión. Me tocó hacerlo. Fuese como fuese mi destino estaba atado a ese descolorido grupo. El tono de la discusión se desvió a parámetros técnicos, médicos y científicos. Había que aprovechar al máximo el cuerpo inerte de Bruno. Ya

en ese momento parecía un grupo de carniceros que hablaban de una vaca, no se desperdiciaría nada, lo destazarían y cada pliego de piel, cada trozo de hueso y cada órgano se sometería a un sin fin de pruebas. Hasta los detalles más intrascendentes podrían ser significativos. Eso concluyó el director. Al cabo de unas horas terminó la reunión y subimos en grupos de cuatro personas, límite de capacidad del ascensor. Primero subió el grupo de seguridad, Antón, Junen, Jonás y el director como el único poseedor de la llave. Luego subieron los tres doctores y por ultimo yo, con el director, por supuesto".

"Cada quien se dedicó a lo suyo los subsiguientes días. Se realizó una autopsia al cuerpo de Bruno, pero no arrojó resultados distintos a lo que ya se sabía. Su anatomía básica era normal. ¿Qué se corroboró? Las micro válvulas de las encías, la estructura ósea más fuerte, el bazo ligeramente más grande, etcétera. No aportaba mucho".

"Un día, como cualquier otro, bajé, como acostumbraba hacerlo, a leer los informes en la silenciosa y peligrosa compañía de Oscar. Siempre dejando una distancia prudente entre él y yo. Estaba yo tratando de entender aquellos textos, pero cuando leía conceptos como 'hiperplasia normoblástica compensatoria de la médula roja' me quedaba en blanco.

La jerga médica era un idioma incomprensible casi todo el tiempo. Me había dicho el director que pronto me acostumbraría, pero ya tenía dos meses en esa instalación y eso no había ocurrido. Me había hecho con un diccionario y una enciclopedia médica, sin embargo, a veces no ayudaba. Como sucedía a menudo, me rendí. Solté los libros y folios, arrellanándome en

el asiento. Observé a mi compañero de encierro, sentado en su camastro, leyendo El Retrato de Dorian Grey de su forzado homónimo Oscar Wilde. Este, se sintió observado, interrumpió la lectura."
—Mi libro es mejor que los suyos —afirmó.
—Eso no se discute. Estos informes, reportes y cuadros son agotadores —contesté.
—Ni que lo diga. Yo leí su reporte de la expedición al Tíbet. Prefiero a Wilde y Goethe. Pero fue bastante ilustrativo.
"De improviso, me encontré a mí mismo teniendo una conversación fluida con Oscar. Decidí continuar. Podía llegar a ser interesante."
—¿Por qué mataste a Bruno? —le pregunté cambiando el tema.
—Por necesidades de recuperación. Nada personal. No sé de donde lo sacaron, por su sangre deduzco que no era muy antiguo. Seguramente un neófito.
—Es algo que nunca sabremos. Lo silenciaste. No pudimos saber nada de él.
—Eso no importa, yo he estado aquí por años y ustedes nada saben de mí.
—Es cierto. Me da curiosidad. ¿Por qué a Bruno lo mataste y Eugene no?
—Primero, cuando trajeron a Eugene estaba yo en muy malas condiciones. A duras penas sobrevivía. No tenía la fuerza para hacerlo. Segundo, Eugene era aún más bisoño que este tal Bruno, no representaba una amenaza. Tercero, él me ofrendó su sangre de manera más o menos voluntaria, varias veces, lo cual ayudó a recuperarme mucho, eso crea un vínculo afectivo entre los nuestros que ustedes no comprenderán jamás, aparte Bruno era más vie-

jo y su sangre me restituyó de mejor manera. Además, bastante mal es que me tengan a mi prisionero, como para que tengan a otro más de nosotros. No lo puedo permitir. Y cuarto, Eugene, me era simpático. Llegué a conocerlo, le tomé aprecio... No podía matarlo, aunque quisiera... y quinto...
Se quedó en silencio a mitad de respuesta. Yo arqueé las cejas. Inquiriendo con la mirada.
—¿Y quinto? —le pregunté al fin, cansado de esperar.
—Porque me dio la gana. No soy de compartir mi espacio. No tolero gente cerca, mucho menos si es de mi raza —contestó con furia contenida —, me gusta ser la estrella de este museo del horror.
—¿Y qué me dices del niño que tenías prisionero cuando te encontramos? ¿Cómo lo tolerabas? ¿O sólo lo hacías porque te servía de fuente sanguínea?
Sonrió con una mueca sarcástica.
—Era mi hijo —anunció con solemnidad.
—¿Qué? Yo pensaba que los vampiros no podían tener hijos una vez convertidos. Son estériles. Eso dicen los reportes.
—No me llames así. Odio esa palabra.
—¿Cuál? ¿Vampiro?
—Sí, esa maldita palabra.
—¿Y cómo debo llamar a tu raza?
—De cualquier forma, menos así.
"Decidí complacerlo, si se calmaba quizá siguiera hablando. Ya que en unos pocos minutos había hablado más que en varios años de encierro. Quizá era la inyección de sangre nueva que lo alteraba o el sentirse más recuperado le daba confianza. No lo sabía, mejor resultaba calmarlo, lo suficiente como para que siguiera soltando la lengua."

—¿Raza oculta te parece bien? —le pregunté en tono condescendiente.
—No importa. Olvídalo.
—Cuéntame del niño.
—No era mi hijo biológico, pero lo quería como tal.
—¿Y cómo te hiciste con él?
—Lo secuestré cuando era un bebé, luego lo crie y lo utilicé como fuente fresca de sangre. No me mires así, recibió buen trato, lo mantuve bien alimentado y saludable. No me convenía la sangre de un niño enfermo.
"Lo dijo con un desparpajo increíble. No debió haberme sorprendido sus palabras, pero lo hizo. Me quedé pasmado. Por más que parecieran humanos eran unos monstruos y mis forzados aliados también se comportaban de manera monstruosa. Y siendo sincero, yo también, por estar colaborando con ellos, era un monstruo. Entre monstruos nos deberíamos entender. Sólo que yo no quería aceptar mi malevolencia. Me costaba hacerlo. Yo era bueno, mis razones eran buenas y por lo tanto mis acciones también. Todo lo que hacía lo estaba haciendo obligado. Eso me decía a mí mismo".
—¿Y la madre? —pregunté.
—¿Qué hay con ella?
—Pues su destino. ¿Qué fue de ella?
—¡Vamos hombre! ¿De verdad tengo que explicártelo? La maté, si hubo una objeción de su parte en el asunto se la llevó a la tumba.
—¡Diantres! —exclamé.
"Guardé silencio. No sabía que más decir."
—Pese a lo que crea usted, yo amaba a ese chiquillo. El compartir la sangre crea una gran afinidad, como

ya le expliqué antes. Llegué a tomarle estima. La cuestión es tan confusa que llega un momento que uno no sabe si es por la consanguineidad o porque la persona se ganó tu aprecio.
—Ya, creo entenderle. Usted mencionó a Inanna, en una oportunidad. ¿La conoció? ¿Qué sabe usted de ella?
—No la conocí. Solo he escuchado historias, pero me hubiese gustado mucho conocerla. La persona que me convirtió en lo que soy, invirtió muchos años en su búsqueda. No la halló. Siempre llegaba tarde, se había ido a otra parte, alguna vez consiguió la sopa caliente recién servida en la mesa. Estuvo en los lugares más variopintos de la tierra. En Laponia, en Pitcairn, una islita remota en el Océano Pacifico, México y en los Alpes Suizos, quizá más sitios.
—Continúe.
—No sé mucho más. Sólo que se supone es la madre de los monstruos, la primera, la original. Muy, muy antigua y hasta que leí su reporte, ellos me lo facilitaron, creía que era una viejecita enclenque que apenas podía moverse. ¿Quién lo diría? Es una mujer hermosa, madura y poderosa.
—Sí, lo es.
—¿Está consciente que no está muerta? Esa caída por el precipicio no pudo haberla matado.
—Estoy de acuerdo. Aunque me intriga por qué no me mató.
—Quizá fue la sangre.
—¿Qué?
—Usted sobrevivió a un proceso de conversión, eso quiere decir que algo de nosotros tiene usted y aparte: ella succionó su sangre durante el combate y como ya se lo dije, eso crea un vínculo afectivo. Incons-

cientemente eso pudo haber influido en su decisión. Es poderosa, pero no es inmune al amor, al afecto.
—Eso no tiene mucho sentido.
—Para usted no, para mí y quizá para ella, sí. No me malentienda, no sé trata de un amor inconmensurable o sexual. En mi caso, con el niño, el constante intercambio de fluidos, realizado por años, creó un vínculo fuerte, con Eugene fue algo similar, solo que menos prolongado. En el caso de usted fue cosa de una sola vez, pero tomando en cuenta lo poderosa que es Inanna, el proceso debió ser distinto, más intenso. Ella quería matarlo, pero la voluntad fue cambiando una vez estuvo en contacto con su sangre, es algo inconsciente, uno no se percata de ello hasta cierto tiempo después.
—Creo entender su punto. ¿Se arrepiente usted de algo?
—De muchas cosas. Haber secuestrado al niño es una de tantas. En el momento me pareció una buena idea. Pensé que eso evitaría tener que matar y cazar personas para obtener sangre, a la vez que crearía una leyenda de terror que alejaría a curiosos e intrusos de mi zona de retiro, quería vivir en paz por un tiempo. Fue un error, a pesar del aislamiento, la leyenda llamó la atención de ustedes. No pensé que existieran aún caza vampiros. Los upirólogos eran cosa del pasado. El mundo se hacía cada vez más civilizado, las creencias persistían, como no, en las provincias, en el pueblo llano. Sin embargo, la gente ya no se agrupaba con antorcha, cruz y estacas a perseguir murciélagos.
—Fuimos una desagradable sorpresa.
—Es correcto. Una vez que llegaron, armados hasta los dientes, y vi que el escape era imposible, le dije al

niño que se escabullera por una trampa oculta en la parte trasera de la casa. Decidí incendiar la casa conmigo dentro. No dejaría hueso sano para ser atrapado. Irrumpieron, hubo un forcejeo, el niño salió de su escondite en mi defensa, acuchilló a uno de ustedes. Eso me sorprendió, yo creía que él había salido de la casa y huía colina abajo. No fue así, no siguió mis instrucciones y pagó con su vida. Se derramó algo de aceite encima de él y se prendió en llamas su ropa. De allí en adelante todo es confuso y cuando pude recuperar la conciencia estaba aquí en este odioso edificio, en el laboratorio y ya para que le cuento. Usted ha leído los reportes y estuvo en mi captura.

—Los reportes son muy llanos. No presentan el lado humano de las cosas —le dije.

—¿Y usted cree que hay algo de humanidad en todo esto? Yo soy algo monstruoso, anti natural. Ustedes, aunque aparentan ser humanos, son despiadados e inhumanos. Y está bien, no tengo problema con eso, he presenciado y protagonizado demasiadas atrocidades y locuras en mi vida como para escandalizarme por ello. Lo que no me gusta son los métodos y los fines de esta organización. Aunque, su fracaso es seguro y no obtendrán los secretos que buscan, así sea que atrapasen a mil de mis semejantes. Eso me causa cierto alivio.

—No subestime a estos hombres. Son tenaces, disciplinados, detentan el poder en Europa.

—He visto imperios más poderosos y crueles desaparecer. De estos, no me impresiona su poder si no su tecnificación y la metódica forma de perseguir sus malvados deseos.

"No supe que responder a eso y cómo tenía curiosi-

dad, hice una pregunta para cambiar la conversación".
—¿Cuál es tu verdadero nombre y tu origen?
"Él Sonrió, con aquella horrible mueca. Estaba desfigurado, llamar aquel gesto como sonrisa era algo amable de mi parte".
—Mi nombre es Gonzalo Guerrero, español de nacimiento, nací en Palos de la Frontera en el año 1470 de la gracia del señor, Huelva, Andalucía. Fui convertido en las indias, en un año tan lejano como 1514, fui yo, en el siguiente orden: soldado, arcabucero, marino, cautivo de los Mayas, hombre libre, esposo de la princesa Zazil Há, Nacom, jefe de guerreros, padre de tres niños, enemigo de Cortés y los españoles. Me dieron por muerto en 1536, así murió Gonzalo de Arosa, el renegado, la leyenda, el hombre que renunció al cristianismo, traidor a la madre patria, leal a su corazón y a sus hijos. He adoptado muchos nombres a través de mi larga y tormentosa vida y ya se me están agotando los deseos de hablar y vivir. ¿Por qué sigo vivo? Es una incógnita, inclusive una ironía. Aquí estoy sin deseos ni motivos de vivir y, sin embargo, cometiendo atrocidades para seguir perpetuando mi malhadada existencia. Ojalá no me hubieran salvado, ya hacía rato que planeaba mi muerte, ustedes aceleraron el proceso de manera caótica y violenta. Antes de morir tengo que matar a ese odioso ser llamado Grubber. Me debe una vida y eso solo se paga con la muerte. Lo leí en su reporte, él mató a mi niño.
"Aquello me desconcertó. Había preguntado sin muchas esperanzas, seguro estaba que se iba a negar a hablar, sin embargo, no fue así. Claro era su motivo de vivir: La venganza. Me convencí que lo más pru-

dente era matar a Oscar, Gonzalo, como se llamase, nada más peligroso que un monstruo con motivo. El director no consentiría tal cosa, era necesario para sus planes que siguiera existiendo. Además, estaba eso de la sangre. Por alguna razón sentía afinidad con él, cierta lástima, admiración inclusive. Era algo muy raro de apreciar pues también sentía miedo, confianza, muchos sentimientos contradictorios".

"Durante algunos días continuó siendo comunicativo, cada vez menos, hasta que volvió a su estado de silencio selectivo. Entre los datos interesantes que puedo destacar de Gonzalo Guerrero y su historia están los siguientes: fue convertido alrededor del año 1510 o 1514, él mismo no estaba seguro, por un sacerdote maya de Tulum, en la península de Yucatán, durante un ritual. Los métodos de conversión eran un tanto brutales en esa época. Como lo expresó él, conversión a la antigua. No existían aún aparatos para la transfusión de sangre así que todo se hacía con obsidiana y dientes. No era algo bonito, ni clínico, mucho menos limpio. Utilizó sus nuevas habilidades de supervivencia para combatir con tenacidad a los españoles, quienes no hallaban la forma de matarlo. Tuvo tres hijos, antes de ser convertido. También confesó haber condenado a su primogénita, de nombre Ixmo, cuando la ofreció como candidata de conversión. La joven no resistió el proceso y al determinar que no iba a convertirse, fue usada como sacrificio para contrarrestar la maldición de una plaga de langostas. Él se nutrió con la sangre de su hija, cargando con la responsabilidad y la culpa, era lo menos que podía hacer".

"Desde ese momento anheló la muerte. Abando-

nó la vida en familia, para dedicarse por entero a la defensa contra los invasores. En agosto de 1536 es herido de gravedad, en un combate, cerca de un río, una saeta de ballesta le atravesó por el ombligo de costado a costado y luego lo remataron con un disparo de arcabuz en el pecho, a la altura del corazón. Le dieron por muerto, sus hombres rescataron el cuerpo del campo de batalla y lo lanzaron al río Ulúa para que no cayera en manos de los españoles. Eventualmente se recuperó, aunque fue un proceso lento, una herida en el corazón no era poca cosa, aún para un miembro de la raza oculta".

"Comentó, admirado, que él no hubiera podido sobrevivir una descarga a quemarropa como la que soportó Inanna, en nuestro inusual combate en el Tíbet. Opinó que no en vano era la madre de los monstruos. Quería conocer a tan imponente ser. Su mentor, quien le había hallado flotando en el río, mantuvo en secreto su recuperación y apenas pudieron se alejaron de la zona, ya bajo control español. Viajaron por todo el mundo. En búsqueda de Inanna, su mentor estaba obsesionado con volver a verla, aunque no la conocían sino por el nombre de Ixchel, la diosa de la luna. La mujer arcoíris".

"Para Gonzalo, era una viejecita malvada, con un gorro de serpiente en la cabeza, cubierta de calaveras y falda pintada de cruces. Por ello se sorprendió mucho cuando en mi reporte leyó, que la anciana era en realidad un señuelo y la verdadera diosa estaba mezclada con las bailarinas".

"Eso nos revelaba lo siguiente: el engaño estaba siendo perpetrado desde hacía muchos años atrás. Con las variaciones culturales y propias de cada época.

Aquello era muy interesante".
"Los caminos del mentor y Gonzalo se separaron en Europa. Él continuó con su búsqueda, Gonzalo no quiso seguir y sólo se reencontraron una vez en París, por el año 1889, durante La Exposición Universal. A partir de allí, perdieron todo contacto. Gonzalo no supo más de él y regresó a España, no se halló a gusto en ella, ya hacía rato que no se sentía español y terminó vagando por toda Europa, hasta terminar en las montañas subcarpáticas, donde lo encontramos. Hastiado de la vida y planeando su muerte. De allí, que tuviera la cantidad de aceite y combustible necesario para tal tarea. Y si bien al principio no sabía qué hacer con el niño, decidió liberarlo antes de inmolarse. Nunca tuvo nombre, solo era 'el niño'. Como ya sabemos, no pudo inmolarse y el pequeño no pudo escapar. El certero disparo de Grubber lo impidió".
"El director, al enterarse de la conversación, estaba contento: por fin se le sacaba algo de información al recluso. Oscar y yo no lo sabíamos, pero nuestras pláticas fueron grabadas en secreto y luego me tocó hacer un reporte con todos aquellos datos. Contrario a lo que uno pudiera pensar, el director, no se alarmó en absoluto. A mí requerimiento de que lo matara se negó. 'Lo necesitamos, es el único espécimen en nuestro poder' Y así fue. Durante dos años las tareas de cacería, identificación y conversión resultaron poco menos que infructuosas. Apenas se logró añadir al museo del horror tres sujetos más. Todo eso a costa de decenas de hombres sacrificados en aquella perversa cruzada".
"Los individuos positivos, todos, parecían cortados con la misma tijera, al menos en el aspecto anímico,

a nivel físico no podían ser más dispares. Sobrios, callados y con semblantes tristes, al principio, una vez que su identidad como vampiros era descubierta su rostro cambiaba. Ya no se veían tristes sino desafiantes y sarcásticos. Eran sumisos a la hora de manipularlos, pero se sentía una rabia contenida, una rebeldía a flor de piel. Junen y Jonás, enseguida le colocaron los apodos. Eran los informales encargados de tal tarea. Churchill, Vladimir y Atila. A ellos les divertía eso y el director, ya sea por complacencia o para mantener la moral del grupo alta, les concedía esa tontería. Además, era una forma práctica para identificarlos, ya que ellos no proporcionaban su verdadero nombre. Claro, estaban los nombres que usaban al momento de ser atrapados, pero, como ya lo sabemos, no eran los verdaderos".

"Continuando con la descripción de los nuevos inquilinos de la zona de calabozos: Churchill era obeso, aquello era algo particular, todos los vampiros observados hasta ese momento eran delgados o atléticos y él no. Existía cierto parecido con el político británico, algo calvo, desgarbado, aparentaba unos 60 años, uno diría que muy viejo para ser un vampiro. Aparte de la acumulación de grasa y falta de cabello no había más nada significativo en él. La composición de la sangre era básicamente la misma que se había observado en Eugene, Bruno y Oscar (nunca pude acostumbrarme a llamarlo Gonzalo). En cuanto a los otros dos fueron capturados juntos, en la cercanía de Rostov del Don. Al parecer eran amigos o conocidos, quizá acólito y mentor. Nunca se supo. Vladimir tenía típicos rasgos eslavos, mientras que Atila tenía un aspecto mongoloide, si me hubiese tocado a

mí colocarle un nombre sería 'El Cosaco', pues eso, en esencia, era. Les colocaron en celdas separadas de Oscar para evitar cualquier incidente. El director no quería que el aumento de la población vampírica, recién adquirido, invirtiera sus valores. Sin embargo, contrario a todos nuestros temores no se presentó ningún conflicto entre ellos. En las noches conversaban con desenfado, las grabaciones sugerían que hablaban hasta el amanecer o hasta que alguien bajaba al sótano. Hasta allí todo bien, era beneficioso que se relajaran y hablaran, pero utilizaban un idioma incomprensible para nosotros, allí estaba el dilema. De alguna manera sabían que estaban siendo grabados y esa era una forma de burla, de rebeldía. Eso ameritó otra reunión. Volvimos, una vez más al sótano gris, a sentarnos en los bancos grises, hablar de cosas grises y con un nuevo compañero gris, más que compañero, un visitante".

—Señores, creo que saben cuál es el asunto principal de la reunión. Tenemos un interesante conflicto con los prisioneros especiales. Pero antes de continuar: les presento al Haupsturmführer, Fritz Ullman, médico y antropólogo. Estará de visita, con nosotros, unos días. Preparará un reporte para nuestros superiores. No se preocupen, no está aquí para juzgar su lealtad o compromiso con la misión. Solo está para recabar información, evaluar, ayudar en lo posible. Trátenlo con el respeto que merece su rango y colaboren con él, en todos sus requerimientos —anunció el director.

"Era interesante aquel personaje. Ser el nuevo en el barrio, por sí sólo, le hacía llamativo. Alto, 1:80 centímetros de estatura aproximada, unos treinta y tantos

años de edad. De actitud arrogante. Su mirada no me gustaba, había cierta denotación de crueldad y perversión, que, si bien eran cualidades apreciadas en el grupo, no terminaba de sentirme cómodo con ello. Muy poco habló en la reunión, su única tarea parecía ser: alterar nuestros nervios con su presencia y sondearnos con esa mirada, más fría que el séptimo círculo del infierno de Dante. No había rincón de nuestras almas que permaneciera fuera de su dominio".

—Como ya saben, los prisioneros hablan entre ellos, cuando están solos, en un idioma desconocido para nosotros. Ninguno ha podido identificar el idioma y está bien, yo mismo, tampoco puedo hacerlo. No es un reproche. Nuestro amigo, el capitán Fritz, nos va ayudar con eso. Ubicará a un lingüista que pueda ser discreto, útil y comprometido. No es cosa fácil añadir personas nuevas a nuestro reducido grupo. No podemos darnos el lujo de que se filtre información. La única información que va a salir de estas cuatro paredes es la que le vamos a suministrar a nuestro distinguido visitante. Los reportes serán estudiados, las impresiones personales acerca de sus investigaciones, experiencias y opiniones también son importantes, pueden compartirla libremente —continuó el director.

"A continuación, cada uno comenzó a exponer lo requerido. Comenzó la cuadrilla de seguridad. Antón, Junen y Jonás. Su disertación se basó en el manejo apropiado de los reclusos especiales, precauciones, medidas, etcétera. El enfoque era altivo. Estúpidos pretenciosos, eso éramos. Creer que teníamos la situación bajo control. Era una ilusión, un engaño, una mentira conveniente que nos decíamos a nosotros mismos, como bien lo demostrarían hechos

futuros".
"A los médicos y científicos les tocó un poco peor, la parte de mentirse a sí mismos, porque luego de minutos y minutos de disertación, afirmando haber avanzado mucho en esto o aquello, tuvieron que admitir el incumplimiento del objetivo principal. El misterio de los vampiros y su sangre estaba velado para ellos. Era algo tragicómico, tanta vanidad desplegada en puntualizaciones fútiles, sin aplicaciones prácticas. Sin otro logro que la identificación de una sustancia de composición desconocida, presente en la sangre de los vampiros, la cual se creía: era la clave del secreto. Habían encontrado la puerta solo para descubrir que no tenía cerradura".
—Hemos sintetizado un suero anti-vampiro —anunció uno de ellos, no sé quién era, siempre se me hacía difícil diferenciar entre esos doctores sin rostro y como me importase un bledo cual era cual, menos me esforzaba en distinguirlos.
—¿Y qué fin práctico tiene tal cosa? —preguntó el director que no estaba informado de ese acontecimiento.
—Más que un suero es una vacuna. El fin es: crear un mundo en que los vampiros no puedan prosperar —expuso otro de ellos.
—Creo que no están entendiendo el objetivo de toda esta operación. La idea no es acabar con todos ellos, si no acceder a su secreto y poder convertirnos en ellos a voluntad. Escogeríamos quien obtiene la vida eterna y quiénes no. Sería la obtención de un poder inconmensurable. Quien quiera ser inmortal tendrá que acudir a nosotros y pagar lo que le exijamos.
—Longevidad —aclaró el tercer médico.

—¿Qué? —preguntó molesto el director, con la interrupción.
—Es longevidad, no inmortalidad. Los vampiros no son inmortales pueden morir. Eso es en todos los mitos y en nuestra realidad, pueden morir de viejos, por traumatismos, el fuego, etc. La extensión de su vida es todo un misterio.
—¡Longevidad! ¡Continuidad! No me molestes con aclaratorias y conceptos abstractos. Lo venderemos como inmortalidad y no se diga más. No lo hemos logrado todavía, lo sé. Explico ese punto antes que se alce otra voz a corregirme y yo tenga que pegarle un tiro por irreverente —exclamó sacando su pistola y balanceándola de un lado a otro —lo lograremos. Debemos hacerlo —concluyó.
"Debimos habernos alarmado con el peligroso despliegue de la pistola, puedo asegurar que nadie lo hizo. El seguro estaba colocado y el director, al escuchar la voz del visitante se calmó. Guardando el arma en su funda".
—¿Cómo funciona el suero? —preguntó el capitán Fritz a los doctores.
—Se inyecta en seres humanos, como una vacuna. Estos, en teoría, no se verían afectados por la sustancia, pero sí un vampiro, ya sea por transfusión, inoculación, succión o cualquier otro método, obtiene 'N' cantidad de sangre adulterada, se activa un virus auto replicante que atacará al sistema de inmunidad y de regeneración de las células. Eso debería acabar con el vampiro...
—Pero no con el ser humano —completó la frase Fritz.
—Exactamente —corroboró el doctor.

—Porque dice 'En teoría' cuando habla de los efectos causados en el ser humano normal.
"El doctor hablante miró al director, este arqueó las cejas y se cruzó de brazos".
—Porque aún no logramos perfeccionar esa parte. Debemos hacer más experimentos. El descubrimiento, porque fue un hallazgo, no un desarrollo premeditado. Se hizo por casualidad cuando realizábamos experimentos mezclando la sangre del señor Marko con la de Churchill, uno de los nuevos reclusos especiales.
—Me parece sumamente interesante, me llevaré una muestra y los reportes, si los hubiera y si no los hay, escríbalos.
—Todo está aquí, perfectamente registrado —le dijo, acercándole unas carpetas.
—Excelente.
—¿Alguna otra sorpresa? —preguntó el director.
"Los Doctores negaron con la cabeza, avergonzados. Sabiendo que, luego que el visitante se fuera, iban a recibir una reprimenda por ocultar información. Ya establecido el silencio, comencé mi presentación. Nada espectacular, relaté mi experiencia e impresiones personales con las actividades del pelotón de Rahl. Los encuentros y desencuentros con Katja y Augustus. Las conversaciones con Oscar. Terminé con una recomendación final, consciente de que sería rechazada".
—Sí tuviese el poder de decidir tomaría un lanzallamas, bajaría al sótano y acabaría con todos ellos. Los objetivos del grupo, organización o sea lo que sea esto, no parecen estar al alcance. Esos seres son peligrosos, estamos jugando con fuego, pero el fue-

go juega a su vez con nosotros. La situación parece estar bajo nuestro poder y no es así. Creo que, a pesar de su encierro, tienen el control. Que no se maten entre ellos, sugiere una colaboración para intentar recuperar la libertad y acabar con nosotros en el proceso. No sabría decir exactamente cuáles son sus planes. Necesario es conseguir ese lingüista para que, una vez descifradas las conversaciones, podamos tener una visión clara del asunto. Quizá me equivoque, pero estoy convencido que la traducción me dará la razón y terminarán apoyando mi idea de acabar con todos ellos. De una vez por todas, sin suero, sin antídoto. Que las llamas se lleven a esos demonios.

"Todos quedaron boquiabiertos. Menos el director, quien conocía de mis ideas."

—No haremos eso, no los destruiremos. Son esenciales para nuestros objetivos.

"Al poco rato terminó la reunión. El susodicho capitán Fritz, estuvo un par de días más, visitó a los reclusos, tanto especiales como los que no. Luego de algunas pruebas partió a rumbo desconocido, con todos los reportes y seis cautivos, que él estimó útiles para sus propios experimentos. Luego que se fue, comenzaron las reprimendas, los más afectados fueron los doctores, el director les riñó el hecho de ocultarle información y presentarla así, delante del enviado especial, sin avisar. A mí, recriminó mi falta de compromiso con los objetivos de la organización".

—Entiendo su problema personal contra los vampiros, pero no puede usted soltar, así como así, esa bomba. ¡Un lanzallamas! Qué ocurrencia. Gracias al Führer que no tenemos uno —expresó consternado.

—Pues deberíamos obtener uno. Incinerarlos es la

forma más segura de matarlos.
—Alguno de los dos no está escuchando y no soy yo. ¿Cómo te lo digo para que entiendas? NO LOS VAMOS A MATAR. Punto. No quiero oír esas ideas, es más te prohíbo que siquiera pienses en ellas. Pronto recibiremos noticias del capitán Ullman, nos enviará a un lingüista y zanjaremos este asunto. No te preocupes por los sueños de libertad de nuestros reclusos especiales. Ya Antón y su grupo han tomado medidas para que eso no suceda y, si en un remoto caso superan esa barrera, en la parte exterior tenemos alambres de púas, un campo de minas, nidos de ametralladoras, un pelotón de las SS, con órdenes de disparar, sin dar la voz de alto a cualquier persona no autorizada que quiera salir o entrar al edificio. No te preocupes. Todo está cubierto.
"No compartía su optimismo, asentí por puro compromiso".
—Mi primer impulso fue el de castigarte, negarte el permiso que solicitaste, pero no. Voy a aprobarlo y a extenderlo a un mes. Necesito que te relajes, ve con tu familia, descansa. Yo tengo que conseguir la forma de apresurar el proceso, apretarles los tornillos a estos doctores del demonio. Estamos perdiendo la guerra, tú lo sabes. El tiempo se nos agota, los superiores quieren resultados, por eso enviaron al capitán Ullman, a recolectar toda la información. Sospecho que están sopesando la idea de reiniciar la operación en otra locación, con otro personal, para ampliar las posibilidades. Si eso sucede y tienen éxito en esa otra instalación esta sección será clausurada y no creo que haya una recompensa por el fracaso. El éxito es urgente. Si no, podemos ser borrados."

XV
AUGUSTUS Y KATJA

Frente a ella estaba aquel hombre, que proclamaba haberla salvado de una muerte segura. Bailaba con él. Se encontraba aturdida, el carrusel de emociones parecía nunca terminar. La tranquilidad de espíritu no se hizo para ella. Justo cuando pensaba haber encontrado un rumbo a su corta vida, reaparecía este personaje.

—Debes mantenerte calmada Katja. No vine a destruir tu vida ni con la intención de perturbarla. Aunque la perturbaré de todos modos. A veces la buena intención no cuenta, los resultados son los mismos. Todos nos observan. Simula, sólo somos un viejo y la celebrada novia haciendo el baile tradicional del dinero. Nada más.

Ella no dijo nada, estaba a punto de llorar. Él lo notó.

—No vayas a llorar, dañarás el maquillaje. Te ves muy bonita, sería una lástima. Es tu momento de felicidad, sonríe. Voy a tratar de ser conciso y te pido que me escuches con mucha atención pues no tenemos mucho tiempo.

Ella asintió. Sumisa.

—Somos personas con características especiales. Yo transferí esas cualidades, cuando te transfundí parte de mi sangre en un intento de salvarte, estabas al borde de la muerte por el ataque que sufrió la caravana de tu clan. El mundo, en el desconocimiento de nuestras realidades, nos llama vampiros. Aunque no por ser una cosa somos la otra. No hay porque ser malvados ni matar personas. Tampoco nos decimos

a nosotros mismos con ese título, no nos gusta ser llamados así. Tu proceso de conversión está aún en progreso, aún no tienes todas las funciones completas. Te pregunto: ¿El sol te molesta? ¿Te arde la piel?
—Sí —contestó ella.
—¿Has tenido ansias de sangre?
—¡No! ¿Qué? ¿Qué es eso de las ansias de sangre?
—Es una sensación de necesidad, irresistible para los neófitos, de succionar sangre. Con el tiempo se logra controlar, pero al principio es muy fuerte y si el neófito no está bajo supervisión de su mentor puede llegar a cometer atrocidades y eso, en estas épocas, no se puede consentir. La clave de la sobrevivencia es: no llamar demasiado la atención.
Ella miró al suelo, evitando recordar.
—Te pregunto de nuevo. ¿Has tenido algún episodio extraño, de carácter involuntario, donde hayas sentido la necesidad de succionar sangre? Puede ser que lo recuerdes como un sueño, pues cuando sucede, las primeras veces, el novicio suele actuar como un sonámbulo. El instinto asesino se sobrepone a la voluntad consciente.
Cuando él nombró "sueño", ella se sobresaltó. Recordó los sueños con las gallinas y con el indigente. ¿Sería posible que no hubiese sido un sueño?
—¡Katja! Responde, es importante —le presionó.
—Sí, si tuve. Con unas gallinas —le respondió, de momento prefirió omitir el sueño con el indigente.
—¿Hace cuánto? ¿Cuántas gallinas? Has un esfuerzo por recordar.
—No lo sé, unos días luego de que escapé. Creo que 4 gallinas.
Augustus sacó cuentas, hacia unos dos meses.

—¿Vomitaste la sangre después?
—¿Cómo lo supo? No, no puede ser. La señora Mariska le dijo, sí, eso fue. Ella, le dijo. ¿Verdad?
—No, ella no me dijo nada. Es algo que deduje. No tengo tiempo para explicarte todos los pormenores, el asunto es: como tu proceso de conversión estaba muy reciente, en vez de ingresar la sangre al sistema circulatorio, la mayoría fue a parar a tu estómago. Es lógico que lo vomitaras una vez calmaras tus ansias. ¿Y seres humanos?
—¿Seres humanos? ¿Qué pasó con ellos?
—¿Soñaste o tuviste un episodio inconsciente donde mataste a un ser humano y le succionaste la sangre?
De nuevo vino a la memoria el indigente.
—¡Katja! ¡Vamos, dime! ¿Sí o no? La vida de tu esposo y de su hijo dependen de saber eso.
Ella se resistía, pero escuchar que sus seres amados se encontraban en peligro, la hizo ceder.
— ¡Sí! ¡Sí! Mientras estuve de vagabunda, la noche de la primera nevada. Soñé que maté a uno de ellos y me sentí mejor. Antes de eso creí que iba a morir congelada.
—¿En el sueño qué hiciste con el cadáver?
—Lo lancé al río.
—¿Vomitaste la sangre?
—No, no que yo recuerde.
—Está bien... ¿La primera nevada fue hace cuánto?... Déjame recordar... —le dijo él, mientras se puso a sacar cuentas con los dedos.
Katja no pudo evitarlo. Las lágrimas escaparon silenciosas por sus mejillas. Augustus detuvo las operaciones matemáticas. Aquello no era bueno, el esposo se había percatado del llanto y el turno de baile se

había alargado demasiado. Otros invitados aguardaban su turno para danzar con la novia y se quejaban, impacientes, con el padrino.
—No llores Katja. No fue tu culpa. Luego hablamos de eso. Allí viene tu esposo, sígueme la corriente.
—¿Qué ocurre? ¿Por qué tardan tanto? ¿Katja, por qué estas llorando? —preguntó al acercarse, un tanto preocupado —¡Usted! ¡Usted! ¿Qué le ha dicho a mi esposa para que se altere así?
—¡Calma, Señor Viktor! Venga, vamos a un rincón y le explicaré todo —respondió Augustus, mientras caminaba con ellos a una parte aislada del salón.
—A ver, explíquese, antes de que sucumba a mis impulsos y lo expulse de aquí, me importa un rábano si es amigo, cuñado, socio, hermano o lo que sea del Juez Mainard —le dijo este, abrazando a su esposa.
—Mire usted. Soy comerciante y conocí a Katja, hace unos años, cuando era una niña. El clan al cual su familia pertenecía eran cazadores, artesanos y criadores de caballo. Yo comerciaba con ellos de forma regular. Había muchos chiquillos, pero Katja en particular, era muy cariñosa y atenta conmigo. Siempre tocando su violín y corriendo de aquí para allá, muy risueña. Si le hubiera visto usted, amigo mío, montando a caballo, toda una amazona. Viajaba yo, a encontrarme con ellos, para el habitual intercambio, cuando observé humo, proveniente del campamento, descubriendo una escena dantesca. Alguien había atacado al clan, prendieron el campamento; robaron los caballos, las pieles y todo cuanto pudieron. Busqué sobrevivientes, la única con vida era Katja, todos los demás estaban muertos. Ella recibió un golpe en la cabeza y perdió la memoria. Le cuidé, durante

algunos días, hasta que despertó, traté de explicarle la situación y ella, de alguna manera malentendió las cosas y mientras yo buscaba suministros en un pueblo cercano, huyó. Le he estado buscando desde entonces, no la hallé hasta ahora y sé que pudiera ser inoportuno, sucede que no tuve tiempo de abordarla. Viktor lo miró de pies a cabeza. Incrédulo.

—¿Katja, es verdad lo que dice este señor?

—No recuerdo, no lo sé. Es decir, solo recuerdo despertar, estar herida y verlo a él. Luego me asusté y hui. Y muchas veces me arrepentí de haberme dejado invadir por el miedo y escapar. No tener memoria es una cosa horrenda, estaba asustada, ustedes no se lo imaginan.

—¿Entonces debemos confiar en la palabra de este señor?

—Me salvó, me curó, eso debería valer algo.

Viktor no se terminaba de convencer.

—¿Por qué no acudió usted a las autoridades? Dada la gravedad del acontecimiento. Debió denunciar el incidente.

—Eso sucedió cerca de Huedin, en pleno descampado. ¿A quién iba acudir? Además, usted sabe que a las autoridades les importa muy poco el destino de los gitanos. Necesario era apartarnos de la zona rápido. Quienes habían perpetrado el ataque podrían estar todavía merodeando en los alrededores. Me dirigí a las montañas Apuseni, porque sobre ellas pesan varias leyendas de fantasmas y monstruos que ahuyentan a las personas. Eso nos daba seguridad.

—Ya que toca el tema. Katja me contó que usted le dijo ser un vampiro. ¿Qué hay de cierto en ello? ¿Es usted un monstruo?

—Mmm… creo que eso fue una confusión.
—Explíquese.
—Verá, aparte del golpe en la cabeza tenía otras heridas y había perdido mucha sangre. Yo, en mis años mozos fui médico y con los conocimientos y dispositivos disponibles, hice una transfusión de sangre para salvarla. Ella debió malentender el asunto, relacionó la sangre con vampiros, las leyendas. Fue torpe de mi parte explicarle la situación, antes de que su recuperación estuviese más avanzada. Había perdido la memoria, estaba desorientada, asustada. Fue una torpeza descomunal.
—Usted para todo tiene una respuesta. Ahora resultó ser médico.
—Era. Abandoné para dedicarme a los negocios que me dejó mi padre. Es menos noble pero más rentable.
—¿Cuál era el nombre de la madre de Katja?
—Jarana
—¿El nombre del padre?
—Kavi.
Viktor dejó de preguntar. Se dio por vencido.
Mientras esa tertulia ocurría. Mainard, como padrino de la boda se hizo cargo de la situación y calmó a los invitados. Pidió un momento de descanso para la novia y anunció que en momentos seguirían con el tradicional baile. Como no consiguió con la mirada a su esposa, le hizo un ademán a la señora Mariska y esta se acercó con rapidez, le susurró algo al oído, yendo ambos hasta donde se encontraban Katja, Viktor y Augustus.
—Katja ve con la señora Mariska. Toma un poco de agua, recomponte y seguimos la celebración. Viktor,

ven conmigo —dijo cuándo se acercó al grupo.
—Yo no voy a ningún lado necesito aclarar unas cosas con su amigo italiano —contestó.
—Está bien señor Juez. Yo también deseo seguir hablando con el señor Viktor —le dijo a su vez Augustus —, no se preocupe.
—Es usted el padrino. Dejo todo en sus diligentes manos, mientras yo hablo con el señor...
—Augusto —le aclaró, este.
—Bien. La fiesta debe continuar. Festejemos este momento de felicidad como se debe —anunció el Juez, dejándolos a solas y volviendo a sus labores de padrino.
Por un instante, el juez observó al señor que proclamaba ser su amigo. La verdad era que no tenía idea de quién era, había conocido a mucha gente en su corta carrera política. Se acercaban muchos a pedir favores, a mostrar apoyo, los amigos de su esposa, los amigos de sus amigos, a su vez amigos de otros amigos; no, no recordaba quien era. Tenía la vaporosa memoria de haber tratado con un italiano alguna vez por negocios, pero vaya a usted a saber si era el mismo.
—¿Y bien? —inquirió Viktor a Augustus, una vez se retiró el Juez —¿Dónde quedamos?
—En la parte donde presento mis disculpas. Si no fue la mejor manera de hacer las cosas.
—Pues no, no lo fue. En eso estamos de acuerdo. Quisiera no disculparlo, pero siento que no tengo otra opción. Estoy en deuda con usted. Mire que ocurrencia la suya de cambiarme el regalo de la bolsa por el violín, confabulando con mi jefe. ¿Por qué tanto misterio? ¿No era más fácil escribir una carta, presentarse de forma adecuada? Si hubiese declara-

do el conocimiento de mi esposa antes de la pérdida de memoria, las cosas hubiesen sido más fácil para todos. Asumo que por eso insistía tanto en ser invitado. Ve, lo hubiera invitado desde el principio y aceptado la ayuda con la compra del violín. Aunque, igual lo hizo de todos modos.

—Sí, es así. Cometí una serie de imprudentes decisiones. Estoy viejo, mis habilidades sociales han empeorado con los años y la capacidad de discernir también. Y me gustan las entradas teatrales —mintió.

—Ya, ya. ¿Y qué quiere hacer? O sea: ¿qué relación tendrá con nosotros? Porque todo asunto que usted requiera con Katja, lo tendrá conmigo, soy su esposo. Ya no hay un ella y yo por separado, sino un "nosotros".

—Me parece adecuado, que usted asuma el compromiso de esa manera. Así habla un hombre, el matrimonio es una unión sagrada. Y no quiero irrespetarlo a usted ni a ella, en su nueva condición de esposa. La intención es sencilla, ser amigos. Buscaba a Katja, para ayudarla, quedé muy angustiado cuando la perdí en las montañas, pero ya no es necesario. Ahora es esposa de un hombre bueno que cuidará de ella hasta la muerte. Y no sé qué otra cosa pueda ser más que un amigo. Compartir las remembranzas de su vida anterior, con la esperanza que recupere pronto la memoria. No puedo ofrecer más que eso. Además, como sé que no puedo brindarlo de regalo, queda usted pendiente de cancelar el importe del violín.

—Sí, estamos atados por ese compromiso, luego coordinamos el pago y a cuánto asciende el monto. Cosas aparte me encantaría eso, que recupere la

memoria. A ella le preocupa mucho ese pasado que desconoce. Quiero que esté tranquila —respondió Viktor —y, tomando su palabra, la cuidaré hasta que la muerte nos separe.

La frase en sí misma era muy fuerte y de carácter premonitorio. Él, forzosamente, moriría antes que ella. Augustus le miró, calculó que tendría unos treinta años, quizá menos, o sea que con suerte viviría unos 40 o 50 más. Para cuando ese tiempo transcurriera, Katja, apenas si habría envejecido un par de años. No era algo para contarle, algunas verdades es mejor callarlas. Augustus se abstuvo de comentar. Sólo le rodeó con el brazo y se fue con él, a buscar un trago. No sabía del joven Viktor, pero él, luego de decir tantas mentiras, necesitaba un vaso de vino.

La señora Mariska agradeció lo ocurrido. Quería un momento a solas con Katja. Mientras le daba un sorbo de agua, la calmaba y le arreglaba el maquillaje, aprovechó para callar su conciencia un poco.

—¿Podrías disculpar a una vieja amargada que en un momento de furia te trató mal y te echó a la calle? —le preguntó.

—Señora Mariska, no se preocupe por ello. Yo la perdono. La situación fue difícil y los hechos se fueron sucediendo sin que hubiera mucho control.

—¡Qué bien! ¡Gracias! Mira cómo has cambiado, hasta hablas como una señora de clase alta. ¡Qué increíble cambio! Ya no eres la muchacha solitaria, triste y vulnerable; tampoco la criada que limpiaba pisos y cocinaba. Ahora eres una dama, una señora. Te saqué de la peor manera y tú regresaste por la puerta grande, convertida en toda una princesa. Ni en los mejores cuentos de hadas. ¡Y pronto serás una

mujer completa!
—¿A qué se refiere con eso de mujer completa?
—Pues a la luna de miel, mi pequeña despistada. ¿O se adelantaron y comieron las mieles antes que el guiso?
—¡No! ¡Qué cosas dice señora! Viktor es un caballero, siempre me respetó.
—Es cierto, es un caballero, se le nota. Disculpa mi comentario fuera de lugar. Y, además, tú eres una dama. Yo ahora soy la criada, la empleada a tus servicios. Que vueltas da el mundo —le dijo —. Enfócate en lo importante. Si quieres un consejo: No llores, se feliz. Se feliz hoy, mañana, la semana que viene, un mes, un año, toda una vida. Disfruta de esta oportunidad que te brindó la vida y no hagas como yo, que me hundí en la amargura, negándome a ser feliz, castigándome con la esperanza de así confeccionar una retribución que nunca llegó.
Katja deseaba sincerarse con alguien, aliviar sus penas, pero la señora Mariska, no era la adecuada, a pesar de que sus palabras eran correctas y acertadas.
—Ya ves, Sventz, mi único y verdadero amor, murió y nunca pudimos estar juntos, la hija ilegítima de ambos me abandonó también.
—¿El señor Sventz murió? —preguntó Katja sorprendida.
—Sí. ¿No lo sabías?
—No. Nadie me dijo. ¿Cuándo? ¿Qué le pasó?
—Al día siguiente, después de dejarte conmigo tuvo un ataque al corazón. La vieja loca, en su desvarío, te echó la culpa.
—¿La vieja loca? ¿De quién habla usted?
—De la esposa de Sventz.

—¡Pobrecita! ¡No le diga usted así!
—¡Katja! ¡Intentó matarte! ¿No lo recuerdas? Si no lo hizo fue por pura suerte —le dijo la señora Mariska —. En su dolor, locura o superstición, se le metió en la cabeza que tú lo habías embrujado. Realizando un ritual de magia negra, que mataste cuatro gallinas y le succionaste la sangre y no sé cuántos disparates más dijo a la policía cuando se la llevaron.
¡Las Gallinas! Eso corroboraba las palabras de Augustus. Katja, no lo quería aceptar. Ella no podía ser un vampiro. Debía haber un error, en alguna parte. Era una contrariedad.
—Imagínate, aparte de bruja dijo que eras una vampira, que tenías colmillos afilados, te convertías en murciélago por las noches y le huías al sol. ¡Ja! Bien loca que está esa vieja. Voy a ir al infierno por lo que diré: sentí un gusto verla totalmente enajenada, gritando y retorciéndose. Los policías no tuvieron más remedio que darle un garrotazo por la cabeza para que se calmara y...
—¿Y qué fue de ella? —interrumpió Katja, no le agradaba escuchar cosas que implicara violencia, menos a una mujer enferma y desvalida.
—La recluyeron en un manicomio, aunque tengo entendido que la soltaron hace poco. ¡Qué ineptitud!
Katja quería terminar la conversación y volver al baile, a la celebración. Recibir el consejo estuvo bien, oírla esgrimir tanto odio no le agradaba en absoluto, no necesitaba más negatividad en su vida. Suficiente con el asunto recién adquirido. Quizá, con la danza, su mente hallaría algo de claridad. La señora Mariska, hablaba sin parar, ya ni sabía ella sobre que cuestiones. No le importaba, no estaba prestando atención.

Entonces apareció la señora Meredith al rescate. Le preguntó si estaba bien, si se había tranquilizado, el juez le dijo que había ocurrido, le revisó el maquillaje, felicitó a la señora Mariska por el buen trabajo realizado. Le conducía de nuevo al salón cuando la dueña del local le dijo una última cosa:

—Cuenta conmigo para lo que sea Katja, cuando me necesites aquí estaré. No importa lo grave o desesperada que veas la situación. No importa si todos te acusan, si eres culpable o inocente. Ven, que yo te recibiré con los brazos abiertos.

—Gracias. Así lo haré —le respondió.

En realidad, aquella promesa le perturbó un poco. Asumió que la conciencia de la señora Mariska, no hallaría paz hasta resarcir el daño que había perpetrado al correrla de la posada. Para Katja, eso era pasado. No tenía espacio en su corazón para guardar rencores, su vida era una caída libre hacia el vacío, se sucedía una cosa tras otra, sin tener control alguno a pesar de, en teoría, poseer la opción de decidir. Sí, tenía cosas más importantes que pensar. Sin embargo, fue lo que decidió: no pensar. No quiso saber más de vampiros y sangre por un rato. Luego le dedicaría tiempo a ello, resolvió seguir el consejo recibido. Vivir, saborear los regalos de la vida y la vida le había otorgado el amor de un ser maravilloso. Eso debería ser más importante que todo lo demás. Se entregó de lleno a la celebración, el baile tradicional. Buscó a su esposo luego de todo ello y no se despegó de él en toda la noche. Marko y los demás niños, hijos de los invitados, dormían en una de las habitaciones. Katja les envidiaba un poco. Estaba agotada, Viktor también. Ella quería dormir y que los sueños la alejaran

de toda aquella pesadilla que era la realidad.
—Amor mío, ¿Por qué llorabas? —le preguntó él, mientras permanecían abrazados, en medio del salón, alejados de todo y de todos. Bailando sin música.
—Las emociones. Saber de mi pasado, que existía alguien que me conoce. Eso me alteró mucho, discúlpame si te preocupé sin necesidad.
—No pasa nada señora de Jarkovic. Fue inusual, eso es todo.
—¡Quítate ese sombrero! —le dijo ella, sonriente.
—¿Por qué? ¿No me veo guapo con él?
—Si te ves guapo, pero no me deja besarte con comodidad.
Dicho esto, le arrebató el sombrero y lo lanzó por los aires a donde el azar y las leyes de la física le permitieran caer. Lo besó con toda la pasión que guardaba su corazón.
Los presentes vitorearon: ¡Vivan los novios! Varias veces. Viktor hizo señas al juez. Este se acercó.
—Ya es hora de terminar la fiesta, querido padrino. Mi esposa desea descansar —le dijo.
—¡Qué cosas dices! ¡Ahora es que queda por celebrar!
—¡Mainard! Son las no sé qué horas de la madrugada.
—¡Hay que ver que ustedes si son aguafiestas! La celebración de las bodas húngaras usualmente se celebra durante tres días al menos. No llevamos ni una noche.
—Ya lo creo —le respondió Katja —, pero discúlpenos con los invitados. Mi esposo me va llevar a casa.
El juez hizo un cómico puchero. Estaba bastante

bebido, de alguna manera conservaba un poco de compostura. Pero no mucha.
—¡Esta bien! ¡Está bien! Anunciaré su retiro, nos quedaremos celebrando en su nombre. Todavía queda vino y mucha comida. Todos entenderán que quieren estar a solas y empezar la luna de miel —expresó con picardía mientras le daba toquecitos con el codo a Katja.
Katja se sonrojó. Viktor hizo una mueca de reproche, aunque en realidad le pareció divertido. Estaba tan cansado que quería cama, pero para dormir y creía que su esposa también. Ya podrían resolver esos vínculos afectivos en la mañana, más descansados. La señora Meredith les despidió emocionada. Se deshizo en consejos y recomendaciones. Recordándoles que no se preocuparan por el niño. Sería bien cuidado y ella, personalmente, se hacía responsable de él.
—¡Vayan! ¡Vayan! El amor les espera. Esta noche debe ser solo de ustedes dos.
Viktor pensó: "¿cuál noche? Si ya casi salía el sol". En el horizonte, hacia el este, empezaba a despuntar las primeras luces. Katja se alarmó un poco. Le había tomado verdadera repulsión al sol. Nada más saber que el amanecer estaba próximo le incomodaba.
—Apresurémonos Viktor, quiero estar en casa antes que el sol salga.
—Ya viene el carruaje —anunció el hombre.
Muchos salieron a despedirlos entre vítores y júbilo, entre ellos la señora Mariska, escoltada por las chicas contratadas, que, aletargadas y cansadas a más no poder, celebraban que los recién casados al fin se retiraban. Augustus, también estaba allí, en el grupo de

despedida y antes de que subiera al coche procedió a entregar un paquete a Katja.
—¿Qué es esto? ¿Un nuevo regalo? ¿Qué nueva travesura se le ocurrió? Nos podría decir el contenido del paquete. No deseamos nuevas sorpresas —le dijo Viktor, interceciendo y recibiendo el envoltorio en vez de Katja.
—No se preocupe es solo una crema para la piel. Tengo entendido que en su luna de miel realizarán un viaje por la campiña. Esto protegerá a Katja de los rayos del sol. Hay que cuidar la piel, la suya, la del pequeño, la de usted también si se anima a usarla.
—Mmm... Viejo mañoso. Me caes bien, pero a veces abusas de la confianza. Gracias por el regalo. ¡Nos vemos luego! Si Dios quiere en unos mil años.
—¡Amén!
De verdad que era todo un personaje. Simpático sí, pero entrometido. Le deseaba lo mejor. Que le fuese tan, pero tan bien en sus negocios, que tuviese que mudarse a las Américas, a Asia, África, Antártida, adonde sea, pero bien lejos de ellos dos. Aunque seguramente sus deseos no serían cumplidos. Suspiró, al menos ya descansarían. Quería dormir por unos tres días con sus noches al menos. Y sin querer, o queriendo, ambos se durmieron en el trayecto. El chofer tuvo que despertarlos.
Entraron a la casa, el hogar dulce hogar, fueron directo a las escaleras, necesario era subir a la habitación principal. Él la levantó y quiso subir con ella cargada por las escaleras. Estaba agotado y somnoliento, tropezó y rodaron por los escalones. De suerte que solo habían subido dos peldaños, así que no hubo daños catastróficos. Ella cayó encima de él, cubriéndole la

cara con el vestido.
—¿Estás bien amor? —le preguntó ella —¿Te golpeaste muy fuerte?
—No mucho —mintió, su baja espalda le dolía con fuerza.
—¿Entonces no te duele nada?
—Sólo mi dignidad. Te quería cargar de forma romántica, escaleras arriba y caí de forma cómica. Eso duele.
—¡Ja, ja! Si eres tontito, ven subamos caminando. Si pudiera te cargara yo.
—Eso sería digno de ver —expresó sonriendo.
Y para su sorpresa ella lo levantó. Él se sobresaltó mucho. ¿De dónde sacó esa fuerza su pequeña esposa? Sin embargo, no dieron más de un paso cuando cayeron de forma estrepitosa de nuevo, ella riendo y él asustado.
—¡Ay! Te entiendo ahora, esto de la dignidad duele —le dijo ella, con voz adolorida.
—Me asustaste. ¿Estás bien? No vuelvas a hacer una cosa como esa. Te puedes hacer mucho daño. Yo peso al menos 75 kilos. Eso es mucho peso para ti.
—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! Pero mis piernitas me tiemblan.
—Qué ocurrencia la tuya. Ven —le dijo, dándole la mano —, subamos como gente de casa, no como acróbatas de circo, no tenemos tanta energía en estos momentos para juegos románticos.
Ella asintió, riendo. Se sentía rara, achispada, quizá fue el vino. Debió tomar más de una copa. Escalaron, tomados de la mano. Él, con la mano libre, disimulando un poco, se examinó la espalda, en la zona golpeada. Katja, por su parte, subió, cojeando

un poco. A medida que iban subiendo sus dolores remitieron y terminaron los últimos escalones, caminando de manera más normal.

—Bienvenida a tu cuarto, nuestro cuarto, mi querida esposa. Estarás de acuerdo conmigo de dormir solamente. La luna de miel puede dar comienzo más tarde mi cuerpo me pide descan...

La frase se quedó a mitad de expresión. Katja se había abalanzado sobre él. Cayendo en la cama, quedando debajo, sorprendido, inicialmente sumiso, activo después. Aquellos pequeños y tupidos labios, silenciaron toda voz, Viktor sintió su boca invadida por la pasión. ¿Cómo seguir utilizando aquel músculo esencial para la fonación si otra lengua anulaba sus funciones? El asalto fue relampagueante, luego llegó una pausa, reanudación, pausa de nuevo, continuación. Solo retiró la lengua del habitáculo bucal, de su bien permitido amante, cuando ella quiso acompañar los besos con expresiones de amor. Las frases entrecortadas se multiplicaron, así como el deseo en las entrañas.

"Te amo, te quiero, te amo, te amo". Clave Morse del amor y el arrebato. Pequeños mordiscos y lamidos, jadeos y gemidos, causaban hormigueo y tensión, la respiración en ambos se alteró y ni hablar del descontrol que se adueñaba del pecho.

El tamborileo de sus corazones era incesante, se preparaban para una hermosa batalla donde la lucha sería cruce de caricias y la muerte sería un orgasmo, dos, tres, todos los que arribaran y se fueran. Todos bienvenidos. Él, alzó su cañón amenazante, erguido, surgiendo desde el bunker, humeante, listo para la acción. Dentro de ella, se encendió la alarma, el peli-

gro inminente del grueso calibre, apuntando hacia su vientre, inició una serie de acciones. No habría retirada, ni nadie correría a esconderse. Había miedo, sí, pero también determinación. La trinchera se humedeció en el preámbulo, fase preliminar para recibir el fuego de aquel amado enemigo. Lo sabía sin saberlo, aquello sería una acción de toma y dame, ataque y contraataque, sin importar las bajas, sin fijarse en el cansancio o el dolor.

Y el asalto dio comienzo. A pesar de los tambores de guerra implícitos en el acto, él fue delicado. Cruzó la tierra de nadie, tocando, palpando el terreno, el montículo de Venus se estremecía con el avance. La alambrada estaba anulada, dócil; sí, la brecha estaba abierta, lista para ser penetrada. Llegó el momento del abordaje final, los nervios de acero se tensaron ante lo inaplazable. La invasión fue perpetrada en oleadas, la trinchera se resistía. Entre contracciones y expansiones, la vanguardia logró su cometido. Nueva voz de sorpresa, un pequeño grito de dolor, de arenga, de placer y de esplendor. Ya el amado enemigo estaba dentro, la ruptura del frente se había consumado pero la batalla estaba lejos de terminar, este era solo el comienzo. Se combatió casamata por casamata, nido por nido.

Avanzaba la punta de lanza, la defensa le hacía retroceder con la misma fuerza, repitiendo la acción con tenacidad, ardor y desespero. Labor, intensidad y perseverancia mutua. El NO sé confundía con el SÍ, las barreras entre lo negativo y positivo se reducían a cero. El combate era confuso, no por eso la meta era menos clara para ambos contendientes. La muerte era tan dulce mientras batía sus alas dentro de ella.

El ariete encendido en el fuego del amor; la defensa derramando aceite hirviendo de pasión, alcanzando el máximo fervor. Y entre colores, vítores y temblores se escuchó el grito de triunfo, dos voces reclamaban la victoria. La batalla había concluido, una cita con el clímax, un encuentro con la vida, la paz llegaría de forma paulatina. El sudor, las lágrimas y fluidos entregaban la recompensa. Los combatientes podían descansar.
Viktor sentía desfallecer. Así que se apresuró a decir algo antes de que el cansancio le arrastrara a la inconsciencia.
—Gracias mi amor. Fue hermoso.
—Gracias a ti mi vida. Por hacerme mujer. Ahora sí, soy solo tuya y de nadie más —dijo ella en una clara referencia a su anterior miedo de no ser pura.
—Yo pensé por un momento que estarías muy cansada. Y me dije: "déjala descansar, no seas ansioso, ya están casados. Puedes esperar unas horas más." Pero ve, tú tenías otras ideas.
—¿Yo? ¿Cansada? Para nada... Estaba molida, acabada, exprimida, extenuada.
—¿Y de dónde surgió esa energía?
—Del amor, del desespero, del vino... ¿Acaso eso importa? ¿Te arrepientes?
—No, no es eso. Claro que no me arrepiento. Es que a veces te veo tan pequeña, tan frágil, tan necesitada de protección y de repente estallas, te engrandeces, me levantas como un crio, te posee una energía increíble. Eso me confunde un poco. Te soy sincero ahora mismo no podría sostenerme en pie, siento mis piernas como dos fideos recién escurridos.
—Lo sé. Yo estoy igual. Ahora sí, el cuerpo no me da para más. No sé ni siquiera como estoy hablando.

Estoy tan agotada. Pero quería ser amada, necesitaba ser amada, saber si era pura para ti, digna de tu amor, tu respeto y tu consideración.
—Mi amor, mi respeto y mi consideración lo tendrás siempre. Te preocupaba mucho ese tema de la pureza y no es que carezca de importancia, pero no es suficiente como para yo dejarte de lado, de eso ni hablar...
—¡Te amo, mis piernitas de fideo!
—¡Te amo, mi chiquita forzuda!
Se quedaron dormidos, no pudieron emitir más palabras. Despertaron ya muy entrada la tarde, se bañaron, hicieron de nuevo el amor, ella cocinó. Descansaron, hicieron nuevamente el amor. El apartamento olía a lavanda y pasión. Existían el uno para el otro, atrás quedaron los demás personajes, Augustus, Mariska, Mainard, la señora Meredith, la señora Verdi. El único que se permitieron recordar fue al pequeño Marko.
—Me hace falta mi duendecillo —expresó ella compungida.
—A mí también. En la noche lo pasamos buscando, mañana nos vamos de paseo a la campiña. Todos, en familia.
La luna de miel de la familia en la campiña, duró una semana, Mainard, les había procurado el alquiler de una cabaña en el descampado. El ungüento que le proporcionó Augustus, era relativamente efectivo. Es decir, le protegía muy bien del sol, pero era soluble en agua y duraba poco. Cada cierta hora debía colocarse una medida para repotenciar la protección. Y si no, utilizaba el parasol de manera exhaustiva. Aunque fuese invierno y el sol no brillara con tanta fuerza, igual era molesto. Y entonces reanudaron

los malestares. Síntomas leves crecían, se hacían más constantes y fuertes. Tenía dificultades para respirar, dolores musculares, una extraña sensación de hambre permanente, frío, mucho frío. Se contentó mucho cuando al fin regresaron a casa y dieron comienzo a la rutina de vida en familia. Viktor, al trabajo; el pequeño Marko jugando con sus muñecos; ella, concentrada en sus quehaceres de ama de casa.

Y allí, en la cocina, ocurrió por primera vez, al menos en estado consciente, aquello que temía. No se percató cómo inició, todo lo que recordaba era haber estado desplumando las aves vivas que había recién adquirido en el mercado, luego le sobrevino un vacío en la memoria, como estar sentado en una berlina que cae en un bache, cayó y subió para caer de nuevo, el golpe la despertó.

Cuando reaccionó mordía el cuello decapitado de una de las gallinas, y no es que el mordisco lo realizaba para desmenuzar la presa. No. La presión de sus dientes era para permitir una mejor aspiración de la sangre. Sí, succionaba el vital líquido del animal, pero este no pasaba a su garganta. Algo ocurría y la sangre no iba al estómago. Sintió repulsión de lo que realizaba, sin embargo, no dejó de hacerlo. Era algo que no podía controlar, algo instintivo. Sólo paró cuando ya no quedaba una gota de sangre en aquel cuerpo. Sin pensarlo, tomó la otra ave, le retorció el cuello; la gallina hizo un pequeño ruido, le arrancó la cabeza, echándola lejos. Metió el sangriento muñón en su boca y reanudó la tarea de succión. Lloraba de asco, deseaba parar, pero no lo hacía. Cuando agotó al nuevo cuerpo, recuperó algo de compostura. Se dirigió al fregadero e introdujo sus dedos hasta la

garganta, induciendo el vómito, pero nada salió de sus entrañas. Repitió el proceso varias veces, entre estertores y gemidos lo único que expulsó fue la bilis. Exhausta, adolorida y asqueada se echó en el piso a sollozar. Marko, escuchó el llanto y se apersonó en la cocina.

—¿Qué pasó, Katja? ¿Por qué lloras? —le preguntó, abrazándola.

—Nada mi niño. No pasa nada —le respondió.

Entonces comenzó a sentir de nuevo el vaciado de memoria. Perdía la conciencia. No, no, no podía perder el control. Sustituyó el cuello del niño por su propia mano, mordiéndola con fuerza. Luego de unos tensos segundos, la calma regresó a su pecho. Ocultó la herida lo mejor que pudo para que el niño no la observara. Era fea, se marcaban todos los dientes en su muñeca. Lo llevó al jardín y lo invitó a jugar mientras ella terminaba la cocina. Corrió apresurada al baño, debía revisar la herida. Cuando llegó hasta allí, su herida se había curado. Aquello, lejos de ser tranquilizador era la peor pesadilla, la más aterradora verdad.

XVI
EL RELATO DE MARKO FOLIO VI

"Aunque me habían extendido el permiso, en realidad era una especie de castigo. Un espacio para que me calmara y repensara mis ideas. Sabía que el director, en el fondo, estaba de acuerdo conmigo, quería acabar con ellos, en especial con Oscar, existía una verdadera animosidad entre ellos, sólo que eso contravenía los objetivos de la organización. Acepté con gusto el supuesto castigo. Eso me permitió estar con mi familia antes de que la guerra se volviese contra nosotros. Si conoces un poquito de historia sabes que en ese año de 1943 el eje comenzó a ceder en todos los frentes. Hungría, era parte del eje y como tal sufrimos nuestra cuota de daño".

"Y si de daño he de hablar hay uno, al igual que el cerco de las acciones militares se cerraba sobre nuestro país, un aciago destino pesaba sobre mí y mi familia. Yo no lo sabía, pero pude intuirlo una vez llegué a casa. Marko II, mi primogénito, alguna vez mi pequeño hijo, se había alistado en el ejército. Ya contaba con 19 años. Su llamado a las armas era un hecho inevitable, dado la situación bélica. Así pues, esa fue la última vez que la familia estuvo junta al completo. Coincidiendo la licencia de nuestros respectivos comandos. Procuré darle la mayor cantidad de consejos, sabía que la sobrevivencia en batalla dependía más de la suerte que de las habilidades que pudiera poseer el combatiente. Igual lo hice. Era deber de padre. Hicimos una excursión, fuimos de

pesca, nadamos en el lago Lobaton, hicimos todo cuanto pudimos juntos, con Timeo y tu abuela, en el corto tiempo que disponíamos. Precisamente eso ocurría, el tiempo se había agotado, sin apenas darnos cuenta. El teléfono sonó y al contestarlo, se detuvo el reloj".

"Era el director".

—Marko, tengo excelentes noticias. Llegó el lingüista y está ya analizando las grabaciones. Determinó que el idioma que están usando es una variación antigua del sanscrito —expresó, entusiasmado.

—Me parece bien —le contesté, no con muchos ánimos.

—Y eso no es todo. ¡La tenemos!

—¿A quién tienen?

—¡A tu madrastra! ¡Tenemos a Katja!

"Quedé pasmado."

—¡Marko! ¡Marko! ¿Estás allí? —preguntó al no recibir respuesta.

—Sí. Aquí estoy —respondí sobriamente.

—¿Y no vas a decir nada? Pensé que iba a emocionarte la noticia.

—Me tomó por sorpresa. Aún no asimilo el hecho. Deme un respiro para absorber el asombro.

—Eso hazlo mientras te diriges aquí.

—¿Me suspende el permiso? —pregunté.

—No, no se trata de eso. Luego lo negociamos si deseas. Supuse que querrías regresar al saber la noticia.

—¡Rayos! ¡Sí, tiene razón! Debo ir, por más que no quiera.

—Excelente. Te esperamos. Mientras, seguiremos ampliando los datos.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? ¡Ah, Katja! Se hacía llamar Bárbara Ivánovich. Te imaginas, con ese nombre era imposible no llamar la atención de nuestros celosos guardias. Tenía papeles falsos, de allí que la detuvieran en un puesto de control sobre el río Niemen, en Alemania misma, en Prusia Oriental.
—¡No! Me refiero al lingüista...
—Se llama Karl Vossler.
—¿Es militar?
—No, para nada, es un civil. Cuando vengas te hablo de sus credenciales, que son impresionantes, debo decir. No es un entusiasta del nacionalsocialismo, de hecho, siempre ha mostrado una postura en contra nuestra, pero solo a nivel intelectual. ¡Pequeñeces! Sin embargo, no se pudo resistir cuando fue convocado, la idea era demasiado interesante como para que se detuviera a pensar en objeciones morales o políticas.
—Está bien, parto inmediatamente para allá.
"Le comuniqué a mi familia el cambio de plan. Tu abuela no estuvo de acuerdo ni feliz. Se molestó tanto que me mandó al demonio. Me maldijo; a mí, a los nazis, a la guerra, a los rusos. Maldijo todo aquello que pudo".
"Ese día perdí a tu abuela, no hubo papeleo de divorcio, pero era un hecho, no me dejó, yo la abandoné. En eso tenía razón. También perdí a mi hijo, a pesar de que él, se mostró comprensivo acerca de mis supuestos deberes castrenses y nos despedimos, emocionados, en el andén del tren, no le volví a ver más. Cayó en combate y ni siquiera pude visitar su tumba pues fue enterrado en una ubicación desconocida en Ucrania. En medio del caos de la retirada no fueron

capaces de recuperar el cuerpo y el entierro quedó en mano de los rusos. No lo hallé en ningún cementerio, cabe la posibilidad de haber sido enterrado en alguna fosa común, lo sepultaron con otro nombre o no recibió sepultura adecuada. Quién puede saberlo. Por más que intenté averiguarlo nunca pude encontrarlo, ni aún después de la guerra. Ese fue el triste destino de tu tío. Un joven, un muchacho, que no tuvo tiempo de vivir".

"A mi otro hijo, Timeo, tu padre, lo perdería en Guatemala, en un incidente que quizás te comente luego. No fue mi intención que ocurriera tal suceso, pero si fue mi responsabilidad, no le culpo por las decisiones que tomó. Un tanto exageradas para mí gusto, medidas desmedidas en sí mismas, que tenía todo el derecho de tomar. Él no quiso saber de razones y se alejó tan lejos como pudo de mí. Se pudiera decir que ese día, el día del incidente, por allá en los años 60's, también te perdí a ti, mi nieto, sangre de mi sangre".

"Pero volvamos al tema que nos atañe".

"Así, una vez más, arribé a ese edificio, a esa ubicación donde funcionaba aquella organización clandestina, sin nombre, sin escrúpulos, sin límites. Eso creía. Que no existían límites para su maldad, sus objetivos y fantasías, pero si los había, a pesar de que mis sombríos pensamientos no pudieran verlos".

—¡Bienvenido Marko! —dijo al recibirme el director, se veía muy animado.

"Normalmente era más frío. Comenzó a hablarme del profesor, enumerando sus títulos y logros académicos. Yo apenas si le escuché. Se extendió un buen rato en ello. Hube de interrumpirlo".

—¿Dónde está?

—Está en el segundo piso, en la sección donde tenemos las grabadoras. Allí pasa la mayoría del tiempo. Puede parecer un anciano, pero tiene una energía para trabajar increíble.

—Me refiero a Katja.

—¡Ah! ¡Cierto! Esta abajo, en una celda aislada de los otros reclusos especiales. Desde que ella llegó se comportan agitados, inquietos, hasta me atrevo a decir: excitados. Supongo que por ser mujer les altera un poco. Es una chica muy atractiva. Tal como la describes en tus reportes. Son vampiros, la raza oculta y todo lo que tú quieras, pero en esencia son hombres, el género masculino no puede prescindir de algunos instintos, supongo que para eso se debe alcanzar algún grado de autocontrol que ellos, evidentemente, aún no manejan.

—Quisiera verla de inmediato.

—Eso supuse. Te sugeriría subir a la zona de habitaciones, que te instales primero y descanses, ella no se irá a ningún lado, pero no me harás caso.

—No, no haré caso. Quisiera verla de inmediato.

—Eso me gusta de ti. Eres terco y obstinado. Está bien, bajemos. Deja tus cosas allí. Las haré subir luego.

"Bajamos al sótano, me hallé con la sorpresa que los reclusos especiales se hallaban en parejas. Oscar con Vladimir, Churchill con Atila. El director, percibiendo mi asombro, se adelantó a la obligada pregunta".

—Los colocamos juntos para ahorrar espacio. Necesitábamos una celda sola para Katja, así que los colocamos de dos en dos. Vladimir, que parece ser más fuerte que Atila, lo emparejamos con Oscar, así

minimizamos la posibilidad de un asesinato, dado que los dos están en teoría iguales en fuerza. Colocamos a Churchill y Atila juntos, Churchill es más bien sumiso y fofo; Atila... Atila, no sabemos cómo clasificarlo, es algo enigmático. De todas maneras, ahora que todos son amigos el riesgo que se maten entre ellos ha desaparecido, casi por completo. Katja está al final, separada de ambos grupos, como ya te lo había dicho. De los reclusos especiales y de los sujetos de prueba.

"Mi corazón, aceleraba su ritmo a medida que nos adentrábamos por el pasillo. Había emociones encontradas en mí interior, no sabía si llamarlo odio o amor, quizá una mezcla de ambos".

"Y allí estaba ella, sentada en la cama, silente y pensativa. Con la expresión triste de aquellos días pasados, de la ocasión en el refugio, de cuando recién mi papá la llevó a casa. Al verme sonrió. Había poco brillo en sus ojos. Despejó el cabello que le cubría medio rostro. Su cabellera era tan abundante como siempre, solo que lacia y no encrespada como en antaño. Se levantó, lo hizo con movimientos lentos, con aparente descuido calzó unas zapatillas negras de tacón medio y se acercó hasta los barrotes, sin tocarlos. Colocó sus manos detrás, mientras me observaba con detenimiento."

—Hola Marko. Me da gusto verte, aunque no puedo evitar estar triste por la situación de nuestro reencuentro. Yo prisionera y tu carcelero —me saludó.

"Yo quise responder, pero no lo hice. No supe decir nada más que un parco: hola".

—Me retiro, tendrán cosas que hablar en privado y yo cosas que hacer —dijo el director.

"Era un poco irónico el asunto de la privacidad. Yo sabía que no era cierto, nuestra conversación sería grabada. Sin embargo, agradecí que me dejara a solas con ella. Quizá olvidara tal cuestión y pudiera sentirme cómodo para hablar sin tapujos. Aunque, más irónico era que, después de tanto querer verla y hablar con ella, ahora que la tenía en frente no se me ocurría nada que decir".

—Has las preguntas Marko. Muchas dudas habrá en ti, surgidas de nuestro conocimiento previo y que no habrán hecho otra cosa que crecer y obtener respuestas inadecuadas. Anímate. Pregunta.

"Yo asentí".

—¿Mataste a mi padre? — hice la primera pregunta mirándola directamente a los ojos.

—Sí, Murió por mi causa, por mi torpeza y por mi amor —respondió ella manteniendo la mirada fija.

"Creí que lo negaría, pero lo admitió sin más. Sin poder evitarlo las lágrimas escaparon de mis ojos".

—Eso ya lo sabías. Pregunta otra cosa —me dijo.

—¿Por qué me salvaste en aquella ocasión? En 1914.

—Porque te quiero. Has crecido, te hiciste adulto. Pero nunca dejaste de ser mi pequeño, aquel niño que alguna vez me dijo madre.

"Yo reí sin dejar de llorar. Fue una risa efímera. Quería pensar que era mentira su cariño, no era así. Decía la verdad".

—¿Cómo me encontraste en aquella oportunidad? —pregunté con la voz quebrada.

—El día que ocurrió la batalla había ido al pueblo de Bortkiv, con apremio, en busca de víveres, previniendo la escasez que surgiría por el conflicto, cuando tu batallón pasó frente a mí, marchando, y te vi.

Entonces abandoné la razón que me había llevado hasta el poblado y seguí la marcha a prudente distancia. Cuando se desarrolló el combate, me escondí lo mejor que pude, en un lugar que me permitió observar los acontecimientos. La batalla fue confusa, desde donde me encontraba solo podía distinguir figuras moviéndose de aquí para allá, de allá para acá, el ruido de la fusilería, las ametralladoras y las explosiones. Contemplé como tu batallón se retiraba, pasaron muy cerca de donde estaba y no estuviste con ellos. Temí que estuvieses herido o peor, muerto, así que esperé la oscuridad de la noche y salí a buscarte. Tuve la suerte de hallarte con vida y te llevé hasta el refugio.

—La respuesta parece obvia, pero debo hacer la pregunta: ¿qué le hiciste a Slatan?

—¿Slatan? No conozco a nadie con ese nombre.

—Me refiero al soldado herido que estaba conmigo.

—Entiendo. Sí, ya lo recuerdo. Como bien lo dices, la respuesta es obvia. Limpié la herida y acorté su sufrimiento. Al principio pensé que eras tú, por el tamaño y la corpulencia. Tú estabas un poco más adelante.

—¿Por qué intentaste convertirme?

—Quería salvarte. Estabas muy mal herido. No debí hacerlo, pero no sé me ocurrió otra cosa.

—La pócima que me diste a beber. ¿Qué era?

—Un preparado de frutas y verduras ricas en hierro. Es una receta antigua, no es invención mía. Me disculpo por el sabor. Sabe horrible, eso lo sé.

—¿Y cuál era su fin?

—Funciona como un suplemento alimenticio que ayuda a mantener el hierro en la sangre. Se supone

que ayuda al cuerpo humano en el proceso de creación de glóbulos rojos. Te lo hice beber con la esperanza que reforzara tu sistema.
—¿Y funcionó?
—Yo diría que sí. Estas con vida.
—Sobreviví y no me convertí. ¿Alguna idea por lo cual eso no ocurrió?
"Katja guardó silencio. Dudó en decirme la verdad".
—Lo discutí largamente con Augustus varias veces. El hecho es que, en tu niñez, me aproveché de tu sangre, en pequeñas cantidades. Pudo haber acontecido que, en el intercambio del vital líquido, fracciones se trasvasaron a tu torrente sanguíneo; eso, poco a poco creó una resistividad. Por eso, creemos, el proceso fue fallido, largo, doloroso e intenso. Es solo una conjetura, nada seguro. Fuera de eso no hay ideas. Algunos se convierten, la mayoría no y una minoría sobrevive sin convertirse, así de simple. No hay un estudio estadístico ni científico sobre ello. Nadie lleva registros, no hay historiales, ni cuentas; solo historias y leyendas. Tus amigos, tan afectos a los números y probabilidades, no obtendrán nada porque nosotros mismos no lo sabemos —me dijo muy seria y con cierta rabia contenida en la voz —. En ese sentido eres uno en un millón, eres especial.
—El estudio científico y estadístico se está llevando a cabo aquí.
—¿Y qué números ha arrojado ese estudio?
—Solo números negativos. El cien por cien de los sujetos de prueba muere durante la conversión.
—Es de esperarse. Quién sabe, un día de estos tienen éxito.
—¿Accederías a proporcionarnos esa receta? —pre-

gunté, seguro de obtener una respuesta negativa.
—Sí, claro. No tengo ningún problema con eso. Me extraña que no se les haya ocurrido esa idea antes —contestó despreocupada.
"Detuve el interrogatorio. Busqué papel y lápiz. Pero ella, cambió de parecer, se negó a dictarme la receta, ingredientes, modo de prepararlo, etc. Aquello era una contrariedad".
—¿Cambiaste de idea? —le recriminé.
—Sí, cambié de idea —admitió.
"Ya me había parecido demasiado bueno que colaborara sin resistirse un poco".
—¿Sí llegásemos a suministrar esa preparación a los sujetos de prueba ayudaría a que se conviertan? —inquirí.
—Es posible —me respondió evasiva —pero también es posible que no ayude en nada.
—¿Y entonces por qué no me la das?
—Porque es una pérdida de tiempo.
"Me había molestado esa respuesta. No por ella, si no por mí. Aquello era un juego, estábamos jugando al gato y al ratón, sin saber quién era el gato y cuál el ratón. Al menos yo no lo sabía. Cómo lo había expresado Oscar, alguna vez, ella estaba encerrada en una celda, pero el prisionero era yo".
—Cierto —le respondí lacónicamente.
"Ella me miró con su característica expresión de tristeza profunda. No dijo nada, pero su pensamiento se transparentó. Yo había envejecido 40 años y ella no. Lucía joven, fresca, hermosa, recién salida del capullo. Había que aceptarlo. Era pequeña de estatura, tenía un atractivo exótico e innato, podía entender ahora porque mi padre sucumbió ante esa melancó-

lica mirada que invitaba a la protección".
"Mi papá, lo poco que recuerdo de él, era cómo un héroe de historietas, siempre en la búsqueda de hacer el bien, con anhelos verdaderos de proteger al débil e impartir, delegar justicia. Lástima que no tenía poderes sobrehumanos como los personajes de las revistas. En fin, volvamos a la analogía del prisionero y la encarcelada, del gato y el ratón. Ella, era la joven veinteañera, lozana y tierna; yo el señor cincuentón, marchito y amargado".
—¿Conoces a Inanna? —pregunté de improviso.
"Cambié el tema, su negativa me había puesto de mal humor. Como ella misma dijo, era una pérdida de tiempo si me enfrascaba en ello".
—No, no conozco a nadie con ese nombre.
—Quizás sepas de ella con otro nombre: Parvati, Ishtar, Ixchel, Kali, etc. Es la primera, la original. Cómo dice Oscar, la madre de los monstruos.
—Entiendo. He oído hablar de ella, pero no la conozco. Es una leyenda, me pareció que no era más que eso.
—Pues te diré que si existe. ¿Y qué hay de tu mentor? ¿La conoce? ¿La nombró alguna vez?
—Él cree que existe, pero nunca la ha visto en persona. Se supone que es una mujer con apariencia de ancianita, algunos dicen que tiene miles de años. Pero, si tú me hablas de ella es porque sabes algo.
—En efecto. La conocí hace unos 4 años, en una expedición al Tíbet.
—¿El Tíbet? —preguntó extrañada.
Asentí con la cabeza.
—Se hallaba oculta en las montañas. En un templo apartado de toda presencia humana, era un retiro vo-

luntario con unos pocos acólitos. Logramos llegar hasta allí, pero la expedición fue un fracaso, todos los miembros de la misma murieron, así como los vampiros que la acompañaban. Sólo sobreviví yo y solo porque ella no quiso matarme.
—¿Y qué fue de ella?
—Es una incógnita, pero asumo que también sobrevivió. Se lanzó de espaldas a un precipicio. No pude ver donde cayó su cuerpo y tampoco creo que la caída la haya matado. Pero no hay pruebas que demuestren lo uno o lo otro. Será otro misterio más relacionado con ella.
—¿Querían atraparla?
—Sí, era uno de los objetivos.
—Me entristece que hayas tomado este sendero de muerte y dolor. Sirviendo a estos seres egoístas, malvados e inhumanos.
—¡Mira quién lo dice! ¡Tú qué mataste a mi padre y quien sabe a cuantos más! ¿Cuántos muertos pesan sobre tu conciencia, Katja?
"Ella no dijo nada. Bajó la mirada y se hundió en el silencio. Aquello me exasperó".
—¡Habla! ¡No te quedes callada! —le grité otra vez.
—Eso no importa, si han sido dos, tres o veinte. La única muerte que cuenta y me importa es la de Viktor, tu padre, mi amado esposo —dijo al fin, con lágrimas en los ojos.
"Perdí el control. ¡Hipócrita! ¡Mira que llorar por mi padre luego de admitir haberlo matado! Desenfundé la pistola y antes de que pudiera darme cuenta había descargado todo el cargador. Disparé, una, dos veces, seis, siete y ocho. No le acerté todos los disparos, algunas balas rebotaron en los barrotes. Observé una

herida en el hombro derecho, otra en el abdomen y una tercera en el antebrazo izquierdo, no estaba seguro, creo que una de las balas le había dado en el cráneo. Se mantuvo de pie, resistiendo el ataque. Procedía a la recarga del arma cuando alguien me derribó. Quise forcejear, pero no pude. Era Jonás y con él, Junen. Expertos sometiendo a personas, me paralizaron en unos segundos. De nada valían mis pataletas. Aunque igual pataleé. Antón, quién también había venido, recogió la pistola del piso y se la entregó al director."

—¡Marko! ¡Marko! ¡Contrólate! —me dijo, a la vez que hizo una seña a Junen, quien jeringa en mano, me inyectó algo en el brazo, más que presumible, un sedante. Perdí la conciencia casi de inmediato.

"Cuando desperté, estaba esposado, con las manos atrás, en mi oficina. Se había hecho de noche".

—Mi buen amigo Marko. No sé qué hacer contigo. Estoy reevaluando la importancia y tu membrecía en el grupo. Qué ventajas y qué desventajas ofreces. Lo qué hiciste hoy fue algo imprudente, casi matas a uno de los reclusos especiales, a sabiendas de la importancia que tienen, aun siendo tú uno de nosotros. Puedo entender tu querella con esa muchacha, que la comprenda no quiere decir que apruebe tus acciones contra ella —me dijo el director, caminando de un lado otro de la oficina, sin verme a los ojos y mordisqueando la raíz de alguna hierba desconocida entre los dientes.

"Yo no le contesté. Sí él no sabía qué hacer conmigo yo tampoco sabía qué hacer con ellos. De repente me hallé (o, mejor dicho, me coloqué) en una situación muy comprometida. Por un lado, se encontraba

esa organización maligna, sin nombre ni cabeza, de la cuál podría ser expulsado, si ya no lo estaba, por otro lado, estaban los mal llamados reclusos especiales y en otro nivel, menos importante, los prisioneros destinados a ser sujetos de prueba y ganado, que no tenían más derechos que el de un destino cruel; y en el medio de aquella grotesca comunidad de monstruos y víctimas: Yo. Que no era alemán, ni nazi, ni vampiro, ni judío, ni nada. No era nadie, no pertenecía a ninguna persona, ni siquiera a mi familia. Pues, ya a ellos también los había perdido".

—En parte la culpa es mía —continuó el director —, no debí interrumpir tu permiso. Fue prematuro, necesitabas despejar ideas, cosa que no lograste, y yo te traje de nuevo a lidiar con un asunto para el cual no estabas preparado. Como líder debí haber vislumbrado esa situación. Creo que una parte de mí lo hizo. Pero me sentí optimista con el escenario, teníamos a Katja y había llegado el experto en lingüística. Con uno adquiríamos comprensión, un nuevo aliado y con la chica me hice la idea de recuperar la figura de Eugene, un vampiro colaborador y avanzar en el asunto que nos atañe. Ustedes se conocían y podían llegar a un acuerdo, dada la particularidad de su antigua relación. Pero no, perdiste el control y le vaciaste el cargador de tu pistola. Debo decirlo, seguimos atascados.

—¿Está muerta? —me atreví a preguntar.

—No. No lo está. Está viva gracias a las peculiaridades y habilidades regenerativas de la raza oculta, como tú le llamas. Le acertaste cuatro disparos, la mayoría heridas poco importantes, sin embargo, una de las balas le dio en el cráneo, en la región occi-

pital. Ya los doctores la atendieron, se está recuperando en el piso del laboratorio. Casi la perdemos Marko, casi. De suerte que son seres resistentes y se regeneran rápido. Y en eso queremos convertirnos, fuertes, duros, reírnos de las enfermedades, de los peligros. Está bien, no seremos invulnerables o inmortales, pero si poderosos. No nos confundas con fanáticos que quieren un Reich que dure mil años, queremos es el poder de controlar quien perdura y quién no. Poder en todo el absoluto significado de su expresión, porque cobraremos lo que sea y el que pueda pagarlo lo pagará, dinero, concesiones políticas, territoriales, tecnológicas, industriales, sexuales inclusive. No hay un poder más grande que el poder de vencer a la muerte. Si Hitler, Stalin o el presidente americano quieren ser inmortales tendrán que pedirlo de rodillas —expresó, lleno de rabia —. Tu problema parece ser la motivación. Quizá como no puedes convertirte en uno de la raza oculta no puedes ver el entero potencial de la tarea que llevamos a cabo. ¿Es eso? ¿Cómo has adquirido inmunidad contra su sangre te da igual todo lo que hacemos?
"El director se sentó".
—Sí por mí fuera acabaría con todos ellos. Y lo haremos, eventualmente, algún día. Pero no antes de lograr nuestros objetivos. Ni un minuto antes. ¿Me oíste? —me reclamó.
"Sacó su pistola y me apuntó a la cabeza".
—Algo me dice que no debo matarte. No todavía. Hay un papel importante que te queda por desarrollar en esta historia —me dijo al accionar el gatillo.
"El cargador estaba vacío. Yo me di cuenta de ello y no me asusté, al menos no al nivel que él pudo haber

requerido. Guardó el arma".
—Te quedarás aquí, mientras resuelvo que hacer contigo. Voy a supervisar los progresos del experto y ver cómo sigue Katja. Es raro, es la única de los reclusos especiales que no tiene un apodo. Quizá porque tenemos certeza de su nombre real o porque es mujer. ¡Bah! No importa, no me prestes atención. Reflexiona tus acciones y después ya veremos —me dijo antes de irse —. No intentes escapar, Afuera esta Grubber y su grupo y tiene órdenes de disparar y ya tú sabes que el sargento no dispara en vano, siempre es a matar.
"Cuando el director abrió la puerta para salir, pude ver, de manera fugaz, el rostro del mencionado lingüista. Usaba un sombrero negro, bigote poblado, cabello negro, canoso. Aparentaba unos 70 años. Me pareció conocido, sin embargo, en el momento no logré focalizar su rostro. Me miró, preguntó por mí, el director le comentó algo en voz baja, no pude escuchar bien, cerró la puerta y desde dentro de la oficina percibí como se alejaban caminando por el pasillo. Sin otra opción que la de permanecer inmóvil, comencé a reflexionar sobre una multitud de cosas. Observé cada rincón de la oficina, estaba aburrido además de preocupado. De tanto ver y rumiar, porque en realidad pensé en muchas tonterías, cosas de poca monta, terminé por observar que había una carpeta abierta en el escritorio·.
"Estaba allí desde el principio, pero no había reparado en su presencia. Como no pudiera alcanzarla con las manos me incliné todo lo que pude hacia adelante y la acerqué a mí. Arrastrándola con el mentón. Resultó ser un expediente sobre Karl Vossler,

el experto en lenguas que había enviado el Capitán Fritz Ullmann.
Catedrático de la universidad Ludwig Maximilian de Múnich, experto en los campos de literatura; italiana, francesa, española. Fundador de la Filología Idealista, que se opuso al no sé qué del positivismo neo gramático, creó su propia escuela del idealismo lingüístico o de estilística, bla, bla, bla... Me aburrí de nuevo. Me aprestaba a cerrar la carpeta cuando mis ojos tropezaron con una fotografía del susodicho profesor Vossler. Y entonces una certeza se fue iluminando ante mis ojos, aquel señor no era el catedrático ¡era Augustus, el vampiro! Disfrazado, caracterizado, maquillado, pero era él. Estaba seguro. Alarmado, llamé a gritos al guardia de la puerta. Este llegó al poco rato, no muy contento. Le pedí que buscara al sargento Grubber, había una situación de seguridad comprometida. El soldado no dijo nada, me observó, miró la carpeta abierta y con apatía la cerró y salió de la oficina".
Grubber llegó tiempo después (demasiado tarde, para mi gusto), con Taube, Schwartz y el soldado que servía de intérprete de señas, su apellido no lo recuerdo, empezaba por L, Lemanns, Lemoss, algo así. Para efectos prácticos le llamaré Lemanns.
—El sargento Grubber pregunta por la situación. ¿Cuál es su alboroto? —me preguntó, luego de que el mencionado le hiciera las señas correspondientes.
—Hay un infiltrado. El lingüista, su identidad no es Karl Vossler como predica. Es Augustus, un vampiro, mentor, creador y celoso protector de Katja. Pienso que vino a buscarla —le dije en un tono alarmado.

Hubo silencio mientras hablaban las manos. Había cierta solemnidad en el asunto.
—¿Qué tan seguro estás?
—Totalmente seguro —le afirmé —. El director se fue con él. Al segundo piso donde están los laboratorios, la radio, los aparatos de grabación y Katja, ella está allí. Me parece evidente la intención.
"El sargento, descolgó la carabina de su hombro. Por automatismos y procedimientos preestablecidos entre aquellos hombres, todos hicieron lo mismo. Taube y Schwartz tenían cada uno un fusil de asalto STG-44, Lemanns o como se llame, desenfundó su pistola, mientras me tomaba de un brazo y me conducía fuera. Él también tenía un fusil STG-44, pero lo dejó colgado en su hombro. Estos fusiles a pesar de su alta cadencia de disparo eran muy útiles en combates a corta distancia. Había yo oído hablar de ellos, pero no los había visto hasta ese momento. Apenas estaban siendo distribuidos y solo algunas unidades selectas lo tenían para aquellas épocas. Siendo Grubber y su escuadra, soldados de élite, era lógico que lo portaran. Fuimos al ascensor. No funcionaba. Estaba bloqueado. El único que lo podía bloquear era el director. Aquello no pintaba bien. Grubber realizó indicaciones. El soldado que estaba en la puerta se unió al grupo, llaves en mano. Nos dirigimos al final del pasillo, allí, movieron un pesado estante, en realidad lo que hicieron fue deslizarlo sin mucho esfuerzo, estaba montado sobre rieles. Detrás, estaba una puerta oculta que conducía a unas escaleras. Subimos. Taube y Schwartz, iban delante, seguidos a una prudente distancia por Grubber, quien llevaba la carabina al hombro, apuntando, más

que listo para disparar. Luego íbamos el soldado Lemanns y yo, aún esposado. Cerraba la comitiva el guardia, pistola en mano y en su hombro una carabina Máuser K98".

"Una vez llegado al segundo piso se realizó una reconfiguración táctica del grupo, fue muy rápido. Taube y Schwartz se separaron, dejando un espacio entre ellos, Grubber, pasó al final de la comitiva. El guarda abrió la puerta. Entrando por la abertura, se desplegaron Taube y Schwartz, uno hacia la izquierda y el otro hacia la derecha. Se agacharon, barriendo con sus miras el pasillo, Grubber, volvió al centro y pasó a la delantera. La coordinación de los movimientos era casi perfecta. Lemanns, conduciéndome y apuntando su pistola a mi costado derecho subió los últimos peldaños, yo con él, por supuesto. El soldado guardián, volvió a la retaguardia. El pasillo estaba a oscuras. Las pocas ventanas de ese piso permanecían siempre cerradas, más que eso, estaban selladas. Era un laboratorio. Grubber, buscó el interruptor y encendió las luces. Mi inquietud estaba justificada, en la convergencia de los dos pasillos del piso se hallaba el cuerpo de Antón. Yacía boca abajo, el cinto de su pistola lucía vacío, tampoco portaba las dos granadas que desde la reunión siempre llevaba consigo, el brazo izquierdo estaba extendido en su totalidad, mientras el brazo derecho se encontraba doblado hacia adentro. Aquello no era normal, sobresalía parte de su antebrazo con la palma extendida hacía arriba y le faltaba uno de los dedos. Se lo habían arrancado de un mordisco. Schwartz revisó sus signos vitales y se rindió ante lo evidente. Nos hizo una seña negativa con la cabeza. Grubber se aprestó hacia la puerta que

conducía al primer cuarto del laboratorio, mientras, Taube le cubría".
—Marko ven un momento —me llamó Schwartz, indicándome el cuello de Antón —ve esto.
"Obedecí. Tenía una profunda herida en forma romboidal, producida por un objeto punzo penetrante. No era propio de un cuchillo, parecía alguna especie de daga o puñal antiguo."
—No hay derramada ni una gota de sangre. No hay manchas. La herida está limpia, tenías razón —dijo —no existen motivos para que estés esposado. El director estaría de acuerdo conmigo. ¡Lemanns, libéralo!
"Lemanns, que sí se llamaba así, ahora lo recuerdo, me retiró las esposas, se descolgó el fusil de asalto y me dio la pistola."
—Es mejor que tengas esto —dijo al dármela junto con un par de cargadores.
"Entramos todos al cuarto 1 del laboratorio. Allí encontramos a dos de los doctores, muertos. Uno, sentado, al lado de un microscopio, con el cuello partido; el otro con una herida similar a la de Antón, pero en la frente, tirado en su propio charco de sangre. A ninguno de los dos le habían succionado su vital líquido. Entre los detalles, una camilla, con las sábanas blancas manchadas de rojo, cuyas correas de sujeción estaban desatadas, nos indicaba que los científicos realizaban pruebas con alguien, Katja quizá. Habían huellas de un pie pequeño, al parecer pisó la sangre al bajar de la camilla, dejando un rastro que conducía al cuarto 2 del laboratorio. Allí encontramos a otros dos cuerpos. El doctor que faltaba y la señora de la limpieza. Tenía éste una herida en el

estómago, en forma de rombo como las anteriores. El cuello estaba seccionado, no había manera de saberlo, pero si la herida era producida por la misma daga, el movimiento circular debió ser rápido y fuerte. Lo curioso es que en su abdomen si había rastros de sangrado, pero en el cuello no. El último de los cuerpos estaba boca abajo, con un bisturí en la mano derecha. Al menos la viejita presentó pelea. La puñalada la tenía en el cráneo, como no podía ser de otra manera, en forma de rombo. No había sangre, la habían desangrado. Era algo desagradable. Cada hallazgo era más horrible que el otro. A unos pasos del cadáver estaban sus sesos, licuados, alguien los había vomitado. Asqueroso. Pero éramos soldados, testigos y protagonistas de atrocidades, matanzas y crueldades. Por más terrible que pareciera aquello, debíamos continuar en pos de la tarea, la misión y la sobrevivencia".

"Recorrimos el resto del piso no hallando más cuerpos. Existía la posibilidad que el director no estuviese muerto, su destino era incierto. Grubber envió al soldado guarda a alertar al pelotón de las SS ante cualquier intento de fuga. Descartamos subir al tercer piso, no había nada de interés especial como para que Augustus lo tuviese como objetivo. Así que bajamos al primer piso, planta baja y luego al sótano. Siempre por la escalera secreta. Que pensándolo bien no era tan secreta, solo lo era para mí, todos los demás la conocían. No debió pasar, pero eso me hizo sentir mal, si no me habían informado de su existencia era porque no confiaban en mí. Había pasado por diversas situaciones y aventuras con aquellos sujetos; por más que pregonara odiarlos, y así

era, creí que existía cierta camaradería surgida entre ambas partes. Y ahora me parece estúpido haberme sentido mal por esa tontería. No me prestes atención. Son bobadas de un viejo chocho".

"Llegamos pues a la puerta falsa que conducía al sótano. La escena que encontramos tras ella no fue tan dantesca como la de arriba, pero era igual de alarmante. Todos los prisioneros estaban libres. Unos once sujetos, estaban apiñados al principio del pasillo, cerca del ascensor. Nosotros nos hallábamos en el otro extremo y ya sea por el sigilo de nuestros movimientos, por su alboroto o porque tenían su atención fija en como escapar, no se percataron de nuestra presencia. Desde donde nos encontrábamos no logramos ver ninguno de los reclusos especiales, supusimos que estaban en el recodo del pasillo, fuera de nuestra línea de vista. Al igual que ocurrió antes, Taube, maniobró hacia la izquierda y Schwartz hacía la derecha, Grubber al centro, luego yo y Lemanns cerrando la comitiva. Este último me indicó que no disparara a menos que fuese necesario."

—Guarda munición. No queremos quedarnos todos sin balas.

"Asentí. Recordé un poco la vez del enfrentamiento con Inanna y los suyos en el Tíbet. En aquella ocasión me quedé con una sola bala y nada significativo pude hacer con ella. Estaba más que de acuerdo. Estuve a punto de opinar que lo mejor era tratar de regresar a los prisioneros a sus celdas y, siendo así, no haría falta disparar, cuando oí el primer disparo. El pasillo tenía forma de L, con un pequeño recodo que permitía el acceso al ascensor. Nosotros nos ubicábamos en la parte donde el pasillo doblaba hacia la

izquierda y los prisioneros en lo que, figurativamente, sería la punta de esa L. Allí estaba un escritorio de metal que, normalmente usaba cuando estaba en el sótano, frente a la que era la celda de Oscar. No habría más de doce metros entre ellos y nosotros, con esa distancia tan corta y un espacio cerrado, lo que siguió fue una masacre en todo rigor. Schwartz y Taube, disparaban ráfagas coordinadas, Lemanns, por su lado, corrió hacia el fondo del lateral del pasillo, revisando que no hubiese ocupantes en las celdas de esa ala. Grubber, apuntaba a uno y otro blanco, pero no disparó, se limitaba a verlos caer, uno a uno, mientras trataban de cubrirse. Lemanns, regresó a tiempo para mantener la cadencia de disparo mientras Taube y Schwartz, recargaban. Yo me quedé expectante, más allá de la recomendación de Lemanns, no pude accionar el arma. Me tomó por sorpresa la acción. Pensé por un momento que la motivación para atacar sin ninguna advertencia o búsqueda de solución pacifica de la situación, era la venganza, por los compañeros caídos, pero no era así. Sus rostros y acciones manifestaban control absoluto de las emociones, aquellos hombres curtidos por la guerra habían adquirido una frialdad tal, que disparar a unos famélicos reclusos con ansias de libertad, le parecía una cosa de poca importancia."

"¿Cuánto duró aquello? No sabría decirlo. ¿Segundos? ¿Minutos? Pareció una eternidad. Cuando cesaron los disparos, once cuerpos yacían regados en el pasillo. Los humeantes cañones de las armas tomaban un respiro. Todas las víctimas eran prisioneros ordinarios, los vampiros permanecieron a resguardo en el recodo del pasillo. Estos, más resueltos y

con una capacidad diferente para afrontar el peligro, realizaron un contraataque. Levantaron el escritorio, que estaba hecho de metal, latón para ser más exactos, no era un escudo blindado, pero igual lo usaron de esa manera. Esta vez los tres soldados dispararon sus rifles de asalto. Alarmado observé como Grubber bajaba la carabina para lanzar una granada en contra de los atacantes. Al mismo tiempo vi como otra granada se elevaba por encima del escritorio en dirección hacia nosotros. Era una de las dos granadas desaparecidas del cuerpo de Antón. Por puro instinto me arrojé hacia el pasillo lateral. Lemanns, empujó a Grubber, quien cayó a un lado de mí. Con gran estruendo estallaron las dos granadas. Taube y Schwartz, murieron en el estallido, Lemanns quedó tirado en el rellano de la puerta, estaba inconsciente, su estado, era imposible de constatar. Se hallaba mal herido o quizá solo aturdido. La Stielhandgranate había sido diseñada para causar daños con el poder de su onda expansiva y con ella derribar a los defensores. Era, en definitiva, una granada muy ofensiva, de allí que la confusión reinante luego de la doble detonación, fue muy grande. Humo, oscuridad, sangre, calor. De manera irónica, también silencio. Aparte de un zumbido penetrante en los oídos, no podía oír más nada. Las luces del pasillo habían sido afectadas. Solo persistía la iluminación del pasillo lateral y la que provenía del recodo. Quise levantarme, caí, estaba mareado, desconcertado, me arrastré a gatas. Yo no podía mantenerme en pie, sin embargo, para mi vergüenza, el sargento Grubber ya se había levantado y carabina en hombro se dirigió hacia el pasillo principal. '¿De qué está hecho ese tipo?' me

pregunté. '¿De concreto?' Y, no sé si animado por su presencia o impulsado por el instinto de auto preservación pude levantarme. Una vez incorporado miré mejor lo que quedaba del pelotón de Rahl, el soldado Lemanns, inerte, quemado y cubierto de sangre, el sargento Grubber, con sus oídos sangrando y la mirada tambaleante. Yo no me podía ver a mí mismo, pero la imagen no era muy gallarda, de eso podía estar seguro."

"Doblé la esquina del pasillo. Lo poco que pude distinguir en medio del humo y la oscuridad fue el escritorio deformado, quemado, volcado y lleno de agujeros de bala. Debajo había dos cuerpos. Imposible distinguir quienes eran las víctimas. A uno de ellos le faltaba un calzado, el otro simplemente no tenía ninguno. Grubber avanzó, yo lo seguí como un perrito asustado, sin arma, la había perdido en la confusión y en mi aturdimiento ni siquiera se me ocurrió buscarla.

El sargento se encaramó por la masa informe de lo que alguna vez fue un escritorio y mientras lo hizo se oían quejidos debajo. ¡Estaban vivos! Era lógico, no en vano pertenecían a la raza oculta. Sin embargo, tal cosa no perduró mucho. Heridos a un nivel desconocido, indefensos y sin poder moverse, quizá conmocionados aún, fueron blanco fácil para la carabina de Grubber. Le disparó a quemarropa en la frente, en el medio de las cejas, uno murió de inmediato, el otro necesitó un segundo disparo en la cabeza para que dejara de moverse".

"Mientras sucedía eso surgió la figura rechoncha de Churchill, granada en mano, disponiéndose a lanzarla contra nosotros, pero Grubber, actuó rápido, de

un solo disparo, le derribó la granada de las manos. Está cayó a sus pies, activa, la tapa de la cuerda estaba abierta y antes de que Churchill pudiera reaccionar encajó otro balazo en el pecho. Cinco segundos, ese era el tiempo disponible para ponernos a cubierto tras el armazón del escritorio. Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Otra explosión, más sangre y restos humanos dispersos en el cerrado recinto".

"Aquello era demasiado para mí, pero no para el sargento. Se levantó de nuevo, esta vez se enfrentaba a Oscar, ya no había más granadas. Recargó la carabina y le estampó cinco disparos a corta distancia. Eso no detuvo al vampiro quien cargó contra él, entablando combate cuerpo a cuerpo. Grubber le asestó varios golpes con la culata, le clavó un cuchillo en el pecho, varios puñetazos, inclusive se quitó el casco y le pegó con él, pero nada parecía detener al enfurecido Oscar. Forcejearon y por instantes pareció que Grubber iba a salvar la situación, sin embargo, no fue así. El vampiro pudo, después de tanta lucha, resolver a la antigua, como él mismo alguna vez lo llamó, se arrancó el cuchillo del pecho y le cortó el cuello a su odiado enemigo. Fue tan violento el golpe que casi separa la cabeza del cuerpo. Luego le desangró inmisericorde y rápido. Ese fue el fin del mudo sargento. La venganza de Gonzalo estaba consumada. Soltó el cuerpo, este cayó. Oscar, también se dejó caer, estaba muy mal herido y necesitaba descansar para que la sangre recién succionada hiciera lo suyo".

"Yo, a pesar de no estar herido, solo conmocionado por las explosiones, con los tímpanos rotos y alguna que otra contusión en el cuerpo, no tenía deseos ni energía para moverme. Era consciente del peligro,

Oscar, se recuperaría en cualquier momento y aún estaban Augustus y Katja, quienes permanecían tras el recodo. No podía verlos ni oírlos, pero sabía que estaban allí. Yacía yo en medio de aquella calamidad; una indigerible compilación de restos, sangre, casquillos de bala y hollín. Eso era suficiente motivo para querer salir de allí, ya fuese que temiese por mi vida o no. Así que me obligué a moverme, me arrastré hacia la escalera. En cuanto pude hacerlo, continué a gatas, abriéndome paso a tientas con las manos. Ya sea por curiosidad o seguridad, volteé la cabeza, quería ver que sucedía. Y allí estaba: mi amada y odiada madrastra, levantando a Oscar, me lanzó una mirada fugaz, apresuró sus acciones y le brindó apoyo al mencionado miembro de la raza oculta para caminar hacia el recodo. Oscar, apenas podía sostenerse en pie, era necesario ese apoyo, entonces Augustus, salió del escondrijo y terminó de ayudarles".

"Observé luces, bajar por la escalera, el soldado guarda traía consigo al resto del pelotón de las SS que resguardaba el área exterior del edificio. El trío de vampiros entró al recodo y esa fue la última vez que vi a Katja. Me miró con esos ojos tristes, esa tenue indiferencia. Sentí alguna duda en sus movimientos, como si quisiera regresar por mí, esa indecisión fue zanjada por Augustus, quien la arrastró a la pequeña extensión del pasillo".

"Los soldados se desplegaron con su habitual eficiencia táctica, dirigiéndose hacia el ascensor. Cuando llegaron al cruce pensé que se produciría un nuevo combate. No fue así. Allí no había nadie. Los vampiros habían conseguido accionar el ascensor y subieron por el mismo. Sin embargo, al cabo de

unos instantes se produjeron una serie de detonaciones. Se estremeció la base del edificio y a pesar de la disminución de mi capacidad auditiva, pude oír cómo se desmoronaba encima de nosotros. Quedamos atrapados en el sótano, aquellos hombres y yo. Luego de unas complicadas y largas labores de rescate, nos extrajeron de aquel lúgubre sótano. Ya había amanecido cuando eso ocurrió".

"Con la luz del día pudimos constatar que el edificio se había derrumbado en su totalidad. Fui forzado a guardar reposo, pero al siguiente día deambulé entre los escombros y ayudé en lo que pude. Entre los cuerpos rescatados de la explosión se contabilizaron 12 soldados muertos, los 3 doctores, la señora de limpieza y 14 prisioneros. Participé en el reconocimiento de cadáveres, tarea ardua y repugnante, sin poder identificar al director, ni Junen ni a Jonás. Sugerí que pudieran estar vivos en el bunker profundo. Cosa que fue desestimada al principio, ya que los planos del edificio no mostraban un segundo sótano. Insistí en ello. Interrogaron al guarda y este mencionó no saber nada acerca de ello".

"Sin embargo, al tercer día, durante el levantamiento de escombros, un derrumbe dejó al descubierto la cubierta de hormigón del segundo sótano, colapsada, y allí estaban los tres cuerpos. Habían muerto asfixiados. Nadie les prestó mucha atención a las heridas y laceraciones, pensaron que había sido producto del derrumbe, quizás así era, pero yo sospeché que habían sido producto del combate con los vampiros, pero guardé silencio y nada dije al respecto. Aprovechando la conmoción me hice con parte de las carpetas y reportes que el director había bajado hasta

allí. Deduje que Junen y Jonás, de alguna forma, habían liberado o salvado al director de los vampiros prófugos y bajaron al sótano, bloquearon el ascensor y se quedaron allí, aguardando rescate o que el resto del grupo se encargara de resolver la situación. Cosa que en parte ocurrió, solo que el desenlace no fue favorable. El sótano era una trampa mortal, sin salidas de emergencia y con apenas ventilación. Al quedar obstruida estuvieron condenados a muerte."

"La verdad de toda aquella operación quedó sepultada. El único miembro sobreviviente de aquella sección de la mal llamada "organización" era yo. El soldado guarda ignoraba lo que sucedía en el interior. Tenía la vaga idea de que se realizaban experimentos con prisioneros judíos, fuera de eso nada más. Igual sucedía con el pelotón que resguardaba el perímetro, sabían inclusive menos. Del fulano capitán Fritz Ullmann nada supe, pregunté y nadie lo conocía. Nunca existió de manera oficial, cosa que no me extrañó pues yo también, en mi alter ego de Erich Steiner, no existía".

"Identifiqué uno de los cadáveres con ese nombre y así, una vez muerto aquel fantasma, libre fui de regresar a Hungría, como quien soy, fui y seré hasta el día de mi muerte: Marko Jarkovic, hijo de Viktor. En tanto que los altos y anónimos jerarcas que manejaban los hilos desde la oscuridad permanecieron en ella. Ni siquiera intenté desvelar el misterio de su existencia, no quise saber más nada de nazis y sus ansias de inmortalidad. Habrán muerto, de una u otra forma en el final de la guerra. Quizá alguno escapó a Suramérica, eso no podría asegurarlo. Y tampoco es que importara mucho".

"De regreso me encontré con una ingrata noticia, tu abuela, al estar al corriente de la muerte de Marko II, tomó a tu papá, Timeo y huyó de la capital. Lo hizo sin consultarme, al principio lo lamenté mucho, pero dada la situación bélica y sus complicaciones agradecí luego que tu abuela actuara así. Fue lo más prudente y lo más sensato. Me uní de nuevo al ejército de manera activa, ya no se trataba de ilusiones macabras, sino de defender la patria tricolor. Entré en la 22º División de Caballería Voluntaria SS María Teresa. Participé en varios y desesperados combates hasta la destrucción de la División durante la Batalla de Budapest. Los supervivientes, no más de 200 hombres fuimos transferidos y movidos a varias unidades hasta el momento de la rendición. Mi unidad se rindió a los norteamericanos en mayo y ese fue el fin de la guerra para mí."

"Luego de un largo confinamiento por fin me liberaron a mediados de 1946. Emprendí la complicada tarea de averiguar el paradero de mi esposa y mi hijo. Cuatro largos años después supe que habían emigrado a México, aunque su destino original era Brasil, en una confusión habida, tomaron el buque que no debían y terminaron en la ya mencionada nación norteamericana. En 1952 llegué a México, no estaban allí; se habían mudado a Guatemala, donde los hallé. 9 años después de estar separados. No supe más de Katja o de Augustus y me dediqué solo a la tarea de recuperar a mi familia. El rechazo era muy fuerte y nunca logré ese objetivo. Fracasé de forma miserable. No tuve más encuentros con vampiros, excepto uno en los años 60's, pero me reservo esa parte. A pesar de que no he escondido nada, ninguna atroci-

dad fue borrada para limpiar mi imagen, siento que no debo contarte sobre ello. Te pido perdón Marcos Julio, nieto, sangre de mi sangre, pero hasta aquí llega el relato de Marko Jarkovic y quizá comience el tuyo. Te lego esta información. Lo hago con todo el amor que me fue negado prodigarte".

XVII
EL ANSIA DE SANGRE

Viktor notó algo inusual en el comportamiento de su esposa pasada la luna de miel, observó que volvía parte de aquella tristeza en su forma de ser, como cuando le conoció. Ella, reía y compartía en un nivel que podría considerarse normal, pero si le dejaba un rato a solas se ensimismaba en pensamientos, su arte en la cocina estaba afectado, era irregular. El caldo de gallina, que era su especialidad, ahora tenía un sabor raro, insípido, no le agradaba salir, quería siempre estar en casa. Huía del sol. La apetencia sexual había disminuido, antes le abrumaba con su fogosidad, a toda hora, en todo rincón, ahora estaba esquiva, apagada, presentaba náuseas, comía poco a veces y otras comía mucho, existía cierto desorden alimenticio; alguna vez la oyó vomitar.

Ella trataba de disimular, pero él se daba cuenta. De tanto pensar, pues él también terminó estando pensativo, de una ligera preocupación, pasó a una pequeña ilusión. ¡Pudiera estar embarazada! Eso explicaría mucho. Quizá, sería un poco prematuro en su relación, apenas si tenían un mes de casados, pero a la vez también sería algo muy bonito. La familia crecería. ¡Un hermanito para Marko! Eso le hizo sonreír. Sí, la casa se llenaría de alegría. También habría noches en vela, el llanto del bebé, gastos, pero nada que no se pudiera superar. Las cosas iban bien en el buffet. Por trabajo y dinero no había que preocuparse, eso sí, habría que atender la salud de Katja. Le intrigaba un poco, un día estaba pálida, febril y al otro

estaba lozana, con los cachetes rosaditos y así duraba un tiempo, luego otra vez pálida. Era como un ciclo. Los embarazos son tan distintos de una mujer a otra que no sabía si aquello era normal o no. Decidió que ya era hora de afrontar el hecho, ocuparse y discutirlo con ella.

—Katja, necesitamos hablar —le dijo.

Ella se hallaba inmersa en sus propios pensamientos, como era habitual desde hacía unos días, así que se sobresaltó. No dijo nada, sólo lo miró con los ojos muy abiertos.

—Tú crees que no me he dado cuenta, pero sé que algo te ocurre. No me has dicho nada para no preocuparme. Quizá —continuó él —tu cuerpo está presentando cambios y no sabes cómo asimilarlo.

Katja, escuchó con atención, sin saber muy bien a qué se refería, temblaba de pies a cabeza. Su esposo, su amado, había percibido los signos de su conversión. ¿Cómo había sido posible aquello? Ella lo había ocultado lo mejor que había podido. Nunca hubo sangre derramada, las gallinas siempre terminaban en la olla, aunque luego de desangrarlas sabían horrible. Él día que se mordió la mano, la herida cicatrizó sin dejar marcas. Marko, nunca le vio desangrar a las aves. ¿Qué se le había escapado? ¿Cómo se le ocurrió a Viktor tal cosa? La montaña... la huida... sí, eso debió haber sido. Ella misma le había dicho que el motivo de su escape fue porque Augustus, proclamó ser un vampiro. Ató cabos, observó los cambios. Era grave, estaba asustada. Él la rechazaría, terminaría con una estaca en el corazón, quemada en una hoguera o quién sabe qué tipo de muerte atroz.

—Lo que quiero decirte es que no estés asustada.

Soy tu esposo y mi apoyo es incondicional. Los cambios, si los hubiera, serán bienvenidos —le aseguró.
—¿Estás seguro? ¿Me seguirás amando con todo y mis cambios? —le preguntó, asombrada.
—Claro. La maternidad es algo hermoso, si estas embarazada, es bienvenida la noticia.
—¿Embarazada?
—Sí. ¿No es eso lo que temes?
Viktor no sospechaba nada de su vampirismo. Confundía los síntomas. A ella, no se le ocurrió tal cosa. Lo cuál era tan bueno como malo. Es decir, él no pensaba que estaba convirtiéndose en una monstruo chupa sangre, sino que le veía como una joven que estaba convirtiéndose en madre. A pesar de lo bonito de la idea, estar en la fase final de su conversión y a la vez estar embarazada era abrumador. No podía ponderar las consecuencias y mucho menos tomar decisiones por sí misma. Ahora entendía la preocupación de Augustus por ella y su matrimonio. Porque se tomaba tantas molestias y licencias. Necesitaba contactarlo, que la guiara en el oscuro camino que le quedaba por transcurrir. Decidió, mientras tanto, seguirle la corriente a su marido. Igual podría estar en lo cierto.
—Sí. Estoy asustada.
—No pasa nada. Es parte de la vida familiar. La familia se hace con hijos. Sin ellos, sólo somos una pareja recién casada.
Ella lo abrazó, sollozando.
—Te amo Viktor. Soy afortunada de tener al mejor de los hombres.
—Yo también te amo Katja. No soy el mejor de los hombres, pero si tengo a la chica más tierna y la

mejor cocinera del imperio. Pronto, con la venia de Dios, serás la mejor madre. Aunque ya lo eres, eres la mamá de Marko. No lo olvides.
Ella respondió con un apagado sí. Los besos silenciaron las voces y encendieron las pasiones. Hicieron el amor y antes de quedar dormidos Viktor le dijo:
—Mañana hago las diligencias para hallar un doctor que te consulte. Hay que estar seguros. Ya que no quieres salir, lo traeré hasta acá.
Katja mostró estar de acuerdo con su decisión, mientras, ella también decidía. Iría a visitar a Augustus en la posada. No lo había visto desde la boda, era hora de volver a hablar con él.
Al día siguiente dejó al niño con la señora Verdi. No le agradaba la idea, pero no tuvo de otra. Se cubrió con una capa gruesa y capucha para protegerse del sol. La señora Mariska, se sorprendió mucho cuando vio a Katja llegar a su establecimiento. Al principio no la reconoció. Estaba toda cubierta, apenas se le veían los ojos. Le abordó enseguida y la asedió con preguntas sobre el matrimonio y su vida. Katja, las evadió como pudo, respondió sin dar detalles. Y como la conversación se hiciera larga, fue directo al grano, apenas se lo permitió la dueña de la posada.
—¿El señor Augustus, aún se hospeda aquí?
—Sí, aquí está, se ausentó un tiempo, pero volvió hace una semana. ¿Por qué?
—Necesito hablar con él. ¿Podría comunicárselo? —se apresuró en decir Katja, antes de que la señora reemprendiera su interrogatorio.
—Claro, no hay problema. ¡Elisa! —gritó, llamando a una chica, quizá una de las que estaba de ayudante en la boda, era difícil decirlo.

—¡Voy señora! —se escuchó una voz desde el pasillo.
—Ya viene una de las chicas. ¿Por qué estás tan cubierta? ¿De quién te ocultas? Pareces una baronesa en misión de espionaje con ese manto oscuro —comentó la señora Mariska, en referencia a la capa
—Es para cubrirme del frío —mintió.
Mariska, notó la mentira e iba a emitir su opinión al respecto cuando arribó la chica que había llamado. Hubo de desentenderse de Katja por un momento para darle instrucciones a Elisa y ésta se avocó a ellas. Quiso retomar la conversación donde la había dejado, pero Katja ya no estaba. Se había sentado en una de las mesas más lejanas y con la llegada de clientes no pudo satisfacer su curiosidad. La convocatoria es el deber, entre el usufructo y el chisme, elegía el usufructo. Siempre.
—¡Katja! —le saludó con cariño, cuando llegó.
—¡Señor Augustus!
—Qué bueno es verte, te esperaba desde hace mucho. Estuve a punto de ir a tu casa, pero preferí esperar.
—Necesito su ayuda, su consejo.
Augustus, no respondió de inmediato, observó su alrededor, midió las distancias. Se sentó en la mesa.
—Podemos hablar. Con mucha cautela, el establecimiento esta poco concurrido, sin embargo, no tardará en llenarse. Además, la curiosidad de la señora Mariska, es peligrosa. ¿Cómo te sientes para dar un paseo?
—Prefería no salir, a menos que fuese necesario. El sol me molesta mucho, a pesar de lo ataviada que estoy, llegar hasta aquí fue un suplicio. Vine porque estoy al borde del desespero y tengo mucho miedo.

—Está bien, aunque creo saber lo que sucede, ponme al corriente.
—Hace unos días perdí el control, desangré dos gallinas mientras cocinaba. No lo pude resistir, fue algo más fuerte que mi voluntad. Y temo que suceda de nuevo —explicó con tristeza en la voz —. Y eso no es lo peor, el niño me oyó llorar en la cocina cuando ocurrió, se acercó hasta mí, me abrazó y estuve a punto de hacer lo mismo con él. Tenía un cuchillo en la mano. Sentí como una personalidad ajena me poseía, no tenía voz, pero casi escuchaba como me ordenaba: ¡Córtale el cuello y succiona su sangre! No sé cómo lo logré, resistí ese impulso maligno y me mordí el antebrazo con todas las fuerzas y tomé de mi propia sangre. Eso me calmó lo suficiente como para que no ocurriese nada más grave. Eso fue cerca del mediodía, ya para la tarde la herida de mi brazo se había curado y desaparecido. Hasta ese momento me negaba a creer, no quería aceptar lo que soy. Ahora no puedo ignorar el asunto y admito, por más que renegase de su ofrecimiento, necesitar ayuda.
—Es el ansia de sangre —le dijo Augustus.
—¿Cómo?
—El ansia de sangre. Así le llaman. Yo te comenté de ello en la boda. ¿Lo olvidaste?
—Sí, lo había olvidado. ¿Cuánto dura? ¿Cómo lo contrarresto? ¿Qué debo hacer? —preguntó Katja, un poco alterada.
—Debes calmarte, estas subiendo la voz.
Ella no lo había notado. Asintió y optó por guardar silencio y escuchar a Augustus.
—Cómo ya lo apreciaste. Es un deseo incontrolable por la sangre, te vacías por dentro y la razón es

sustituida por un instinto animal, puro y salvaje. Lo has experimentado, primero fue inconsciente, como me contaste de la ocasión de las cuatro gallinas y el indigente, pero ya pasaste al siguiente nivel. Eso no desaparece, a medida que pasa el tiempo aprendes a controlarlo y no que el ansia te controle a ti.

—O sea que estoy en la etapa final de la conversión.

—No, mi querida Katja. La conversión terminó. Hay cosas que debes aprender, habilidades, debilidades, condiciones, trucos, normas...

—Está bien. ¿Qué puedo hacer? ¿Seguir con las gallinas?

—Eso, de succionar sangre animal no es una solución definitiva. En tu estado actual el cuerpo necesita sangre humana y eso es lo que quiere, así que lo pide. De allí el ansia por la sangre. Desangrar gallinas al principio te puede dar una sensación de calma, pero luego se activa un ansia más fuerte y eso resultaría muy peligroso. Ya lo viviste, casi matas al niño después de haber succionado la sangre de las gallinas. La verdad me sorprende como lo resististe, debes quererlo mucho. Cualquier otro neófito lo hubiera asesinado sin chistar.

—Sí, lo quiero mucho.

—Eso salvó a ambos. Ahora en respuesta a tu pregunta, qué puedes hacer, es simple, no regresar a esa casa, te vienes conmigo, partimos lejos. No es necesario volver a buscar nada en esa casa. Con la ropa que tienes puesta basta, yo te proveeré de todo lo que necesites. No estás preparada para afrontar una relación, estas muy nueva, te falta experiencia y maña.

—¿Qué? No, no puedo hacer eso —exclamó ella —

Amo a mi esposo, amo ese niño como si fuese mío, además puede ser que esté embarazada.
—No, tú no estás embarazada —le aseguró Augustus, muy tranquilo.
—No es algo comprobado, pero puedo estarlo. ¿Cómo puede usted negar esa posibilidad?
—Porque es imposible, una vez convertidos nos volvemos estériles. ¿Por qué ocurre? No lo sabemos. Simplemente es así. Es una verdad incontestable. Yo no tengo hijos y tú jamás los tendrás.
Katja, al oír aquello, comenzó a llorar. Estaba triste, molesta y confundida. Sentía tantas cosas distintas y ninguna era buena. ¿Cuándo acabaría el sufrimiento? Desde que recordaba, su vida había sido un torbellino de emociones, golpes, maltratos y desilusiones. Sí, habían pasado cosas buenas, pero ahora le decía que no podía poseerlas, que todo ese bien no era suyo. Su única propiedad, era el dolor. El llanto y la confusión; le acompañarían adonde ella fuese. ¿No hubiera sido mejor, haber muerto en aquel ataque a su familia? Para todos los efectos había muerto. La niña víctima de aquella agresión había desaparecido, sus recuerdos, su nombre, su ser y su esencia. Ella murió y nació Katja, de la mano de un vampiro. Estaba molesta con él. ¿Para qué la salvó? ¿Para vivir en eterna agonía? Y resultaba que él era el único ser que la podía ayudar, comprender y guiar. Condena y salvación en una misma piel. Era irónica la vida o más bien cruel. Estaba molesta consigo misma. ¿Por qué lloraba? Mujer débil. Niñita llorona. Todo lo quería arreglar con lágrimas. ¿Para qué lloraba? ¿Servía de algo llorar? Tanto que temía estar embarazada y ahora que sabía que no podría tener hijos lo deseaba con

fuerza. ¡Qué horrible era ser Katja Kinslenya! ¿Cuál era su verdadero nombre? ¡Cuánto deseaba despertar de esa pesadilla y ser otra vez la chica sin nombre, miembro de un clan, adorada por una familia!

—Siempre que habla con usted mi Katja termina llorando. No sea así, no me la haga llorar —le dijo la señora Mariska a Augustus.

La dueña del local no aguantó la curiosidad y se acercó a la mesa apenas pudo, vaso de agua en mano, interrumpiendo los pensamientos de Katja. Augustus, quien le había visto venir y por lo tanto no le sorprendió, le agradeció el "muy oportuno gesto", se levantó y con la mayor delicadeza posible eludió sus preguntas, la condujo hasta el mostrador, solicitándole discreción y permiso para conducir a Katja, hasta su habitación mientras se calmaba.

—Le voy a conceder ambas cosas porque es usted un buen cliente y ella mi pequeña Katja. Pero le exijo comedimiento en sus acciones, recuerde que la chica está recién casada, esta es una hostería familiar, decente, se respetan y se exigen las buenas costumbres. Esto no es un tugurio de mala muerte para encuentros furtivos entre amantes —le dijo con voz autoritaria —y no me la haga llorar más. Cada vez que le da noticias de su pasado ella termina sollozando. ¿Por qué eso fue? ¿Verdad? ¿Le dijo usted una cosa de su pasado y eso la alteró?

Augustus suspiró, esa señora era un caso, no perdía el tiempo para entrometer sus narices. Omitió responder y se ocupó de lo que era importante.

—No se preocupe señora. Le doy mi palabra que no existen intenciones de abusar de su confianza y como usted dice, la señora Katja, recién contrajo

nupcias, sin embargo, también es cierto que yo soy un caballero, estoy ancianito y soy lo más cercano a un familiar que le queda. Usted lo sabe. Me conoce. Le prometí a su padre que la cuidaría —mintió —, no le quite a un viejo el gusto de cumplir su palabra. La señora asintió.

—Gracias, por concedernos ese favor —le dijo él, sin darle un respiro.

"Vieja hipócrita", pensó Augustus. "mi pequeña Katja". No pocos meses atrás le había corrido con crueldad del establecimiento y ahora salía con esa frase. Todo un personaje. Lo que más le molestaba era el tono de convencimiento con que lo expresó. Ella parecía estar creyendo su propia farsa. A veces la gente llega muy lejos para guardar las apariencias. ¡Qué le crea quien no la conozca! ¡A otro perro con ese hueso! A él, no lo engañaría.

Zanjado el asunto regresó a la mesa, le explicó a Katja, la situación. Ella se negó al principio, pero terminó cediendo, tenía razón, el salón se estaba llenando, no era el lugar adecuado para seguir conversando de temas ocultos. Ella había trabajado allí, conocía el flujo de clientes a esas horas. Muy poca privacidad habría, si permanecían en el salón.

Subieron las escaleras, Augustus le hizo pasar a su habitación y esperó unos momentos en el rellano de la puerta. Cuando se aseguró, que nadie había subido tras ellos, cerró la puerta y reanudó la conversación.

—¿Entonces no estás dispuesta a abandonar a tu esposo e hijastro?

—No, no lo estoy —respondió ella, con firmeza.

—¿Aún y cuándo esto represente un peligro para ellos y para ti misma?

—No quiero que corran peligro, pero tampoco es mi deseo abandonarlos. Necesito intentarlo, echar raíces. Debe haber una forma y si algún ruego le hago es que me ayude a superar esto y me otorgue las herramientas para poder quedarme con mi familia, el tiempo que la vida me dé.
—Por tú tener la herramienta es que existe una forma, un método. No está exento de peligro. Requerirá, de parte tuya, mucha fuerza de voluntad. Sangre fría. Y no te va a gustar nada una vez te lo explique.
—No des más rodeos Augustus, explícamelo de una vez, yo prometo seguir paso a paso tus instrucciones —le presionó con vehemencia.
Katja lo había tuteado por primera vez. Estaba decidida. De verdad amaba a esas personas. Augustus, tuvo sentimientos encontrados, le dio gusto que ella tuviera esa capacidad para querer, esa fuerza para aferrarse a la vida y a la vez le daba pena, por las desilusiones que su nueva condición le reservaba, su vida no sería de color rosa. Nunca más.
Augustus, abrió una maleta que estaba en la habitación y extrajo de ella una pequeña cajita. Dentro estaba un extraño aparato cuyo principal elemento era un cilindro de cristal, con dos tubos de goma, saliendo de su base, a su vez rematado con puntas metálicas.
—Esto es un Transfusor de Moncoq. Deberías reconocerlo porque había uno entre las cosas que te llevaste en tu huida de las montañas —le dijo.
Ella lo miró, no tenía idea de que era ese aparato, jamás había visto uno en su vida.
—No, no lo reconozco —le respondió ella, muy confundida —. ¿Dices qué yo me lo llevé?

—Sí. ¿No lo recuerdas? Quizá nunca la abriste, pero deberías recordar la cajita al menos.
Ella, negó con la cabeza.
—No recuerdo haber visto una caja semejante, de tenerla la hubiera abierto por curiosidad y de descubrirla habría tratado de venderla, en mis momentos de necesidad y hambre.
—Entiendo. No importa. Se perdió en las montañas. Te daré este. Debo enseñarte a usarlo. No es nada complicado, pero debes prestar atención pues la seguridad de tu familia, la tuya y hasta la mía depende de ello.
Katja asintió. Augustus, procedió entonces a explicar. Cada goma tenía una aguja, una para inyectar y otra para extraer. La presión se ajustaba mediante una perilla colocada en la parte superior del cilindro. Presión negativa para extraer, se abrían y cerraban las válvulas según la necesidad y entonces se aplicaba presión positiva para inyectar. Parecía un procedimiento muy sencillo.
—Realizaré una transfusión de mi sangre a la tuya para que tengas conocimiento práctico y a la vez te ayudará a calmar un poco las ansias —le dijo luego de la explicación.
Procedió entonces, previa esterilización de los instrumentos a hacer la operación. Le transfundió unos pocos mililitros. No convenía trasvasar demasiado.
A pesar de la poca cantidad, a ella, el líquido le pareció caliente, más abundante en apariencia. El calor se propagó por todo su cuerpo y al alcanzar el equilibrio térmico, el efecto fue cediendo de manera paulatina. Al cabo de unos segundos la marca de la aguja también había desaparecido por completo.

—¿Eso es todo? —preguntó, fascinada que todo fuese tan cómodo.
—Sí, eso es todo. Al menos el procedimiento. Ahora debes contenerte.
¡Vaya! Pensó Katja. No entendía entonces cual era la alarma y el misterio. De verdad que Augustus, gustaba de la teatralidad. Se sentía tan bien, tan cálida, tan viva que se iba a permitir una sonrisa. Sin embargo, de improviso sintió la sensación de vacío que ya había experimentado antes. Él la dominó, le aplicó una especie de llave. La inmovilizó con rapidez y cómo ella, abriera la boca, buscando algo que morder, le colocó la empuñadura de una daga entre los dientes. Fuera de sí, quiso deshacerse del agarre, revolverse y patalear, pero aquel hombre con aspecto de anciano tenía una fuerza insospechada y no le permitió ningún movimiento, ni ningún ruido. Poco a poco se fue calmando y él, fue aflojando el agarre.
¡Fue una experiencia espantosa! Era la sensación del ansia de sangre, pero magnificada. Mucho más fuerte e intensa. Augustus, le dio a beber agua, tenía sangre en la boca. Había mordido tan fuerte la empuñadura de aquella daga que se partieron varios dientes. Le dolía una enormidad. Quiso verse en un espejo, él se lo impidió.
—No te preocupes, los dientes se recuperarán solos —le dijo —deja que te examine. No fue nada grave, solo cuatro dientes, dos de ellos partidos en su base. Para mañana los tendrás indemnes. Mientras, trata de no sonreír.
Katja, no dijo nada. El dolor, aunque intenso, se fue apagando hasta llegar a ser un lejano recuerdo. Observó la daga mientras él la guardaba. Parecía anti-

gua. La vaina era de forma piramidal, alargada. El mango, sumamente rustico, quizás de bronce.
—Es una Daga alemana del siglo XVI. Me disculpo por haberla usado, por la dureza de su empuñadura, era lo único disponible que tenía a mano para soportar tu mordida, cuando estuvieses dominada por el ansia de sangre. Prepárate ahora viene la parte desagradable de las instrucciones —anunció Augustus.
—¿Qué? ¿Esa no fue la parte fea? —se quejó ella, quién había vivido una experiencia horrible, además de perder algunos dientes.
—No. Esa solo fue el ansia de sangre, pero más intensa. Eso ocurrió porque estas recién convertida y mi sangre es muy fuerte, lo cual genera, una reacción exagerada. Recibes la sangre, te sientes bien al principio y luego viene el ansia de sangre, esta vez ampliada, por eso tuve que maniatarte. Disculpa que repita lo mismo a cada rato, pero siento que es necesario. Reforzar la idea. Quiero que estés muy alerta con eso.
—Está bien. Creo entender.
—Bien. Te daré el transfusor. Un sedante y una receta.
—¿Una receta?
—Sí, una receta —le confirmó mientras escribía en un papel —toma, esto te servirá en tu proceso de forma natural. Los ingredientes los puedes hallar fácilmente en cualquier pulpería o mercado.
Ella lo leyó. Era cierto, los ingredientes en su mayoría eran vegetales, fáciles de obtener.
—Le haré una marca al cilindro, no debes excederla al realizar las transfusiones.
—Está bien, así lo haré —consintió ella, aunque

realmente no sabía de qué iba todo aquello.
—Escucha bien. Es la única forma. Deberás, cada tres días transfundir sangre del niño a tu sistema circulatorio. Realiza el procedimiento, dejas al niño descansar por dos días y luego repites la acción —le indicó muy serio.
Ella abrió los ojos de par en par. ¿Transfundir sangre del niño? ¡No! ¿Qué plan macabro era ese? Esa no podía ser la solución. Estaba hablando de su pequeño Marko, no de una gallina, no de un vagabundo. Era un alma inocente. Sintió deseos de llorar, nada más de imaginar el asunto, pero se contuvo. No podía seguir llorando por todo.
—Sé que parece una abominación, no hay otra forma, dada tu negativa de renunciar a la vida familiar. Es necesario que escojas o haces lo que te digo o abandonas la ciudad hoy mismo conmigo. No hay más.
Katja, se llevó las manos al rostro. ¡Qué horrible! ¡Cómo hacer eso y ver a los ojos de Viktor!
—No te preocupes, es seguro para el niño. Si realizas bien el procedimiento y te mantienes en la cuota no le afectará en nada su salud. Tendrás la siguiente rutina: día uno, transfusión de sangre; día dos, prepara un bol con la receta, calcula unos 300 mililitros y lo tomas; día tres, desangras una gallina. Eso te mantendrá bajo control. Lo harás por un mes y luego analizaremos el progreso, creo que con un mes será suficiente y así no abusamos del niño. Sé que suena a brujería y actos despiadados, créeme que es mejor así. Sí dejas que se desate el ansia podrías en una noche atacar a varias personas, es muy peligroso dejar eso al azar.

—¿Y el sedante? —preguntó con la voz quebrada.
—El sedante es para el niño. Así, una vez sedado, podrás hacer la transfusión sin problemas y él no se dará cuenta de nada. Aparte, el efecto del sedante pasará a ti y te relajará un poco.
Katja aceptó. Le pidió a Augustus un repaso de las instrucciones. Este repitió, pacientemente, todo lo ya expuesto y lo anotó en una hoja aparte.
—Una última cosa Katja —le dijo antes de despedirse
Ella se sobresaltó. ¡Dios santo! Todavía quedaba otra cosa.
—Dile a tu esposo que hoy comenzaste a menstruar. El embarazo es falsa alarma. Durante una semana no tengas intimidad con él. Si insiste en que te examine un doctor no permitas bajo ninguna circunstancia que te extraiga sangre.
Ella, asintió. Ya le dolía el cuello de tanto asentir.
—Bajo ninguna circunstancia dejes que te saquen sangre —insistió —si eso ocurre tendré que matar al doctor y destruir las pruebas.
Lo dijo muy serio. Nada de aquello era juego.
—No hagas nada hoy ni mañana, comienza pasado mañana con la rutina. La sangre que te transfundí hoy, te calmará.
—¿Y no podrías tú transfundirme de tu sangre en vez de utilizar a Marko? No quiero someter al niño a eso.
—No, no es una opción. Una cosa fue hacerlo ahora, como medida de emergencia, pero hacerlo de forma habitual no es viable, mi sangre, por ser más fuerte, potenciará las ansias y el resultado sería peor. Terminarías, en algún punto, descontrolándote por

completo. Sería un desastre. La sangre del jovencito es la mejor opción, confía en mí.
Ella, resignada, se retiró. Caja en mano. Saludó a la señora Mariska, al salir, con la mejor sonrisa que pudo fabricar. Y antes de que esta, pudiera reaccionar y hacer preguntas incómodas, ya ella había salido del establecimiento, caminando rápidamente por las calles y callejones de Budapest. Cómo una fugitiva, como quien el demonio le pisa los talones y le gruñe a cada paso.
Buena chica, obediente, siguió paso por paso las recomendaciones recibidas. Primero habló con su esposo quien llegó en la tarde, con un doctor. Le dio la noticia: No iba a ser padre por segunda vez, la menstruación se había presentado. Odió tener que mentirle, la verdad era demasiado extraña y repulsiva como para contarla. Además, en parte era cierto, ella no podría darle hijos, nunca. Él insistió en que el doctor le hiciera una consulta. Ella accedió, sólo porque la expresión de preocupación de su esposo era muy grande y se sentía culpable. Para tranquilidad de los presentes el doctor le halló en perfectas condiciones. No recomendó realizar exámenes adicionales, no veía el motivo para ello. Cuándo Viktor, le preguntó por las posibles causas de los síntomas que él observó, el médico le desestimó.

—Es probable que sea un cuadro de ansiedad. Lo cual, es perfectamente normal en una joven recién casada. Más, si toma en cuenta la edad de la señora. Sé que es una mujer hecha y derecha, ante las leyes de Dios y los hombres, pero en el fondo es una niña vestida con esos atavíos —le dijo, condescendiente —. No se preocupe. Vea como está aho-

ra, recuperada, tranquila, ahora que sabe que no está embarazada, jugando con el niño. Un embarazo no es poca cosa en la vida de una mujer. Se asustó con la posibilidad y comenzó a sentir síntomas ficticios de embarazo. Es más común de lo que usted cree. Relájese, permita que ella se relaje. Ya habrá tiempo para ello. Los niños llegan solos.

Katja jugaba con el niño, ajena a la conversación de los hombres. Viktor se calmó, aunque por una parte se sintió triste, se había hecho la idea de ser padre de nuevo. Le dio la razón al doctor: ya habría tiempo para ello.

Ella, se preparó para todo el proceso que le tocaba enfrentar. Difícil fue tener que alejar a su esposo durante varias noches. Dormir con él, apagar el fuego que velaba en sus entrañas. Él se veía tan tranquilo, resignado a esperar unos días por el amor físico de su esposa. Ya había pasado por eso, estuvo casado antes, la experiencia le ayudaba. Ella no, era una chiquilla y se le dificultaba disimular el deseo; pero de una u otra forma lo logró. Al menos durante algunos días.

Como le había instruido Augustus, esperó dos días para iniciar la mal llamada rutina. Sedó al niño e inició el proceso de la primera transfusión. Se había prometido a sí misma no llorar más, pero no pudo evitarlo, a pesar de la afirmación de que aquello no le causaría perjuicio a Marko, le dolía mucho tener que hacerlo. Era eso o abandonarlos, lo hacía por amor. Esa sería su fuerza. Bombeó hasta llegar a la marca, invirtió las válvulas, listo. No sintió nada extraño, todo lo contrario. Era difícil de describir, era como una especie de éxtasis. Inundada con ese letargo lim-

pió los instrumentos, guardó todo y se dedicó a velar un rato el descanso del niño. Ella misma no tardó en dormirse también, fue un sueño plácido y reparador, cuando despertó la criatura no estaba. Alarmada lo buscó, pero su sobresalto era infundado, Marko jugaba, tranquilo, con sus juguetes. Ella lo abrazó y lloró de nuevo, esta vez de alivio.

—¿Por qué lloras mamá Katja? —le preguntó el chiquillo.

—Porque estoy feliz. De felicidad también se llora.

—¿Por qué estas feliz?

—Porque te quiero mucho, porque eres un niño guapo, obediente y saludable.

—Tú también eres guapa —dijo y le estampó un beso.

Sí. Bien valía el sacrificio. Tenía que recordarlo, lo hacía por ellos, por el amor que les tenía. Le revisó el brazo, apenas se observaba un puntito rojo en la fosa cubital. Bien. Al día siguiente preparó "la receta", como buena cocinera que era le fue muy sencilla de hacer. Sin embargo, luego de probarla cuestionó su buen haber en la cocina. Aquello tenía un sabor horrendo, era como tomar sopa de alquitrán con hierro líquido y vegetales. Era un espantoso brebaje, de un color cobrizo y oscuro. Hizo acopio de toda su voluntad para poder ingerir esa pócima diabólica. Decidió tomarla de un solo trago, no creía poder tomar eso a sorbos, se estremeció de pies a cabeza, casi se desmaya por el esfuerzo realizado para no escupir todo aquel salobre bebedizo. Con las manos temblorosas leyó las instrucciones: "Procura no tomar otro liquido aparte de agua durante dos horas, luego, para neutralizar el sabor toma un vaso de leche fresca". Y

fue así, la leche le ayudó mucho con el sabor y para la tarde todo rastro de este había desaparecido. De nuevo, una sensación agradable recorrió su cuerpo. Bien. Tocó al tercer día la siguiente parte de la rutina, desangró una gallina, como lo había hecho antes. Esta vez le fue más natural el proceso, lo hizo sin sentir asco ni repulsión. Tampoco sintió el vaciado que precedía al ansia de sangre. Se congratuló, había funcionado todo a la perfección. Esa tarde recibió la visita de Augustus, quién fue a supervisar el proceso.
—¿Entonces todo está bien? —le preguntó.
—Sí, seguí las instrucciones al pie de la letra y de verdad que me he sentido mejor y el ansia de sangre está controlada. Gracias.
—Excelente.
—Aunque hay algo que me preocupa —le comentó ella, mientras llamó al niño —¡Marko! ¡Ven un momento, por favor!
Augustus no dijo nada. Sólo se dedicó a esperar que le transmitiera su preocupación.
—¡Mira! La parte interna del codo. ¿Es normal la herida? —le dijo mostrando el brazo del niño.
Augustus observó la mencionada herida. No era más que un puntito.
—Katja, es sólo algo minúsculo. No puedes llamar a eso una herida. Está curado.
—Sí, puede ser, pero siento que si le introduzco la aguja de nuevo se va a ensanchar.
—No te preocupes, utiliza el otro brazo y vas alternando para que estés más tranquila.
—Pero...
—Pero. Nada. Calma. No le estás haciendo daño. Confía en mí.

Katja suspiró y dejó que el niño siguiera jugando. No le convencía el argumento, pero tampoco tenía evidencia para refutarlo. Tuvo que seguir confiando a pesar de no estar convencida.

Augustus se retiró tranquilo, Katja estaba siguiendo las instrucciones. Todo debería salir bien. Si ella se mantenía firme no habría porque preocuparse. En algún momento temió por ella, no sabía si tendría la voluntad y las agallas para acometer la empresa, pero la había subestimado. La pequeña Katja, ya no era tan pequeña. Estaba creciendo en todos los sentidos. Ella repitió la rutina de tres días, cambió el brazo del niño. De nuevo las sensaciones fueron positivas y el ansia prácticamente inexistente. Aquello le animó mucho. Había reanudado la pasión con su amado esposo. Todo parecía marchar sobre ruedas. Pero tocaba restablecer la tercera etapa de la rutina y no se atrevía. Había sedado al niño esa mañana como las otras, observaba los brazos del niño, la parte interna del codo, y fuera verdad o fruto de su mente, veía el punto rojo donde lo había pinchado. La piel le parecía irritada. En ambos brazos lucía igual. No, no podía hacerlo. Le estaba haciendo daño al niño. Lo dejó dormir y preparó una taza de la receta, sustituyó una cosa con la otra, al día siguiente bebió de nuevo otra ración del mencionado líquido. Y se preparó, con cierta confianza, para desangrar la gallina correspondiente. Por mera precaución inventó una excusa para dejar al niño donde la señora Verdi, un rato. Si el ansia de sangre hacía su aparición, él no estaría cerca para hacerle daño, en caso de que perdiera el control.

Acometió la empresa con cierto temor. Contó de

forma regresiva desde diez, una vez desangrado el ave. Y efectivamente el ansia hizo su aparición. Pero a pesar de la sensación de vaciado no perdió la conciencia, mantuvo cierto control. Se mordió la mano, tanto que marcó los dientes en la piel, pero sin llegar hacerse una herida. La respiración estuvo agitada durante un buen rato. El pecho subía y bajaba con violencia. ¿Cuánto duró aquello? Unos cinco minutos. Quiso llevar un conteo del tiempo, no pudo, en algún momento perdió la secuencia así que podría ser un poco más o un poco menos.

Lo había logrado. Pensó. Había dado un primer paso para controlar el ansia de sangre. Estuvo contenta toda la tarde, toda la noche. Inclusive la gallina, al prepararla, quedó con buen sabor. Viktor se lo hizo saber. Durmió a su niño, amó a su esposo y se entregó de lleno al descanso. Lo merecía. Con tantas angustias y presiones, merecía un buen descanso.

En sueños Viktor le confesó saber su secreto. Él, sabía que era una vampira. Ella le preguntó qué acciones y decisiones tomaría, en consideración de la información que recién manejaba. Él le dijo: "compartiré la eternidad contigo, conviérteme en uno". Ella le preguntó si estaba seguro de eso, condenaría su alma al hacerlo. "condeno mi alma, pero sigo mi corazón". Ella se negó. "No puedo hacerlo Viktor, no puedo condenarte a ser esto que soy" él insistió: "Toma mi cuello, hazme tuyo en una nueva forma", dijo mientras le ofrecía su piel, blanca y hermosa. Aquella piel que ella tanto había besado. Sí, ese cuello era de ella y de nadie más, no pertenecía a ningún otro vampiro. Lo tomó con cierta delicadeza, lamió la zona a morder con lascivo deseo y le mordió. En

el sueño ella poseía colmillos largos y afilados. Disfrutó la sensación de penetrar la epidermis, hallar la vena y hacerla crujir con sus dientes. Él gimió, invadido de placer y ella succionaba ávida de su esencia vital, disfrutando de aquella nueva forma de unión con su amado esposo. Pero entonces ocurrió. Despertó súbitamente.

Él gemía, pero no de placer sino de dolor, de sobresalto. Ella, lo tenía tomado con fuerza y se hallaba empotrada en su nuca, mordiendo el cuello. Cesó la acción de forma inmediata. Él temblaba, afiebrado, se desangraba por la herida abierta. ¿Cómo había realizado aquella lesión tan horrenda? Era la marca de sus dientes, concavidad que auguraba muerte. Ella se llevó la mano a la boca para no gritar, estaba llena de sangre. Lloró. ¿Qué podía hacer? Buscó una toalla y taponó la grieta lo mejor que pudo. Le colocó sus manos en la zona, pidiéndole que hiciera compresión. Él lo intentó, pero casi enseguida sus manos cesaron la presión y cayeron languidecidas. ¡Dios santo! ¿Qué había hecho?

Desesperada buscó la caja, sacó el transfusor y procedió a transfundirle su sangre a Viktor, en plena oscuridad. Sin saber muy bien cuanto era la cantidad necesaria, realizó el procedimiento de una forma muy tosca. Quería salvarlo, aún y cuando eso conllevara convertirlo. Le transfundió toda la sangre que pudo, alguna cantidad se vertió, había un reguero, todo estaba manchado de rojo. Él pareció calmarse un poco.

Ella quiso levantarse, pero se fue de bruces, se había quedado casi sin sangre. Se incorporó con mucho esfuerzo, estaba mareada. Colocó de nuevo la toalla en

su lugar y las manos de Viktor, ahora sí, realizaban la compresión.

Forzó a su cuerpo caminar y mucho más: bajar las escaleras, fue a la cocina, preparó un poco de la receta, tomó ella un poco, le restableció en algo su fuerza y corrió, todo lo que su debilidad le permitía, hasta donde él estaba e intentó que bebiera el líquido. Él no estaba deglutiendo y el líquido se derramaba de la boca. Entonces pasó de temblar a convulsionar y dar alaridos espantosos. Ella sin saber muy bien que hacer se montó encima de él tratando de dominarlo. Ya fuera porque él estaba incontrolable o porque ella estaba débil, no lo logró.

Tan concentrada estaba en su lucha, que no escuchó a los vecinos, quienes alertados por el alboroto se arremolinaron en el callejón. Algo pasaba en casa de los Jarkovic, quizá un malhechor había entrado, los vecinos, previa advertencia, violentaron la puerta y entraron a la morada. Pensando en ayudar a la joven pareja en apuros. Cuando ella se dio cuenta de eso ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Los curiosos, encontraron una escena extraña e indescifrable. Katja estaba encima de Viktor, haciéndole algo. Había sangre por todos lados, en su boca, en sus manos, en el camisón. Él yacía en la cama, había dejado de moverse. También estaba cubierto en sangre, la manta, las almohadas. Marko, el niño, entró corriendo a la habitación, llamando a su padre y a Katja. La señora Verdi lo tomó entre sus brazos e intentó impedir que viera su papá así. Cosa que logró a medias. Alguien gritó: ¡Bruja! ¡Asesina! y otras voces las siguieron. Se acercaron hasta cierta distancia, pero la aterradora imagen de aquella menuda mujer

cubierta de sangre y con la mirada enajenada les intimidó. Nadie hizo un intento de atraparla. Ella, al ver que los esfuerzos habían sido en vano y su esposo estaba muerto, abrió la ventana y saltó al vacío. Todos quedaron paralizados ante esa acción. Cuando alguien atinó a asomarse no logró ver nada. No estaba el cuerpo de la muchacha, que todos pensaban, había cometido asesinato y suicidio.

Katja al caer se había lastimado una pierna. Estaba fracturada, le dolía de una manera horrible. Como el corazón le doliera más, ignoró el asunto. Huyó de la zona. Guiada por el instinto, por el miedo, por el dolor. Sin tener a otro sitio adonde ir llegó hasta la posada. Recordaba las palabras de la señora Mariska: "Cuenta conmigo para lo que sea Katja, cuando me necesites aquí estaré. No importa lo grave o desesperada que veas la situación. No importa si todos te acusan, si eres culpable o inocente. Ven, que yo te recibiré con los brazos abiertos".

La señora se levantó, alterada. ¿Quién rayos toca a estas horas de la noche? Pensó. Se asomó por una ventanilla abatible, instalada en la puerta y entonces vio a Katja, en camisón, bañada en sangre, con una pierna rota, llorando. Abrió y la cubrió con una manta. La chica no respondió ninguna de sus preguntas, sólo repetía: "Augustus, llame al señor Augustus". La señora se disponía a llamarlo cuando observó que este, bajaba la escalera. Él había escuchado la voz de Katja, no preguntó, intuía lo que había ocurrido, se culpó a sí mismo por no haber sido más firme, por confiarse.

—Señora Mariska, usted le prometió a Katja apoyarla cuando la necesitase, no importando la situación

—le dijo muy serio.
—Sí, sí lo hice —confirmó ella.
—Ha llegado la hora de cumplir esa palabra. Me iré con Katja, si viene alguien preguntando usted negará haberla visto. Usted no sabe nada.
—Pero es que de verdad no sé nada. ¿Qué está pasando?
—Mejor así, mientras menos sepa mejor. Tome —le dio una sustancial suma de dinero —, por las molestias causadas.
En acto seguido, como quién estaba preparado de antemano, con algo de ayuda de la dueña, tomó maletas, ensilló su caballo y se fue al albor de la madrugada con Katja.
La señora Mariska, negó luego a la policía saber de ella. No podía creerlo. La acusaban de asesina, de matar a su esposo. Katja adoraba a ese muchacho. Ella no pudo haber sido. Eso aseguraban, toda la vecindad había sido testigo del hecho. Nunca la atraparon, se había esfumado en el aire. El niño, según supo, se convirtió en protegido del juez Mainard, quien se encargó de su manutención y crianza. ¡Qué horrible tragedia!
Y siempre esperó, hasta el fin de sus días, saber noticias de ella y del señor Augustus, pero no supo más nada de ellos. Y a parte de la policía muchas otras personas le hicieron preguntas acerca de ella, pero nada dijo. Cuando murió, lo hizo con una sonrisa en su corazón. Mariska, la amargada, amante del chisme, curiosa y habladora hasta por los codos, fue capaz de guardar un secreto y se lo había llevado a la tumba.

XVIII
MAHOMA Y LA MONTAÑA

Valencia, Venezuela, 1997.

Marcos Julio al fin había terminado con la traducción y lectura de los folios. El relato del abuelo. Mientras lo hacía pensaba "¿Cuándo terminaré esto?" "Se ha hecho muy largo". Ahora que había terminado se le hacía corto. Quedaron cabos abiertos, cosas sin explicar. El hecho, sobre el que más echaba de menos, una explicación, era del incidente de los años 60's como el abuelo lo llamaba. Ese suceso fue el que causó que su padre, Timoteo, se alejara del abuelo. Estaba plasmado en el relato, pero no había escrito nada importante sobre ello. El abuelo lo había eludido a propósito. Tomando en cuenta, si aceptaba como verdaderos tales folios, todas las crueldades y calamidades en las que había participado, no era descartable que éste hubiera hecho algo indebido, peligroso o de carácter malévolo. Y esto era una contrariedad pues ese incidente era el que más le concernía a nivel personal.

Ponderó no obsesionarse con el tema de los vampiros, sin embargo, se halló a sí mismo buscando respuestas. En libros, artículos, películas. Era un tema que, antes de la lectura de aquel diario, no le llamaba la atención. Las películas de Drácula le parecían un poco tontas. Ahora las veía de manera asidua, siempre que entraba a un club de video buscaba de manera subrepticia en la sección de horror y alquilaba uno o dos títulos de vampiros por vez.

Con respecto al grupo secreto nazi al que el abuelo, supuestamente, había pertenecido halló menos aún.

Investigó los nombres: el coronel Rahl no apareció por ninguna parte, era posible que usaba un nombre falso, Otmar Freiherr Von Verschuer había sido un médico, si había existido, pero su vida y sus acciones no eran compatibles con la del director, de hecho, el doctor había muerto en 1965, en fechas muy posteriores a la guerra, lo cual no concordaba con lo descrito por el abuelo, el director de "La Organización" había muerto tapiado en algún momento de 1944 y se llamaba Albert, no Otmar. En definitivo no era el mismo personaje, otro alias, otro nombre falso, coincidencia de apellidos, quién sabe. Lo más interesante de ese doctor Otmar Von Verschuer era que uno de sus alumnos había sido el muy conocido Josef Menguele. Pero eso, por muy interesante que fuese, no lo conectaba con los objetivos y supuestos experimentos con vampiros realizados por aquel grupo secreto.

Del capitán Fritz Ullman, infirió lo mismo, no halló nada sobre ese personaje. Y de la expedición al Tíbet, a pesar de ser cierta, no se hablaba nada acerca de vampiros, la misión fue expedita, su interés fue únicamente científico, antropológico y propagandístico. Era un callejón sin salida.

El último nombre lo investigó por pura curiosidad, el lingüista, Vossler, como lo señalaba el abuelo, Augustus, el vampiro, había suplantado su nombre para infiltrarse en el edificio y rescatar a Katja y otros vampiros. No le sorprendió pues, que nada conectara a este personaje, un catedrático, intelectual, de ideales antinazis, con la susodicha organización.

Y cómo entre la literatura, historia y la cultura popular no hallara nada relevante o que pudiera conectar

con los vampiros del abuelo incluiría estas preguntas en todas las entrevistas que realizaba como parte de su trabajo. ¿Qué opina usted sobre los vampiros? ¿Son reales o solo una leyenda? No importaba la ocupación, profesión o intelectualidad del entrevistado. Luego que terminaba la conversación hacía esas preguntas, advirtiendo que la respuesta a esas preguntas no sería parte del artículo. Era sólo una curiosidad. Al principio no obtuvo mejores respuestas a lo que la cultura popular dictaba, pero un día, un ingeniero, muy extrañado, luego de hablar sobre las obras de reparación de autopistas, cuando le hizo esa pregunta tan fuera de contexto hizo surgir, sin querer, una idea.

—¿Vampiros? ¿Para que usted pregunta sobre vampiros? ¿Qué tiene que ver eso con las obras de la autopista? —preguntó a su vez, el mencionado ingeniero.

—No tiene nada que ver. Es sólo que quiero escribir una novela de vampiros y busco opiniones entre mis entrevistados —respondió de manera espontánea.

Fue una ocurrencia, una mentira blanca para salir del paso. Pero una vez dicho esto el ingeniero, que al principio estaba reacio a responder, soltó la lengua y comenzó a dar opiniones a diestra y siniestra de cómo debían ser los vampiros, a dar ideas y sugerencias.

Tomando en cuenta los buenos resultados, de allí en adelante, utilizó esa táctica y los entrevistados, deseosos de ayudar, exponían sus ideas de forma despreocupada. Él aprovechaba esa licencia de confianza y les comentaba las características de los vampiros para oír sus opiniones. Se extrañaban mucho. “Usted

quiere hacer unos vampiros distintos". Le comentaban por regla general. Él asentía. Les daba la razón. No añadían nada distinto a lo que ya se manejaba de manera popular. Pero de cuando en cuando surgían ideas frescas e interesantes. En particular hubo una directora de colegio, muy prestigiosa, aficionada al tema de los vampiros quién expuso ideas distintas al imaginario colectivo.

—Eso que usted me sugiere no son vampiros —opinó cuando le explicó las características de los monstruos de la supuesta novela.

—¿Por qué dice eso?

—Porque sus personajes son vulnerables. Pueden morir, cualquiera los puede matar. Así no son los vampiros, son seres inmortales, poderosos, fríos y hermosos.

—¿Hermosos? —preguntó a su vez Marcos Julio, le llamó la atención esa respuesta.

—Sí, hermosos. Los vampiros, si yo escribiera una novela, serían hermosos, fuertes e invulnerables. Seres sensibles, con gusto por lo gótico, habría romance, brillo, así como también sangre y oscuridad. Habría un equilibrio entre la vida y la muerte —expuso con pasión.

—¡Vaya! No se me hubiera ocurrido tal cosa. Aunque eso de la inmortalidad es relativo porque hasta al poderoso Conde Drácula, era vulnerable, tanto en las novelas como en las películas los vampiros pueden morir. La forma más clásica: clavando una estaca en su corazón.

—Sí. Pero los míos los haría inmortales. Vivir eternamente, amar eternamente. Eso sería magnífico. ¿No le gustaría ser usted un vampiro? —preguntó.

—¿Yo? No sé, no lo había pensado.
—Imagínese, ser inmortal. No vería morir a sus seres amados, los mantendría por siempre a su lado.
Marcos Julio recordó la reciente muerte de su esposa. Sí la forma para que ella se salvara, era convertirla en vampira, lo hubiera aceptado sin dudar. Valdría la pena el sacrificio. Eso podría pensar cualquiera.
—Piénselo, poder vivir para siempre con su esposa, novia, ser amado... ¿Está usted casado? ¿Tiene pareja? —continuó su idea, reforzándola con una pregunta.
—Soy viudo. El año pasado murió mi esposa.
—Cuanto lo siento. Me disculpo si fue imprudente de mi parte, no fue mi intención.
—No se preocupe. Usted no lo sabía.
—No quise ser insensible.
Él se encogió de hombros. Entendía muy bien su punto.
—Si me dan a escoger, escojo ser vampira. Condeno mi alma, pero vivo para siempre —completó.
A Marcos Julio le gustó el entusiasmo de la joven directora. No aparentaba más de 40 años, era guapa, inteligente y apasionada. Sintió que, por vez primera, desde la muerte de su esposa, una mujer le atraía. Tenía un brillo muy particular en su mirada, el cabello largo, una bonita sonrisa. Tomó el riesgo, hacía rato que se había salido del protocolo y de la ética profesional, así que le invitó a salir. Ella por toda respuesta le mostró el anillo de matrimonio en su dedo.
—Es casada. Me disculpa el atrevimiento —le dijo con una sonrisa nerviosa.
—No se preocupe, usted no sabía. Le agradezco el gesto, puedo aceptar un café y una buena conversa-

ción, siempre y cuando usted sepa respetar mi estado.
—Está bien. Enviudé hace poco y hasta ahora no me había sentido atraído hacia ninguna mujer —le comentó apenado —. Es usted la primera.
—Lo tomaré como un cumplido —contestó ella.
Tomaron el café. Hablaron de muchos temas. Entre ellos del personaje de Gonzalo de Arosa. Ella conocía muy bien su historia y corroboró mucho de lo que había plasmado su abuelo en los folios. Marcos Julio, no le comentó la particularidad que un vampiro había reclamado tener esa identidad. Claro está.
Marcos Julio, no le volvió a ver, contactaron un par de veces por teléfono y eso fue todo. Prefirió hacerlo así, era una mujer atractiva en un sin fin de sentidos, pero estaba casada y él se encontraba vulnerable y solo. Ese encuentro le hizo ver que, muy a pesar de esa vulnerabilidad y soledad, se despertaba el interés por el amor y las relaciones interpersonales. No era del todo malo. Podría significar que sus heridas emocionales estaban curando y, porque no, podría abrirse a la idea de encontrar una pareja.
Animado, continuó su trabajo, alternándolo con su heredada afición por el tema de los vampiros. Y tanto fue Mahoma a la montaña que la montaña acabó yendo donde estaba Mahoma.
—Señor Marcos Julio, le solicita una señorita en la entrada —le comentó la recepcionista del periódico por vía telefónica.
—¿Cómo se llama? No recuerdo estar esperando a nadie —preguntó extrañado.
Escuchó a la recepcionista preguntar el nombre. La persona le respondió, él no entendió del todo.

—Es una doctora, me dice que usted no le conoce. Su nombre es Leila... Pa-ter-na-ko-vich —le respondió, diciendo el nombre sílaba por sílaba.
—Pasternakovich —se escuchó a lo lejos a través del auricular.
—Leila Pasternakovich —corrigió la recepcionista.
—Está bien, ya voy hacía allá.
Marcos Julio, se encaminó hacia la entrada, muy curioso. ¿Quién será esa doctora? ¡Vaya apellido! Rio, su apellido era Jarkovic, no debería extrañarse que una persona también tuviese un apellido eslavo. Él no tenía los derechos exclusivos de nombres raros. Al llegar, la observó, era una chica de cabello corto, color castaño claro, caucásica, nariz pequeña y respingada, labios mediamente gruesos y una boca de reducidas dimensiones. Usaba lentes oscuros, muy oscuros, grandes, un despropósito estético a su parecer. Vestía una chaqueta gris, manga larga, una blusa color violeta claro y pantalones de tela negra. Los tacones negros le conferían un tamaño contrahecho, era difícil decirlo, pero su estatura parecía promedio.
—Doctora Leila Pasternakovich, hematóloga —se presentó estrechando la mano.
—Marcos Julio Jarkovic, periodista, para servirle. Aunque ya usted sabía mi nombre y profesión. ¿A qué debo el honor de su visita? —preguntó él.
—Un colega, el doctor Pérez. Me recomendó para hablar con usted y me dijo en dónde encontrarlo.
A Marcos Julio, ese apellido, Pérez, no le decía mucho. Había entrevistado a muchas personas, entre ellos médicos, y ese apellido era tan común que podría ser cualquiera.
—Entiendo. ¿Quiere una entrevista? Podemos hacer

una cita y realizarla en el momento y sitio que más cómodo sea para usted —le dijo él.
—¡Oh no! No he venido por una entrevista. Vengo por el tema de su novela. Mi colega me dice que tiene usted unas ideas muy locas y que yo, en mi rol de hematóloga e investigadora, podría ayudarle.
Aquello le sorprendió y le produjo algo de vergüenza. Se le había ido la mano con el asunto y ahora, media ciudad, sabía de su ficticio proyecto de escribir una novela de vampiros. Bajó la mirada.
—No le de vergüenza. A mí me gustan esos temas. Venga, le invito a almorzar y hablamos ¿Qué le parece? —Le dijo ella sonriendo, al percibir su turbación —Son casi las doce.
Su primer impulso fue el de rechazar la propuesta, no tenía una excusa aceptable, era cierto, ya era casi mediodía y le correspondía una hora de descanso en el trabajo.
—Está bien. ¡Pero yo pago! —exclamó Marcos Julio, quien seguía estando avergonzado.
—Sí eso lo hace sentir mejor, acepto. Eso sí, yo elijo el sitio y la comida.
Ella parecía disfrutar de aquello. No es que denotase emoción alguna en el rostro, más con esos lentes oscuros que no permitían ver su mirada. Su voz, atemperada, tampoco revelaba mucho. Marcos Julio, accedió a la segunda cláusula de aquella improvisada reunión. Y antes de que pudiera protestar estaba sentado en una mesa con aquella misteriosa mujer, almorzando un sándwich de jamón y queso con jugo de naranja. Ella pidió lo mismo para ambos. No era lo que imaginaba con la palabra almuerzo, pero estaba delicioso, además el sitio era algo oscuro y a pesar

de eso ella mantuvo los lentes oscuros puestos. Lo cual hacía todo peculiar.
—Ya estamos aquí, hablemos —le dijo él, deseoso de al menos tener la iniciativa en la conversación.
—Tengo entendido que sus vampiros son distintos. Qué los describe como unos seres enfermos, víctimas de una mutación genética que les permite una alta regeneración y cuya clave son unos eritrocitos más grandes de lo normal, que pueden transportar el doble de oxígeno.
Marcos Julio, estaba boquiabierto. Ni él mismo lo hubiera podido resumir mejor. Una vez más había perdido la iniciativa. Apenas si alcanzó a asentir con la cabeza.
—Por eso me interesó el tema. Soy aficionada a lo oculto, teorías de conspiración, monstruos, ovnis, enanitos verdes y toda clase de ideas locas —expresó ella sonriendo —, además soy hematóloga y los glóbulos rojos son mi especialidad.
Aquel serio rostro sabía reír. Y entonces, ella se quitó los lentes, le miró fijamente, la barrera había sido levantada y el encanto comenzó a hacer su efecto, poco a poco, en oleadas, en fragmentos. Sus ojos eran color ámbar, de miel exquisita. Estaban vivos, brillaban en la oscuridad, parecían palpitar, había una cierta oscilación, cierta inquietud. Tenían líneas rasgadas, mongoloides, lo cual le daba un aire exótico. Ahora sí, completaba una imagen que él, sin quererlo, detalló al extremo. Por un momento se olvidó de los vampiros, de la sangre, del abuelo y los eritrocitos. Era una mirada única, difícil de describir, en su rol de escritor, periodista y alguna vez poeta de versitos, no encontraba uniformidad suficiente

como para sintetizarla en pocas palabras.
Los párpados estaban caídos de forma leve, aquello denotaba tristeza, pero a la vez no; daba una fuerte impresión de indiferencia, de desapego, de desinterés, tampoco era eso, aquellas pupilas contraídas, ilógicas, humorosas, estaban muy bien enfocadas en su persona. Había dulzura, azúcar morena y melaza. Las pocas luces del recinto se reflejaban en su iris y cada uno se convertía en una galaxia separada, con puntitos blancos que muy bien podíamos definirlos como estrellas y lunas. Las cejas, pobladas y naturales, escoltaban aquel laberinto, de cuerpo recto y curvas arqueadas, en su final y principio. No eran ojos grandes, sin embargo, era gigantesco el magnetismo de su presencia. Los ojos, los ojos, los ojos, sus ojos. Quería pronunciar todo junto, articulo, sustantivo, porque era un exabrupto separar ese magnífico conjunto. Sí, debía hacerlo, mental, natural y espiritualmente aquellos no eran los ojos sino "Losojos".
Intercambiaron ideas en cuanto a la viabilidad de la existencia de los vampiros, basándose en las ya expuestas. Es decir, la mutación genética y la sustancia desconocida que se escondía en la fracción Hemo de la hemoglobina. Ella todo lo contrario de otras personas, no solo tenía el conocimiento técnico si no que le daba la razón. Era viable. Ella creía que sí, que sí existía una raza oculta en la humanidad.
—Entonces, si existiera esta sustancia X, oculta en la sangre, que, al morir el glóbulo rojo se liberara, estimulando la regeneración de los tejidos es posible crear las condiciones para la existencia de estos seres —expuso.
—Es increíble, es casi como si hubiera usted leído

los folios —dijo él maravillado con la explicación.
—Me lo acabas de decir, Marcos Julio. Además... ¿Qué folios? —preguntó ella, intrigada.
Marcos Julio calló. ¡Santo Dios! Se le había escapado la frase sin querer. Estaba tan fascinado por ella, por su inteligencia, su magnetismo y su llana belleza que bajó la guardia. ¿Qué decir? ¿Qué decir? Ella lo miró a los ojos con aquella mirada penetrante, inquisidora, fuerte. Si mentía lo notaría.
—Es algo secreto. No puedo decirle todavía —respondió.
Fue lo que le vino a la mente.
—¿O sea qué va a haber secretos entre nosotros? —preguntó ella, con seductora complicidad.
—No, no es eso. Es solo que no sé si es prudente de mi parte exponer esa parte de la historia. Me disculpo por la indiscreción.
—No te preocupes. Te disculpo si prometes mostrarme esos folios en otra ocasión. ¿Lo prometes?
— Si, lo prometo.
¿Pero qué era aquello? ¿Por qué se comprometió a ello? Sentía que no podía negarle nada. ¿Dónde estaba su prudencia, su auto control? El corazón palpitaba, mientras la mente luchaba, con manifiesta inutilidad, las emociones capitulaban de manera incondicional.
—Está bien, convenido entonces. Luego me vas a contar toda la historia —le dijo ella con desenfado.
Sacó una cajetilla de cigarros, lo encendió. A pesar de ser un recinto cerrado, nadie protestó. Las leyes aún no se pronunciaban acerca de la prohibición de fumar en sitios públicos. Era 1997. Todavía faltaba para ello.

Marcos Julio, quien había abandonado el cigarrillo, le resultó muy incómodo el humo del cigarro, sin poder controlarlo, comenzó a toser.
—Perdón. ¿Te molesta que fume? —preguntó ella.
—¡No! Es solo que dejé de fumar hace ya casi un año.
—¡Entonces si te molesta! —exclamó ella —No te preocupes, estaba buscando una excusa para dejar este vicio horrible.
Dicho eso, apagó el cigarrillo y lo arrojó, cajetilla y encendedor incluido, a una cesta de basura cercana.
Él, sorprendido, sólo alcanzó a decir un "No" apagado, mientras seguía tosiendo. Cuanta energía y decisión. Hubiera querido él dejarlo de esa manera y no de la otra forma en que ocurrió.
—Debí hacerlo hace mucho. No es que esto me vaya a matar, pero si es desagradable para ti… no quiero que te sientas incómodo de ninguna manera cuando estés conmigo.
Él guardó silencio y ella se hizo cargo de la conversación. Él le trataba de usted mientras ella lo tuteaba. Poco a poco Marcos Julio, se recompuso y olvidando esa pequeña circunstancia pudo retomar el tema. Pero el tiempo era inflexible, la hora libre del almuerzo había culminado y él, debía regresar a trabajar, ella se colocó los lentes de nuevo, rompiendo un poco el hechizo.
—Gracias por el sándwich, estaba delicioso, seguimos en contacto Marcos Julio —le dijo al despedirse y le estampó un beso en las mejillas.
Aquel minúsculo gesto le conmocionó hasta la médula.
—De nada —alcanzó a decir.

—El próximo almuerzo lo pago yo. ¿De acuerdo? Te anoto mi número.
Ella, sacó papel y bolígrafo y le anotó una serie de dígitos. Él le extendió una de sus tarjetas de presentación. Vio la hoja, era número de celular.
Él no tenía teléfono móvil a pesar de la insistencia de su jefe en asignarle uno. Debía repensar esa idea.
Cuando alzó la mirada, ya ella, montaba en un taxi. Le dijo adiós con la mano y sonrió. ¡Y era la más hermosa de las sonrisas! Grande, una expresión de libertad, una pequeña boca ensanchándose con felicidad, proyectando su perfume. Cupido había hecho de las suyas. No con un arco y una flecha, sino con una chaqueta gris y lentes oscuros. Regresó al trabajo antes de que la locura se apoderara de él y corriera tras el vehículo de alquiler que transportaba a aquella deliciosa mujer. Oscura, misteriosa, que sin embargo le dio colorido a su tarde, a su vida y una sonrisa al corazón.
Cómo el día transcurriera sin muchas labores, aprovechó hablar con el jefe sobre la asignación de un teléfono móvil; éste, feliz de la vida agradeció a los dioses, a los duendes, al demonio, a quien hubiera sugestionado aquella cabeza dura de la conveniencia de usar un celular para el trabajo que realizaba.
—Es el futuro Marcos. Es el futuro. En unos años la telefonía fija será historia. Todos tendrán un celular y el que no lo tenga será un ciego en el país de los tuertos. No olvides mis palabras —le comentó su jefe, haciendo de profeta.
Marcos Julio no le dio la razón, tampoco se la quitó. Solo tomó el aparato, anotó su nuevo número y llamó a Leila.

—Doctora Leila, le habla Marcos Julio Jarkovic, le llamo desde mi nuevo número celular.
—¡Hola Marcos! ¡Excelente! Díctamelo con confianza, tengo lápiz a la mano —le respondió ella, muy animada.
A partir de allí estuvieron en constante contacto, salieron varias veces a comer, al cine, al parque. Siempre de noche. Hasta fueron a un concierto de Heavy Metal. Ella era aficionada a esa música estridente y contestataria. Hablaron mucho sobre el tema de los vampiros. Ella creía con firmeza en la existencia de estos seres, a la vez, como científica y médico, no encontraba una base fisiológica firme para explicar sus capacidades de regeneración y supervivencia.
—Han intentado explicar el vampirismo con enfermedades como la Porfiria, pero no alcanza, por eso tu teoría me atrae, la mutación, los macrocitos, es algo que he estudiado toda mi vida —le comentó en una oportunidad.
Él la observó, qué tanta edad podría tener. Esa frase "toda mi vida" indicaba un largo periodo de tiempo. Ella no aparentaba más de 25 años y sin embargo era una doctora e investigadora muy respetada en su ramo. Quizá era indebido, pero se atrevió a preguntar.
—¿Qué edad tienes, Leila?
Ella lo miró con cierta dulzura.
—A una dama no se le pregunta la edad — respondió muy seria.
—¡Oh, no! ¡Es cierto! Disculpa. Es que me intrigas. A veces, cuando hablas me siento como un niño. Como si tuvieses mil años y de repente cambias el ritmo y te siento tan jovial, tan juvenil, fresca. En-

tonces, allí, me siento como un viejito. Eres un misterio. Un delicioso misterio.
—¡Ay Marcos! Usted como que se me está enamorando. Diciéndome vieja no me va a conquistar.
Marcos Julio se sonrojó, cierto que estaba prendado de aquella joven mujer, su inteligencia, de sus ojos, su cabello y su perfume. De esa mirada indiferente, de su temple, de su independencia, sus labios y su sonrisa. Su forma de vestir le hacía única, el primer día, cuando la conoció, estaba muy gris y negro, pero solo fue aquella vez, luego fue una explosión de colores, vestidos y bragas. Rojo, rojo y más rojo, era su color favorito el cual combinaba con otros matices. Y tomando en cuenta que ella ya lo había notado, era un secreto a voces, decidió corroborar la divertida expresión de su interlocutora.
—¡Sí! ¡Es correcto mi querida dama! Estoy, como decirlo... enamorado, impresionado, prendado de usted. Ha traído luz a mi vida y una sonrisa a mi corazón.
—¡Ay gracias, por tan bellas palabras! Pero, te voy a hacer una pregunta que no me has hecho.
—Dígame.
—Hemos salido y compartido varias veces, las últimas semanas y nunca me preguntaste si soy casada, viuda, si tengo una pareja, un enamorado, alguien a quién yo quiera o me guste —le dijo muy seria.
Era verdad. No había preguntado. Ni siquiera se le había ocurrido. Su corazón empezó a palpitar fuerte.
—Pero para ser justos yo tampoco te he preguntado. ¿Estás casado? ¿Eres soltero? ¿No tendrás varias enamoradas? —preguntó ella ante el silencio de Marcos.

—No, no. Soy viudo. Creí habértelo dicho. Mi esposa murió hace unos meses, el año pasado —respondió con rapidez —y no sé si llamarlo luto, pero estuve muy mal, hundido en mi tristeza por un buen tiempo. No sé si me explico bien.
—Sí, te entiendo, no me has preguntado, pero yo también soy viuda y tengo experiencia de primera mano en el luto —le comentó con cierta tristeza en la voz.
Aquello le impresionó mucho. Tan joven y ya había tenido una pérdida semejante. Ella se colocó los lentes oscuros, una pequeña lágrima se escapó, deslizándose por aquella marmórea mejilla, de manera silenciosa. Él tragó grueso, sintió aquella gota de dolor como suya propia, le tomó de la mano, por primera vez, sin saber muy bien que decir.
—¿Cómo es posible? Eres muy joven para ser viuda —opinó Marcos.
—Soy más vieja de lo que aparento, ni te imaginas —respondió ella compungida.
Leila soltó su mano, se levantó de improviso, tomó sus cosas y antes de que él pudiera hacer algo, salió del pequeño café donde se encontraban reunidos, detuvo un taxi y desapareció sin despedirse. Él pagó la cuenta, estupefacto y de alguna forma arrepentido. Caminó hasta la esquina de la cuadra, observó la avenida concurrida de autos y se quedó parado allí, esperando nada. Se presentó la lluvia, conspirando con la situación y para darle más dramatismo al asunto. Sin ánimos de hacer cualquier cosa, permaneció bajo el torrencial aguacero hasta que sus huesos quedaron empapados.
Regresó a su habitación, luego que cesara de llover,

convencido de que algo se había quebrado entre ellos, tardaría algún tiempo en verla o quizás no le vería de nuevo. En realidad, sabía mucho y a la vez nada de ella, desconocía donde vivía y otros detalles como los expuestos ese día. El celular se había mojado, extrajo la batería y lo dejó secar. Sin embargo, contra toda desesperanza, al día siguiente le vio, estaba esperándole, en la entrada del periódico. Era muy temprano, el sol apenas despuntaba en el este.

—Buenos días, Marcos Julio —le saludó con la seriedad que le caracterizaba.

—Buenos días, Doctora —respondió, sin ocultar la felicidad que le producía verle.

—Llámame Leila, no puedes confesarle el amor a una mujer y tratarla de usted o con títulos.

Él asintió.

—Vine porque te debo una disculpa, no debí irme así, fue un impulso, no me gusta que la gente me vea triste o vulnerable. Además, vine porque no contestas el celular. Te llamé. ¿Acaso lo apagaste para que no te fastidiara? Dime: ¿Estas molesto conmigo?

—No, no es eso. Llovió y el celular se mojó. Está apagado, lo dejé en casa, como recomiendan, en una taza llena de arroz, eso, según la cultura popular, ayuda a su secado.

—¡Vaya! —exclamó, recordando el aguacero —que contrariedad.

—Y no te preocupes no hay nada que disculpar.

—Está bien, entonces aclarado el punto me retiro — dijo, caminando hacia él —llámame. No dejes de llamar.

Lo estaba haciendo de nuevo. Aparecer, desaparecer. Él iba a contestar, pero su boca no alcanzó a

articular ninguna sílaba. Ella le dio un pequeño beso y como otras tantas veces alargó la mano, detuvo un taxi y se fue. Marcos Julio, una vez más quedaba confundido, se tocó los labios. Sacudió la cabeza y se entregó de lleno al trabajo, mejor era no pensar demasiado y dejar que las cosas fluyeran por sí mismas. Aceptaba no tener control sobre nada de lo que pasaba y que el misterio que envolvía a esa mujer lo tenía cautivado.

Una vez más la montaña había ido hasta Mahoma. Decidió no perder la oportunidad y la llamó. No se vieron esa semana, pero hablaron mucho por teléfono. Ella le invitó a cenar el fin de semana en su apartamento, quería cocinar para él. Eso sí, con una condición. Marcos Julio debía mostrarle los folios. Él aceptó, decidió que si su corazón la había admitido como digna de su querer, su mente no debería guardar secretos. Él deseaba tener esa intimidad mental con ella, un nivel extra de confianza, a pesar de sentir cierto miedo por lo extraño del contenido y las implicaciones familiares.

—Soy mejor cocinera que doctora —le comentó por teléfono —no te arrepentirás.

Y era cierto. Marcos Julio, no pudo sino quedar maravillado con los deliciosos platos que ella le preparó. Luego de la comida vieron una película en VHS, de vampiros, no podía ser de otro tema. Recostados el uno del otro. Sin embargo, él no se atrevió a hacer ningún movimiento romántico o de seducción. Recién estaba recuperando la relación.

—¿Y bien? —le preguntó ella, encendiendo la luz.

—¿La película? Me gustó mucho, los vampiros son algo distintos, un poco andróginos para mi satisfac-

ción, pero fue entretenida.
—Me refiero a los folios, tonto. A ver, muestra. Yo cumplí con mi parte, te cociné delicioso. ¿O no?
—Espectacular —le respondió alegre.
Cómo se sintiera en confianza y aquellos atractivos labios estuviesen tan cerca, sucumbió al deseo y quiso besarla. Pero en vez de otros labios, su boca se estrelló contra unos dedos.
—No, no, no, sin folios no hay besos.
—Los folios están aquí —le dijo él, un poco entre cortado, ya que ella le apretó los labios.
—Está bien —comentó ella y le dio un segundo beso, así, con los labios apretados.
—Oye, así no se vale —protestó él.
—Un beso es un beso. No se queje. Más folios y menos besos.
—¿Y no puede ser al revés?
—No, Romeo. Abre la carpeta y cuéntame.
Marcos suspiró. Debía comenzar y no sabía por dónde. Había accedido, sí; pero ahora le costaba hacerlo, cumplir la palabra empeñada por amor. Pero... ¿De verdad era amor? La miró. Eso sentía y sin embargo no se atrevía a llamarlo amor ni confesarlo, aunque ella ya lo había entendido así. Abrió la carpeta. Separó el original de la traducción.
—Recibí este paquete cuando mi esposa estaba enferma, luchando contra el cáncer, por ello permaneció olvidado. Mientras realizaba la mudanza lo hallé. Había sido enviado por mi abuelo desde Guatemala, algún momento antes de morir en 1983. Por razones que desconozco llegó a mí diez años después y no lo abrí sino pasados otros cuatro años. El abuelo no le colocó fecha de escritura por lo que puede tener

entre 15 o 20 años de haber sido escrito —le dijo.
Ella tomó la desvencijada libreta, el original; él la dejó, hojeó las primeras páginas.
—¡Está escrito en magiar! —exclamó.
—Sí —contestó él —¡Espera! ¿Tú entiendes el idioma?
—Sí.
—¿Pero... cómo? —preguntó él sorprendido.
—*Idösebb Vagyok, mint amilyenenk látsik* —le contestó ella, en húngaro.
La pronunciación era perfecta, él apenas si pudo entender. "Soy más antigua de lo que parece". Eso había dicho. O al menos eso creía.
—¿Qué tan antigua? ¿30, 35 años?
Ella rio con cierta ironía. No era burla. Sólo que los números se le antojaban cortos.
—Más, mucho más antigua. Conozco la letra de tu abuelo, hace muchos años leí un informe escrito por él —dijo viéndole directo a los ojos —. Necesito que estés calmado. Tengo algo que decirte. Nuestro encuentro no fue casual, cómo lo habrás imaginado, no existe un doctor Pérez, conocido de ambos. Fue un paciente quien me contó la historia acerca de un joven periodista, de apellido raro, que preguntaba por vampiros, por la posibilidad fisiológica que explicara o autenticara su existencia, todo eso con la excusa de querer escribir una novela. Yo te andaba buscando y sin querer te encontré. Eres descendiente de quien fuera mi esposo, mira que fue difícil encontrarte. Seguí la pista de tu abuelo, tardé muchos años sólo para hallarlo muerto. Luego me trasladé a Costa Rica, tú padre me dijo que estabas en Venezuela, en Caracas. Llegué hasta allí, pero tampoco estabas, te

habías mudado a Valencia, aunque no sabía lo de tu viudez, nadie me lo comunicó, sólo que habías cambiado de residencia. Y por eso vine a esta ciudad, sabiendo que trabajabas en algún periódico o casa editorial.

Marcos Julio escuchaba atónito. Pensaba revelar un secreto y era el secreto que se revelaba ante él. El misterio de la mujer estaba a punto de dejar de serlo y él quería ahora permanecer ignorante de ciertas verdades. Porque una cuestión es creer que tal cosa puede ser posible y otra oír la verdad desde los labios de la protagonista.

—No tengo nombre, no tengo edad —continuó ella —, pero alguna vez me llamaron Katja Kinslenya, madrastra y obsesión de tu abuelo, viuda de Viktor Jarkovic y responsable de su muerte.

XIX
CONVERSATORIO

—¡Katja! —exclamó él.
—Sí, ese es mi nombre. El nombre con el que me conocieron, el nombre que me dio Augustus, junto con esta extraña vida de capacidades e incapacidades. Por momentos pensé que te ibas a dar cuenta. Atar cabos, reflexionar. Pero resulta que te enamoraste y un enamorado no percibe ciertas cosas, solo ve a al objeto de su deseo y amor, con desarraigo en la razón y apego a la emoción —le dijo ella —. Siendo justos, yo tuve un poco la culpa, por la forma en que me acerqué a ti, seguí impulsos y creo que de una u otra manera me comporté de forma seductora. Él no dijo nada al respecto, pero admitió esa y otras verdades. Estaba enamorado como un chiquillo y ahora que recibía aquella revelación empezó a vislumbrar todos los detalles que la delataban y él pasó por alto.
—¿Y ahora qué? —le preguntó Marcos.
—La verdad.
—¿Cuál verdad?
—La que desee tu corazón.
—¿Me amas?
—No —le respondió ella.
Luego de una pausa y al ver la expresión triste de Marcos Julio, complementó su respuesta.
—Te quiero, me gustas. Pero, hablar de amor sería prematuro, arriesgado e irresponsable de mi parte.
—Entiendo —contestó a su vez él.
—Respóndeme tú: ¿Me amas? ¿Sientes amor por

mí? Pero me refiero a amor verdadero, no una emoción juvenil, a mariposas en el estómago. El amor es más que eso, no es algo superficial, no es algo que lo puedas expresar a la ligera.
—No lo sé. Es decir, siento que es así, que te amo, pero me cuesta expresarlo, me da miedo estar equivocado o como tú bien lo expresas, estar dejándome llevar por las emociones. Solo sé que siento algo fuerte por ti.
—Dices no saber, pero acabas de admitir que me amas. Te contradices, estas nervioso, pero siento que estas siendo sincero y eso lo aprecio. Además, estas pasando por encima el detalle más obvio de todo este asunto.
—¿Qué? ¿Qué detalle? —Preguntó él, a baja voz.
—Te acabo de confesar ser vampiro, ser tú tatarabuela política, de tener más de cien años. Qué Leila Pasternakovich, es mi nombre legal pero no el de nacimiento y mucho menos con el nombre que se refieren a mí en esos folios. Porque asumo que en esos folios se habla sobre mí. Marcos Julio... Marcos... —le dijo mirándole a los ojos y acercando su rostro —¿Aun así podrás seguir amándome? Soy una abominación, un ser antinatural. No soy humana y a la vez sí lo soy. No sé quién soy, ni cuando nací, no recuerdo a mis padres. Por mi causa tu tatarabuelo perdió la vida, no fue mi deseo que eso ocurriera, pero no borra mi responsabilidad. Soy un ser sin raíces, sin familia, por mis venas corre más sangre ajena que la mía propia.
—Apenas estoy enterándome de todo, son cosas que no he ponderado, no puedo responder todas esas preguntas, no en este momento —le respondió

él —. Lo único que se ahora mismo es que no me quiero separar de ti, no me quiero ir.
—Quédate. Quédate entonces.
—Gracias —le dijo él, con lágrimas en los ojos.
Fueron pocas lágrimas. No había llorado desde la muerte de su esposa. En aquellos años de lucha había llorado tanto, que a veces pensaba haber agotado todas las lágrimas. Empero, con emociones tan variadas y repentinas, toda una montaña rusa, alegrías, sorpresas, tristezas, incertidumbre, era hasta deseable llorar, drenar un poco aquello.
—Por los momentos leamos los folios de tu abuelo, hablamos sobre ello, comparamos ideas y luego puedes hacerme las preguntas que desees al respecto. Te pido que coloques en pausa el amor. ¿Estás de acuerdo? El amor para nosotros es una cosa prohibitiva. Significa entregarse a una promesa de dolor y vacío, y todos los años de la eternidad no curan esas heridas.
Katja tomó la libreta.
—¿Porque razón llamaría a tu abuelo a cada parte de lo que escribió como folio? Folio, es un símil de página, hoja —preguntó ella.
—No lo sé Leila. Así lo colocó él, habrá tenido alguna confusión con los conceptos. ¡Oh! Te llamé Leila, me disculpo, es la costumbre. ¿Qué prefieres, Leila o Katja?
—Cómo tú quieras Marcos Julio, no te sientas presionado a llamarme Katja. Actualmente todos me llaman así, Leila, así que no te preocupes. Llámame como lo sientas natural, como desees —le dijo, pero al ver de nuevo aquella expresión de desconcierto añadió una sugerencia —. Te propongo algo, dime

Leila en público y en la intimidad me llamas: Katja.
—Me parece bien. Así evito que en público se me escape tu verdadero nombre.
Ella sonrió como signo de aprobación de la idea. Se sentó en el sofá e invitó a Marcos Julio, sentarse a su lado. Una vez él se sentó, ella procedió acostarse en el mueble, utilizando las piernas de él como almohada. Tomó unos lentes habidos en la mesa y comenzó a leer la libreta.
—Acompáñame a leer esto.
—¡Vaya! ¡Usas lentes! —exclamó él.
—Sí. Aunque mi cuerpo tiene una alta capacidad regenerativa no puede arreglar defectos previos a la conversión. Tenía miopía antes de eso, no es mucha, es más cómodo para leer usar lentes correctivos, además me hace ver sexy e inteligente —le dijo, guiñándole el ojo.
Eso no se discutía. Se veía muy atractiva. Él tenía todos esos sentimientos encontrados. Quería besarla, era un deseo muy fuerte. Besarla de verdad, no esos besos furtivos que ella le había dado hasta ahora. Llegó a sentir miedo, pero este se había disipado. No puedes aceptar como una realidad incontestable que los vampiros existen y luego, pasar la noche con uno de ellos sin sentir algo de miedo. Sin embargo, la actitud de ella era muy relajada, inofensiva, quizá condescendiente. No sentía una amenaza real de su parte.
Katja comenzó a leer con avidez. Marcos Julio sin querer, se quedó dormido. Cuando despertó ella ya preparaba el café. Había amanecido. Él se encontraba recostado en el sofá, algo adolorido por la mala posición.
—Buenos días, dormilón —le saludó ella.

Vestía de manera cómoda y deportiva. Pantaloncillos blancos y franela de color rosado.
—Buenos días... —le respondió él, a voz en cuello.
—¡Qué cara! Ve al baño, arréglate un poquito y te espero aquí con el café, no tardes mucho porque se enfría.
Como chico obediente, realizó el necesario aseo matutino y cuando terminó, una humeante taza, despidiendo su delicioso aroma, le esperaba en la mesa. Se sentó a su lado y ella, le dio otro besito furtivo, rápido y fugaz. Él quiso recibir y dar más, pero ella apartó el rostro y sostuvo su ímpetu con un dedo en los labios.
—Calma Romeo —le dijo sonriente —esta Julieta no se va a morir —se señaló a sí misma.
Él se resignó. Era cierto, ella no podía morir. No tan fácil. Quizá por la referencia pensó en el error de Romeo... La pasión y el dolor se apoderaron de sus decisiones, sustituyendo la razón y la mesura. Un error que, en las circunstancias actuales, él no podía cometer.
—Está muy bien descrito el capítulo de los mitos y verdades, acerca de la raza oculta, hecho por tu abuelo. Aunque, difiero de algunas partes, sobretodo donde escribe que los vampiros no tienen poderes psíquicos ni mágicos. Ciertamente no poseemos facultades hechiceras ni nos convertimos en murciélago, pero en el apartado psíquico hay ciertas relevancias. No sé por qué lo niega, cuando en su encuentro con Inanna, ella hace un despliegue de poder psíquico, leyendo su mente y hablándole a través del pensamiento —le comentó ella.
—Es cierto. Se contradice, no lo había pensado.

—Sin embargo, no es un poder inherente que se obtiene después de la conversión. Si he de describirlo, lo hago como una habilidad. No es algo que se adquiere, sino que se aprende. Gonzalo también podía hacer eso, pero ocurre que él fue entrenado por su mentor, y su sangre estaba más ligada a la de Inanna, que la de Augustus. Ellos la conocieron con el nombre de Ixchel, la diosa de la luna, aparentemente ella abandonó al mentor de Gonzalo unos años antes de la llegada de los españoles.

—¿Oscar, podía leer la mente? —preguntó Marcos Julio.

—De una forma limitada, pero podía hacerlo, podía proyectar su voz en la mente de otros. Así fue que pude revelarle el plan de evasión de los nazis. Nos comunicábamos a través de pensamientos y él lo hacía saber al resto.

—¿Tú puedes leer la mente?

—No, no puedo. Soy empática a un nivel muy alto, puedo sentir cosas. En el caso nuestro ocurre que puedo percibir los sentimientos que proyectas. Por eso, y he aquí la explicación de mi comportamiento, cuando hablaste de tu viudez me transmitiste una tristeza muy profunda, un dolor muy arraigado y verdadero. Tú lo proyectaste sin saberlo y yo recibí toda aquella carga de dolor en mi pecho, mi dolor, se mezcló con él tuyo. Fue demasiado para mí, me desmoroné, con el descontrol que eso ocasionó salí huyendo. Ya no eran dolores separados, era un solo dolor, tuyo y mío, nuestro. Inmenso. Me disculpo por ello, por la confusión que te generé, por lo inadecuado de mi partida, pero fue necesario.

—Creo entenderte. Yo también me disculpo.

—No tienes por qué disculparte. Ahora en el caso de Gonzalo, en la ocasión en que estábamos prisioneros, él me hablaba, yo respondía mentalmente y lo leía. No era que yo proyectara mis pensamientos, más bien era que permitía que él los leyera. La habilidad era suya, no mía.
—Entiendo. Dices que el mentor de Oscar... Gonzalo —corrigió —fue convertido directamente por Inanna bajo la figura de Ixchel.
—Sí, así parece. Eso nos dijo Gonzalo a mí y Augustus. Aunque no sea la mejor forma de expresarlo, digamos que el mentor era de generación primaria y Gonzalo, por lo tanto, de generación secundaria.
—¿Y tú eres de que generación? — le preguntó él.
—No lo sé. Augustus mismo no lo sabe. Puede ser de cuarta, quinta, sexta generación. Para eso habría que hacer una investigación de su mentor, quien fue quien lo convirtió y este otro a su vez quien le proporcionó la sangre. Así sucesivamente hasta dar con la fuente que es Inanna. O como la conociesen en sus tiempos correspondientes. Es un misterio quizá imposible de resolver. Muchos de esos vampiros pueden estar muertos a esta fecha.
—Eso me lleva a la otra pregunta: ¿Cuántos vampiros hay? ¿Hay un gobierno? ¿Alguien quien dirija las acciones? ¿Un jefe? ¿Una jefa? Inanna, por ejemplo.
—Cuantos somos, es difícil decirlo. Te pudiera nombrar los que estoy seguro de su existencia. Augustus, Gonzalo, un ruso de nombre Volinshenko o algo similar. Posiblemente uno ubicado en Argentina llamado Jucucha, sobre este no es seguro, Augustus, me cuenta que hace mucho que no sabe de él, uno en Etiopía, el australiano... Eso son todos, puede que

haya más, pero son los que he sabido alguna cosa —respondió ella, contando con los dedos —. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete conmigo... ocho, si contamos a Inanna, que dudo mucho haya muerto en el Tíbet... Con respecto a la otra pregunta, no hay un gobierno, no estamos separados por clanes o nada parecido. No hay caudillos, lo más que hay es esa relación especial entre mentor y acólito. Es la única situación en la que existe una figura de autoridad con respecto a la otra.

—¿Y la cofradía que tenía Inanna, en el Tíbet, en su templo?

—Eso puede ser una excepción. Pero ve que era muy pequeña, no más de seis individuos.

—Ya, entiendo. ¿Y por qué quedan tan pocos?

—No lo sé. No existe tal cosa como la historia de los vampiros para saber que ocurrió con uno o con otro. Las guerras, las pestes, las autoinmolaciones, las cacerías, los nazis, el Sida, todos esos factores y otros que desconocemos, caen en el terreno de lo personal, han reducido el número.

—¿El Sida? —preguntó extrañado, Marcos Julio.

—Sí. Esa enfermedad pareciera estar diseñada especialmente para exterminar vampiros. Ataca al sistema inmunológico y por extensión a la capacidad regenerativa.

—¡Vaya! ¿Quién lo diría? Por cierto, ahora que lo nombras. Las autoinmolaciones. ¿Por qué un vampiro se inmola? ¿Qué locura les empuja a rechazar la vida inmortal?

—No hay una idea unánime en cuanto a eso. Al parecer, y es una conjetura, la sangre de Inanna, es la clave.

—Explícate.
—Mientras más cerca este el convertido de la línea consanguínea de Inanna, más propenso es a inmolarse. Y no tiene que ver con la antigüedad del vampiro. Por ejemplo, mañana es convertida por Inanna, alguna persona, ese vampiro pasa a ser de primera consanguineidad, por encima de Augustus que tiene al menos 2000 años de edad. ¿Entiendes?
—Sí. Eso creo. ¡Guao! ¿Augustus, es así de antiguo? —exclamó Marcos Julio.
—Sí, sí lo es. Pero no es de primera generación. En este caso Gonzalo de Arosa, es de segunda generación, está por encima de él, en la línea consanguínea, y es el único vampiro que conocemos que intentó inmolarse y sobrevivió. Y toda la información que tenemos al respecto proviene de él. Explicó que la sangre de Ixchel (ese es el nombre con el cual conoció a Inanna) crea una cierta dependencia de su cercanía. Lo describe como un amor desesperado pero que no tiene que ver con el deseo sexual, es más como una necesidad de tener su compañía, su beneplácito y su favoritismo. Cada minuto separado de ella lleva al vampiro a un estado de angustia, con un crecimiento exponencial, el cual culmina, si no recupera la compañía de Inanna, con un total hastío por la vida. Él lo describe así y a pesar de que recibió mucha sangre de Eugene, que era de tercera generación, y sabiendo todo lo ya descrito, Gonzalo continuó siendo víctima de esa angustia, nunca se pudo liberar de ella por completo. Por eso fuimos a Guatemala, a la selva de la antigua civilización Maya, porque él estaba seguro que, luego del incidente en el Tíbet, ella regresaría allí. No hubo forma de convencerlo de lo contrario

y nos separamos en 1962, yo emigré a Estados Unidos, a estudiar medicina y Augustus, viajó al sur, a Argentina, Brasil y Uruguay para cazar nazis, tenía su cruzada personal contra ellos. No en vano, dado a su malogrado intento de descubrir los secretos de la raza oculta.

—¡Sorprendente! —exclamó Marcos Julio —eso explica porque el mentor de Eugene se inmoló luego de su encuentro en el Tíbet.

—Sí, es posible que haya sido de segunda generación. Como ya lo expuse. Llegó hasta el templo, descubrió que su viaje fue en vano, la viejecita que estaba allí no era Inanna, desespera y se inmola.

—Eso me extraña, porque no reconoció a Inanna, entremezclada con las bailarinas.

—Hay dos explicaciones posibles. Una es, lo que ya te comenté, era de segunda generación y nunca había visto a Inanna, pero a pesar de eso al hablar con la viejecita se da cuenta que no es la verdadera, piensa que es un engaño y, entregado a la desesperanza se quema en el puerto. Dos, estaba Inanna, tan camuflada, maquillada, con alguna máscara o tocado, que no pudo reconocerla. En el relato de Eugene pareciera que el mentor no les prestó ni la más mínima atención a las bailarinas —expuso Katja.

—¿Por qué dices que habló con la viejecita? En el relato de mi abuelo, la describe como un cuerpo momificado, estaba muerta cuando se produjo la confrontación.

—Exacto, estaba muerta en ese momento, pero pudo haber estado viva cuando Eugene y su mentor realizaron el primer viaje.

—No lo había pensado.

—Además él lo menciona, su preceptor realizaba ese viaje para cumplir una promesa hecha a su propio mentor y la vieja le dijo algo al oído, que Eugene no pudo oír. Para mí es signo inequívoco que era de segunda generación y por lo tanto Eugene de tercera. Eso también le da significado porque este último quería regresar al Tíbet, ya se estaba desarrollando aquella necesidad de estar cerca de Inanna, sin él percatarse.
—¡Increíble! Tu lógica no tiene fallas.
Sonrió.
—Una cosa que me causó gracia fue la parte en donde tu abuelo habla de una supuesta hipersensibilidad al ajo de nuestra raza —opinó ella con tono burlón.
—¿No es así?
—No. En absoluto. Cómo cocinera no puedo prescindir del ajo. No sé de dónde sacó esa idea. A mí me encanta el ajo.
—¿Qué otra idea errónea detectaste? —le preguntó él.
—Creo que ninguna más. En general está descrito de una forma más o menos acertada.
Ella hizo una pausa, sirvió más café para ambos y el desayuno. Marcos Julio, estaba encantado, cocinaba muy rico. Un sencillo desayuno se convertía en una experiencia hedónica. Terminada la comida, él reinició la conversación.
—Los nazis, cuéntame. ¿Estuvieron cerca de descifrar el secreto de la raza oculta?
—Ese grupo de científicos locos y malévolos jerarcas, estuvo muy cerca de lograr desentrañar el secreto. Mucha de mi investigación está basada en la suya.
—¿Tú, estás estudiando el asunto?

—Sí. Quiero desentrañar el secreto, saber por qué somos así, que nos permite ser longevos, una posible cura —declaró ella muy seria.
—¿Cura? ¿Por qué hablas de una cura?
—No te confundas Marcos, somos seres enfermos, esto es una enfermedad, una afección. Sino sustituyera la sangre que pierdo moriría en unos meses. El obtener sangre, por el medio que sea, para reponer la nuestra no es una cura, es sólo un tratamiento agresivo. Y como tal produce un desgaste, físico, mental, emocional; con el tiempo te vuelves más fuerte y menos dependiente de la sustitución de la sangre. Pero te digo, comprendo a los que se inmolan, a veces tengo el deseo de no continuar esta farsa de vida, sin raíces, sin identidad permanente, sin descendencia, sin familia... sin amor. La soledad es el camino a transitar y es asfixiante. El amor, es una cosa prohibida para nosotros. Una hoguera es más atractiva que el amor —expresó, muy triste.
Marcos Julio, se resintió en el corazón con aquella declaración. ¿Su amor no le era atractivo? Sintió miedo, mucho miedo. No era miedo a que ella clavase los colmillos en su cuello y lo desangrara. Era miedo a que ella no pudiese amarlo. Que la realidad de su dispar condición fuese más grande que sus sentimientos. Prohibiciones que rechazó de inmediato, así como ahora admitía su amor por ella. Sí, si la amaba. No tenía dudas sobre ello, no quería perderla, no quería apartarse de su lado.
—El desgaste físico —continuó, Katja —se recupera. La misma capacidad de regeneración hace que nos recuperemos casi al instante de producirse ese deterioro, por ello, en apariencia, no nos desgasta-

mos ni envejecemos, al menos no a la misma velocidad que un humano sano. Pero siempre queda algo, un daño residual, del cual no nos recuperamos por completo. Y eso es lo que describo como desgaste físico y hace imposible la inmortalidad.
—¿Entonces preferirías quemarte viva que amar de nuevo? —preguntó él.
—¡Ay! ¡Marcos! —exclamó ella, tomándole el rostro entre sus manos —Disculpa que lo expresé tan feo. Sé que no lo aparento, pero en el fondo soy una vieja amargada. No te sientas mal por ello. ¡Ven! —le dijo y lo abrazó.
Marcos Julio se acurrucó en su pecho.
—Una parte de mí quiere amarte. Me aterra. Por cobarde no lo hago y me escudo en la respuesta prefabricada de que mi único amor fue, es y será Viktor Jarkovic, tu tatarabuelo. En parte es verdad. Lo amé mucho, siento que lo amo todavía.
—Yo también estoy asustado. Quizá no estoy preparado aún para asumir una relación y más con las circunstancias que nos rodean. Parece una irresponsabilidad mía decir que te amo. Pero es lo que siento, no me quiero apartar de ti.
—¿Aun sabiendo mis características?
—Sí.
—Un día despertarás y estarás viejito y yo seguiré tan joven como ahora, sufriré cuando enfermes y llegue la irremediable cita con la muerte.
—¿Y si me conviertes? Compartiríamos el mismo destino —preguntó Marcos Julio.
—¡No! Marcos, no. Eso sí sería una irresponsabilidad de mi parte. No hay garantía de que sea exitoso el proceso, todo lo contrario, las probabilidades es-

tarían en nuestra contra. No podría hacerte eso, me niego.
—¿Y entonces para que me buscaste? ¿Qué querías hacer conmigo?
—Verte, conocerte. Saber de ti. Eres la última conexión que tengo con mi pasado. Esta tu papá, pero por lo que pude constatar al hablar con él, no cree en vampiros y siempre pensó que tu abuelo estaba loco al creer esas cosas. Supe de ti y quise probar suerte. La soledad es una cosa difícil de sobrellevar, pero también lo es la culpa, los secretos. No te imaginas lo duro que es no poder ser uno mismo y fingir siempre ser otra persona. Es un desgaste emocional, como te lo mencioné antes.
—¿Conmigo puedes ser tu misma?
—Sí, así es. Así lo siento. No tengo que fingir ser Leila, puedo ser Katja Kinslenya otra vez, aunque ese no sea mi verdadero nombre, es el nombre de mi segundo nacimiento y, aunque proclame lo contrario, me aferro a esta vida y por lo tanto quiero darle sentido, conseguir una motivación verdadera.
—¿Y qué propones entonces que hagamos? Ya que no quieres convertirme.
—No se trata de querer Marcos Julio. El riesgo de que mueras es demasiado alto y no quiero tener la muerte de otro Jarkovic en mi conciencia.
—Entiendo eso, pero no respondiste mi pregunta
—Vivamos, compartamos, acompáñame, calla mi soledad. Haz que me sienta humana otra vez.
Marcos Julio se acercó, con lentitud, esperaba que en cualquier momento ella evadiera su boca. No fue así, ella lo esperó y por fin pudo darle el beso. Un beso largo, sereno, de compases lentos. Ella permitió la

separación de sus labios, pero sin juegos de lengua. Cuando él insinuó un ataque con el musculo fonador, ella detuvo la unión de manera sutil.
—Ya obtuviste tu beso Romeo —le comentó ella sonriendo —pero debes tener cuidado donde pones tus manos.
Marcos Julio, observó, era cierto, con la mano derecha sujetaba su pecho izquierdo. Él retiró la mano, lo hizo lentamente, memorizando con los dedos la forma de aquella suave piel. Aquello fue una experiencia sensorial gratificante.
—10 años —le dijo ella, con la respiración entrecortada.
—¿Qué pasa en 10 años? —preguntó él.
—Es el tiempo que podemos estar juntos, luego de eso me iré a otro país. Nos separaremos.
—¿Pero por qué?
—Ya te lo expliqué. No puedo echar raíces. Y esa es la cantidad de tiempo que, por regla general, uso una identidad. A veces las reciclo, cambio las fechas y puedo usar el mismo. No es lo recomendable, pero le tomo cariño a los nombres. Cosas de gente vieja,
—En diez años pueden pasar muchas cosas. Tu investigación puede dar frutos y quizá puedas desentrañar el proceso de conversión.
—No Marcos. Mi investigación es un callejón sin salida. No he logrado mucho en todos estos años. A pesar de los aparatos modernos y conocimientos adquiridos no he logrado avanzar demasiado, no mucho más que ese odioso grupo de nazis en los cuarentas.
—¿En serio?
—Sí, en serio. Logré aislar la sustancia desconocida

y así se quedó, desconocida, no pude identificar sus componentes ni mucho menos establecer un patrón de comportamiento. Lo más que logré comprender es que es adaptativa. Te digo parece una cosa de otro mundo, pero no es algo mágico, es fisiológico.
—¿Qué quieres decir cuando la describes como adaptativa?
—Cuando se libera puede transformar a las células normales a su alrededor, en células madre y estas pueden replicar y generar casi cualquier tejido, inclusive órganos. Y eso no es todo, si en la zona donde es liberada no es necesario regenerar nada, permanece inactiva hasta que, viajando en el sistema circulatorio, encuentra alguna célula o tejido envejecido. Es increíble, es casi como si tuviera inteligencia...
—¡Vaya! Increíble.
—Claro no es que sea inteligente, debe haber unos marcadores, alguna traza que le hace identificar que célula necesita ser repuesta y cual no.
—Pero no has logrado hallar esas trazas.
—No, no lo he logrado.
—¿Qué sucede durante la conversión y por qué unos sujetos sí y otros no?
—Cuando la sangre de un vampiro es trasvasada al sistema circulatorio pueden ocurrir dos cosas. Una: los macrocitos al morir liberan la sustancia y esta trata de adaptarse, si no lo logra los eritrocitos del huésped quedan manchados, por utilizar un término llano, entonces comienza el sistema inmune a deshacerse de los glóbulos rojos. Desencadenando una anemia hemolítica o una leucemia muy agresiva. Y con ella la muerte —declaró Katja —. Dos: los macrocitos mueren, se libera la sustancia y esta se

adapta. De alguna manera el sistema inmunológico queda desactivado y entonces, al llegar a los centros Hematopoyéticos, comienza la invasión. Mutando y cambiando todo a su alrededor. Claro, igual lo intenta a hacer en la anterior opción sólo que allí la mutación termina siendo una degeneración. Y es lo que se ha podido estudiar, los intentos fallidos, pues no ha habido conversiones exitosas en este siglo, salvo la de Eugene, si tomamos como ciertas sus palabras. Parte de lo que describo es conjetura pura.
Marcos Julio, hizo una pregunta que le pareció importante.
—¿Tú has hecho intentos de conversión? Digo, como parte de tu investigación.
Ella asintió con la cabeza, sin mirarle a los ojos.
—Una. En los años ochenta. Era un buen chico, enamorado, descubrió la verdad sobre mí, no se alejó, todo lo contrario, sugirió, igual que tú, que lo convirtiera, pues él me amaba y quería permanecer a mi lado. Añadió, que así yo podía estudiar el proceso y así desvelaría el misterio. Dos pájaros de un solo tiro. Él estaba seguro de convertirse, era joven, fuerte, dinámico y me convenció. Debí ser más firme, pero cedí, creo que más por curiosidad científica que cariño.
—Y murió.
—Sí, murió. Apenas aguantó dos días. Fue horrible de ver. Era un chico, no más de veinte. Otra culpa más para Katja Kinslenya.
—¿Y con el tatarabuelo fue así? ¿Él te pidió que lo convirtieras?
— Podría describírtelo como un accidente, pero no lo fue. Verás, existe algo que se conoce como el ansia

de sangre. Es un estado en el cual la necesidad de sangre sobrepasa a la conciencia, vuelves a un estado salvaje y puedes, si no eres controlado, cometer atrocidades de manera inconsciente. Yo estaba recién convertida y no supe manejarlo, no seguí las instrucciones de Augustus y una noche ocurrió. Soñaba que lo mordía, no era un sueño. Desperté con su cuello en mi boca, de verdad lo había atacado. Intenté hacerle una transfusión, como medida desesperada, con la ciega esperanza que la conversión lo salvara. Hice todo mal y murió más por el desangrado que por otra causa, la conversión no llegó a activarse. Eso explica por qué murió tan rápido, no serían más de 15 minutos. No hace falta que te exponga la culpabilidad que ello implica.

—No, no hace falta.

—Me sorprende que no me preguntes si corres peligro conmigo.

—No creo, ya me lo hubieras dicho.

—Agradezco la confianza. De todas maneras, te corroboro, no corres peligro. Con el tiempo uno aprende a controlar el ansia de sangre. Ahora mismo podrías hacerte un corte y sangrar, sin que eso me afecte o me descontrole.

—Es bueno saberlo.

—Sin embargo, te noto inquieto. ¿Qué tienes?

—¿Que tengo? Mucha ropa sucia —respondió.

Katja no pudo evitar sonreír.

—¿Qué? ¡Ja! ¡Ja! No entiendo.

—Hoy es domingo y los domingos son de lavandería.

—Y eso que tiene que ver con que estés nervioso.

—Que me tengo que ir, pero no me quiero ir.

—Si es impostergable el asunto, la higiene es importante, te acompaño y resolvemos juntos ese pequeño dilema. Yo igual, también tengo un montón de ropa sucia.
—Me da un poquito de vergüenza.
—No seas tonto, vamos, recoges tu ropa y la llevamos a la lavandería de tu preferencia. Aprovecho y llevo la mía.
Y así lo hicieron. La mañana la ocuparon en esas labores domésticas. Marcos Julio estaba maravillado, las ideas populares sobre los vampiros no incluían esos detalles, creo que ni los sopesan. La idea común era que el Vampiro dormía en un ataúd, vestido de mortaja o en el caso de la visión clásica de Drácula con un traje negro y capa. Muy bien. ¿Pero quién planchaba el traje, lavaba la ropa y las cortinas negras para que no entrara la luz en la madriguera? Y cualquiera diría: es un Conde, tiene sirvientes o esclavos. Si lo pensaba bien era de risa todo aquello.
Y allí estaba ella, con él, lavando como cualquier mortal, vistiendo aquellos pantaloncillos blancos que le hacía ver muy sexy, se había recogido el cabello y lo deslumbró. Esa sencilla unión de cuello con hombro se le antojaba a Marcos Julio, imponente. La piel lucía tan lozana, tan fresca, como recién hecha. En el afán de las labores, la blusa se había corrido un poco, descubriendo su hombro izquierdo con lo cual se abría medio camino a la fascinación.
Era aquella extensión de formas y contrastes, una divina visión. Era el magnetismo en pleno que, unido a la cadencia mecánica de sus movimientos, activó un perfecto engranaje de sencillez y sensualidad. Era la chica mundana, respirando ante él, ejerciendo

los quehaceres cotidianos de una forma tan desenfadada, tan natural, tan cautivante. Quiso mantener la mirada en sus ojos, su rostro y su boca. Pero, el cabello se le soltó, añadiendo más elementos al cuadro, a la obra inequívoca de seducción y afectividad de la cual era víctima.

Corto y castaño, le rozaba los hombros, se balanceaba con rítmica cadencia, era ella la danza ritual y él era el mártir esperando ser sacrificado. Oblación y verdugo. No es que fuese muy marcado el contraste entre el color de pelo con la nívea coloración de su piel, pero le atraía de una manera implacable. Por ella daría el último paso en el cadalso, se echaría al hombro el patíbulo, pues sí habría una condena que él pudiera temer, era el ostracismo de sus ojos. Que le obligaran a separarse de ella. No la muerte.

Katja se sintió observada. Él estaba allí, sentado en un balde de plástico, con aquella expresión enajenada. Tomó una franela que estaba mojada y se la aventó, directo al rostro. Éste no reaccionó, dejó que la prenda cayera por su propio peso y se quejó.

—¡Aucch!

—Atiende tu ropa Romeo.

—Cómo usted mande mi Julieta.

Roto el encanto, dedicó esfuerzo a corregir la realidad. Fue inevitable para Marcos Julio, pensar: "ella podía tener una vida normal, sin aventuras trepidantes; sin que ello significara la ausencia de luchas internas, angustias, penurias y alegrías".

Katja notó que, a pesar de haberse levantado, otra vez, él se había quedado ensimismado, parado, inmóvil, víctima de un hechizo. Se acercó, colocándole los brazos en los hombros y parándose de puntillas

para poder alcanzarlo, le dio un largo y estimulante beso.
—Cuando lleguemos a casa haremos el amor hasta en el fregadero, por ahora despierta mi dulce Marcos —le dijo, dándole una palmadita en las nalgas —claro, si tienes energía para llevarme el paso.
Marcos Julio asintió con la cabeza, por puro reflejo, estaba estimulado y a la vez intimidado. Era verdad, ella había pasado la noche despierta, leyendo. Cuanto tiempo necesitaría aquella criatura para reponer fuerzas. Luego de un rato, de ponerse al corriente con la lavandería le preguntó:
—¿Tú dormiste anoche? Me parece que duraste toda la noche despierta.
—Casi. Dormí un rato en mi cama. Sola, porque el señor dormilón estaba babeando los cojines de mi sofá —respondió risueña, mofándose de él...
—¿Cuánto tiempo de sueño necesitan ustedes?
—Todo depende de lo antiguo que sea el vampiro, yo, con dos horas tengo suficiente, pero soy una dormilona, por norma general desarrollo mi trabajo en horario nocturno y cuando llego suelo dormir todo el día.
—O sea que cada vez que nos vimos habías pasado toda la noche trabajando.
—Por regla general, sí.
—¡Vaya! Nunca lo noté. No dabas signos de cansancio o sueño.
—Sí. Es verdad. Pero no te fijes mucho en esos detalles sin importancia. Acabemos con la tarea, ya quiero ir a casa.
Una vez terminaron se retiraron primero a la residencia de Marcos Julio, a dejar su ropa y luego al

apartamento de Katja. Antes de subir él le indicó una farmacia y quiso encaminarse hacia allí.
—¿Qué quieres comprar en la farmacia? —preguntó ella, frenándolo en seco
—Preservativos —le contestó él, con cierta candidez.
—No hace falta, no voy a quedar embarazada. Ya lo sabes, soy estéril.
—Cierto, pero está el asunto del Sida.
—Tú no tienes Sida —le aseguró ella.
—¿Cómo puedes estar tan segura de ello?
—Yo hice una prueba con tu sangre.
—¿Qué? ¿Cuándo?
—Tomé una muestra cuando regresábamos del concierto de heavy metal, te quedaste dormido en el taxi y aproveché. Para realizar esa prueba, con una gota de sangre es suficiente. Ni te diste cuenta del pinchazo —le confesó.
—Y que otros análisis hiciste.
—Algunas pruebas de compatibilidad, pero los resultados no fueron conclusivos. No te preocupes, eso ni es malo ni es bueno, lo hago con todas las muestras de sangre que llegan a mis manos, que son muchas al día. Es una manía.
—O sea que no soy compatible.
—No, no lo eres. En el caso de un hipotético intento de conversión se activaría aquello que te comenté, es algo que llaman la Enfermedad del injerto contra el huésped. Los glóbulos blancos transfundidos atacarían la médula ósea. Sería mortal, el sistema inmunitario colapsaría, desarrollarías una leucemia sumamente agresiva. Por eso no me atrevo a intentarlo contigo.

—Ya lo habías considerado.
—Sí, uno se aferra a ciertas esperanzas aun sabiendo que no existen.
Marcos Julio se entristeció.
—10 años —dijo.
—10 años Marcos Julio, es lo que tenemos. Tienes que decidir si aceptas, si no mañana mismo tomo un avión y desaparezco.
—¡Oye! ¡Oye! ¡Calma! ¿Porque esa respuesta tan agresiva? —exclamó él.
—Disculpa, sólo quiero que estés claro y no haya ambigüedades entre nosotros ni esperanzas falsas.
—Entiendo —aceptó, suspirando — Sí.
—Excelente decisión.
Ella, le rodeó de nuevo por el cuello y lo besó. En ese momento ya iban en el ascensor y eso les brindaba una efímera discreción.
—¡Dime que me amas! —le exigió ella entre besos y jadeos.
No hacía falta que lo pidiera. Pero le gustó que lo hiciera.
—¡Te amo Leila! —exclamó él, aún no se acostumbraba a llamarla Katja. Además, aún no estaban en lo que él consideraba intimidad.
Ella lo empujó con fuerza contra las puertas del ascensor. Sus ojos estaban encendidos de pasión. Aquello tomó por sorpresa a Marcos Julio, se asustó, pero a la vez se sintió estimulado. Ella, accionó el botón de parada.
—Hoy es domingo, ya es tarde, nadie usa el ascensor a estas horas. Normalmente —comentó ella.
—Nosotros sí — respondió él.
—Sí, nosotros sí. ¡Y vaya que lo vamos a utilizar!

Ella le desnudó con suavidad, arrojó las prendas al piso. Él se dejó hacer, sumiso. Estaba en las garras de un ser que ejercía su dominio con cambios de ritmo, ora agresiva, ora romántica; suave como un lecho de hojas. Le mordió los labios. Se le pasó la mano con la fuerza aplicada y le rompió un poco.
—Lo siento. Fue sin querer —se disculpó.
Era mentira, lo hizo con toda intención.
Él quiso responder, pero ella continuó con su desbordado ataque, succionó un poco de aquella sangre. Marcos Julio estaba fascinado, sentía languidecer, apenas le daba tiempo para respirar. Le mordió de nuevo, pero esta vez sin hacerle daño, solo para provocar una pequeña cantidad de dolor, suficiente para que se mezclara con el placer y crear un efecto magnificado.
—¡Desnúdame! —le ordenó.
Él obedeció. Sin embargo, ofreció algo de resistencia, en un momento de lucidez, abertura de un segundo, un respiro en la locura.
—¿Y si alguien viene y necesita el ascensor, llama a emergencias y nos sorprenden así?
—¡Qué vengan los bomberos, el ejército, no me importa! ¡Serás mío aquí y ahora!
Dicho esto, ella lo levantó en el aire, tomándolo de las nalgas. Él no pudo resistirse, tampoco quiso, aquel tonto comentario fue sólo un débil intento de rebeldía. El macho intentaba sublevarse contra el aplastante dominio de la hembra, pero ella era y a la vez no era de su especie. La rebelión fue conjurada con potencia, también con delicadeza.
La sumisión tuvo su recompensa, estaba siendo poseído en un abrazo de piel y tejidos. No era él, que

penetraba el misterio, era el misterio que le arropaba con dulce calor. En una pequeña porción de la eternidad, ella obtuvo oleadas de placer, una, dos, tres veces, mientras él resistía, todo lo que podía, los embates de su dama. Ella lo percibió y quiso hacerlo estallar de locura, pronto, obligarlo a expulsar su energía.

—¿Qué has hecho Leila? —le preguntó él.

Marcos Julio había visto con claridad lo que había hecho, sin embargo, era tal su sorpresa que no pudo evitar preguntar lo obvio.

—Accioné de nuevo el botón de Parada, el ascensor pronto llegará al tercer piso, apresúrate. Necesito oír que me amas, no con palabras sino con gemidos —le dijo al oído.

Ella arreció la cadencia de sus caderas, así como el ascensor comenzó a subir. Él sintió subir el calor entre sus piernas, no pudo resistirse, su ama había hablado, obediente o no, iba a hacerlo, cada piso era un nivel de placer en aumento, cada sonido, cada señal, los números creciendo; llegó a donde debía llegar, al final de la rendija. Geiser y manantial se fundieron en un sólo bramido, la puerta se abrió, ella lo besó con pasión, conteniendo un poco el estruendo de su clímax alcanzado. Nadie entró y se quedaron un rato inmóviles, en el piso, antes de poder reaccionar ante tan descomunal ejercicio de locura. Corrieron desnudos, por el pasillo vacío, arrastrando la ropa. De suerte el apartamento no estaba lejos del ascensor. Entraron con premura y ella, lo tumbó de nuevo. No era broma, hicieron el amor varias veces, paseando su placer por todos los sitios imaginables, incluido el fregadero. De hecho, yacieron en todos lados menos

en la cama. Exhaustos cayeron por fin en el sofá, él debajo y ella arriba. Los brazos de ambos, lánguidos y sin fuerza, se entre tocaban en la alfombra.
—Ahora lo puedo confirmar, eres una vampira, has succionado todas mis energías, mi fuerza vital, mi sangre. ¡Dios santo! Ahora temo por mi vida. Otro despliegue de amor como este y seguro moriré —expresó él con voz entrecortada.
—¡Exagerado! —exclamó ella, sonriendo —más bien fue poco porque estaba cansada.
—¡Madre mía!
—Es broma, es broma, yo también estoy molida. Te propongo algo, pidamos unas pizzas, luego de bañarnos, descansamos un poco. ¿Qué dices?
—Estoy de acuerdo. ¿Dónde está un teléfono? —le preguntó él.
—Allá —respondió ella señalando con la boca.
Él miró de reojo hacia la dirección indicada. Estaba en medio de la sala, en el piso. Era el teléfono de ella. El teléfono de él, estaba aún más lejos, metido en un bolsillo del pantalón, que a su vez estaba tirado cerca del balcón...
—¿Qué hacemos? ¿Lo echamos a la suerte?
—No, no hace falta. Yo lo busco, estoy en mejores condiciones que tú —le respondió ella, levantándose.
Marcos Julio admiró a aquel pequeño cuerpo desnudo, mientras caminaba hacia el centro de la sala. ¿Cómo una criatura tan pequeña, de apariencia frágil, podía contener tanta energía? Ella se sentó con las piernas recogidas, en forma de flor de loto, con su espalda arqueada hacia adelante. Los pequeños pechos se balanceaban un poco con cada movimien-

to, no mucho, equilibrados, erguidos, perfectos y hermosos. Ella notó que la estaba mirando.
—¡Pervertido! ¡Mira hacia otro lado que me desconcentras! —exclamó divertida —¡Alo! Buenas tardes —dijo, le habían contestado la llamada.
Su tono cambió, con voz templada solicitó las pizzas y dio la dirección.
—Listo. Párate, vamos a bañarnos —le dijo extendiéndole la mano.
Como Marcos Julio, tardara en reaccionar lo jaló con fuerza. Éste cayó boca abajo en la alfombra, de verdad estaba agotado.
—¡Auch! —se quejó.
—Ven.
Ella le ayudó a pararse. ¡Demonios! Las piernas las sentía hechas de gelatina. Los primeros pasos fueron vacilantes y medrosos, sin embargo, poco a poco fue recuperándose y pudo alcanzar el baño con cierta dignidad. Ella le volvió a hacer el amor en el baño. Cuando llegó al clímax la mente se le nubló, si no se desmoronó fue porque ella lo sostuvo.
—¡Qué 10 años ni que nada! ¡No voy a durar ni 10 días a este ritmo! —expuso Marcos Julio, con voz cansada.
—No seas llorón. Lo has hecho bien hasta ahora.
Se fueron a la cama. ¡Por fin! La dulce cama.
—¡No te vayas a dormir! Hay que recibir las pizzas, espero te gusten las anchoas —le dijo ella.
—Tú me quieres matar, en definitiva. No te bastó drenarme hasta mi última gota de energía y ahora me quieres envenenar con anchoas.
—Aparte de llorón me saliste melindroso. Se las sacas con cuidado y me las das, a mí sí me encantan

esos trocitos de pescado.
—¡Quiero dormir!
—De eso nada, no antes de comer.
—Está bien —aceptó.
Marcos Julio haciendo acopio de lo que le quedaba de energías se sentó en la cama para vestirse. Para cuando hubo terminado, volteó y vio a Katja dormida, tal como la trajo dios al mundo. Se levantó con cuidado y la dejó dormir. Esperó las pizzas, las dejó en la mesa y se acostó con ella. Enseguida ella lo atrapó. Más que un abrazo parecía el acto de una araña cogiendo a una mosca. Luego de un rato relajó el abrazo y se arremangó entre sus brazos. Él hizo lo propio, no tardando mucho en dormirse. Estaba fatigado pero muy feliz. En el paraíso brindado por una alteración de la naturaleza. Arrebato, furia y vida en un solo concepto.

XX
LA MUERTE DE LEILA

Las noches de amor se alternaron con noches de conversación. Y ya sea por moderación o abrazo a la rutina, la intensidad de la primera vez no se repitió. Hubo fuego y pasión, pero también mucha ternura y cariño. Poco a poco, Marcos Julio, comenzó a llamarla Katja, era un ejercicio de memoria situacional, en público le decía Leila, en privado con su nombre original. Aunque tampoco se daban oportunidades a la vida social, ella prefería estar en casa, huía a las reuniones, fiestas; cuando salían era al cine, a comer o los conciertos de heavy metal, de los cuales era ella tan aficionada. Esa música estridente no era especialmente del agrado de Marcos Julio, pero por ella iba, saltaba, gritaba y movía la cabeza.

Tenía Katja, admiradores, colegas, pacientes, pero no amigos. Marcos Julio era su entero círculo social. Ella lo invitó a vivir en el apartamento. Convencerlo no fue tan fácil. Él resistió todo lo que pudo. Por más liberal que fuese, su rol de macho se resentía, pero ella insistió con vehemencia y él no pudo continuar en negación. Entre tantas tertulias de madrugada fue llenando los vacíos de la historia, de su vida y de su corazón. Katja le relató que luego de la muerte de Viktor, su tatarabuelo, ella huyó de Hungría hacia Rumania con Augustus, luego se trasladaron al refugio en Ucrania. El comienzo de la Gran Guerra y el incidente con Marko, el abuelo, durante la batalla de Lemberg, les convenció de mudarse otra vez, esta vez a Italia, neutral en aquel momento.

Sobre la foto que el abuelo robó de una biblioteca pública, ella le corroboró que era real, sí, eran ellos. Quedó atrapada en la zona del frente italiano, ya en el año 1917. Se encontraba sola, Augustus, se había ausentado durante unos años, estaba tratando de ayudar a otros miembros de la raza oculta a sobrellevar las situaciones adversas creadas por la conflagración. Las largas y continuadas batallas de Izonso le imposibilitaron un regreso seguro, sólo con la ruptura del frente en la batalla de Caporetto, Augustus, pudo ingresar en la zona, robando la identidad de un oficial alemán. Su llegada fue justo a tiempo, porque un obús había estallado sobre el refugio de Katja y esta había resultado muy mal herida. Y la foto fue tomada cuando él la conducía fuera. El abuelo tenía razón. Se quedaron en Austria mientras ella se recuperaba de las lesiones. Al término de la guerra se pasearon por Europa, vivieron en Francia, Suecia y Dinamarca, donde les halló la segunda guerra.

Sobre el rescate de Gonzalo y la subsecuente destrucción de la organización secreta, le comentó que fue fruto de un seguimiento de años. La segunda guerra mundial, sorprendió a muchos vampiros desprevenidos, los que no murieron en los combates, bombardeos y masacres empezaron a ser cazados por este grupo. En 1940 con la invasión de Dinamarca y habiendo entrado en el círculo de influencia nazi. Notaron las redadas, aumentaron los rumores. Augustus se enteró que, aparte de buscar judíos y gitanos, las einsatzgruppen de las SS también buscaban personas con características especiales y junto con ella, él inició una investigación para saber qué ocurría, si era cierto o eran solo historias. Porque

no sólo estaba el factor de la cacería y la guerra, de improviso se activó una ola de inmolaciones como respuesta a algún estímulo externo, que muy bien podía ser la presión de la cacería o cansancio, quien puede saberlo. Eso mermó la población, ya de por sí reducida, de la raza oculta.

Por cuatro años buscaron de manera infructuosa, Augustus, robó varias identidades de oficiales y jerarcas Nazis. Aprovechando ciertas habilidades adquiridas a través de los años en ese respecto, se quitaba un disfraz tras otro, pero no lograba sacar nada en claro. Y tampoco podía permanecer mucho tiempo usando cada identidad, lo hacía por periodos cortos y luego desaparecía, escondiéndose con otro nombre.

Entonces Katja, se ofreció como señuelo. Él no estuvo de acuerdo con el plan, pero habiendo agotado otras instancias terminó aprobando el movimiento. Y eso fue lo que les condujo hasta el edificio sede del grupo. Hubo el enfrentamiento, Augustus, colocó explosivos, los cuales detonó en la huida. Con la conmoción de la explosión y la posterior confusión, lograron escapar.

Augustus, consideró un fracaso el rescate. Sólo pudieron salvar a Gonzalo de Arosa, todos los demás resultaron muertos. Si bien esta sección del grupo había sido eliminada, el abuelo sobrevivió y también los jerarcas desconocidos que movían los hilos desde la oscuridad.

Terminada la guerra acompañaron a Gonzalo hasta Guatemala, pero los deseos de cada uno eran distintos. Augustus, quería atrapar a los susodichos jerarcas que, quizás, se escondían en Suramérica. Gonza-

lo, deseaba emprender la búsqueda de Inanna, la cual tenía una doble intención, complacer su creciente deseo de compañía de la diosa de la luna, conseguir su beneplácito y dos, haciendo uso de esa aprobación pedirle que le diera sangre para regenerar su piel, pues, a pesar de haberse curado y estar fuerte, su aspecto era poco agradable. Se había quemado demasiado, llamaba la atención donde quiera que fuese, cuando algún curioso preguntaba le respondían que era sobreviviente de un incendio, lo cual, en parte, era verdad.

Ella que había sido objeto de experimentos por parte del mencionado grupo, tomó la decisión de estudiar los diferentes informes que pudieron salvar de aquel incidente. Quería encontrar la razón de su existencia y una posible cura. Algo que les permitiera vivir una vida de mejor calidad. Se mudó a Estados Unidos, a Atlanta, para estudiar medicina, y permaneció allí hasta 1978. Luego de recibir una carta de Augustus, este le reveló la ubicación de Marko, el abuelo, en Guatemala. Encargándole la encomienda de encontrarlo y matarlo.

Katja no tenía intenciones claras en cuanto a esa orden, no sentía animosidad contra su hijastro. Aparte de la corta, pero intensa, relación que sostuvieron cuando él era niño, estaba el asunto del intercambio de sangre entre ellos. El tema de la consanguineidad y los vínculos que esto genera en los miembros de la raza oculta.

Por una u otra razón ella, no llegó a tiempo, cuando pudo hallar la dirección ya este tenía casi dos años de muerto. De Gonzalo, no supo nunca más ni una palabra, se había adentrado en la selva y su destino

era incierto, pudo haber encontrado lo que buscaba, quizá no, cabía la posibilidad de que hubiera decidido vivir en la zona para esperar, se inmoló por el desespero, ninguna de las anteriores. Era un misterio que se quedaría sin resolver, porque no existía quien estuviera interesado en resolverlo. Ella no iba a embarcarse en una insana búsqueda por la selva centroamericana y Augustus tenía sus manos ocupadas con los nazis en Suramérica. Aunque ya para esa época muchos habrían muerto, Augustus, le había comunicado que al menos atrapó al tal Fritz Ullman.

—¿Fritz Ullman, dices? —preguntó extrañado Marcos Julio —Yo pensé que no existía, que era un nombre falso.

—Era un alias del ángel de la muerte, Josef Mengele.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí, es en serio.

—¿Y cuál era su papel en todo eso?

—Es difícil decirlo, supervisor, investigador adjunto, es un misterio. Augustus no lo interrogó, así que no lo sabremos, cuando lo halló estaba nadando, vacacionando como si nada. Augustus, montó en cólera y lo ahogó.

—¡Obtuvo su venganza!

—Una simbólica pues nunca halló a los otros. A las cabezas. De hecho, no pudo averiguar quiénes eran, por eso terminó pagando todas las culpas el único que pudo ser identificado.

—¿Desde cuándo no sabes de Augustus?

—Desde enero de 1986, cuando le comuniqué la muerte de tu abuelo, acontecida unos años antes. No por mis manos, sino por causas naturales. Lo cual le produjo otra molestia. Luego cortó comunicación conmigo.

—¿Pero tú no tenías intenciones de matarlo? ¿Verdad? — preguntó Marcos Julio, con mucho interés.
—No. En absoluto. Primero está el asunto en que fue mi hijastro, de verdad amé a ese chiquillo y por otro estaba el efecto de la consanguineidad, yo tomé de su sangre, eso reforzó el vínculo.
—Tú has succionado mi sangre varias veces. ¿Ese vínculo también nos une?
—Sí Marquitos. Tenemos vínculo afectivo, consanguíneo y pasional —le dijo besándolo.
Hicieron el amor. Ella en pleno éxtasis le dijo: "te amo". Él le contestó con la misma frase, una y otra vez. Katja hizo lo propio y en un contrapunteo de entusiasmo, donde sus voces eran los ecos, se repitieron la más hermosa de todas las frases hasta que ambos alcanzaron el clímax.
Para Marcos Julio, aquello fue algo maravilloso. ¡Ella lo amaba! ¡Sí! Luego de 2 años de relación admitía amarlo y lo hizo de la forma más hermosa. Estaba feliz, muy contento, no quiso ponderar causas ni consecuencias, sólo quería disfrutar de aquel momento. No tenía aliento para hablar, así que le abrazó con fuerza. Que hablaran los cuerpos, que la piel fuese agente comunicativo, la unión de latidos, de sudor y calor humano.
Ella, en contraparte, se hallaba conmocionada. ¿Qué había sido aquello? ¿Lo amaba? "Sí, lo amas" se respondió a sí misma. ¡No! ¡No podía ser! Ella se cuidaba mucho de enamorarse en sus relaciones, a sabiendas que no podía conservarlas por largos periodos. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué se descuidó así? "No te engañes a ti misma, tú lo sabías, lo buscaste con esa intención" se acusó. "No, no fue así, lo busqué

para saber de él, de mi familia, la que fue mía, alguna vez" pensó, defendiéndose de sus propias acusaciones. "Katja, ¿por qué lo niegas? Viniste buscando amor y eso obtuviste, no te quejes" le dijo aquella voz interna. "Quería compañía, alguien con quien ser yo misma, no enamorarme, porque ambas sabemos cómo termina todo esto". "Sí. Lo sabías y aun así lo buscaste. Lo decidiste cuando viste su foto, durante la entrevista con su padre, Timoteo, tan guapo, tan parecido a Viktor" "Era una foto de su boda, yo sabía que estaba casado en aquel momento". "Y no te importó. Di la verdad, cuando te enteraste de la muerte de su esposa te alegraste, luego te sentiste tan culpable que saliste corriendo como una niñita asustada". "No, no fue así. Fue la empatía, sentí su dolor". "¿A quién engañas Katja Kinslenya? Yo no soy Leila, Anna, Bárbara, todos esos nombres que te inventaste en tu larga vida, yo soy Jovanka, ese nombre que olvidaste, la chica que tocaba el violín y que ahora no lo hace. La que luchó por la vida de su hermana Katja. Sí, esa hermana mayor que me crio como su hija ante la muerte de mi madre. Quien me regaló el violín, me enseñó a cocinar, disparar el arco, cazar y coser. Yo morí aquella tarde para que tú nacieras, engendro, aversión, cosa antinatural, así que no me vengas con mentiras a mí. Llora si quieres llorar, todo lo que quieras. Pero asume esta última culpa. Sé valiente porque el dolor te espera con paciencia. Para el dolor no hay tiempo, le da igual. De una u otra forma llegará el momento de la muerte de tu amado y tú te sentirás sola otra vez. Como siempre lo has estado. Aferrándote a fantasías y romances inconclusos, huyendo en vez de amar. Ahora no

tienes a donde huir, el amor te ha atrapado con sus deliciosas garras. Tú escoges: luchas o aceptas lo inevitable".

Katja no respondió esa vez. Aquello había sido una experiencia sobrenatural. No era ella que se hablaba a sí misma, no era su conciencia, era el fantasma de quien alguna vez fue: Jovanka. Yahvé es misericordioso. Que irónico significado para ese nombre.

Marcos Julio, por su parte, le hablaba con cariño, no se percataba de su turbación. Eso debía agradecerlo a la oscuridad. Que él no pudiera ver su rostro compungido. Ella deseaba que se durmiera, necesitaba un rato a solas, para reflexionar, para llorar, pero él no se dormía. No era del tipo de hombres que se duerme inmediatamente luego de hacer el amor. Él gustaba de hablar, compartir y eso le agradaba a ella, pero esa noche quería que durmiera y él no lo hacía. Le miró en la penumbra, sí, tenía un parecido enorme con Viktor, quizá la única diferencia palpable era la nariz. Viktor, tenía la nariz grande, aguileña; la de Marcos Julio, era más bien pequeña y redondeada. En lo demás eran prácticamente iguales, los ojos, las cejas, la falta de barba, su mirada, la voz, su personalidad bonachona. Jovanka tenía razón, ella lo buscó con esa intención, inconsciente o subconsciente, y ahora estaba ante una realidad que se negó desde el principio de su búsqueda. Lo buscó porque necesitaba amar de nuevo, tener la experiencia de una vida tranquila de hogar que la alteración le arrebató. No podía ser de nuevo Jovanka, en eso tenía razón. Ella había muerto y con la sangre de Augustus, había nacido un nuevo ser, ella era Katja Kinslenya y conservaría ese nombre en honor a esa hermana-madre que no recordaba.

Al fin, Marcos Julio se durmió y ella se levantó, luego de tomar un baño se abrigó y salió del apartamento. Deambuló un rato por las calles, entró a un bar, compró cigarros, sentía una inmensa ansiedad, tanto que iba a fumar, a pesar de haberlo dejado hacía ya dos años. Lo encendió. Se sintió incómoda y tosió con fuerza, se le empañaron los ojos. Hizo ruido. Era la única mujer en el establecimiento y para completar el cuadro: sola, fue inevitable que llamara la atención.

Unos gamberros, se acercaron hasta ella, molestándola con improperios y comentarios sexuales. Ella hizo caso omiso, pagó y quiso salir, uno de los hombres le tomó por un brazo, reteniéndola. Lo que no se imaginó el infortunado agresor era que la chica no era una víctima indefensa, si hubiese estado enterado de lo peligrosa que pudiera resultar no hubiera hecho tal movimiento. Katja había entrenado Aikido y defensa personal, aparte de sus capacidades como miembro de la raza oculta. Había una diferencia sustancial entre la chica que fue agredida en las calles de Budapest y esta otra.

Con un movimiento veloz y antes de que el hombre pudiera reaccionar le hizo una llave, lo sometió y le propinó un fuerte golpe con la palma desde abajo, rompiéndole la nariz. El acompañante, sorprendido, dio un paso hacia atrás, levantando los brazos, indicando que se sobreseía de la acción. El atrevido gamberro, ahora herido, se llevó una de las manos a su nariz ensangrentada mientras con la otra pedía un respiro.

Los presentes, que conocían al borrachín, estallaron en risas, burlándose del hombretón. Mira que una chiquilla le había puesto fuera de combate.

Algunos retiraron al humillado macho entre chanzas y aplausos.
El cigarrillo se había partido con el golpe, lo lanzó a un cesto de basura. Katja, suspiró y de nuevo intentó retirarse, pero no había llegado a la salida cuando uno de los burlones se le ocurrió tomarle de un brazo, levantándolo al aire como quien celebra la victoria de un boxeador y gritó: La campeona de las pu... No terminó la frase. Katja, se ofuscó. Hizo de nuevo un movimiento relampagueante, esta vez no fue Aikido ni defensa personal, fue fuerza bruta. Bajó el brazo y con este el del gracioso entrometido, lanzándolo de narices contra el piso. Este comenzó a dar alaridos, además del golpe en la cara le había partido el antebrazo. Cesaron las risas y por fin la chica encendió otro cigarrillo y salió del bar. Nadie más intentó impedir su salida.
A pesar de todo, ella se había contenido, no había usado toda la fuerza que podía desplegar. Quería paz y la paz le huía. Había salido a caminar, a relajarse y no lo había conseguido. Admitiendo que había sido un error vagar sola por las calles, apagó el cigarrillo, luego de un último aspirado y regresó al apartamento. Sin embargo, no se deshizo de la cajetilla ni el encendedor, lo guardó en su cartera.
Marcos Julio seguía durmiendo; ella se cepilló los dientes, hizo gárgaras con listerine y comió una menta. Hizo todo cuanto se le ocurrió para disimular el olor y se acostó junto a él. Contrario a lo que ella esperaba se durmió rápido. Pero no fue un sueño plácido, Jovanka, de nuevo Jovanka, le atormentaba. En sueños le perseguía, adonde caminara, ella iba detrás, vestida de gitana. Convertida en su sombra.

Le preguntaba cosas, la presionaba, le importunaba. "¿Qué vas a hacer ahora que sabes que lo amas? ¿Lo dejarás morir? No pudiste salvar ni a tu hermana Katja ni a tu esposo Viktor, pero quizá a él sí. ¿No lo dejarás morir como al chico de los ochentas? ¿Cómo se llamaba? Ni te acuerdas. ¿Verdad? No fue importante. Para ti, fue otro más; para él, amarte significó la muerte. Lo sacrificaste en nombre de la ciencia, no eres mejor que los nazis. ¡Asesina! Si quieres redimirte, sálvalo. ¡Salva a Marcos Julio! La clave es el agua."
Despertó antes que Marcos Julio lo hiciera, el binomio de cama y almohada era una tortura y se levantó. Preparó el desayuno y el almuerzo que él llevaría al trabajo. Se vio al espejo, era una de las cosas buenas de ser vampiro. No tenía ojeras ni signos de cansancio. Sin embargo, sintió una perturbación, detrás de ella, estaba Jovanka, desgreñada, con ojeras y evidente cansancio. Reflejando lo que ella no mostraba. No decía nada, solo estaba parada allí, mirando al piso, llorando desconsolada. De improviso, abrió los ojos, se miraron a través del cristal y le dijo "el agua, el agua es la clave". Katja, volteó rápido. No, allí no había nada ni nadie. En la cartera observó la cajetilla de cigarros, colocó uno en su boca con las manos temblorosas, pero no lo encendió. Luego de un rato, lo guardó de nuevo. Escondiendo la caja en el fondo de la cartera. Menos mal que la posibilidad que sufriera un infarto era mínima, esas experiencias extra sensoriales le tenían los nervios de punta.
Oyó ruidos en la habitación. Marcos Julio había despertado, estaba muy contento, la levantó en el aire, la abrazó, bailó con ella una canción que tarareaba él mismo.

—Odio que sea lunes y deba ir a trabajar —comentó —, pero el deber llama.
—No te preocupes, aquí estaré para cuando llegues.
—Me hubieses despertado temprano, me dejaste dormir, no escuché la alarma. Yo quería hacerte el amor antes de irme, pero como es tarde no puedo.
—Tranquilo, como ya te dije aquí estaré.
—Hoy te toca guardia —dijo haciendo pucheros.
—Es cierto. Pero me voy a las 8:00 de la noche ya deja de preocuparte por esas cosas. Ve, arréglate, vas a llegar tarde chico libidinoso. Y deja de hacer esas muecas —le respondió ella, sonriendo.
Le había hecho reír. Sí, él tenía esa capacidad. De llevarle alegría. Por momentos se olvidó de Jovanka, sus mensajes crípticos y sus acusaciones.
—Katja. En el relato del abuelo te describe como muy pequeña. Pero tú no eres tan pequeña. ¿Cuánto mides? ¿1:65? —le preguntó mientras desayunaba.
—1:62 —le respondió ella.
—Es a lo que me refiero.
—Te entiendo, pero es cierto lo que dice la libreta. Era pequeña, medía un metro y medio. Con el tiempo crecí unos centímetros.
—Yo pensé que los vampiros una vez convertidos no cambiaban. Tú me dijiste algo así, el asunto de la miopía, la conversión no corrigió ese defecto.
—Una cosa es un defecto congénito y otra el crecimiento. Asumo que aún me quedaba por crecer y por lo tanto eso hice. Fue gradual, pasaron 100 años para que yo creciera 12 centímetros. Saca la cuenta.
—¿Y seguirás creciendo?
—No, no creo. Al menos no mucho, si acaso un par de centímetros más. Pero te digo, no creo. No

ha habido mucho progreso en ese sentido desde los setentas.
—¡Vaya! —exclamó él.
—A veces te preocupas por unas cosas tan nimias. Ahora mismo si quiero crecer me pongo unos tacones altos y ¡Voila! 1:70 —le dijo con una expresión de alegría.
—¡Ja! ¡Ja! Graciosa. Te amo, Katja —le dijo.
—Yo también te amo, Marcos Julio.
Se despidieron y ella pensó en descansar, dormir, recuperar fuerzas, sentía cansancio así no lo aparentara, pero enseguida cambió de idea, debía salir del apartamento. La presencia de Jovanka, se hizo fuerte. Sentía que la observaba, oía sus pasos, su respiración entrecortada, como si se encontrara furiosa. Se reflejaba en todos los espejos, hasta en la luna del maquillaje compacto. Su imagen estaba siempre llorando, a veces silenciosa, a veces repetía la frase: "el agua es la clave". Tuvo que arreglarse sin usar un espejo, luego era cierto que los vampiros no pueden verse al espejo, en su caso, porque veía el fantasma de ella misma.
Una vez fuera del edificio el sol le dio de lleno. No lo podía soportar, estuvo a punto de gritar, pero se contuvo. Le molestaba, como cuando era una neófita. Había olvidado colocarse bloqueador solar, tomó el primer transporte que pasó sin fijarse a donde se dirigía, solo quería entrar a un lugar con sombra. No tenía un plan concreto. Luego de reflexionar un poco decidió ir al laboratorio, quizá en el familiar ambiente hospitalario lograría callar esos desvariados pensamientos que le atormentaban, pues ella no creía en fantasmas, consideraba por lo tanto que la presencia

de Jovanka, era obra de su mente, de su conciencia intranquila, de su culpa, de sus deseos y sus miedos. Comenzó entonces a vivir una rutina inhumana. Trabajaba alrededor de 10 horas en la noche y 8 horas en el día. Llegaba de madrugada, dormía un par de horas, le dedicaba unas horas a Marcos Julio, en la mañana y una vez que él salía a trabajar, ella también lo hacía. El personal de la clínica y el laboratorio no se explicaban de dónde sacaba energía la doctora, para semejante actividad continua. No había quien le pudiera llevar el paso. Hubo quejas, hubo preocupación. El consumo del café se elevó de forma considerable. El director de la institución llegó a plantearle que se tomara unas vacaciones, pero ella lo desestimó. Lo más que hizo fue tomarse los fines de semana libres. Ella no quería que Marcos Julio, notara su ausencia y su extraño comportamiento. Así que los fines de semana eran para él.

El director entonces, tomó medidas extremas, le prohibió el acceso fuera de sus horarios de guardia. Katja, entonces, inició a trabajar en un ambulatorio público, sin cobrar, en esas horas que no le permitían el acceso. No quería perder el ritmo, en el sitio púbico la actividad era abundante y las muestras de sangre y casos eran muy diversos. Los pacientes estaban muy contentos con aquella doctora tan humanitaria que no escatimaba esfuerzos, si alguno no tenía dinero para comprar insumos muchas veces ella lo pagaba de su bolsillo, sin chistar y sin pedir nada a cambio. Llegó a ser muy querida en esa comunidad, la doctora Leila.

Marcos Julio al principio no notó nada extraño. Cuando llegaba del trabajo ella estaba allí, en el apar-

tamento, se iba a trabajar en la noche y cuando despertaba, estaba en su cama o preparando el café. El amor, el cariño, la pasión y las atenciones no mermaban. Pero poco a poco empezó a ver detalles inusuales, tomando en cuenta quien era ella y lo que representaba su raza. Se sorprendió al verle ojeras; el pelo, al peinarse se desprendía de su cabellera, poca cantidad primero pero cada vez era más. A pesar de eso o quizás por eso, el pelo le creció. Ya no usaba el cabello corto al hombro, ahora le llegaba hasta la cintura, ya no era liso y lacio, sino encrespado y grueso. En menos de dos meses su cabellera había crecido una enormidad, en volumen y longitud. Los dientes los tenía manchados de amarillo y estaba bastante seguro que eso pasaba porque estaba fumando de nuevo. Las manchas y el aliento la delataban. No quería preguntar, pero se vio obligado a ello cuando una noche, observó canas en el cabello y arrugas en la piel, aquello no era normal. No en ella.

—Katja. ¿Qué tienes? Siento un desgaste en ti, en tu ser. ¿Te ocurre algo? —le preguntó.

Ella suspiró. No quería hablar, pero tampoco quería mentirle. Que dilema.

—Sí, sí ocurre algo.

—Cuéntame, para eso somos pareja. Dime lo que sea. ¿Me vas abandonar? ¿Es eso? Apenas han pasado 2 años, tú me dijiste que teníamos 10 años para vivir juntos. Yo...

—No es eso Marcos —le interrumpió —he estado trabajando desde hace unos dos meses como una energúmena, jornadas de hasta 18 horas diarias.

—¿En serio? ¿Y yo por qué no me di cuenta?

—Hice todo lo que pude para que no te percataras.

Sin embargo, no fue suficiente.
—Pues no. Te ves cansada. Como nunca te había visto, se te cae el cabello, tienes ojeras, arrugas en la piel, canas. Esa rutina te está consumiendo. ¿Por qué razón has estado haciendo eso? Además ¿Has vuelto a fumar?
—Sí, he recaído en ese horrible vicio. Pero lo demás lo hago por ti, por mí, por amor.
—Explícate, la verdad no entiendo.
—Verás, obtuve una pista sobre el proceso de conversión. Por qué ocurre en unos y en otros no.
—¿En serio? Eso es una buena noticia. Me parece.
—Quizá —le respondió dubitativa —la clave es el agua.
—¿El agua? ¿Cómo es eso? ¿Cómo llegaste a esa conclusión?
—Jovanka me lo dijo
—¿Jovanka? ¿Quién es Jovanka? ¿Una de tus colegas? ¿Una investigadora?
—No. Calma —exclamó ella, suspiró —es... cómo decirlo... es el fantasma de mi yo pasado.
Marcos Julio abrió la boca para preguntar, pero ella le colocó un dedo con delicadeza. Él comprendió que debía guardar silencio y eso hizo.
—Ya lo hemos hablado otras veces. Augustus, me convirtió luego que el asentamiento donde vivía con mi familia y amigos fue asaltado por un grupo de xenófobos y todos resultaron asesinados menos yo. Hubiera muerto sin la intervención de Augustus. No recuerdo nada de esa vida anterior, algunas imágenes, pesadillas recurrentes, casi siempre sueños de cuando ocurrió el ataque. Recuerdos que se liberan, qué sé yo...

Marcos Julio, asintió con la cabeza.
—Pero desde hace unos dos meses comenzó a manifestarse este recuerdo, alucinación, fantasma, tormento o lo que sea. Se presentó como Jovanka, la real yo, mi nombre real. Resulta ser que Katja, era el nombre de una hermana mayor que me crio cuando mi madre murió. O, mejor dicho, la crio a ella, porque yo no recuerdo nada, se siente tan ajena a mí esa imagen, es otra mujer, es otra persona de la cual yo heredé su cuerpo y algunos dones inconscientes como el cocinar, tocar violín, los idiomas, la miopía y la forma de caminar. Cuando Augustus me rescató, yo pronuncié ese nombre varias veces mientras estuve convaleciente, según me contó. Y él me llamó de esa manera. Esta Jovanka, entre reproches y lamentos me dijo que la clave estaba en el agua. En una letanía. Siempre lo repite, una y otra vez. Además, me dijo: ¡Sálvalo! refiriéndose a ti. Y por eso me entregué como una posesa a la investigación. Quería y debía desentrañar el secreto de la sustancia. Por ti, por mí, por amor, por culpa, por miedo.
—Entiendo —dijo él.
Quiso agregar algo, pero ella nuevamente lo calló con sutileza.
—Investigué, experimenté, pregunté, reflexioné, hice conjeturas basadas en quimeras y nada parecía conectar el agua con la sustancia, su comportamiento o su composición.
—Por eso estas así. No has podido desentrañar el misterio y te has sometido a un desgaste muy fuerte —opinó Marcos Julio.
—No exactamente. O sea, sí, me he desgastado, más allá de quien soy, pero si logré conectar el agua con

la conversión.
—¿De verdad? Entonces son buenas noticias.
Ella negó con la cabeza y se echó a llorar desconsolada.
—¡Ay, mi Katja! ¿Qué te angustia tanto?
—¡Qué te amo y tengo miedo de perderte, de no poder compartir esta larga vida contigo! ¡De tener que ver como envejeces y liderar un cortejo fúnebre, cerrar el ataúd y lanzar un ramo de flores a tu tumba! ¡Es eso o abandonarte en unos años! ¡Huir del amor! Sufrir la persecución del dolor por quien sabe cuántos años.
—Pero si ya resolviste el misterio me puedes convertir y te acompañaré siempre.
De nuevo, ella negó con la cabeza.
—Sólo descubrí por qué ocurrió con unos sí y los otros no. Tengo los factores, pero no su cantidad, mezcla y aplicación. Además, su presencia debe ser a nivel celular.
—¿Qué es? ¿Qué puede haber en el agua que sirva como catalizador para la conversión?
—Esa misma pregunta me hice durante semanas: minerales e iones.
Marcos Julio quiso decir algo, pero no se le ocurrió nada. Boquiabierto, permaneció en silencio.
—Al principio pensaba que la traza que marca a las células era alguna enzima; luego una proteína, una vitamina, un virus, una bacteria. Probé de todo.
—¿Y cómo llegaste a la conclusión de los iones y minerales?
—Por la muestra de sangre de un paciente que recientemente había sido sometido a una resonancia magnética. Observé como la sustancia interactuaba

con las células. Repetí el experimento con diversas muestras de sangre y el resultado fue esclarecedor. La sangre de los pacientes sometidos a ionización reaccionaba ante la sustancia y viceversa, en las muestras normales no pasaba igual. Es decir, era el mismo resultado de siempre. Estudié sobre los tipos de agua mineral y resulta que tienen una buena carga de iones, por lo menos las naturales no esas aguas envasadas industrialmente, esas son aguas mineralizadas, las destilan, las despojan de sus propiedades y luego las mineralizan. Teniendo poco valor para mí estudio. Un bioquímico alemán (no podía ser de otra nacionalidad) de apellido Michaelis descubrió en 1946 la reducción secuencial del oxígeno, describiéndolo como un mecanismo molecular de cuatro pasos de transferencia de un electrón. Entonces el oxígeno, en ese proceso, pasa a ser un peróxido radical con el traspaso de un electrón libre, luego a peróxido de hidrogeno y de allí a radical hidroxilo, por último, formación de agua como producto de la reducción — explicó ella, hablando de forma atropellada —. Todo ello por el fenómeno de los radicales libres, un electrón desaparejado.

—Katja —le interrumpió él —no entendí nada.

—En el agua mineral, ionizada de forma natural puede contener radicales libres. Entonces, todo el proceso que describí en donde el oxígeno se transforma en agua al interactuar con dichos radicales que le dan propiedades magnéticas al sistema donde estén, se replica, se invierte, dando lugar a un enlace químico al encontrarse con la sustancia.

—Deja ver si entendí. Dices que lo que hace que la sustancia identifique a las células e interactúe con

ellas, dando paso a la transformación es una traza magnética.
—¡Correcto! Es la forma simple de explicarlo. Sin embargo, no tiene una aplicación práctica. El cambio debe darse a nivel celular. Imagínate: hay que ionizar a todas las células del cuerpo humano, o una cantidad muy grande, para tener una mínima seguridad. No hay certeza que cualquier procedimiento que se nos ocurra sea realmente efectivo y comprobarlo al 100% mucho menos. ¿Cómo hacemos eso?
—No lo sé... No es mi área.
—Y he allí el dilema. Sabemos por qué ocurre, pero no tenemos una cuantificación de los factores, lo que daría como resultado aplicarlos de más o aplicarlos de menos. Ambas opciones con resultados adversos.
Marcos Julio, asintió.
—¿Cómo encaja el agua en todo esto? Aparte de lo que dijiste de la transformación de oxígeno en agua por lo de los iones libres.
—Es una conjetura. Más una corazonada que otra cosa. No tengo forma de comprobarlo, para hacerlo debería entrevistar y hacer pruebas con todos los miembros de la raza oculta vivos y eso tardaría mucho. Ni siquiera sé dónde está Augustus, mucho menos los demás.
—¿Y?
—Todo se resume al consumo de agua mineral durante muchos años. Por ejemplo, mi caso. Me desarrollé en una comunidad de carácter nómada, es muy posible que haya ingerido agua de manantiales con ciertas propiedades físicas durante mucho tiempo. Con lo cual recibí las propiedades de dichos elementos en mi sangre, de un modo acumulativo. Lo

mismo se puede aplicar a Augustus y Gonzalo —explicó.
—Ya. Entiendo. O sea que cualquiera del campamento pudo haberse convertido —opinó Marcos Julio.
—En teoría sí.
—¿Crees que Augustus esté consciente de eso?
—No, no creo. Conversamos mucho sobre ello. En sus más de 2000 años sólo logró convertir a 13 personas, incluyéndome, siendo yo la última. Y él, nunca logró saber porque unos sí y otros no. La calidad del agua actual que se consume en las grandes ciudades es baja, a pesar que en los países desarrollados se pueda beber directo del grifo, es un agua tratada y purificada en procesos que, obviamente, no son naturales. Ni hablar de las aguas envasadas industrialmente.
—Volvemos entonces al dilema original.
—Sí. Mucha teoría, pero nada de elementos prácticos. Así no me atrevo a intentar convertirte. No se los porcentajes, cantidades y cualidades exactas. Es como tener harina, levadura, azúcar y sal, pero no tener ni la receta ni el horno. ¿Cómo hacemos el pan?
—Entiendo. Por lo pronto, has un receso en tu investigación, te estás matando de trabajo.
—No es solo eso. También me he descuidado con la reposición de sangre, por eso el desgaste. Parece que hubiera visto el retrato de Dorian Grey —dijo, mirándose al espejo.
Desde hacía meses que evitaba los espejos para no ver a Jovanka, sin embargo, esta vez no apareció. Le pareció hasta extraño y escudriñó el espacio, tratando de verla. No, no apareció.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Qué buscas? —le preguntó Marcos Julio, al ver su quehacer.
—A Jovanka.
Marcos Julio se sobresaltó, volteando hacia todos lados.
—¿Está aquí?
—No, no está.
—Menos mal.
—Te voy a tomar la palabra. Voy a descansar, el director está loco porque yo tome vacaciones. Igual me reportaré ausente en el ambulatorio.
—¿Qué ambulatorio? —preguntó extrañado —¿Uno público?
—Sí, luego te explico. Necesito dormir, necesito comenzar esas vacaciones desde esta noche.
Él también solicitó un adelanto de las vacaciones y juntos pasearon, viajaron por un mes. Katja rejuveneció con el descanso y estaba muy relajada y contenta. Sin embargo, la pregunta estaba allí. Presente. Y como llegase el final de ese periodo recreacional, las cartas volvieron a la mesa.
—¿De verdad lo haremos? —preguntó ella —digo, tengo mucho miedo de hacerlo, de que falle, pero también quiero intentarlo, quiero que resulte.
—Yo digo que sí. Este amor vale el riesgo.
—Es tu vida la que se pone en riesgo.
—Es una apuesta de todo o nada.
—Es una injusticia, eso es lo que es.
—La vida no es justa.
—No, no lo es. Estas vacaciones fueron, en parte, para descansar, física, mental y emocionalmente. Pero mi mente siguió trabajando en el problema. No lo puedo evitar, mi mente funciona así. Y al estar

relajada y descansada se me ocurrieron algunas ideas y veo las cosas menos oscuras.
—Entonces ya tomaste la decisión —le dijo Marcos Julio, mirándola a los ojos.
—Sí. Si estás de acuerdo, podríamos intentarlo.
—Estoy de acuerdo —le respondió con voz firme.
—Eres más valiente que yo. Estoy temblando de miedo y te siento tan tranquilo y tan seguro de tu decisión que me aterra y me anima al mismo tiempo.
La firmeza en su voz le provocaba a Katja, una mezcla de sentimientos. No sabía decir si aquello era valentía o una inconsciencia de ambas partes. Durante el siguiente mes se dedicó a transformar el cuarto de huéspedes. Instaló varios aparatos médicos, incluido un microscopio electrónico, cortinas oscuras, una cama especial. Convirtió la habitación en un laboratorio.
—No quiero dejar nada al azar —dijo en una oportunidad.
—Katja quizá no debiera preguntar, pero... ¿De dónde sale tanto dinero para comprar todas estas cosas? —le preguntó Marcos Julio.
—Tengo mis ahorros.
—Son muchos ahorros.
—Muchos años de ahorro —le respondió —aparte de eso cuando viví en Atlanta me casé con un viejito millonario y me heredó su fortuna, aparte de unas empresas muy lucrativas en Estados Unidos. Con el sueldo de doctora no podría.
—¡Ja! ¡Ja! ¿Es broma, cierto? —exclamó él.
—No es broma —le dijo ella muy seria mientras trabajaba en el acondicionamiento —. Anna Smith, se casó con el señor Eddie Morgan.

—¿Era un alias tuyo?
—Sí. Fue de mis primeros pacientes cuando fui médico residente. Se enamoró de la joven doctora y le propuso matrimonio, quería vivir sus últimos años en un romance y yo acepté. Le llegué a tener mucha estima y era un caballero, me trataba como una reina.
—¿Su enfermedad era incurable?
—Sí, él lo sabía, en cualquier momento le vendría la muerte. Entonces sentí compasión y quise darle unos años felices. Vivimos en vida marital hasta su muerte dos años después. Un infarto fulminante —le respondió sin levantar la vista —lamenté mucho su muerte. Era un buen hombre.
—Pero, no lo amabas.
—No, no lo amaba. Le tenía cariño y respeto.
—Y aun así te casaste con él, a pesar de haberme dicho que no te casarías de nuevo. Qué tu único esposo había sido Viktor, mi tatarabuelo.
—Se casó Anna, no yo. No te preocupes por esas cosas.
—¿Te casarías conmigo?
—¡Marcos! ¿Por qué me pides eso?
—Porque te amo.
—No, no puedo ser viuda de otro Jarkovic.
—¿Viuda? Te estoy pidiendo que seas mi esposa no mi viuda. ¿Asumes que voy a morir? —preguntó él, algo alterado.
—No presumo nada, pero es una posibilidad muy alta.
—Es lo mismo que asumir. ¿Además te casas con un viejito por dinero y no te puedes casar conmigo por amor?
Katja se enfureció al oír esa acusación tan despro-

porcionada. Se enzarzaron en una fuerte discusión. Las voces se levantaron y las emociones afloraron de forma negativa. Ambos, a pesar de que no lo aparentaban, estaban bajo mucha presión por la toma de decisión hecha. Intentar la conversión.

—¿Sabes? Ya me estoy arrepintiendo, esto es una pésima idea —dijo ella, dolida luego de un buen rato de disputa.

—¿Qué? ¿De nuestra relación o la conversión?

—Todo. Mejor dejamos esto hasta aquí. Yo me iré, no haremos el intento de conversión. Sigue con tu vida y yo trataré de seguir con la mía hasta donde la eternidad me lo permita —le dijo ella, muy seria, mientras tomaba la cartera y caminaba hacia la salida —. Intentaré superarte y tú, conseguirás a otra mujer quien amar. Eres un hombre guapo, bueno y trabajador, yo sólo soy una abominación de la naturaleza sin derecho a amar.

Él se quedó atónito. Pero apenas pudo reaccionar la detuvo, la abrazó, le pidió perdón. No quería separarse de ella. Katja se contuvo, estaba molesta y triste, su primer impulso fue deshacer el abrazo, echarlo a un lado, tenía la fuerza para hacerlo, pero no lo hizo. Quería salir corriendo, sin maletas y sin nada más que lo que vestía, sin embargo, no lo hizo. Deseaba desistir de la conversión, sentía miedo, pero no lo hizo, no desistió. Permanecieron sentados en la alfombra de la sala toda la noche, conversando. Él admitió sentir celos, sentía que por más amor que ella le prodigaba no era igual al amor que sintió por el tatarabuelo. Y ella se lo corroboró, era así. Aunque no se debería colocar valores y medidas al amor, una parte de ella no dejaba de amar a Viktor y nunca lo

haría. Él debía aceptar eso o alejarse. Marcos Julio eligió aceptar, en parte le entendía, no lo había pensado hasta ese momento, él mismo se sentía incapaz de dejar de amar a Elena, su recuerdo. Aclarados los sentimientos, se calmaron los ánimos y continuaron los preparativos. Ella no admitió tener celos del recuerdo de Elena, porque no era así. No sentía celos. Entre las acciones que tomó Katja, en los siguientes días, pasándose por alto todas las consideraciones éticas que atan a un médico, estuvo en ubicar un paciente con cáncer terminal. Ya desahuciado, sin posibilidad de salvarse. No le tomó mucho tiempo hallar al candidato. Un señor de unos 53 años. Le habían pronosticado no más de tres meses de vida. Había recibido mucha radioterapia experimental, así que reunía las condiciones que ella buscaba. Sin consultar con nadie, ni mucho menos pedir consentimiento de los familiares, una noche, le transfundió de su sangre y le hizo el seguimiento y estudio. Al principio el paciente respondió bien, las células interactuaban con la sustancia y parecía estar iniciando procesos regenerativos, eran excelentes resultados, pero luego tomó una muestra de los tejidos del tumor, las células cancerígenas también estaban interactuando con la sustancia y de una manera más agresiva. Durante unas horas, hubo una situación de estira y afloja entre el paciente y la enfermedad. Cada uno había tomado fuerza y combatía con todo, sin embargo, el cáncer terminó venciendo, el paciente estaba muy débil, luego de años de lucha. La enfermedad se salió con la suya. Katja había reducido sus esperanzas de vida de tres meses a tres horas. Ella huyó de la escena del crimen, con las muestras y anotaciones, tam-

poco es que nadie pensó en un evento como ese. No se practicó una autopsia, no hubo otro sospechoso que la enfermedad que le aquejaba.

Los resultados, aunque parecían prometedores, eran inconclusos. Hubo interactuación, era cierto, pero el paciente había estado recibiendo cantidades bajas de radiación por años, de allí que adquirió cierta ionización en su cuerpo. El caso de Marcos Julio, era inverso, iba a recibir una gran dosis de radiación en muy poco tiempo. ¿Cuánta intensidad y por cuánto tiempo era la mínima cantidad que debía aplicársele? ¿Cuánto tiempo tendría, luego de aplicada la radiación, para realizar la transfusión? Era especulación pura. Avanzar a ciegas por la cornisa. Y lo que era peor, ella no sentía remordimientos, por lo que había hecho a ese paciente con cáncer terminal, se escudó tras el hecho de su inevitable muerte, aunque no tan inminente como resultó.

Se acercaba el día. Lo discutieron por enésima vez, recostados de la baranda del balcón, en la víspera del intento. Ambos estaban nerviosos, pero decididos, fumaban, ya no era ella sola que había recaído en el vicio, Marcos Julio también. Él hizo suya la frase de Katja refiriéndose a los cigarrillos: "No es que esto me vaya a matar". Ella rio.

—Me casaré contigo —le dijo ella.

—¿De verdad? —preguntó él emocionado

—Sí, cuando la conversión sea efectiva fijamos la fecha de boda.

Él la abrazó, muy feliz. Entre besos adelantaron la consumación del matrimonio. No habría margen de error, Romeo yacería en el lecho y Julieta no tomaría la pócima, ella era el veneno y el antídoto, condena

y salvación, si se convertía habría condenación para el alma y si moría el alma quedaría absuelta, pero su corazón quedaría encadenado en la culpa. No habría testigos ni perjurios, sólo ellos dos, los amantes, potencialmente eternos enfrentando la penitencia con valentía socrática. Él bebería la cicuta esperando absolución, juicio y legado, la esperanza brillaba temblorosa en la llama de un cirio, era apenas una vela en la montaña desafiando a los vientos, lluvias y a la disipación.

Y así, llegó el fin de semana de la verdad. Ya Marcos Julio, había estado por un mes bebiendo agua ionizada alcalina, no era el aporte principal de iones. Katja, pensó que cualquier contribución era útil. Inclusive existía la posibilidad que no aportara nada en absoluto, tampoco le hacía mal. Lo sometió a dos resonancias magnéticas de alta intensidad, no se arriesgó a más, se supone que esos exámenes son inocuos para el cuerpo humano, no había un estudio concluyente que lo demostrara, así que mejor era no arriesgar.

En el apartamento, ya listos todos los preparativos, ella le preguntó.

—¿Estás seguro? Este es el punto sin retorno. No existen segundas oportunidades. Podemos abortar si lo deseas.

—Estoy seguro, como nunca lo he estado en la vida —le respondió Marcos Julio.

Se dijeron "te amo" acompañado de un beso largo.

Ella inició la transfusión. Ya lo habían hablado hasta el cansancio, repasado todos los detalles que les parecieron concluyentes. La primera hora no sentiría gran cosa, pero luego el dolor iría subiendo en intensidad hasta llegar a un nivel insoportable. Ella

no tuvo esa experiencia, estuvo inconsciente durante el proceso. Lo que sabía de la conversión a niveles prácticos lo había aprendido con el intento de conversión de Marko y el de Raúl, el chico de los ochentas. ¡Ah! ¡Ve! Se llamaba Raúl, que momento más inconveniente para recordar su nombre. Ella le había ofrecido sedarlo, pero Marcos Julio, rechazó la idea, quería estar consciente y poder verla a los ojos si debía morir.

Katja, mantuvo los sedantes a la mano, sabía que en algún momento tendría que sedarlo, no soportaba la idea de verlo sufrir. Se trataba de un cambio drástico para el ser humano. Era un cambio a nivel celular. No habría espacio de su cuerpo a salvo del dolor. Durante tres horas soportó, como todo un hombre, el fuerte dolor. Al primer grito, le siguieron las lágrimas, otro grito, dos gritos, más gritos. Ella había tomado la previsión de atarlo a la cama, tenía espasmos, convulsiones y las manos crispadas. Lo inmovilizó y lo sedó.

Se presentó la fiebre alta, todo el cuerpo ardía, aquello era normal dentro de la circunstancia de la conversión, una actividad febril había iniciado a nivel celular, molecular y atómico. Tomó una muestra, la sustancia trataba de adaptarse, pero no lo conseguía por completo. Algunas células aceptaban la asociación, pero otras la rechazaban por completo y morían. Aquello no era bueno, sin embargo, la batalla no estaba perdida. Como pasó con el paciente del cáncer hubo una situación de estira y afloja entre la sustancia y el sistema. Lo dejó descansar, todo dependía ahora de su cuerpo, de su valentía, de sus ganas de vivir, de la suerte.

En la mañana Marcos Julio despertó, abrió los ojos, pero no podía ver nada. El dolor era intenso. Poco a poco aquel negro absoluto fue aclarando, pudo distinguir luces, luego algunos colores, poco después imágenes borrosas, finalmente pudo distinguir mejor las figuras. Oyó la voz de Katja.

—Mi amor, no te esfuerces. Si quieres cierra los ojos. Te deben de doler muchísimo —le dijo.

Él quiso responderle, pero no pudo. No tenía control sobre sus movimientos. Ella le había dicho que cerrara los ojos, pero ni eso podía hacer. Quería gritar, el desespero era gigantesco, pero nada, no tenía libertad para ello.

—Abre la boca y tómate esto. Ya sabes lo que es, la receta de Augustus. Sabe horrible. Aguanta mi vida.

Ella le abrió la boca, él no podía. Se le dificultaba tragar, pero eso no le angustiaba, le angustiaba no poder vomitar. Horrible era una palabra demasiado hermosa para el sabor de esa pócima del demonio. Ni siquiera la situación de los sentidos desconectados logró aliviarle. No hubo necesidad de sedarlo, se desmayó. Ella quería darle ánimos, pero no le alcanzó el tiempo. Siguió monitoreando el desarrollo, no iba bien. Ya la fase de intercambio y adaptación había culminado. Más rápido de lo que pensaba, eso no auguraba nada bueno. Hizo pruebas, trataba de ver esperanza a través del microscopio, pero los lentes se empañaron de lágrimas. Estaba perdiendo la batalla.

Marcos Julio rechazaba la sangre, su cuerpo, sus células no se acoplaban y la mutación ya había iniciado en los centros eritropoyéticos. Permaneció a su lado, esperando que reaccionara en algún momento y po-

der despedirse. Una parte de ella se rebelaba contra la verdad, la otra aceptaba que las posibilidades que Marcos Julio muriera crecían a cada minuto. Sacó un cigarrillo, lo miró, le dio vueltas. Luego de un rato lo lanzó al piso, apagado. Botó la cajetilla y el encendedor. De nada le valía fumar, eso no salvaría a Marcos Julio, ni le quitaría su dolor y a ella, tampoco la culpa. La tarde culminó sin progresos, la noche oscureció toda ilusión. Marcos Julio, no sobreviviría la conversión. Sí al menos reaccionara, quería hablar una última vez con él. Hizo todo lo que estuvo a su alcance, como médico, para que volviera en sí. Contra toda expectación abrió los ojos.

—Katja —dijo con voz apagada.

—¡Mí vida! ¡Mi amor! —exclamó ella.

—Mujer hermosa. No llores.

—¡Marcos!

—¡Te amo! Disculpa por haberte convencido. Disculpa por dejarte sola. No es mi deseo, pero... no lo voy a lograr. Lo veo en tu rostro y lo siento en la piel. Estos años que estuvimos juntos fue la mejor experiencia de mi vida. Rompí paradigmas, viajé. Aprendí muchas cosas de ti y muchas cosas de mí. Eres un ser maravilloso, no quiero que te llames más una abominación, una rareza, un fenómeno contra natural. No, no, eres excepcional, eres única, incluso entre los de tu tipo. Eres inteligente, curiosa y centrada. Sí, alguna vez fuiste una chiquilla asustada, ahora no, eres una mujer que no le teme a nada. Yo debo irme y lo lamento, no por mi vida, sino por la tuya. No quiero hacerlo, me rehúso a hacerlo, pero mi tiempo se acabó. Te quiero y tú me quieres, pero esta verdad, la verdad acerca de lo que somos, nos separa de mane-

ra concluyente. Quiero aprovechar estos momentos de lucidez para reiterarte que no has sido daño, que cuando me conociste era un hombre hecho pedazos al cual tú le diste una luz, una inspiración. Escribí mis mejores artículos bajo tus ojos, evolucioné hacia una mejor persona, enfrenté miedos, luché y perdí. No me arrepiento de la lucha. Había que hacerlo, un último intento pues el triunfo hubiese significado muchas cosas hermosas.

Ella le oía en silencio. Sin saber de dónde sacaba las energías para hablar con tanta fluidez. Debería estar en un terrible dolor.

—¡Gracias Katja! Gracias, por tus cabellos, por tus ojos y tu mirada. Por las blancas manos, por tu voz, por tu calor humano. Porque lo tienes, una calidez en tu alma. No eres un demonio, tampoco un ángel. Eres la mujer más ecuánime sobre la faz de la tierra. ¡Vive! Vive después de mí. Reconcíliate con Jovanka. No recuerdo si te lo dije, pero me encanta la imagen de tu cuello uniéndose a tus hombros, el cabello magnificando el efecto. Triunvirato de poder, trío de la elegancia y la perfección. Tu forma de vestir, es genial. Nadie se viste como tú. En tantas cosas eres distinta. Qué suerte tuve yo, que me abrieras las puertas de tu casa y de tu sonrisa. Quisiera verte sonreír una última vez. Sé que es difícil, porque estoy muriendo. Pero regálame una sonrisa.

Katja sonrió. Lo hizo con la mayor naturalidad. Él también lo hizo. Sí, era lo que necesitaba para morir en paz. La sonrisa de la mujer que amaba. Expiró. Marcos Julio Jarkovic, el periodista, el escritor de cuentos y poemas, había muerto.

Katja apagó todos los aparatos, llamó al servicio de

emergencias de la clínica. Llegaron al amanecer. Ella les acompañó, la autopsia reveló la causa de muerte: una anemia hemolítica aguda. Después de muchos trámites legales se ocupó del funeral, no hizo velatorios ni asistió al entierro. No quería responder preguntas. Por qué hubo preguntas, solo que ella no estuvo allí para responderlas. Todos cuantos conocían a Marcos Julio estaban extrañados. Él no había mostrado signos de que estuviese enfermo. Ella donó todo el material clínico que tenía en casa al ambulatorio público, vendió el apartamento a un precio risible, sobornó a algunos funcionarios para crear otra identidad. Ahora era Victoria Morgan Smith. Era necesario ser otra persona, aunque no esperase problemas legales, la muerte había sido declarada como natural. Con apenas equipaje, tomó el primer vuelo a Atlanta, una ciudad donde ya había vivido y que conocía. Con Marcos Julio, había muerto Leila Pasternakovich, nadie, nunca, supo más de ella.

FIN.

EPÍLOGO
LA PRINCESA DE LA COLINA

Katja al entrar a la sala F, del aeropuerto internacional de Atlanta, lo primero que notó fue a Augustus esperándola; parado, en medio del andén, con esa actitud seria, característica en él. Aquello era sorprendente. No sabía de él desde los ochentas y ahora se aparecía allí, como surgido de la nada. Junto a él estaban dos personas. Un hombre pelirrojo y de barba puntiaguda, al más puro estilo medieval, de mediana altura, quien le sonreía a lo lejos. No observó otros detalles particulares en el personaje, que le pudiera revelar su identidad. Le saludaba, a lo lejos, con actitud amistosa. Lo cual denotaba que la conocía de alguna parte. Ella no lo reconoció, era un total desconocido.

La otra persona era una mujer alta, cabello largo, negro, ondulado, usaba un hermoso vestido cruzado, blanco con un estampado de flores, sandalias doradas preciosísimas, que parecían hechas de oro verdadero. Tenía un trenzado estilo romano que le cubría hasta los tobillos. No sonreía, no tenía una expresión en su rostro que se pueda describir con palabras. Era majestuosa, algo en ella era magnético. Su mirada era penetrante, sin querer se abstrajo en esos océanos de color azul. Su vestimenta era sencilla, pero a la vez elegante e inmaculada. Parecía miembro de alguna realeza, era lo que irradiaba.

A medida que Katja se acercó al grupo, el hombre pelirrojo extendió los brazos, estaba muy feliz de verla. Augustus por su parte, sonrió, no hizo otro gesto, se quedó estático, con las manos cruzadas. La

dama de blanco, `por supuesto, siguió inexpresiva, inmóvil.
—¡Katja! ¡La pequeña Katja! —le recibió el hombre con exagerado cariño y un fuerte acento español.
Ella estuvo a punto de rechazar el abrazo, era una cara totalmente desconocida, pero reconoció la voz.
—¡Gonzalo! ¿Eres tú? —exclamó incrédula.
—El mismo que viste y calza señorita, a sus servicios, Don Gonzalo de Arosa —le respondió, haciendo un exagerado movimiento de baile andaluz, tomando su mano y besándola luego con suma delicadeza.
—¡Increíble! Te has recuperado por completo. ¡Eres pelirrojo! ¿Quién lo diría? Con el asunto de las quemaduras nunca te vi con cabello. En tu cráneo solo crecían esos pelitos chamuscados, sin color ni abundancia. ¡Luces genial! ¡Hasta guapo eres! —le dio media vuelta mientras mantenía la mano alzada — Entonces, lograste tu objetivo.
—Así es mi dulce palomita.
Katja, impávida, señaló a la dama.
—¡Gonzalo! ¿Ella es...? —Katja, no pudo completar la pregunta.
Una voz en su mente le dijo: "Yo soy".
Gonzalo hizo una mueca chistosa, movió las cejas y sonrió. Katja se quedó muda y no hizo otra cosa que abrir la boca sin atreverse a decir nada. Augustus intervino.
—Tranquila Katja, te explicaremos dentro de poco. Ven dale un abrazo a este viejo.
Se abrazaron como padre e hija. Sí, ese era el viejito cariñoso que ella recordaba. El reencuentro era muy bonito y significativo. Más cuando ella se sentía tan destrozada y quebrada en pedazos.

Tomaron las maletas y subieron a un auto. Un hombre desconocido manejaba. La dama iba adelante, en el asiento contiguo, mientras Augustus y Gonzalo, ocuparon los asientos traseros, escoltando a Katja, quien se sentó entre ambos. Ella dudó en hablar. Hizo una seña a Augustus preguntando por el chofer desconocido.

—Es uno de nosotros, puedes hablar con confianza —le contestó este.

Katja lo observó. Era un hombre alto, cabello largo y castaño. Tenía los ojos fijos en el camino. No interactuaba con ninguno de los presentes ni parecía estar prestando atención. Era interesante, sin embargo, algo le causaba más curiosidad que la presencia del personaje en cuestión, así que decidió preguntar sobre ello.

—Alguien me puede explicar, ¿cómo supieron que yo arribaba a Estados Unidos? —preguntó Katja apenas pudo.

—Fue gracias a Inanna, ella sintió tu turbación. Se conectó con tu mente a distancia, no pudo hablarte, pero si leer parte de tus pensamientos. Entre los detalles estaba el vuelo hasta aquí —le respondió Gonzalo —, nosotros nos encontrábamos en California, por eso llegamos primero.

—Así es —le corroboró Augustus —. Yo, regresé a Guatemala con la intención de buscar a Gonzalo, pero él me halló a mí, con Inanna. Eso fue hace un año. Hemos permanecido juntos desde entonces.

—Katja —le habló ella, volteando desde el asiento delantero —. Bienvenida.

Le extendió la mano. Katja se la tomó, sintió inmediatamente el calor, la calidez de su piel. Ahora en-

tendía, esos ojos y esa mirada eran un portal, eran mágicos, pero a la vez no lo eran. Si pudiera describirlos, diría que un millón de pequeñas galaxias pulsaban en aquellos ojos. Esa conexión tan sencilla le hizo sentir que pertenecía a un lugar, que había un sitio donde podría estar en paz, le pertenecía a Inanna, ahora y por siempre.

—¿Cómo debo referirme a usted? —le preguntó con respeto.

—Tengo muchos nombres, me han llamado de tantas formas que ya no recuerdo mi nombre original. Gonzalo, me llama Ixchel, se ha referido a mí como Inanna para ayudarte a comprender quien soy. Pero en este mundo, en esta época y en este país me llamo: Eva White, es mi nombre legal. Puedes llamarme así y yo te llamaré Katja o puedes llamarme Inanna. Cómo tú prefieras —le dijo con cariño —. ¿Tienes miedo?

—No. Bueno, sí. Aún no me recupero del asombro. ¿Cómo lo hizo?

—Recuerda que soy la matriz, la fuente, hay energías en mí, algunas puedo controlarlas y otras no. Te tomé de la mano y hubo un intercambio, tu herida espiritual sanó un poco porque así me lo pediste, sin hablar y sin hacer nada. Extrajiste las energías que necesitabas. Yo las emití, al sincronizarme con la vibración de tus deseos. Su funcionamiento es automático, no tengo un control pleno de lo que ocurre o como ocurre. Lo más que puedo hacer es abrir el canal de poder o cerrarlo. Así escojo a quien delegar esas fuerzas. Yo brindo calma al desesperado, pero también muerte. Porque no es gratis, si te alejas la energía se disipará con el tiempo y puedes caer, vícti-

ma de la desesperanza. Por eso, cuando siento que la desesperanza es mayor que la ilusión de vivir prefiero no entregar energías ya que eso podría conllevar a la muerte del receptor.
—Eso es el porqué de las inmolaciones.
—En parte. Todo depende de lo que hay en tu corazón. Si tú corazón está lleno de desesperanza y está demasiado atribulado cómo para que mis energías ayuden a equilibrar las tuyas, entonces puede ocurrir lo que describes. Ha pasado a muchos de los nuestros. Trato de ocultarme, de aislarme del mundo —suspiró —. Ya ves, siempre terminan hallando mi escondite —dijo y señaló a Gonzalo.
Este sonrió de forma exagerada y le guiñó el ojo. Inanna, le respondió el gesto.
"Qué metamorfosis tan fuerte la de Gonzalo", pensó Katja. No era solo el aspecto físico, ya de por sí impresionante, también cambió su forma de ser, su actitud. ¿Dónde estaba aquel ser gruñón y sarcástico? Más que sarcástico, cáustico. Su humor era pura hiel y negrura. Ahora estaba este personaje: feliz, gracioso, que se comportaba como un chiquillo con su madre.
—Por eso Inanna, abandonó a mi mentor en el siglo XV —opinó Gonzalo.
—Es cierto. Cuando lo convertí era un hombre brillante y lleno de belleza en su corazón, pero luego de un tiempo, el poder envileció su alma, se llenó de oscuridad. Disfrutaba de los sacrificios, la guerra y la muerte. Lo abandoné, poco antes de que llegaran los españoles y ya saben lo que ocurrió en la conquista. Fue algo prodigioso, si me hubiese quedado, podría haber caído en manos de los conquistadores o inmis-

cuida en la guerra —dijo ella, completando la idea.
—Algo similar ocurrió con el mentor de Eugene —dijo Augustus.
—Entiendo. ¿Quién era la viejecita con la cual él habló cuando viajó al Tíbet? ¿Eso ocurrió de verdad o fue un invento de Eugene? —preguntó Katja.
—Ocurrió. Él, estuvo por allá, ese chico neófito. Lo cual fue totalmente inapropiado, un insulto. La viejecita, como tú la llamas y la describen en el diario de Marko, no era una persona, no era una momia, estaba viva. Cuando digo "viva" me refiero al término genérico con el que se puede referir a una criatura. No era un ser humano, como tal no tenía sexo definido —le respondió Inanna.
—Pero, en el diario, Marko, dijo que estaba muerta cuando se hizo la expedición al Tíbet — le refutó Katja
—Para el momento en que se presentó el grupo de tu hijastro en mi templo, ya había muerto. Conservamos su cuerpo. El proceso de su momificación fue algo natural propio de esa raza, de lo cual no tengo mucha información para compartir.
—¿Quién era o qué era esa criatura?
—Él se describía a sí mismo como un viajero, un rebelde. Fue abandonado en la tierra porque transgredió las reglas de su pueblo con respecto a inmiscuirse de manera directa, o que no fuese nativo, en el desarrollo de la vida en la tierra, especialmente los humanos. Eran una multitud de reglas, que se escuchan sencillas de seguir pero que tenían unas delgadas líneas, donde la ética y el deber se disgregaban, entre la capacidad reprimida de poder contribuir con soluciones y la prohibición de aportarlas. Al convivir

entre nosotros llegó a amar a los hombres. Y entonces nació en él esa inquietud: hacer de los humanos una raza inmortal, como ellos, pero eso estaba prohibido, no solo por cuestiones morales, sino también técnicas y científicas. Él los acusó de ciegos, egoístas, se rebeló y proclamó su intención de realizar el proyecto, con o sin su consentimiento. Ellos, sus superiores y pares, respondieron destruyendo el laboratorio, los registros y su capacidad de transportarse, luego se fueron dejándolo aquí. Lo expulsaron de la zona donde ellos tenían una base madre, condenándolo a la muerte, ya que allí estaba una fuente de energía, la que le permitía la inmortalidad relativa. Eso no le importó mucho en él momento. Lo que siempre lamentó fue la pérdida de los instrumentos y materiales, destruidos en esa acción. El sitio, luego desapareció bajo las aguas del mar Mediterráneo, colapsó debido a las acciones de sus pares. Cortando así cualquier esperanza de regreso. Fue calificado como un agitador del equilibrio universal y enemigo del orden. Habiéndolo perdido todo, decidió continuar su obra, caminando entre los hombres, disfrazado, para ocultar su origen. El orden, le parecía indigno, no era justo que la vida de los seres humanos tuviera tan corta duración. La muerte le parecía una cosa horrenda. Experimentó, por siglos, cosechando más fracasos que triunfos, viajó, enseñó todo lo que pudo a los hombres. Estuvo presente en muchos eventos importantes de la humanidad. Tantos, que yo no podría enumerarlos, ni siquiera puedo hacerlo con los míos. Mis propios recuerdos son una cosa nebulosa. Es una vida demasiado dilatada y hay tanta información en mi mente, que me cuesta procesarla.

Entre tantos reveses yo fui su único éxito, aunque imperfecto, los atributos, características y capacidades que heredé no cumplían con las expectativas. Me conservó a su lado. Era una niña famélica, sin lugar adonde ir. Y así me convertí en la fuente primaria para lo que se llegó a llamar: "Los Isthari". La fórmula que él, había desarrollado para conceder vida inmortal a la humanidad no era efectiva. El cuerpo humano, rechazaba la sustancia y cada experimento fallido significaba un ser humano muerto. Desistió de ese camino cuando tuvo un éxito moderado conmigo, vio una esperanza en mí, no deseaba que murieran más hombres. Entonces me utilizó como catalizador e identificador, mi sangre se convirtió en la vía para alcanzar el objetivo, sin embargo, seguía siendo imperfecto, tanto el principio como el mecanismo, no todos se convertían, un gran porcentaje moría en el procedimiento. Se perdieron muchas vidas, hasta que, hastiado de resultados inciertos, desistió. Ya, para ese momento, se había creado una pequeña población de Isthari en el mundo. Si bien los primeros morían con cierta facilidad, dado el desconocimiento de las debilidades inherentes a la conversión, como ya sabes de primera mano, no todo es ventajas. El sol era un enemigo más temible en aquellos primeros pasos de los Isthari, la sangre, la obtención de la sangre generaba problemas. Los neófitos no controlaban el ansia y ocurrían desmanes, matanzas. Algunos hubo que cazarlos y matarlos porque estaban totalmente fuera de control. En un estado salvaje. Preocupado por ello, creó rituales y normas para los recién conversos y prohibió nuevos intentos de conversión. No puedo decir que to-

das esas normas se cumplieron de manera cabal, los rituales tuvieron mejor aceptación. Para la gente, era más fácil ser supersticiosos que disciplinados, por eso se conservaron los rituales y las normas fueron, en su mayoría, ignoradas. La población de los Isthari se estabilizó. No creció, pero tampoco disminuyó. Luego, nos fuimos dispersando, no recuerdo las causas, porque fueron muchas y variadas, dependía de cada caso y cada caso era una personalidad distinta.

—¡Vaya! Tendrá usted muchas cosas que contar en su larga vida —exclamó Katja —. ¿Qué fue lo que le dijo esa entidad al mentor de Eugene? Luego de hablar con ella o él, decidió inmolarse.

—Nada especial seguramente. Yo no pude oír, fue apenas un susurro al oído, tampoco hice ningún esfuerzo por enterarme. No importaba. Nannar, que era el nombre con el cual nos referíamos a él, tenía muy poco desarrolladas las cuerdas vocales. Si bien, aprendió a usarlas con el tiempo, y cuando me refiero a tiempo digo miles y miles de años, pues en el momento en que yo llegué a este mundo, ya él tenía incontables edades viviendo entre los humanos. Su vida fue extraordinaria, aun entre los suyos. Él se comunicaba normalmente a través de telepatía, rara vez usaba su voz. Balbuceaba, más que hablar. El desespero del mentor de Eugene fue ocasionado por no encontrar lo que buscaba, luego de tantos siglos de travesía. Algunas acciones que tomó para conseguir su objetivo fueron desagradables y desmedidas. Cómo eso de intentar miles de conversiones. Sacrificó muchas vidas en su locura. Él no estaba preparado para confrontarme, yo estaba allí y no se dio cuenta. No notó que estaba a su lado. Se sintió

engañado, decepcionado al oír el balbuceo, de quien él pensaba era Inanna. Percibí su desesperación y me complací en ella, eso fue un error. Ahora lo sé. Lo que hizo al final fue el colofón de su irresponsabilidad: inmolarse y dejar a ese muchacho solo, sin guía, indefenso. El chico perdido terminó siendo apresado por esa cofradía maligna y él los condujo hasta mí, con nefastos resultados. En parte, eso es culpa tuya.

—¿Mía? ¿Por qué?

—Porque intentaste convertir a tu hijastro, no lo lograste, lo dejaste vivir y él luego se unió a esa cofradía y fue partícipe de la agresión.

—Cierto. Es verdad. Acepto mi culpa.

—Pero eso ya es pasado. La cofradía está destruida, no lograron sus objetivos. Marko está muerto, su nieto también murió. Ya no hay nadie que amenace nuestro secreto, vivamos en paz. Era el último de los Jarkovic, no habrá más Jarkovic, perturbando tu vida.

—Se refiere a Marcos con cierto desdén, pero él no era así. Ojalá lo hubiera conocido. Era un buen hombre —le dijo Katja.

—En eso te equivocas. Lo conocí —le dijo ella

—¿En serio? ¿Cuándo?

—De niño. No tendría más de 5 años. Había ido yo de visita a la Ciudad de Guatemala. Por esparcimiento y de compras, no sabes lo aburrido que es vivir en la selva, aislada del mundo. Al menos en el Tíbet tenía a mis querubines. En esa selva estaba sola, casi por completo —se quejó —, fui a un parque y entonces noté que alguien conocido me seguía a lo lejos. Era Marko, tu hijastro, traté de despistarlo,

sin éxito. En un momento dado decidí no huir, no tenía por qué hacerlo, que podía yo temer de aquel hombre. Él estaba tan empecinado en hallarme que descuidó al niño, a Marcos Julio, a quién encontré solo, llorando, estaba perdido. Se había caído al piso su algodón de azúcar. Lo consolé, lo abracé, alzándolo en brazos. Entonces tu hijastro nos encontró, sacó una pistola de gran calibre, creo que una Magnum y no le importó que el niño estuviera allí. Sentí sus intenciones. Él creyó que el arma de alto calibre podría matarme. Bajé a Marcos y lo eché a un lado. Una parte de mi le divirtió el asunto y decidí desafiar a la muerte. Quería saber cuáles eran mis límites. Él disparó, la bala me dio justo en el cráneo, pero como sucedió aquella vez en el Tíbet no penetró el hueso, se fragmentó y uno de los fragmentos hirió en la pierna al niño. Hubo gritos, confusión, unos visitantes del parque redujeron a Marko, los padres del niño también hicieron acto de presencia. Yo me levanté, pues el disparo me derribó al piso. Jans apareció, justo a tiempo, para auxiliarme, se sorprendió que estuviese viva, al ver mi herida en la frente. Rechacé su apoyo, o al menos quise hacerlo. Tambaleé, estaba mareada. Me sacó de allí antes de que llegase la policía. Pasaron algunos días para restablecerme por completo. Si bien la bala no penetró, el hueso se había fracturado y tuve alguna lesión cerebral. Tu hijastro, cumplió una corta pena por porte de armas y desorden público, pero nada más. Los testimonios que describían como el señor Marko Jarkovic, había asesinado a una mujer fueron desestimados, ya que no hallaron nunca un cuerpo. Sin cuerpo, no hay delito. El padre, Timoteo, alarmado por el compor-

tamiento de Marko, el abuelo, tomó a su hijo y se mudó de país. Y lo demás lo debes saber, Marcos Julio tuvo que habértelo contado. La constante huida de sus padres hacia el sur. Lejos del Abuelo y su peligrosa locura.

—Sí, si me lo contó. Aunque él nunca supo la verdad de lo sucedido. Murió sin saberlo.

—Es una lástima. Era un chiquillo hermoso en aquellos días.

—Él nunca supo que usted era su princesa de la colina —le dijo Katja con lágrimas en los ojos —, su amor de la niñez.

—No hay nada más puro que el amor de un niño —le contestó Inanna —. No te sientas mal por ello, era buen chico, fue un buen hombre, pero su desaparición era necesaria. No más Jarkovic.

—Permaneceremos juntos Katja, no nos separaremos de nuevo. Pronto llegaran otros, somos muy pocos como para estar separados en continentes. Inanna, está preparada para recibirlos —dijo Augustus, tomándole las manos.

—Inclusive le perdonó la vida a Jans —comentó Gonzalo.

Katja cayó en cuenta por fin quien era el hombre al volante.

—¿Jans? ¿Jans, el checo? —preguntó.

—Es correcto. Inanna lo encontró en el nivel más bajo del templo. Ya que ella subió por unas escaleras que comunicaban el templo con el río, que estaba al fondo del precipicio donde ella se lanzó. Nisha lo había llevado hasta allí, con propósito de conservarlo como fuente de sangre. Lo vendó y lo dejó encerrado en una de las mazmorras. El quejido

que escuchó Marko, al explorar el templo era el de Jans. Contra todo pronóstico, conservó la vida. Ella detectó que podía convertirlo, (Inanna, posee esa habilidad) su sangre era compatible y en un acto de piedad con un enemigo lo salvó. Le cosió las manos y lo ha mantenido a su lado desde entonces. Actualmente es su más fiel sirviente —le contestó Gonzalo.
Katja, miró al mencionado, quien siguió manejando, impasible. Vio sus manos, unas voluminosas muñequeras cubrían la referida articulación.
—Han pasado casi 60 años, pero aún no recupero toda la motricidad en mis manos señorita Katja. El dolor continuo es mi penitencia —le comentó Jans, sin mirarla.
—Entiendo. Todo es muy sorpresivo. Marko, te dio por muerto en la confrontación.
—Y debí estarlo. Lo merecía. No merecía la vida y, sin embargo, aquí estoy, gracias a Inanna. En pago, le sirvo en todo, con la esperanza de algún día resarcir mis pecados.
—Cuidaste de mí y de Lidia, cuando Marko me disparó en Guatemala. Esa deuda esta saldada —le aclaró Inanna.
Jans sonrió. Luego se entregó a su labor. No dijo más. Katja, también cayó en un mutismo, su corazón se llenó nuevamente de tribulación. Quizá el dolor y la culpa eran demasiado para ella.
—Eres una mujer sumamente inteligente, no te culpes por lo que pasó, ni te sientas mal por no obtener los objetivos que te propusiste, algunos secretos no pueden ser desvelados. Ya sabes a quién perteneces, a mí, a los Ishtari. Nosotros. No somos la raza oculta. La verdadera raza oculta fue aquella que abandonó a

mi amigo, benefactor, padre, viajero, ángel rebelde, el ser que deseó la inmortalidad para los hombres —le recomendó a Katja, La princesa de la colina, la diosa de la luna, Inanna, Ixchel, mujer de muchos nombres —, puedo ayudarte a recuperar la memoria de cuando eras Jovanka. Si lo deseas.

—Sí, creo que sí —le respondió Katja —pero luego, ahora mismo no me siento preparada. Me intriga saber quién soy, pero también me da algo de miedo. He sido tanto tiempo Katja, que no sabría ser Jovanka.

—Cuando tú me digas, mi querida niña. Cuándo te sientas con fuerzas.

Katja miró por la ventana, la avenida, los autos y edificios. Sentía nostalgia por el regreso a esa ciudad donde había vivido, de nuevo sintió paz en su corazón. La compañía de los suyos le era beneficiosa.

—Estuve cerca. ¿Verdad? —preguntó.

—Sí, estuviste cerca mi niña.

—Descubriste la traza magnética y su conexión con el agua, eso no lo sabíamos —comentó Augustus.

—¿En serio? ¿Inanna, usted no sabía nada acerca de eso?

—No, no sabía de eso en absoluto. Eso, es tu logro.

Contenido

I
LEMBERG **5**

II
LEGADO **14**

III
LAPSOS **23**

IV
MITOS **31**

V
KATJA **45**

VI
EL RELATO DE MARKO
FOLIO I **60**

VII
KATJA KINSLENYA **72**

VIII
EL RELATO DE MARKO
FOLIO II **89**

IX
LA SEÑORA **106**
X
EL RELATO DE MARKO
FOLIO III **126**
XI
SOL DE INVIERNO

XII
EL RELATO DE MARKO **190**

FOLIO IV **190**

III
KATJA Y VIKTOR **205**

XIV
EL RELATO DE MARKO
FOLIO V **235**

XV
AUGUSTUS Y KATJA **262**

XVI
EL RELATO DE MARKO FOLIO VI **284**

XVII
EL ANSIA DE SANGRE **315**

XVIII
MAHOMA Y LA MONTAÑA **341**

XIX
CONVERSATORIO **362**

XX
LA MUERTE DE LEILA **390**

EPÍLOGO
LA PRINCESA DE LA COLINA **423**

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 10 de junio de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el marco de la 7ma Feria Independiente del Libro de Maracaibo.

sultanadellago.com